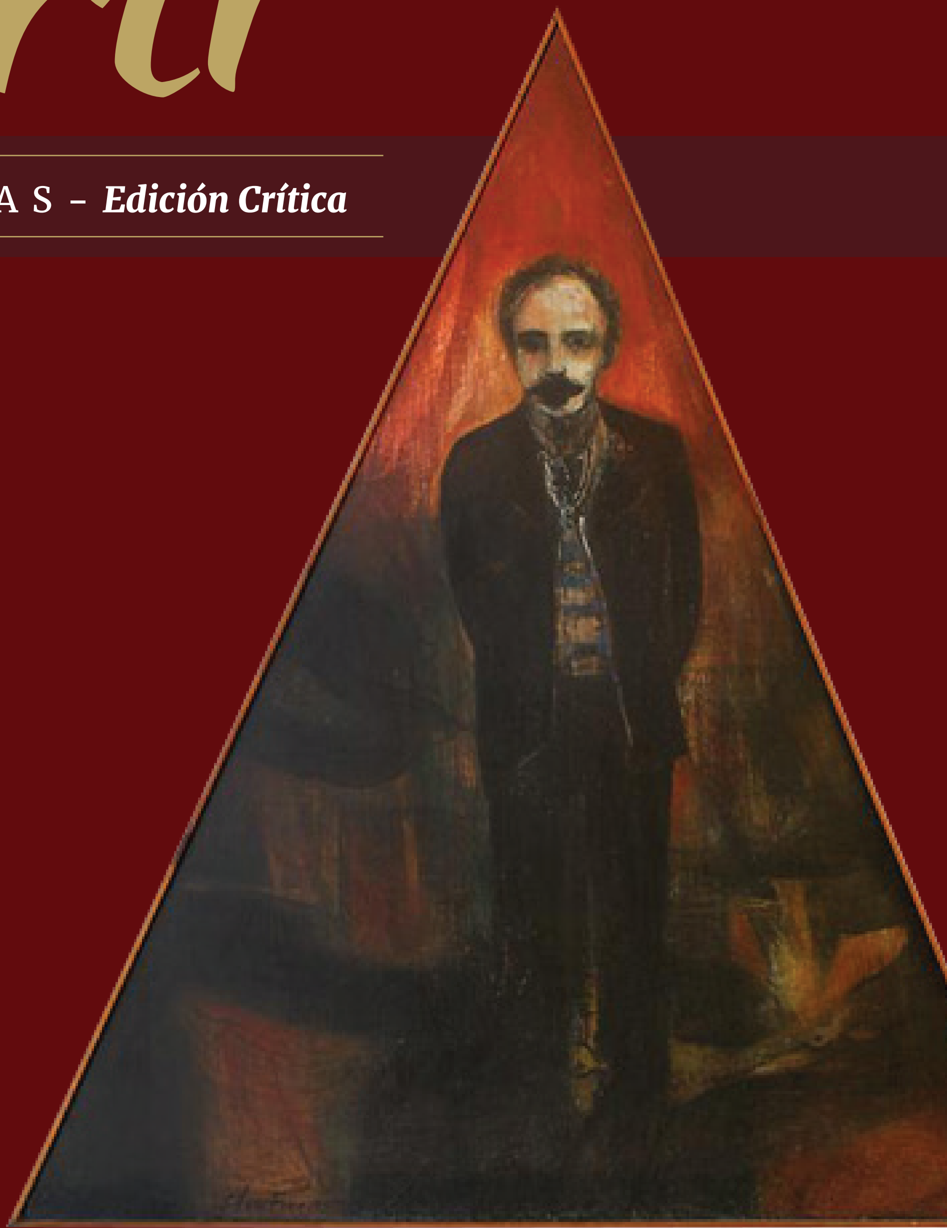
José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

1877-1880

México, Cuba, Guatemala y Estados Unidos (volumen 1)

5



CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

 | ISBN 959-7006-37-5 tomo 5 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Preparación inicial del tomo: Cintio Vitier (responsable), Fina García-Marruz y Emilio de Armas.

Versión final del tomo: Pedro Pablo Rodríguez (responsable) y María D. Talavera.

Colaboradores: Niurka Alfonso Baños, Ana María Álvarez Sintes, Maia Barreda Sánchez, José Antonio Bedia, Jean-François Bonaldi, Catherine Bonhomme (Biblioteca Nacional de Francia), Marta Cruz Valdés, Martín Duarte Hurtado, Mercedes Duchéns Villanueva, Julio Fernández Bulté, Aurea Matilde Fernández Muñiz, Araceli García Carranza, Maydelín González, Alfonso Herrera Franyutti, Miriam López Horta y Alejandro Sebazco.

Edición: Aida Matilde Martín Fernández y Hortensia Roselló Rosés.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *El apóstol*, Flora Fong, 1975. Colección del Centro de Estudios Martianos.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo

Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones

Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición
Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras Completas. Edición Crítica *recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.*

Incluye los manuscritos e impresos: crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, novela, cuentos, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los manuscritos originales existentes, cotejados con las primeras publicaciones, según el caso, por expertos conocedores, tanto de la obra como de la caligrafía de Martí. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones, las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los Versos libres *—, los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.*

Ha sido propósito cardinal de esta edición el cotejo de los textos con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias con ellas —manuscritos, fotocopias, microfilmes, impresos— serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en

notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie *de página se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza; en el caso de los versos pueden ir indicadas por los números que les corresponden.*

Las notas finales *—señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un índice de notas finales.*

El índice de nombres *incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.*

En el índice geográfico *se relacionan alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos; se caracterizan los accidentes y se fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.*

El índice de materias *incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra.*

El índice cronológico *ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático. En el caso de este tomo 5, la presentación de los textos en orden cronológico sin secciones diferenciadoras hace innecesaria la presencia del índice cronológico pues se corresponderá absolutamente con el general.*

En algunos tomos se incluirá un glosario*, que ayudará a la mayor comprensión de los textos.*

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneas de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras Completas *de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido.»*

Al encarar esta difícil tarea, que desde luego estará sujeta a rectificaciones y enriquecimientos sucesivos, hacemos constar que, sobre todo en los cinco primeros tomos, se trabaja sobre el diseño de edición concebido por los destacados intelectuales Cintio Vitier y Fina García-Marruz, quienes iniciaron las investigaciones para la edición crítica de las obras completas.

Reúne este tomo los textos escritos por José Martí desde el 1ro de enero de 1877 hasta mediados de 1878, es decir, desde su salida de México hacia La Habana, el recorrido por la península de Yucatán, su estancia en Guatemala y el viaje de ida y regreso a México para casarse. Sus principales novedades la constituyen la presentación de las numerosísimas enmiendas y variantes que aparecen en los manuscritos originales, la inclusión de los borradores fragmentarios del drama Patria y libertad *—sin noticia de anterior publicación— y la determinación de que "Libros nuevos" y "Guatemala en París" fueron escritos para la* Revista Guatemalteca*, que nunca vio la luz.*

También se revisó una colección de la Revista de la Universidad *de Guatemala, en la biblioteca César Brañas, de la Universidad de San Carlos de Guatemala, que permitió descartar la presencia de escrito alguno firmado o atribuible a José Martí, como había sido supuesto por algunos estudiosos de su obra a lo largo del siglo XX.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

ABREVIATURAS Y SIGLAS

CEM:	Centro de Estudios Martianos.
EJM:	*Epistolario de José Martí*. Ordenado cronológicamente y anotado por Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla [inédito].
Fc.:	Fotocopia.
Mc.:	Mecanuscrito.
Mf.:	Microfilme.
Ms.:	Manuscrito.
Nf.:	Nota final.
OC:	José Martí. *Obras completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 tomos. [El tomo 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.]

1877

A MANUEL A. MERCADO

Veracruz, 1ro de enero de 77.—

Mercado.—

Está la suerte desafiada, y pronto estará probablemente vencida:—voy al fin a La Habana, con documentos correctamente legales, y nombre de Julián Pérez, segundos nombres míos, con lo cual me parece que me hago a mí mismo una menor traición:—siempre es bueno ser, aun en casos graves, lo menos hipócrita posible.—Vd. sabe sin duda, porque V. tiene derecho a saber todo lo mío, cuánto se luchó la última noche para lograr que desistiese yo de mi viaje.—Me ofreció Zayas el dinero necesario para que mi familia fuese a La Habana:—este dinero era inútil, puesto que era de Zayas: a V. no tengo que hacer mayor explicación.—Con el alma lo hubiera recibido:—con las manos, no:—Nicolás Domínguez, afligido porque no tenía el mismo dinero que ofrecerme, quería que yo pagase a Zayas con un bono de Cuba, de valor real de 250$.—La mejor manera de agradecer y honrar algunos favores, es aceptarlos;—y cuando no se aceptan, no se compran. Ni dudé un instante lo que debí hacer:—no acudiría nunca a Zayas, que me ha dado esta vez prenda de sincero amor, por la solicitud paternal con que ha querido evitarme este peligro.—Pero antes que lo que conviene hacer, está siempre lo que se debe hacer.—

Di palabra de tomar pasaje a St. Thomas.—Bruscas estas gentes, no aceptaban el pago hasta La Habana. Mi deseo secreto era hacer mi viaje en la forma primitiva, y merced a este obstáculo invencible, he podido cumplirlo sin faltar a mi promesa.—El riesgo se ha hecho para vencerlo, y voy a vencerlo.—V. sabe el espanto que azotaba, contenía y empequeñecía todos los actos de mi vida,—que helaba los movimientos en mis brazos, y en mis labios las generosas o enérgicas palabras. Es necesario darles ropa que las cubra, y buena vida que vivir; preparar su salida, colocar a mi padre, emprender este risueño y favorecido viaje a Guatemala; si todo eso logro, bien venidos sean los riesgos graves de una prisión probable.—Se sufre un poco más; pero se ha hecho lo que se debía.

Parece que Guatemala me tiende los brazos:—el alma es leal, y la mía me anuncia ventura. Voy lleno de Carmen, que es ir lleno de fuerza; de las cariñosas cartas de Macedo, a quien V. sabe cómo estimo, espero bienes; las que me ha dado aquí Uriarte son tales que me abrirán fácil camino, a mí que las ayudaré rápidamente. Me asegura, me promete Uriarte que tendré desde el primer momento en Guatemala la situación holgada que procuro. Las cátedras son fáciles, y las privadas abundan. La reválida es sencilla, y la haré en una semana. Querría ahora la pena de muerte, para arrancarle, cuando llegara allí, todos los reos. Parece que comienza una época digna y varonil;—pero de esta Guatemala que me llama, llamaré yo a México a que amo. Llevo en mí su atmósfera y su pena, y para mí tiene grandes encantos el dolor: llevo a V. y a los suyos, y para mí en la gratitud hay gran placer. Ha hecho V. bien en serme bueno: lo merezco, y lo retribuiré amorosamente.

Veracruz está alegre, porque su hombre es el hombre. O porque el secreto de la alegría de los pueblos, no está tal vez más que en la satisfacción de las necesidades personales de sus hijos. La

ambición mezquina debe ser hija de la ociosidad:—la grande, de una mujer:—Lola me entiende.

Venía yo de México con los trabajos que deja en el alma ser desagradecido: gracias a V., distraje estas penas con el sabroso castellano de Santacilia, la poesía cerebral de Justo Sierra y la agreste, caliente y pintoresca dicción de Altamirano. Como venía lleno de fuerza, venía lleno de admiración. Es un hombre bueno aquel que admira mucho, y yo debí ser muy bueno antes de ayer. Es grandiosa esa vía:—¿cómo no he escrito una obra asombrosa sobre ese atrevimiento extraordinario? Eso da la medida de la conturbación y abatimiento de mi espíritu.

Manuel Ocaranza haría en ese camino mucha falta: los que sienten la naturaleza tienen el deber de amarla; las alboradas y las puestas son el verdadero estudio de un artista; un pintor en su gabinete es un águila enferma. Dígale V. que es muy bella la salida de Orizaba, y que la contemplación de estas purezas haría a su alma un bien incalculable. El hombre se hace inmenso contemplando la inmensidad. Jamás vi espectáculo más bello. Coronaban montañas fastuosas el pedregoso escirro y sombrío niblo; circundaban las nubes crestas rojas y se mecían como ópalos movibles; había en el cielo esmeraldas vastísimas azules, montes turquinos, rosados carmíneos, arranques bruscos de plata, desborde de los senos del color; sobre montes oscuros, cielos claros, y sobre cuestas tapizadas de violetas, arrebatadas ráfagas de oro. Gocé así la alborada, y después vino el sol a quitar casi todos sus encantos al paisaje, beso ardiente de hombre que interrumpía un despertar voluptuoso de mujer. El ópalo es más bello que el brillante.—Manuel debía copiar estos paisajes; él, que siente el contraste con vigor de sol y capricho femenil, y que sabe el color del alma y el del cuerpo, escribiría bien la Naturaleza en su paleta;—como escribiéndolo a V., haría yo a mi vez libro ejemplar. Las grandes cosas son análogas, y yo pienso ahora en el cariño que le tengo, en cómo quiero a sus hijos, en las admirables virtudes de Lola, y en la vasta nobleza de su espíritu.—Ellas van conmigo, para que yo las publique y las venere; el bien delicadamente hecho, delicadamente será devuelto;—amor de hermano me llevo, y su parte más viva es para V.—No me ruboriza ningún favor recibido de su mano, porque es V. digno de hacérmelos, y yo de recibirlos. —He encontrado bondades en mi vida, y la mayor comparable a la de Vd.—

No le encargo nada, porque V. lo adivina todo. Podría ser que yo cayese preso, pero no estaría constantemente incomunicado, y el viaje de ellas, comprado con mi libertad, ya que tanto han sufrido por mi culpa; siempre se haría. Si no, todo lo espero de un pueblo de buena voluntad: ¿cómo ha de pedirse que atienda al visitante el que tiene su hogar presa de llamas? México es lógico en sus aparentes injusticias. Prepárese V. en calma, que V. ayudará mucho a la firmeza moral de este país: faltan a México virtudes, y a V. le sobran: V. siente y espera sereno todo esto que le digo.—

También yo me prometo hacer en mi vida algunos bienes; siento mi obra, y me juzgo capaz de ella; en ninguna lisonja creo, ni concibo una idea estrecha; todo premio humano me parece mezquino, y si muchos me halagan, ninguno me seduce, ni hay ninguno mayor que el merecer la estimación de mí mismo. Carmen no me querría si yo fuera impaciente o ambicioso: ella y yo confiamos en que el tiempo de la obra ha de venir. En tanto, la mereceré calladamente. Diré a V. cuanto vea y cuanto haga;—cuanto trabajé y cuanto esperé.—Le encomendaré todavía, ahora que creo que gozan algún bien, las tristezas de mi casa; volveré a rogarle que vea a Carmen, y que halle medio natural de que se conozcan ella y Lola; la he dejado con la serenidad tranquila del esposo que confía mucho en su mujer. No le inquiete mi riesgo, que yo mismo no temo; el paquete francés le traerá carta, si no hubiere percance; son ahora las 3 de la mañana, y a las 7 embarcamos;

digo adiós a este México a que vine con el espíritu aterrado, y del que me alejo con esperanza y con amor, como si se extendiera por toda la tierra el cariño de los que en ella me han querido. Ruegue a Manuel Ocaranza en mi nombre que valga todo lo que vale; dé afectuosas gracias a Macedo; hable de mí a Manuelito, bese las manos a los pequeñuelos, y a Alice en su boca de clavel. Deséeme una fortuna igual al cariño que le tengo, que entonces seré muy afortunado; sepa Lola en cuánto la estimo, que es tanto como la fortuna que deseo,—y ella y V. vean en mí un constante, leal y amante hermano, que no estará nunca lejos de su estimación, ni lo está ahora tampoco de sus brazos.—Quiérame de este modo.

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

Veracruz, 1ro de enero de 1877

Sr. Nicolás Domínguez Cowan
México

Nicolás: Su generosidad y su amistad lo merecen: ¡felicísimo año nuevo!

Mis esfuerzos han sido inútiles y mi indecisión irrealizable: voy por fin a La Habana, provisto de documentos correctamente legales, y con nombre tomado aquí a última hora, para desorientar a los que con el primitivo que pensé, se hubieran ocupado de mi viaje, si es que tan mala fortuna merece esta imprudencia necesaria, y algún alma malévola se ocupa aquí de esto. Este atrevimiento es imprescindible: Vd. no sospecha mis amarguras, porque no ha tenido ocasión de conocer toda la viveza con que el dolor, en mí seco y mudo, abruma mi espíritu. Tienda V. una mirada por mi casa, y hallará V. la razón de todo: ni el pobre viejo ni las infortunadas criaturas, pueden sufrir el frío aterrador de esa pobreza. No rechacé el favor directo de V.—e inolvidable, mi noble amigo—sino porque era una manera de aceptar indirectamente la generosa oferta de Zayas. Hay voces íntimas que dicen lo que se debe hacer, y yo las obedezco siempre. Yo hubiera llamado aquella noche a la puerta de Zayas, para darle un estrechísimo abrazo, y encaminarme después, satisfecho y contento, al ferrocarril. No era solo quedarme, Nicolás, ni enviar a mi familia. Mi situación era insostenible un día más. Mi viaje propio,—del que todo me augura fortuna,—como al venir a México todo me presagió desgracia,—es costoso, necesario y largo. Para quedarse en La Habana, yo necesito dejar a mi padre colocado allí como sus graves años y su inteligencia herida necesitan: si todo eso logro, y lo lograré aun preso, pequeños han de parecerme todos los peligros de mi probable prisión. Aquí traje la idea exclusiva de tomar mi pasaje para St. Thomas: se necesitaba un dinero que no tenía; la concesión que esperaba me fue negada; la resolución está hecha, me he arrancado de mi familia, la que ha de ser mi esposa ha comenzado ya a sufrir: y voy a La Habana. Julián Pérez me llamo, mi segundo nombre y apellido, que hasta yéndome en ello mi vida, no he querido ser más que lo necesariamente hipócrita. No me despido de V., porque los hombres generosos han de encontrarse muchas veces con los hombres agradecidos. Un supremo encargo le hago, que de V. para mí sería una orden: vele por mi familia. No acepté su favor, porque era preciso aceptar el de Zayas: condición imposible. Lo estimo en cuanto vale, y lo honro debidamente en mi memoria. Recuerdo, Nicolás, con mucho gusto a Marianita que se interesó con solicitud tan noble, y tan ingenua por mi suerte. Quiérame vivamente, porque lo merezco: bese a Papasito, que honrará a su padre; y espere, seguro de mi gratitud, las nuevas tristes o alegres, que le enviará su obligado y sincero amigo

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 20, p. 257-258]

A MANUEL A. MERCADO

Habana 22 de enero de 1877.—

Sr. Manuel Mercado.

Noble y muy querido amigo mío.

No he de comenzar diciendo a V. que la fortuna premió mi necesario atrevimiento. Llegué a La Habana, y corrí riesgo; pero el bien que en una parte se siembra, es semilla que en todas partes fructifica; uno de mis viejos y paternales amigos de España ocupa aquí una alta situación, y su afecto me ha salvado de un peligro que de otro modo hubiera sido grave. Como la indecisión me acongoja y perturba, y revuelvo en mí ahora un pensamiento natural, tal vez útil y para mi vida de alma—tanto tiempo abandonada—necesario,— siento remordimiento por no decirle en esta carta completamente lo que sobre mi viaje y situación próxima pienso.—No me oculto a mí mismo que para emprender e imaginar, para alentar con fe y obrar con brío, la presencia de Carmen me es indispensable.—Ejerce ella en mi espíritu una suave influencia fortificante, a tal punto que creo ahora que bien pudiera ponerse por encima de la misma nostalgia de la patria, la nostalgia del amor. No es pasión frenética, a menos que en la calma haya frenesí; pero es como atadura y vertimiento de todo su espíritu en mi espíritu.—¿Debo correr aventuras que repugno? ¿Podré yo tener todo el aliento que necesito lejos de aquella para quien lo quiero? ¿Me es lícito imponerme a mí mismo un sacrificio torturador e innecesario? ¿Para qué, sino para ser oídos, hay en mí estos poderosos clamores de mi alma? Estas ideas peso y agito, sin que por ninguna de ellas me decida. Por fortuna, en mí el cumplimiento del deber ni aun es meritorio, porque es hábito: sé que al cabo he de decidirme por lo que la más escrupulosa conciencia deba hacer.—

Tengo yo para con V. una deuda de concepto. Es raro que en la aterradora noche en que dije adiós a México, y en que en la puerta de mi casa estreché contra mi pecho uno de los corazones más levantados, sanos y generosos que he conocido,—no dejase escrita la carta necesaria para el cobro de los 50$ que, cerrando con amargura los ojos de mi conciencia, hube de V.—Es esto sencillo, y V. lo ha entendido noblemente: había yo de deber este favor a Alfredo Bablot, a quien debía ya singular agradecimiento,—y como en mí aceptar un favor es dar la medida de lo que quiero a aquel de quien lo acepto, preferí con mucho, ya en el último extremo, deberlo a V. que a él.—Mal hice, pero en caso igual, V. haría mal:—son largas y hermosas cuentas que se saldan en la tierra o en el cielo.—

Me castigo y azoto la frente cada vez que pienso en las probables amarguras con que mis pobres pequeñuelas estarán aún viviendo en México: sacudo estos pensamientos como sacudiría de mí una mala acción:—y V. sabe que no la he cometido.—Por el paquete americano les enviaré 200$, cantidad suficiente para que hagan, si bien con penosas estrecheces, su viaje hasta La Habana por el paquete francés, el más barato, rápido y cómodo de los que vienen de allí.—Bien pueden cobrar el 10 ó el 12 lo que el día 3 les enviaré de aquí, y tomar para el día 18 el pasaje en el paquete. La tardanza de los viajes a Guatemala, de aquí difíciles, y los actuales combates de mi

espíritu, me hacen confiar en que todavía podré abrazarlas antes de irme. De tal manera se concilian las cosas que, recobrando yo la libertad y elección de vida necesarias, vivirán ellas aquí tranquilamente, con su marido e hijos mi hermana, donde ahora están mi madre y mi Antonia, la discreta Amelia probablemente en un colegio, mi padre en calma, y Carmen con una amante prima mía que vivamente así lo quiere. Así han venido las facilidades de una manera natural. Para la vida de Antonia, que los mejores médicos de La Habana garantizan, y que veo yo ya hinchada y crecida en sus antes palidísimas venas, su estancia y la de mi madre en el pintoresco pueblo de campo en que ahora viven, sereno y anchuroso Tacubaya, hubiera sido, en cualquier situación nuestra necesario: la afanosa inteligencia de Amelia cobrará el desarrollo que inquietamente anhela, en el colegio que le busco: ¿a qué entonces, abundando aquí nuestra familia, levantar de súbito y con dificultades costosas casa para mi padre y para mi hermana? Así ellas contentas, y yo ágil, haré con avaricia y rapidez, la situación modesta que deseo; en la que, en caso extremo, volverían de nuevo, y ya con más holguras, a mi lado, mis padres y hermanas. Pues enfermo yo de cuerpo, y muerto de alma, sin energía en el espíritu y la carne ¿de qué, en mis espantosas y acabadas luchas, de que todavía me sangra el corazón, pudiera yo servirles? Tengo especial gusto en hablar a V. dilatadamente, con cariñosa expansión que ni con mi misma madre, con quien mi amor sufre hablando de esto; tengo,—de estas íntimas cosas que son descargo de mi alma y justificación de mi conducta, de la que todavía me hago reproches, porque pienso que mi deber no estaba bien cumplido, sino muriendo a sus ojos de impotencia, de acabamiento y de dolor.—Un espíritu celeste, el de mi amorosa criatura, me ha dado brío secreto para quebrantar en bien de todas estas, para nadie útiles, ligaduras: ¿qué habrá erróneo que nazca en su espíritu altísimo y perfecto?—

Y ¡cómo quiero yo que mi Carmen conozca y ame a Lola, si es que estos dos movimientos de espíritu han de ser en las dos cosas distintas! Necesitan los buenos crearse aisladamente una pura atmósfera especial,—y si hubiera aún un ejemplo que mi Carmen debiese aprovechar, el de Lola, la más casta y virtuosa mujer que he conocido, el de Lola sería ese. V. sabe que de tiempo ha tengo yo, con tenacidad creciente, este empeño. Es don harto caro una gran alma para que se pierda, una vez hallada, el beneficio consolador de su contacto.—

De esta tierra, que no es aún la mía, he de decirle visibles tristezas, avergonzadas observaciones, y presento fundadas esperanzas. Es indigna de un hombre la pasión que lo arrastra y que lo ciega; y adorando a mi patria, V. sabe que la pienso con mesura, y la observo con desconfianza de amor y con cautela: esta mi conducta es garantía de la certidumbre que ahora tengo de la preponderancia de la revolución, vencedora últimamente en lid campal contra el renombradísimo caudillo que venía, con más susto que brío, de la desalentada y dividida España. De allá vienen, originarias legítimamente del Gobierno, proposiciones de autonomía que los insurrectos aún no aceptan; aquí vuelven grupas ante nuestras caballerías de relámpago y rayo las fuerzas españolas; estos éxitos acrecen el valor y autoridad del que los conquista, y amenguan la energía y exigencia del que los sufre: tal es, favorable para nosotros, sin ser por eso decisiva, la situación de estos momentos. Pero como jamás vi, entre tanto, tal insolencia de torpeza, ni tal rebajamiento de caracteres,—villanos caracteres bizantinos—me espanto y me sofoco, e iré pronto a los mares, en busca de natural grandeza y aire libre.—

Mi Antonia, que enfermó rendida por el excelente peso de su alma; viene a decirme que es ya hora de llevar mis cartas al correo. Yo quería escribir a Manuel alegres y cariñosas ideas que consolasen sus excentricidades pasajeras, buenas solo para probarnos que es dueño de un espíritu

que no tiene ciertamente nada de común.—Yo quería que supiese Lola el placer con que hablo de ella, y la grata impresión que deja siempre en mi alma su memoria.—V., que tiene voz de espíritu, le dirá todo lo que en mí contiene la premura, besará muchas veces a sus hijos, que son de veras encantadoras criaturas; dirá a Alice en un abrazo que no se olvidan mis labios del suave aroma de fresa de los suyos, y V. leerá una vez más que para toda la vida tiene un amoroso hermano en el que—hasta que se alejó de él, no supo que tan entrañablemente amaba en México.
Muy cariñoso hermano

JOSÉ MARTÍ

Le envío—que V. sabrá dónde viven—carta para casa.—

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Sr. Manuel Mercado.

Día 3 de febrero.—[La Habana, 1877]

Mi excelente amigo.—

Quería yo escribirle por este paquete con toda la extensión que sus constantes cartas tienen merecida, y toda la holgura en que escribiendo a V. se siente mi cariño. Pero llega el día de enviar a mi familia el dinero necesario para su viaje; tengo en mi poder la mayor parte; espero hoy, y creo que en vano, el resto que de aquí a una hora he de girar,—y V. entiende cómo estaré yo fuera de mí.—Piérdese medio mes, y me gano yo descontento de mí mismo y angustias. Pudiera ser, sin embargo, que viniese esta cantidad que espero: si no viene, enviaré 30$ en oro, que aquí equivalen a 70, para los días que transcurran hasta la llegada del próximo paquete, y el francés les llevará la suma íntegra que destino al viaje.—¡Quién sabe si la vida compensa sus dolores!—Sé por ahora que soy todavía fuerte contra todos.

Escribo a Carmen mis vacilaciones sobre viaje a Guatemala o vuelta a México:—más fe tengo en esto que en aquello, pero tengo reparos secretos, que yo mismo no juzgo claramente, y nada he de decidir hasta que mis ideas y razones no estén bien definidas en mi espíritu.—

Pudiera pensarse que me llevaba a México una debilidad: preveo en mi viaje a Guatemala, ahora que lo veo de cerca, un sacrificio inútil; pero yo gusto del placer del sacrificio.—Solo que esto es a veces un sibaritismo para sí y para los otros criminal.—No dudo de que hallaré trabajo en Guatemala; pero sé que no hallaré la milagrosa suma de trabajo necesaria, para que, una vez tranquila aquí mi familia, pudiera yo acumular lo preciso para mi unión con Carmen, cuyo poder suave en mi alma no he conocido bien hasta que no he arrancado—que no alejado—mis ojos de ella.—Y ese era precisamente el objeto de mi aislamiento.—Pero creada en su ánimo una esperanza, siquiera la vea yo inútil, no he de defraudarla.—Se creería tal vez que solo me llevaba a México la falta de grandeza de alma necesaria para estar separado de la mujer a quien entrañablemente amo;—y por los que no conocen mi amor a lo pleno y lo absoluto; y como yo no gozo sino con los aplausos de mi conciencia, se creería que me arrastraba la seducción del goce perezoso de un placer.—¡Como si pudiera serme agradable, ni soportable siquiera, ver a Carmen, y no verla mía!—Y yo sé que, en tiempo breve, alcanzaría lo necesario en México: de mi nueva vida allí lo fío.—Pero haré con gusto a la esperanza de Carmen este sencillo sacrificio:—¡qué no merecen de mí las raras excelencias de su alma!

Por Manuel Romero, he preguntado a Matanzas. De Lerdo, nada se sabe aquí.—Como V. a mí, con solicitud que estimo y pago, tendré yo a V. al corriente de lo que por aquí se sepa.—

Voy al fin al correo, sin tener tiempo ya para esperar la cantidad que aguardaba.—Bien sufriré hasta el día 10.—No olvide V. cómo deseo yo que vea V. a Carmen, porque me es dulce que los míos se junten.

Salude a Lola, cuyo nombre me es siempre muy agradable pronunciar: bese a sus hijos, y desee acierto y fuerzas a su hermano que lo abraza y estima vivamente.

JOSÉ MARTÍ

Bien sabe Manuel Ocaranza cómo me es agradable recordarlo.

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Habana 11 de febrero.—[1877]

Mi muy querido amigo.

Cuando se va por el mundo, se va haciendo familia:—aquí se halla una esposa, allí un hermano;—dígame V. cómo no ha de volver el alma los ojos a donde ha hallado esposa y hermano juntamente.—Cada vez que recibo carta suya, me aplaudo a mí mismo por haber sabido merecer de hombre tan puro, tan entrañable afecto.

No he cedido, sin embargo, al impulso de doliente amor que me llevaba a México:—hay en la esencia del alma una voz solemne e imperiosa, que se oye en son de inexplicable alegría cuando bien se obra, y en penetrante palabra acusadora cuando se ha obrado poco cuerdamente. Estas voces secretas serán siempre, a despecho de las utilidades humanas, las únicas razones justas a la larga, y poderosas. Más fuerte que mi deseo, que ni a mis labios hubiera llegado sin la unánime—y equivocada—excitación de cuantos me quieren,—ha sido mi propósito de seguir viaje a Guatemala. Mi fe se ha enardecido por mi desconfianza momentánea de ella:—como todo lo noble, mi fe me devuelve mi injuria haciéndome un bien.—Voy a esa tierra humilde con el alma regocijada, clara y entera. No pronto a esperar, sino decidido a obrar. Yo tengo en mí algo de caballo árabe y de águila:—con la inquietud fogosa de uno, volaré con las alas de la otra.—Si la concepción de mi pensamiento de volver a México no hubiere en mí nacido de mi absoluta certeza de que mi vida está entrañada en la de Carmen, tendría vergüenza de este—en apariencia—acobardado pensamiento.

No ha venido el Sr. Lerdo a La Habana, ni Manuel Romero ha llegado a Matanzas. Como hay placer en dar corte a la desgracia, no hubiera yo dejado, ni dejaría si viniesen, de hacer con ellos lo que por infortunados les debo.—Romero Vargas salió para New York;—Job Carrillo ha abierto su taller, que aún no he visto; don Ignacio Mejía no olvida su costumbre de estrechar la mano a todo el mundo;—allá hizo corte, con fortuna al principio; pero el concepto brusco que de él tengo, vehementemente por mí expresado, llegó—bien lo siento—a las regiones que solícito y manso frecuentaba.—No gusto yo de los hombres hipócritamente humildes.—Veo a México en camino de una reacción conservadora;—ni es nueva para V. mi añeja certidumbre de que así había de suceder.— ¡Quién sabe si el partido liberal—/siempre es desgracia para la libertad que la libertad sea un partido/—tiene el derecho de sentirlo!—Por V. me preocupo, si bien no me inquieto. Tal es su valer, y tales sus virtudes, que en su patria misma, una vez comenzado a conocer, no puede ser verdad para V. el desamparo.

Envío a mi familia el dinero necesario para su viaje: 220$, aquí equivalentes a más de 500, para que vengan por el paquete inglés. Encarézcales V. la necesidad de que nada desempeñen ni compren,—que lo enviado es lo estricto, y no han menester verse en innecesarias aflicciones.—

Dejo muchas veces a los que quiero más para decirles menos: así a Lola.— A Ocaranza, mi encargo de que haga cuadros picarescos de tipos patrios, y los envíe a N. York.—A sus hijos, los de ojos árabes y suave tez americana, las venturas a que sus padres tienen larguísimo derecho. Con toda el alma, no ciertamente escasa de voluntad y amor, se las desea su hermano.

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

LA POESÍA
(A Heberto Rodríguez)

Las tempranas aspiraciones literarias tienen tanto de nobles cuanto de peligrosas. La facultad de crear tiene dos potencias distintas, y a cada una debe darse conveniente desarrollo, para que no oscurezca a la otra con sus exageraciones. Entender e imaginar constituyen la inteligencia y la imaginación: una inteligencia preferentemente atendida, desfigura y amanera la facultad imaginativa creadora: una imaginación desordenada confunde y extravía la inteligencia. Cultivar esta, es sujetarse a la vida: cultivar aquella, es estar yéndose perpetuamente del deber de existir.

Un talento joven, si es austero, debe refrescarse con la lectura de poesías bellas, dar rienda suelta a sus afectos tímidos, excitar en sí propio emociones que alejen la natural rudeza de su espíritu. Si el joven sueña, si tiene inquietas voluntades, si gusta más del devaneo que del raciocinio, si halla en De Musset más ciencia que en Pascal, de ningún modo debe ahogar en sí la inspiración incontenible, pero debe educarla hasta la solidez, debe fundarla en conocimientos que la robustezcan; sin torturar su espíritu, debe encaminarlo constantemente al orden. El fin de la vida no es más que el logro difícil de la compensación y conciliación de las fuerzas vitales. Puesto que tenemos voluntad, criterio e imaginación, sírvannos los tres: la imaginación para crear, el criterio para discernir y para reprimir la voluntad. Los hombres son todavía águilas caídas, y ha de haber alguna razón para que aún no se nos devuelvan nuestras alas.

Y luego, con ser siempre una en esencia la poesía, va siendo con las épocas múltiple en formas. Dejan los hombres culminantes, huellas sumamente peligrosas, por esa especie de solicitud misteriosa que tienen a la imitación. Polvo de huesos y sedimento de humus habrán sido ya muchas veces los restos de Anacreonte y de Virgilio, y aún hay en la expresión rimada del sentimiento poético, tintes de aquel afecto sensual, de aquella perezosa molicie, de aquel picaresco ingenio o de aquellos conceptos sentenciosos de los dos latinos. El estudio es un mérito; pero la imitación es un error: más que error, una dejación de la dignidad de la inteligencia: Alfred de Musset fue menos grande porque le cegaba el resplandor de Byron, y quería copiar en sus desórdenes el teatro shakespeariano.

Es ley ya que termine la fatigosa poesía convencional, rimada con palabras siempre iguales que obligan a una semejanza enojosa en las ideas. No se hacen versos para que se parezcan a los de otros: se hacen porque se enciende en el poeta una llama de fulgor espléndido, y enardecido con su calor, allá brota rimas en tanto que de su alma brota amor.—Que todo, hasta el dolor mismo, debe ser y parecer amor en el poeta. La voluntad no debe preceder a la composición poética: esta debe brotar, debe aprovecharse su momento, debe asírsela en el instante de la brotación; lo demás fuera sujetar el humo a formas.

En el poeta debe haber una gran potencia observadora. Se llama ahora poeta subjetivo, y hay sobrada razón para llamarle así; al que pinta su propio ser, toma en sí mismo el motivo—*sujeto*— de sus inspiraciones, y no procura que del exterior—*objeto*—vengan las inspiraciones a su alma: no es el cristal de un lago: es un tronco robusto que de sí brota ramas y follajes.—Si se pinta a sí propio, mucho ha debido observar para no confundir la verdadera naturaleza de sus afectos con esa especie de forma convenida en que comparecemos en mal hora ante nosotros mismos, merced

a las equivocaciones de una educación sistemática y a libros confusamente abrumados bajo el peso de una poesía y un sentimiento falsos.

Y si copia el poeta los objetos, ya materiales o morales, debe para esto observar tanto, que en sí compendie todas las formas naturales, todos los medios de expresión de los objetos que en su poesía va a reproducir.

Así, digno y libre, independiente y sabio, conocedor de los demás y de sí mismo, a la par instruido e inspirado, así ha de ser el que en nuestros días quiera robar una estrella más al cielo para dejarla en la tierra perpetuamente atada a su nombre.

JOSÉ MARTÍ

El Federalista, edición literaria, México, 11 de febrero de 1877.
[Mf. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Progreso 28 de febrero 1877.—

Mi excelente amigo.

Heme en Progreso, creciente en alientos con las dificultades del camino, con la extensión del cielo y con las majestades de la mar.—Escribo a V. de pie, en la Admón. de Correos, ya que milagrosamente hay buque para Veracruz.—

Esta es tierra sembrada de cardos, pero esmaltada de buenos corazones. Venía yo de La Habana, herido de fiebre y de cansancio; aquí cobro pulmones nuevos, pienso virilmente y ando firme. De aquí en canoa a Isla de Mujeres; luego, en cayuco, a Belice; en lancha, a Izabal; a caballo, a Guatemala. Hago lo que debo, y amo a una mujer;—luego soy fuerte.

Adivino durezas entre el alma alta de Carmen y el susceptible carácter de mi hermana Leonor: a esto atribuyo una frase de su carta, y otra de la de ella.—Creer sin fe, es una grave desventura; y otra mayor, amar sin creer.—Creo en mi Carmen absolutamente. La creo capaz de error, pero de errores muy pequeños; no de desamor que yo no tenga merecido. Véala V.; véala V. entre las 3 y 5 de la tarde; investigue en su espíritu las causas, que han de ser nobles, de esta pena. Ese amor me guía, y de él cuido escrupulosamente.

Vivirá mi hermana holgadamente, porque para ello es la situación de su marido. Repartida mi familia, a poco tiene mi padre que atender, y él mismo será probablemente colocado en un ferrocarril, hoy poderoso. Voy, pues, aligerado de amarguras, y rebosado de creencias. Creo, sobre todo, y cada vez me afirmo en ello, en la absoluta bondad de los hombres.—Para merecerla trabajo: vea V. si trabajaré con bríos.—

Hábleme de V., de sus pesares, de sus esperanzas, de sus hijos. Su situación era, unido al mío, mi pensamiento grave en México:—me roba V. algo de mí no hablándome de V.—Mañana voy a Mérida; y de aquí a 5 días volveré a embarcarme para Isla de Mujeres, oasis de este mar. Crece el alma en grandeza con la contemplación de los grandores naturales.—Escribo al correr de la pluma, un libro de pensamiento y narración. Más que lo que veo, cuento lo que pienso. Dirán que no lo entienden, pero yo sé que tengo en México almas claras para quienes nunca será un misterio un libro mío.

Por Carmen sabrá V. mi dirección en Guatemala. Cierran el correo. Escríbame a ella, que alienta y fortalece verse protegido por el amor y la amistad, amor de hombres.—Bese la mano a Lola, que por sus noblezas lo tiene merecido. Abrace a Manuel; hable de mí a sus hijos, y piense siempre vivamente en su amoroso hermano.

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A FRANCISCO ZAYAS-BAZÁN

Progreso, 28 de febrero de 1877.—

Las grandes acciones deciden pronto de los grandes parentescos:—Ya sé cómo debo comenzar a V. mis cartas:—padre mío. Me da V. mi mayor riqueza, y mejor gloria; me da V. a mi Carmen de mi vida.—Merecida la tengo con mi alma, y aún más la mereceré con mis trabajos;—pero los nuevos años de mi existencia, ya florida, serán para consolar las soledades de quien con tan noble facilidad la envía de sus brazos a los míos.

Parece carta de mi Carmen la de V., por lo que me la alabo, aplaudo y leo. La tengo por arras de mis bodas, y la estimo en todo el valer que le dan la entereza y hábitos de justa reserva de su espíritu.—Quiérame vivamente, que con esto gozaremos V. y yo.

Debo a V. cuenta de una vacilación de mi cariño. Tan poderoso es mi amor a Carmen, que logró desconcertar un instante la común virilidad de mis ideas, y hacerme concebir mi vuelta a México, como si yo tuviera el derecho de volver hasta después de haber empleado cuanta intrepidez y fuerza de acción hay en mi alma. No hay para mí más ley que la satisfacción de mi conciencia: bien pagué con mis tormentos íntimos la culpable idea de volver antes de batallar. A batallar iba a México también; pero no se es digno de satisfacer sus pasiones sino cuando se es capaz de dominarlas.

El dolor con que la imaginación enérgica de Carmen leyó la carta en que confiaba, a ella y a V. mis pensamientos,—de tal manera que ni ella ni V. hubieran debido dudar del resultado final de ello,—le hizo ver en mí intentos ni pensados ni escritos.—No lucho un solo instante entre las atenciones a que debo yo dar la preferencia: ya tengo bien madurado y decidido lo que debo hacer. He ayudado a mi familia con más que humanas fuerzas, entre martirios increíbles y silencios de horror no comprendidos.—Mi hermana vivirá con su marido; el resto de mi casa vivirá ahora como antes vivía, y tal vez mejor que antes; porque mi padre será colocado holgadamente.—Yo, que a Carmen debo la resurrección de mis fuerzas y mi sacudimiento de tan injustas trabas y tan mortales agonías, a Carmen me consagro ahora por completo: sé lo que quieren las realidades de la vida, y el respeto que debo a su ventura. Si mis padres no pudieran vivir sin mí, volvería a mis padres;—pero esto no ha de ser ahora, por fortuna. Mi familia misma debe agradecer esta libertad en que me deja;—porque en ella robustezco mi experiencia, educo mis hábitos con trabajos nuevos, y con el cariño ejemplar de Carmen rejuvenezco y hermoseo mi corazón.—En tanto, soy de la que anima y me comprende.—Ayudaré siempre a mi casa, que mi fortuna sería criminal si no amparase su pobreza, y no es a un hijo a quien toca condenar la buena o errada conducta de sus padres. Los ayudaré cordialmente, cuando, abastecida mi alma del hermoso cariño de mi esposa, nos sonría juntos la ventura que siempre compensa al que obra bien.—Mientras,—más trabajaré para la que más y mejor me ama.—Y no me queda un solo reproche en mi conciencia.

Hablaría a V. largamente de mis esperanzas y firmezas, y de los pintorescos y peligrosos accidentes de mi viaje; pero esperan por mí para cerrar la valija del correo. No creo en los éxitos fantásticos; pero sí creo en las honradeces productivas. Tengo fe en el cariño que me impulsa, y en la tenacidad de mi carácter;—téngala V. en mi palabra ardiente, en la sinceridad que me capta

amigos, en la solidez de mi conducta, en esta fuerza extraña con que suelo conmover y entusiasmar;—riquezas que suelen ser tardías, sin ser por eso menos valiosas y reales, pero que en un solo día de fortuna hacen el camino que una inteligencia común tarda toda una vida en recorrer. Dondequiera que he estado, he tenido, aun a pesar mío, halagador renombre;—y este siempre me lo he conquistado en un día solo. Así logré a mi Carmen. Así haré mi fortuna. Nada en mí sigue hasta ahora la vía de las existencias ordinarias.—

Descontento termino esta carta, que gozo enseñando mi alma a V.—Conozco ya la suya, y es uno de mis más vivos deseos el de devolverle con las solicitudes de mi afecto la calma, la juventud y la alegría.—

Tengo perpetuo día de fiesta con su amorosa y respetable carta. Su hija me llama en ella; crezca cada día el amor que le inspiro, como en mí crece la veneración cariñosa con que a mi alma hablo de V.—Abrace a sus hijas,— todas ellas excelentes criaturas, y estime y quiera a su hijo amoroso.

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

[APUNTES DE VIAJE DE LA HABANA A PROGRESO]

Después del mar, lo más admirable de la creación es un hombre. Él nace como arroyo murmurante; crece airoso y gallardo como abierto río, y luego—a modo de gigante que dilata sus pulmones, se encrespa ciego, y se calma generoso:— ¡genio espléndido de veras, que sacude sobre los hombros tan regio manto azul, que hunde los pies monstruosos en rocas transparentes y corales; genio híbrido y extraño que cuando se mueve se llama tormenta, y cuando reposa, noche de luna en el océano, lluvia de plata, y plática de estrellas sobre el mar!—Aquí sobre esta arena menudísima, tormento de los pies y blanca muerte de las olas, tapizada de conchas quebradizas, salpicada de bohíos de lindo techo de trenzadas pencas, esmaltada de indígenas robustas, aquí entre estos hombres descuidados, entre estas calles informes, sobre esta arena agradecida que no sofoca con su ardor al extranjero que la pisa, aquí reposa mi alma, señora de su fatiga, contenta con la serenidad de esta grandeza, poblada y consolada en medio de esta muelle soledad.—

La buena voluntad es un reflejo que pone en el rostro la suave luz de luna, que ha dado el cielo a cada espíritu de hombre: ¡qué noche tan amarga, cuando, allá en el fondo de nuestra conciencia, la luz serena y permanente descubre alguna sinuosidad! ¡Qué revolverse en el lecho! ¡Qué pedir consuelo en vano a los recuerdos, a las esperanzas, a los paseos, a los versos, a los libros! Parece que la mala acción cometida está escrita en la onda de cada nube, en la quebrada luz de cada estrella, en cada ardiente voz de nuestro espíritu.—En cambio ¡qué plácido sueño cuando esta amiga lumbre no ilumina en el corazón más que llanuras! El alma satisfecha acrece las fuerzas, rejuvenece el rostro, desarruga la frente de los viejos, perpetúa la beldad de las mujeres, limpia de ortigas los años, aligera los miembros, aviva la voluntad, acrecienta los caudales.—Más joven se levanta cada mañana el hombre bueno:—así los viejos suizos, amigos y camaradas de los Alpes, mueren con los ojos azules y con el color sonrosado en las mejillas, ¡porque no han doblado en un siglo el ramo de roble en que se apoyan, ni su conciencia pura,—blanca como sus neveros,—su báculo más fuerte!

Dejé en La Habana las iras de los hombres; y traspuse llegando a Progreso, si bien por tiempo breve, las majestuosas iras de la mar. Mido yo mi grandeza por la de los océanos irritados: cuando viajaba en el potente *Celtic*, buque de inmigrantes y de príncipes, donde vi—y no en los príncipes,—más héroes respetables, el negro Atlántico removía todas las furias de su seno, no cabía su cuerpo dilatado en la implacable orilla de sus mares, y se retorcía con sacudimientos montañosos, pidiendo fuerza al cielo, negro también y oscuro, como la frente de sañudo padre, que quiere detener con su ira las impaciencias de un hijo rebelado. Mar era el cielo, allá en la inmensidad del horizonte. Nunca sentí terror ante tan grandes luchas; antes, ardorosas las fauces, bien firmes en las órbitas mis ojos, rey también entre tanta majestad, sentía hercúleas mis espaldas. Un religioso espíritu me transportaba; afán de batallar me poseía, hogar mío creía yo aquel espacio negro y barco hondo, y regocijado como un niño, adoraba aquel peligro, que al fin me conmovía; y miraba al cielo alto, que es mi manera de postrarme de rodillas.—¡Qué desdén luego en mis ojos para todo el que no amaba conmigo la tormenta! Verdad que nunca oí manera de rugir más formidable. ¡Pueril lenguaje fuera comparado al de las ondas atlánticas airadas, el de una selva de leones desatada sobre árabes temerosos en impenetrable noche oscura! Duda la mano débil al transportar

a los hombres tan hermoso horror: jamás tuvo cantor la epopeya de la Naturaleza, ni lo ha tenido aún la epopeya del esfuerzo de los hombres. Eran el mar y el buque como masas de espíritus inmensos; placíanse en el combate, y reposaban de sus golpes como generosos enemigos. Allá viene la negra montaña, ladeado el cráter, crecientes las faldas, jadeante y horrible; ya se encrespa, se extiende, se yergue, ya se lanza rugiente sobre el buque. Y el gran *Celtic* se dilata, se hunde, se encorva, se inclina al lado mismo de la ola, con su borde poderoso—el hondo aceroso borde, abre sus brazos férreos como para ahogar mejor a la montaña, y se endereza y se sacude, vencedor gigante, conmueve la onda horrible y la echa fuera.—Tal vez adolorido calla el mar esta labor de abismo, y fatigado de la lucha, se estremece sobre su base colosal, como si se desatara el núcleo de bronce de sus miembros. Ruge sordamente, como ruge monarca perturbado; mas otra vez, en cambio, corre de su férrea cabeza a su ligero extremo onda apacible; y parece, al resplandor de la tiniebla, un león satisfecho que lame con su lengua el pelo de oro.

Y luego, tras dos años, ¡qué azulado ese Océano sombrío, qué desrugado el ceño de ese cielo, qué mezquino guerrero en vez de aquel ferrado batallador! Oh! la nación norteamericana morirá pronto, morirá como las avaricias, como las exuberancias, como las riquezas inmorales. Morirá espantosamente, como ha vivido ciegamente. Solo la moralidad de los individuos conserva el esplendor de las naciones.—

Los pueblos inmorales tienen todavía una salvación: el arte. El arte es la forma de lo divino, la revelación de lo extraordinario, la venganza que el hombre tomó al cielo por haberlo hecho hombre, arrebatándole los sonidos de su arpa, desentrañando con luz de oro el seno de colores de sus nubes. El ritmo de la poesía, el eco de la música, el éxtasis beatífico que produce en el ánimo la contemplación de un cuadro bello, la suave melancolía que se adueña del espíritu después de estos contactos sobrehumanos, son presentimientos místicos, y apacibles augurios de un tiempo que será todo claridad.—¡Ay, que esta luz de siglos le ha sido negada al pueblo de la América del Norte! El tamaño es la única grandeza de esa tierra. ¡Qué mucho, si nunca mayor nube de ambiciones cayó sobre mayor extensión de tierra virgen! Se acabarán las fuentes, se secarán los ríos, se cerrarán los mercados ¿qué quedará después al mundo de esa colosal grandeza pasajera? El ejemplo de la actividad, que si ha asombrado tanto a la tierra, aplicado a la tierra, debe salvarla y equipararla al cielo, cuando anime con igual empuje las naves veleras de las aguas, y las salvadoras realidades del espíritu.

La América del Norte desconoce ese placer de artista que es una especie de aristocracia celestial. Sólo las almas elevadas gustan toda la íntima belleza de ese mundo extramundano. La admiración universal acrecienta el ara no apagada de la Grecia; pasó el pueblo, y quedó su reflejo; se prostituyó su nacionalidad, y la Grecia es aún madre perenne y admirable, no ha perdido sus formas, a pesar de haber amamantado tantos hijos. Inagotable es la fuente de sus senos; inmarchitable la verde palma que sobre ellos abandona con molicie; empapados están sus labios todavía de la sabrosa y eterna miel de Himeto.

Hoy ha dejado el puerto esa redonda nave en que vinimos, vulgar, cómoda, apática, sin gallardía en sus velas, sin elegancia en su atrevimiento, sin atrevimiento siquiera! Al fin la nave sueca imita en forma y marcha el regio andar del cisne; la gran nave de Hamburgo, fresca y gruesa, retrata en sus anchuras la franca cordialidad de sus armadores; la audaz proa británica vuela airosa, velera enamorada de la mar, y murmura la góndola en Venecia las historias de amor de sus canales.

[Marzo de 1877]

[Ms. en CEM]

JOLBÓS.—

Viniendo de Progreso a la Isla de Mujeres, se pasa muy cerca de Holbox y de Contoy.—Holbox es un pueblecillo de pescadores, mucho menos importante que la Isla, frecuentado solamente por *cayucos* o canoas pequeñas, que allí hacen el comercio de tortugas y cazones.—No vive el pueblo solamente de la pesca, hay también *milpas*, pobres haciendas, y estos frutos y la pesca son vendidos por los habitantes en los pueblos de la costa, y, principalmente, en Progreso para Mérida.—Consiste la riqueza de Holbox, la mayor riqueza allí posible, en una milpa, una casa en el puertecillo y una o dos canoas. Así se reúne en una misma mano al productor, al consignatario y al comerciante.

Contoy es todavía mucho menos que Holbox. Es un islote de una o dos leguas de extensión, habitado exclusivamente por gran cantidad de pájaros diversos, que en enormes bandadas recorren por la costa; parecen en su carrera ondas negras desquiciadas. Ya son rabihorcados ligeros, ya buchones alcatraces, ya albas garzas, ya picudos zaramagullones.—

La pesca en las orillas del Contoy es abundante; hay allí grandes tortugas, enormes chalupas, negras tintoreras.

A las veces, los marineros bajan a la costa, empuñan un palo, y tal es la abundancia de las compactas masas de aves, que a golpes matan y hieren centenares de ellas. Hienden también el aire del Contoy las blancas gaviotas, al mar que alterna en los mares de alrededor con la picuda veloz la fresca cherna.

En tanto, deja su labrada huella en la playa arenosa la elegante zolla, caracol blanco y puntiagudo, de base espiral y dilatada trompa.

El islote está lleno de mangle

[Marzo de 1877]

[Ms. en CEM]

ISLA DE MUJERES

Crecen en su playa arenosa el rastrero *hicaco*, el útil *chite*, una *uva* gomosa, fruta veraniega, semejante a la *caleta* cubana; y verdeando alegre y menudamente por el suelo, el quebrado *kutz-bósh*; que la gente pobre y enviciada usa a manera de tabaco. Tuestan la yerbecilla, y la envuelven a modo de picadura en papel de estraza: hacen esto principalmente los pescadores, cuando les hostiga en la costa la necesidad de fumar.

Bordan la arena sutilísimos encajes, correcta y pulidamente trabajados en su marcha nocturna, por los caracoles y cangrejos. Es admirable la perfección y simetría de esas largas y trenzadas huellas que las numerosas patas y el ancho carapacho de los cangrejos hace[n] en la arena finísima. Le cruzan en todas direcciones, formando caprichosos dibujos: busca de noche su alimento, y así labra esta nimia belleza el pueblo cangrejuno.

¡Qué baratas las casas! Seis pesos ha costado a Mr. Le Plongeon, erudito americano, un poco hierólogo, un poco arqueólogo, locuaz y avaricioso, industrial de la ciencia, que la ha estudiado para hacer comercio de ella,—seis pesos le ha costado ese bohío de chite en forma de óvalo. Delgados mangles lo sustentan, y arena blanda lo tapiza; pencas enlatazadas lo protegen de la lluvia, sin estorbar la entrada a la sabrosa brisa que viene de la costa, donde negrean recalando en las claras ensenadas las veloces y largas *lisetas*. Allá apunta el gallardo cementerio, cercado de piedra, vestido de limpio, sembrado de cruces, colocado, como la tumba de Chateaubriand,— en un lugar solitario de la tierra, cercano de la mar. Aquí no es posible la muerte, entre tanta mujer amable, onda transparente, rumor de cocotero y cielo puro. Mientras la muerte es más natural, es más bella. La muerte solitaria es imponente; la muerte urbana, es ridícula. Sonriente y tranquilo, limpio y blanco, he ahí en esas tumbas incorrectas el cementerio verdadero. ¡Ay de las almas si no han podido presentarse a lo Eterno revestidas de igual blancura!

En aquellas clarísimas tierras, deben oscurecerse más las manchas.—

Por aquí llaman *villano* al que ha nacido en Valladolid, a bien que este Valladolid de México es villa.

Paseaba yo esta mañana con este raro hombre que sabe de memoria a Gentil-Bernard, a Voltaire, a Boileau, a Ronsard, a Molière; que toca deliciosamente la ternísima música de Flotow; que viaja con un chaquetón y dos hamacas, con un Diccionario de Bouchirt y dos títulos de médico; con una cara rugosa y una conversación amena, con los pies casi descalzos y el bolsillo totalmente aligerado de dineros. Cuando lo veo cubierto,—no debo decir coronado,—de canas; cuando me pregunto cómo esos pies desnudos han venido a ser cimiento errante y vagabundo de un alumno de la Universidad de Montpellier; cuando leo en la miseria y descuido de esta vida, y en esta vejez sin gloria y sin apoyo, un secreto culpable y doloroso,—pienso que, puesto que ese hombre no es un emigrado político, debe ser un emigrado de sí mismo. A esa edad no se pasea la miseria por ignotas tierras; cuando se está contento de su pasado, se habla de él; cuando no se habla de él, es porque su recuerdo pesa y avergüenza. ¡Ay! infeliz del viejo que no ha cumplido el precepto del árabe: este hombre no ha hecho un libro, no ha plantado un árbol, no ha curado un hijo. Ha visto, sin embargo, el cielo rojo del Egipto; ha recordado a Volney ante las ruinas elocuentes de otra edad; ha subido en Canarias a la meseta azufrada del Teide; reculó espantado en

Orizaba ante el peligro grandioso del ferrocarril de Veracruz a México; ha pisado humildemente durante diez años la árida y destrozada tierra yucateca; hizo en Madrid la vida de estudiante de provincia, vio en Londres el cetro nuevo de 1832; y hoy ha llegado, con dos reales fuertes españoles, un violín roto y dos libros mugrientos a esta tierra de Chipre, bella y nueva, donde las chozas limpias se levantan a la sombra de los poblados cocoteros.

Oh! también la vida tiene sus miserables presidiarios! Tal vez porque lleva el alma medio muerta, huyó esta mañana ese pobre hombre de aquel alegre, invitador, sonriente, cementerio. Temí ahondar las heridas del emigrado de sí mismo, y no pude pasear a mi sabor por el pueblo de diminutas casas blancas.—Albo color, amor de mi vida.—

En este pueblo de pescadores, trazado a cordel, sin una creencia que no sea una superstición, sin una aspiración, sin un respeto, los hombres emigran o hacen contrabando; los marineros canarios, que azotan estos mares en busca del carnudo mero, entretienen los amantes ocios de estas mujeres bondadosas, dotadas de afabilidad extrema, inteligencia natural y gran ternura. Apenas albean resplandecientes el holgado *hipil* y el *juxtán* blanco, y la saya y el rebozo han reemplazado en este pueblo mixto al traje primitivo.—A bien que es de dudar si aquí lo hubo, porque, aunque esta tierra se llama de viejo Isla de Mujeres, es lo cierto que su población es nueva; y que fue bautizado el caserío con el nombre de Pueblo de Dolores, tal vez en memoria del valeroso sacerdote que alzó enseña terrible ante el pueblo asombrado mexicano, y que sujetó a examen humano los misterios irracionales de las Vírgenes.—¿A qué acudir al cielo los místicos en demanda de oraciones? No han conocido a las mujeres de la tierra esos fantásticos pobladores de los cielos.

Aquí se pescan caguamas y tortugas, que no se venden mal en la costa de Belice. Consiste la riqueza en un cayuco danzarín, que coge y vierte sal, que lleva carey y trae maíz, y que de vez en cuando burla la vigilancia, siempre burlable, de la canoa de guerra que cura de los derechos del Fisco en estos rumbos.

Los *criados*, que son a modo de esclavos, sujetos a sus *amos*, que así les llaman aún, por los caprichosos anticipos de que estos les hacen larga cuenta, prestados sobre servicios personales,— van por marzo y abril a las costas cercanas, llevan maíz para su alimento; alzan bohío de mangle, tienden sus redes rematadas con grandes trozos de madera, y allí esperan pacientemente, durante tres o cuatro meses, la época en que ya no prenda en sus lazos la perezosa tortuga.—

Dicen que eso es vivir; y veo que viven.—En mí, el fuego de la impaciencia, lanzaría roto mi cráneo al mes de aquella vida sin cielo de alma, sin besos de mujer, sin trabajo, sin gloria y sin amor.

En tanto van trayendo cargamentos parciales a esta linda bahía, que si bien no da alcance a buques de mucho calado, ofrece a las embarcaciones menores muy seguro y muy cómodo abrigo.

Se compra aquí con huevos; se llama al aguardiente de caña, *habanero*; se hacen frecuentemente bailes con *poninas*, contribución voluntaria que no excede nunca de cuatro reales, y en ellos, como en todas partes, se bebe abundante cantidad de vino dulce. Bailan muy muellemente, bien es que no de otra manera pueden espaciarse las naturales jovialidad y pasión de estas mujeres. Dicen que los carnavales son muy animados; no falta algún canario de bordada pantufla, calzón amahonado y camisa azul, que dando trancos por la arena, persiga al bullicioso tropel de mestizas, que más se ofrecen que esquivan, y más ríen que huyen al que las alcanza para teñirles la mejilla de polvo de arroz de Nueva Orleans, o cascarilla meridiana, o polvo de papa de

Belice.—Ni falta tampoco, allá en la plaza, una familia de Cozumel, donde un viejecillo de camisa y calzón; de tez morena y acento honrado, que llama aún *blancos* a los españoles, y viste a su mujer de largo camisón de puntas de colores, explica al viajero curioso cómo *Cozumel* se deriva de *Cuzamil*, que significa tierra de murciélagos,—porque *Cuzaín* es murciélago.—Y si el viajero es avaricioso de noticias, y pregunta por qué Catoche se llama Catoche, el mismo viejecillo, que acaba de ofrecerle asiento en una hamaca de henequén, le dirá tal vez que como los españoles preguntasen a los indios el nombre de aquella extraña tierra, estos, confiados y benévolos, les dijeron: *Kox-otox*, ven a mi casa:—Ay! Y fueron!

En esa casa misma ¿por qué no se puede hacer amistad con dos airosas jóvenes, vestidas a más moderna usanza que su madre? Tienen tendida en la espalda la negra cabellera, y si en la una centellean dos grandes ojos verdes sobre la viva tez morena, en la otra dos grandes ojos negros son realzados por su fragante color blanco y encendida rosa de sus mejillas. El seno les reluce; seno de Ceres y Pomona, el traje de traidora muselina; y la redonda juventud campea en los abiertos hombros y arrogante cuello, orlado por cadena larga de oro, que baja hasta la cintura delicada. Y son pobres mujeres tabaqueras. Ellas hablan del buniato importado de Cuba, más dulce y más grande que el camote; hablan de la naranja refrescante, del masudo plátano; de la variada *milpa*, que así llaman la hacienda cozumeleña; de la guanábana aromosa, de la negra tierra, fácil para el cultivo del tabaco, del café, de la caña,—que todo esto, en abundancia y confusión pasmosa, produce la Isla dócil.—

Es tierra, sin embargo, miserable; sus hijos no han sabido aprovechar tan raras ventajas, tan productivo suelo, tan amable clima, y, sin comercio, sin tráfico siquiera, sin estímulo, sin necesidades, sin empleo, la raquítica población amengua, y los naturales del país, que en él han llegado a avanzada edad, emigran.—La Isla de Mujeres, dotada de mejor bahía, está al menos segura de que no faltará un viajero sediento que contemple gustoso cómo trepa por el tronco resbaladizo el indio armado de cuchillo que va a arrancar al cocotero su pesado y abastecido racimo verde.—

De vez en cuando, cuéntase, sentado el auditorio en taburetes de madera, o en incómodos sillones de ancho espaldar y corto y corvo asiento, a medias sofocados los oyentes por el olor del aceite de caguama, luz aquí de acomodados y de pobres;—cuéntase cómo, frente a Cozumel, los indios, más que bárbaros, tímidos del trato rudo de los blancos, ocupan y hacen inaccesible la antigua ciudad histórica de Tulum cuyas ruinas no ceden en importancia a las de Chichen Itzá en Uxmal.

En un bohío cercano el ama de la casa, en cuyo hipil resalta la labrada tira roja sobre el lienzo aseado, señala un trozo de madera, donde grabado en letras doradas, se lee un nombre inglés, que, suspendido sobre la puerta del único cuarto de la casa, es en ella la prenda más valiosa, y con asentimiento de la única indígena con canas que ven los curiosos en el pueblo, y con gran asombro de los pequeñuelos que revuelven con los piececillos descalzos el suelo de arena, relátase allí cómo naufragó un *barco grande de tres cubiertas lleno de americanos y madamas que no se sabe dónde fueron;* y cómo, entristecida la familia de un vecino porque han llevado al hijo de la casa a ser soldado, han recibido noticia de que el bravo Kem, jefe de una tribu alzada, que es un tanto su tío o menos pariente, se promete librarlo de entre la turba de cartucheras y chacó.—

Y como en comenzando a contar historias va llegando la madrugada sabrosamente y sin sentir cata que ya la luna está en lo alto del cielo, y brillan como plata las arenosas calles, y se oye el

mugir recio del mar un tanto airado,cuando, avisada la concurrencia por el sueño que se entra y el ruido que se va de la alzada hora, desdobla la dueña del bohío la hamaca, a tiempo que entra a solicitar alojamiento un indio de Holbox, que viene con su cesta al hombro y su bolsa de maíz a la cintura, bolsa y maíz que despiertan los apetitos de los chicuelos que resguardan del aire frío con sus rebozos, a la par que las mozas y mayores reparan en cierto isleño calavera que sale, medio a hurtadillas, de una casa que cierra su puerta con presteza, sin pensar que la malicia adivina tras la madera la mano complaciente de alguna fácil amadora, que no faltan ciertamente por la Isla.—

Oh! las hijas sin padre, los padres que abandonan, y los desventurados pueblos sin sentido moral, sin concepto de honradez y sin criterio.

Asoma luego el día, se abre la puerta de la casa, salta de la hamaca, sorprendido por el sol, el huésped retrasado, tiende la hotelera, gruesa y alunarada, un limpio mantel sobre la mesa de amarillo pino, y a ella se acoda el huésped; que humea en ella una taza de chocolate, preparada a sus propios ojos con frescos y gruesos granos de cacao. Luego el desayuno, examinando los bordados de hilos de colores que adornan el mantel, y cuando la revoltosa criatura que ayuda al ama en sus quehaceres, le trae para asear manos y labios ancha jícara con agua, queda el viajero sonriente, viendo cómo le dan para enjugarse un espacioso pañuelo, en cada uno de cuyos lados hay un verso bordado en letras negras, que expresan casi siempre un pensamiento amoroso, revelado a medias por inocentes jeroglíficos,—

[Marzo de 1877]

[Ms. en CEM]

LIVINGSTON

Nombre tres veces célebre, dos porque lo es, y una porque merece serlo. Ese es un pueblecillo encantador. En tanto que el buque varado en las barras de la boca del río, en la arenosa o en la pedregosa, hace bravos esfuerzos para romper su cárcel submarina ¿qué caracol es ese que suena a los lejos, imperioso y brusco? Es la campana americana, que llama a los hijos de la costa a las labores de la tierra.—¿Qué hombres son esos que andan a pie sobre las aguas, mueven una paleta, y cortan como flechas las ondas: son los hombres de los cayucos, como la flecha imperceptible entre el flujo y reflujo de las aguas? Allá se mueven blancos lienzos en la playa; por el camino rudamente inclinado, más que bajan, ruedan puntos negros: aquellos son las madres hacendosas, que a la orilla de la mar blanquean su ropa; estos son los hijuelos queredores, que entran y salen en el mar, que se salpican con sus aguas, que persiguen la camisola arrebatada, que brillarían si fuesen dorados, y brillan más porque son negros.—

La goleta ha traspuesto la barra.

La canoa, tripulada por dos hijos piadosos, a la par esposos amantes, mueven el flexible remo hacia la costa. Esta ave de anchas largas alas que ha cruzado rozando con nosotros, es el alcatraz de seno blanco; refresca las plumas de su pecho en tanto que con ojo avaricioso persigue la huella de algún pececillo descuidado. ¡Qué ir y venir de mozos y de mozas! No se ve una cara blanca, pero el negro de la raza pura alegra los ojos. No el negro corrompido, bronceado, mezclado de Belice, sino ese otro luciente, claro, limpio, que no tiene nunca canas, redondo en las mujeres como Venus, en los hombres desnudo como Hércules. Pero hoy es fiesta. ¿No? Pues ¿qué hacen en aquella plaza tantos hombres que van y que vienen? No es plaza, es que están *embarrando* una cabaña. Ese bullicio es simpático; atrae ojos y corazones, porque lo engendra un sentimiento fraternal. En Livingston el pueblo no permite que un hombre solo haga su casa: todos le ayudan, sea cualquiera la época del año; ellos arrancan la tierra y la acarrean para endurecer el suelo, ellos cruzan las varas, ellos construyen estos bruscos ladrillos, ellos coronan la choza de abundantes hojas de palmera. El marinero es saludado por todo el mundo, y a bien que no es chico el pueblo: hablan su caribe primitivo, su dialecto puro: ellos no lo han mezclado, como en México, con palabras españolas para las innovaciones españolas. O han inventado sus palabras, o las tenían, lo que acusa natural riqueza. Y ¡qué manera de hablar! Una vez admiró el viajero la rápida palabra de los vascos: ahora ve que esta le es muy superior. Son locuaces con la lengua, con los ojos, con las caderas, con las manos. Tienen para cada letra una, no mirada, sino transición de ojos diferente. Si dijeran amor, estas mujeres quemarían. Oh! Y cómo se viste esa negra: es el vestido del país; un pañuelo blanco, atado a manera de turbante le cubre por delante la frente, y por detrás el cuello, dejando caer las largas puntas sobre la ebúrnea espalda. Un camisón de azul listado, deja al aire brazos y cuello, y, más abajo de las rodillas, deja paso a la saya que le cuelga de la cintura. ¡La que no lleva el camisón solo! Y mucho más abajo de la cintura, ciñe con un lazo abandonado el camisón de hilo, un pañolón azul de largas puntas. Pero aquel pequeñuelo es mucho más curioso: tiene formas narcíseas, apolíneas. Es ligero y hermoso, nervudo y correcto; el pequeñuelo es un Cupido negro. Atado sobre el hombro izquierdo por dos puntas, cíñele el cuerpo un pañuelo por el lado opuesto, que le llega muy bien a las rodillas: el contraste con el pañuelo, de grandes

cuartos rojos, hace resaltar más el cutis desnudo. Lleva en la cabeza una batea, y con la misma mano con que retiene la batea, sujeta una larga varilla, inútil sin duda, pero tradicional sin duda en esta tierra.

El marinero ha llegado a su casa; su *nínámia* deja caer la tabla sobre la que muele la yuca que ha de proveer a la casa de casabe; su *nírá* se abraza a sus rodillas, y le besa la mano; su *niráju* balbucea *baba,* y su *dada* anciana, pero sin una cana y una arruga mueve extraordinariamente los ojos y las manos, y dice al viajero: *mi niráju*, *mi niráju*.—La casa es pobre, pero limpia: las hamacas son de lienzo blanquísimo; aseados los tinajos para el agua; nuevo y bien trenzado el cesto, cubierta de amarilla pasta la pared, y amontonados en un rincón hermosos cocos. De esto viven; del coco, de la yuca, del plátano. El maíz es escaso, y la caña abunda, la buena caña gruesa, veteada de rojo cardenal. Es un rojo que ha descubierto el viajero: es menos oscuro que el carmesí, y menos vivo que la sangre: la naturaleza lo ha pintado en el pecho de una de sus aves.

Estas caribes de opulento seno son las cultivadoras de los campos; los hombres pescan y comercian; las mujeres siembran y hacen su oficio de madres y de esposas. Las mismas manos introducen en la tierra el *vástago*, le arrancan luego su raíz jugosa, y lo brindan luego al viajero en ancha torta. Son admirables esta vivacidad, esta generosidad, esta fraternidad, esta limpieza. El pueblo tiene un gran número de casas, de palma y vara; cada casa tiene un gran número de habitantes; las miradas llenas de benevolencia y de franqueza acusan, por su centelleo, que en el momento de la ira han de ser rayos y relámpagos. Es un pueblo moral, puro, trabajador. A eso lo invitan y lo obligan,—al ágil negrillo, al robusto marinero y a la hacendosa *dada*,—ese alto bosque que tienen a su espalda, ese ancho mar que tienen a su frente, y esa masa de cocos que se han abalanzado sobre la costa, como abriendo los brazos de la generosa América al viajero.—Ah! y qué contento! Allí está la entrada del río: en otras tierras el centinela es un castillo; aquí elegante, rumorosa, amable, regia, el centinela es una palma. Queda atrás la población animadísima, la colocada sobre esa alta costa, nunca traspuesta, siempre besada mansamente por la onda azul mar.

El río—el eco: las menudas ondas del río— las letras indias:—¡dicen que es encanto! Los caribes no tienen escritura: hay una mano impresa; basamentos horizontales de roca calcárea:—aquí la tierra se brinda, no se encoge.—La gota de agua que cae todo el año. Las flores sobre las rocas. El canto penetrante del *ramatutu*. Bandada de pájaros blancos.—Entrada solemne. Marcha majestuosa.—

[Marzo de 1877]

[Ms. en CEM]

[DIARIO DE IZABAL A ZACAPA]

En Zacapa viven principalmente del tabaco y de los sombreros de petate: este es el *patrimonio*, como dice la gente del pueblo. El comercio, casi imperceptible al extranjero; por sus escasas formas exteriores, es sin embargo, activo. Aquí vienen de todos los valles cercanos, a surtirse de toda clase de menesteres.—De manera que son casi todas las casas del pueblo depósito de azúcar, de licores, de telas, de hierro, de loza, de los artículos primitivos indispensables para la vida pobre de los campos.—

Iban en la procesión un San Pedro, parecidísimo a Antonio Sellén;—un Jesús, que aun en formas ridículas inspira y merece respeto abrumado por la piedad popular, simpática cuando se limita a esa piadosa de la de oropel, no del y flores de lienzo de colores vivos;—una Virgen María, demasiado vestida de nuevo para ir con tan grande dolor;—una raída y desvencijada Magdalena, ¡ella, la Dama de las Camelias del cristianismo!—y rematando el séquito una figura inmensa, candorosa, alta y de alba vestida con rubia peluca, sujeta en la mano una ancha copa de oro,—y dicen que esta singular persona era el leal y poético San Juan.—A Dios que no, caros amigos zacapecos. Pero ellos iban muy regocijados de sus santos

contestado mar y río!

¡Lira mía esta, que siempre, tal y como ahora sobre mi voluntad, se va a sus notas graves! Polvoroso y agitado, echo pie a tierra de un larguísimo viaje, rindo culto, mal de mi grado, a las creencias del país, y en tanto que pongo nuevamente para no menos larga excursión, el pie en el estribo, contaré, al correr de la pluma, a mis amigos muy queridos, cómo se viene, siendo yo quien soy, desde Izabal hasta Zacapa, y cómo se descansa, escribiendo esta autohistoria, en los días Santos. Celebren flauta y órgano, en la Iglesia, que suenan ciertamente a chirimía, los oficios del Jueves Mayor; en tanto yo, que no gusto de presentarme al público en traje de camino, me echo en brazos de los que bien sé que me quieren, y les escribo, estos mis ocios, tocada la cabeza con el sombrero de petate; ennegrecidas las manos por el sol ardiente, y terciada al hombro la burda *jerga*, listada a medias, y a huelgos, de blanco y de rojo.—Este es un libro de casa sobre mi viaje en mula: es un librillo de comedor, y bien ha sido hecho para que no vaya más allá del cuarto alto, ni se aleje, por una copa, alguno de los de la esquina.

CAPÍTULO I

Estábamos a 26 de marzo de 1877.—Compré mi hamaca de pita, y mi sombrerillo de petate,—que todo junto vino a ser un peso,—pagué doce reales por dos huevos que comí, y una noche que no dormí, amén del sacrificio que padecí—que no en balde estamos en Semana Mayor, de dejarme hablar por una locuacilla hija de la hostelera, que pasó sus infancias en Guatemala; que es por mitad criada y señorita, y que mordería el polvo por hablar su horita cada día con algún caballero de ciudad.—

Y yo te aseguro, Eusebio amigo, que fue aquella una noche un tanto cruda. El recio viento norte golpeaba tejas y paredes, y me robaba los aromas del jazmín del Cabo que venían del jardincillo de la casa; luego en mi alma, los afectos corren viento siempre, y éramos bajo el cielo

negro airado dos tempestades diferentes. Bien noté yo al reclinar el cuerpo en lo que debía ser lienzo, que si lo era no lo parecía; pero hasta que di con la cabeza en la almohada no di en el caso grave. La almohada era de paja; alcé la sábana, monda y pelada, y vi que mi catre era de saco. ¡Vaya en gracia por el mes, y cuenta que llevaba de dormir a costilla pelada sobre la cubierta de los buques!

Ello es que di los doce reales, que corté un jazmín para mi Carmen, y le envié su aroma con mi beso, que me despedí de un pobre hombre díscolo, que en el lugar tiene fama de ignorante, y a mí me parecía un hombre sapientísimo, porque disentía en todo de mi manera de ser y de decir, y que, revólver en cinto, y machete bajo el muslo, crucé las piernas sobre la más pequeña, rebelde y mal intencionada mula que vio nunca la montaña de Izabal.—

Y bien, Fermín hermano: a nuestros años se tiene siempre una panada de sueños dormidos, que traidoramente y sin sentir han penetrado nuestra voluntad. De manera que, sin haberlo pensado, me encontré yo con que anhelaba gallardas aventuras, misteriosos encuentros, noches de oro y de abismo, sorpresas de fieras, todo lo que promete, en suma, a una imaginación enamorada de lo heroico un viaje de ocho días a través de ríos, selvas y montañas tropicales. Traía yo el espíritu celoso de la actividad de los caribes; traía el alma robusta con el magnífico espectáculo que a ambos lados ostentan las majestuosas orillas de un gran río; como alas se habían pegado a mi alma aquellos cortinajes de verdura, prendidos en el cielo, mal sujetos sobre las ondas del Río Dulce, salpicados los movibles pliegues por aves blancas y pajarillos de colores.—

Y ¡este león rugiente, este corcel de Arabia, y esta águila altanera que yo me siento aquí en el alma!—Imagina todo esto, a horcajadas sobre una innoble mula.

Bien está que yo empiece por la descripción de la viajante comitiva.

Su perfil es correcto, menuda la nariz, breve la boca, bien hecha la frente, aguda la barba; acaba la figura un tocado casi griego, puesto que con las trenzas del cabello se ciñe el casco a manera de corona;— mas todas estas perfecciones de la forma, abrutadas por la incultura, se convierten en fealdades numerosas por la falta de transparencia espiritual. Ni un rayo del alma se abre paso por entre esa tez de bronce. Mira como las onzas y las zorras; arruga el ceño, no para expresar una ira que no siente, sino para recoger el pensamiento que no entiende. Es inaccesible a la bondad, a la pregunta, al silencio, al aseo, al cansancio, a la ternura. Anda como quien va clavando estacas; horada donde pisa; lastima donde mira. Prendida bajo la copa del sombrero lleva una manta negra que la guarda, a ella que no sabe un poco del sol: se ha recogido la saya de percal con un cerquillo de crines, con lo cual parece que media una artesa entre su talle—¡no es talle!—y su cuerpo. Y el seno *¡pobre pudor!* salta a los ojos con una abominable transparencia, porque apenas lo cubre la camisa de los días de fiesta, de finísima indiana, leve como el encaje y como el tul.—Y Aniceto la ama: esa es su Lola.

Dejémosela, hermano.—*¡Horresco referens!*—

Ella azuza la bestia, la sigue, la persigue, le vocea. Anda a trancos, bebe agua en todos los ríos, come *totopoxte* sin cesar, ayuda a cargar y descargar a su marido, y se prepara a *apencar* el frijolar,—que es tanto como sacar los frijoles de sus vainas. Es en vano que yo, curioso infatigable, la pregunte por el cultivo del café, del maíz, del tabaco, por los alimentos que usan, por las ferias de que me habla su afortunado cónyuge. El pensamiento de esta mujer es una piedra azteca; no se puede leer en ella sin ayuda de su marido.—Este es un intérprete cansado, que

dispone de muy buena voluntad, de una imbécil catadura, y de un escasísimo número de palabras que repite y aplica de modos diferentes. Anselmo Suárez, el único evangelista que nos queda, no nos enseñó el latín vulgar. Me entrego a mis urbanos pensamientos, y dejo su fraseo de bípedos a estas rocas talladas en lo humano.—

Heme al fin caballero, pues más que sobre la mula, cabalgo sobre la montaña: ¡caballo digno mío! Es fuerza que haga pronto algo más que relinchar y piafar. Respiro un aire nuevo, y me va bien; bien a fe sobre estas crestas. Son las unas de piedras puntiagudas; las otras de pendiente arenosa; estas de césped resbaladizo, aquellas de colosales capas pétreas, sobre las cuales se deslizan velozmente los cascos de la mula, que va a caer sentada y yo sobre ella, al lado de un precipicio, cuyo fondo, casi invisible desde lo alto, ofrece las sombrías igualdades de lo negro, atractivo, vertiginosamente atractivo, como todo lo oscuro y lo profundo. El peligro enciende la sangre en los caminos, como en los campos de batalla la enciende la pólvora. El accidente es el placer de los viajeros. Tal pico asombra por enhiesto, y a él hemos de ascender, bajo el fuego del Sol y sin la sombra de los árboles, al rayar el Sol en mediodía. Tal cripta o abra espantan y los llaman por lo inclementes El Infierno; y allá hemos de bajar, resbalando al borde de barrancos sobre lechos de piedras, envueltos en tales velos que no penetra por ellos ni un rayo siquiera de las luces, blandas y plenas, de la Luna. Aquí, más que silba, ruge y gruñe la víbora; allí, más que canta, parlea un menudo cotorral; huye con gran estrépito, inacorde y antipática, una bandada de pequeños monos, el corazón late de un dulce miedo y de placer imaginando que ese ruido bronco es tal vez el de un tigre atrevido que lo espera al pasar. Y se dice que los tigres fascinan, como los leones, que el valor humano obedece a una influencia física, que lo inermiza, ígneamente asentada en la pupila de la fiera; que sus miembros de acero, corvos y ágiles, esquivan a saltos su gallardo cuerpo del ojo más certero, del brazo más osado. ¡Brava iluminación para la selva, los dos ojos de un tigre bien crecido!

A estas esperanzas se entrega el alma, que se paga de lo difícil! Bien estará entre sus dos ojos la bala del revólver. Mejor estará su piel humeante, majestuosa, fresca, sobre la espalda del robusto arriero. Así, paso a paso, salvo las montañas, aspiraciones de la tierra al cielo. No viene el tigre, no baja la montaña, cae la tarde. Allá a lo lejos, muy a lo lejos, se extiende, negruzca y extensa, la gran laguna de Izabal. En ella se encrespan las olas, se desgajan los vientos, zozobran los buques como [en] la mar. Yo, hombre, habitante de la tierra, soy desde aquí más dueño de ella. La miro de tal manera, que cuando la miro, la canto. Nadie habría menester preguntar quién soy, si me viera volver a ella mis ojos. Todos los hombres están destinados a ser reyes. Esta es la cumbre del monte, y ese es el mar que lo lame; ese gigante obedece a este, y sobre este, ahora piso yo. De abajo, este pico es vecino de las nubes. Ahora, bien repleto

a su amada el viajero, más bella que los rayos de la Luna, y despierto, duerme.

Se fue de sus brazos: pero le ha dejado un beso sobre el corazón.

El caballejo se detiene; la mula del baúl se ha echado en tierra, fatigada; Lola se encuclilla, y come *totopoxte*. Aniceto corre tras de mí para avisarme que hemos llegado al punto de descanso.—

¿Descanso? No sabe qué es la vida: ¡ni siquiera significa lo mismo que muerte!—

Bien está; pero yo aún no he comido. Aquellos dos huevos de la ilustre fregona, más locuaz que ilustre, no son alimento bastante para tan recio día. La selva abre el apetito, y se siente uno un

poco tigre cuando llega la noche. Cuando avistamos el pueblo, aún humeaba el ocote en las pobres y aisladas casas del *Mico*. Pero don Facundo es el rey del pueblo, un rey modesto; humilde, democrático, una especie de rey vacuno. Él tiene buenas vacas de leche; él ha abandonado la galera para provecho de las arrias; él mata *coches*, que así llaman por acá a los puercos; pero ese rey misterioso es impalpable e invisible. Habla a través de la *manaca*, palma de hojas soberbias cuyos pedúnculos arrancan de la tierra, y que cubre en estas casas de campo techos y paredes.—Hay todo lo necesario para hacer comida en la casa, menos la voluntad de hacer comida. Por este trillo de plata, que así resplandecen en la tierra de arena las claridades de la Luna, se va a aquel *rancho* lejano. En el camino, díceme Aniceto que *rancho* no significa aquí *hacienda* como en México sino casa de campo.

Llego a la casa; y allí hay toda la voluntad de hacer comida, menos lo necesario para hacerla.

Súbita llamarada ilumina aquel bohío cercano. Allí llegó sin duda olor de pasajero. Las mujeres, más que brindan el paso, lo impiden: tantas son las que se agrupan en la puerta. Sépase en breve que husmeado por un *coche*, maullado por un gato, y vigilado por un *chucho*, nombre aquí unánime de perro, comí al fin un enfermizo, y enfermador, plato de frijoles sazonado con humo, y empujados porque lo necesité con *tortilla* más verde que blanca. Enjugué los labios con un café.

Capítulo V

No Aniceto a mí, sino yo, poeta incorregible, rugidor de ideas, infortunado voluntario, azotador de almohadas, y aquella vez de pitas, yo fui quien di a Aniceto la señal de partida cuando la Luna, clara y redonda, descendía en el cielo—por qué descienden cosas tan bellas como la Luna—al lugar al que, si no tuviera roto el volante, corresponderían las tres en mi buen Rostkoff.

Estas mis manos, que no se hicieron para arrias, y este mi hombro, que para cruces podrá haber sido hecho, mas no para baúles, ayudaron al brusco matrimonio a cargar al manso Pellejudo, y a la mulilla de los mordiscos y corcoveos. Porque Lola acarrea y amarra, y sabe encinchar una bestia con una crueldad que disgusta y asombra.

Vámonos, pues, camino de Gualán. Tras de los montes que aún he de vencer, va ocultándose la Luna; a medida que sus rayos menguan, crecen en forma y sombra los troncos de los árboles. Parece el uno Tántalo corpóreo, que vuelve al manzano copudo los demacrados brazos; el otro Tántalo rugoso, que pende sobre el río, retorcido de sed sobre la orilla, la boca que no llegará jamás a él. Pongo toda mi buena voluntad para agrandar estos temas, para poetizar estos parásitos desnudos, para infernizar estas implacables mansedumbres. Hundíase ya la Luna, o la montaña vecina me la oculta; pero como mi alma está sin remordimientos, quédanme sin fantasmas estas selvas. Nada me aterra, porque nada debe aterrarme. Ese tronco es tronco, y ese leño, leño, y esa hoja, hoja, sin que pueda yo imaginar que se mueve la raíz nervuda como difunto airado que me clama, ni el ramo seco como brazo que me señala a la infernal justicia, ni las mansas hojas como rumor de un alma acusadora. ¡Feliz quien como yo, puede atravesar una selva, sin que le figuren jueces y difuntos los troncos de los árboles! ¡Feliz quien puede oír una tempestad entre los

bosques, sin que nada dormido se levante a pedirle justicia contra sí mismo en su conciencia!

Pero mi incriminalidad hacía entre tanto mi infortunio. ¿Qué era yo, manso cabalgador de aquella inmerecida bestia? ¿Por qué no hay ladrones que accidenten mi camino? ¿Por qué no hay fiera que prueben las balas ociosas de mi revólver? ¿A qué lo encinté, si para nada había de serme útil? Burlándose estará de mí el arriero que me ha visto armado de todas armas. A bien que este corvo machete, que más tunde que corta, es suyo, y yo lo hallé cruzado a la siniestra de la silla.

En estos vericuetos de los montes; en esta vía más hecha a trechos para águilas y gatos salvajes que para hombres y caballos; en estas áridas mesetas, sin solemnidad, sin grandeza, sin juego de luces, sin colores;—en estas mezquindades de la serranía sin mesnadas, sin peligros, sin paisajes; en estas leguas que se arrastran, más que se andan; ¿cómo ha de ceñirse al rastrero la voluntad enamorada de las cimas?

Allá, en el día primero, allá análogo a mí, hallábame bien respirando el mar y caballero en la altura; escalando el pico y serpeando la pendiente; salvando el paso estrecho y ladeando la áspera quebrada; olvidado con la vecindad de las nubes de la mansedumbre de la bestia; gustando del inefable y utilísimo placer de los peligros, y ¡extraña cosa! jamás recibo yo de la grandeza aire ni impresión que no sean míos; de mi mismo pecho brota la potencia con que admiro; y el aire nuevo que me lo agranda y me lo inflama, de mí nace, y valgo lo que son, y jamás llega la hermosura del espectáculo a la altivez con que lo siento.

No abundan en esta parte de la vía los accidentes; comienzan los planos,—algo así como diminuta pampa y raquítica sabana—los árboles, en pleno marzo, están sin hojas; el camino arenoso absorbe las lluvias incesantes; fatiga y disgusta esta vegetación esqueletosa, que no ha muerto pero que duerme; así cansa y abruma el cuerpo al alma en ocio. La vida es el constante empleo; el agrandamiento por el roce; el obstáculo, jamás la caída, a no ser victoriosa y gloriosa; la obra permanente; el ir, triunfo eterno, montaña arriba, roca adelante. Esta es la vida; y reverdecer y extenderse son los perpetuos deberes de los árboles.—

Seca las fauces más la contemplación de esta aridez que el Sol, que aún no calienta demasiado. Pues canta un gallo, huye un buey, y ladra un perro, cercano está algún rancho. Allá va dando trancos Aniceto, en demanda de agua para mí.—Ya veo en la puerta a la fecunda madre de los pequeños que rodean al arriero, madre jarretuda, poderosa, casi esbelta. Ya me parece oír decir a Aniceto, con acento melifluo:

—Buenos días, nos dé Dios, mi señora. ¿No me quisiera hacer el honor y favor de darme un poco de agua?

Devuelto, luego de bien saciado, ha sido el barro. Y como Pellejudo se resiste a continuar la larga marcha, sacúdele un bravo zurriagazo el frijolero del Jiote, y dícele a la vez:

—¡Anda, cholludo! ¿Qué aflicción te pueden causar aquellos tormentos que siempre los habéis pasado?

Y luego, malhumorado con las perezas de las bestias:

—Venite, Lola, y háblale a la mula.

—¡Anda, caballo viejo!

—¡Qué aflicción de mula esta, hombre!

Y allá va galopando tras la rebelde de los corcoveos que ha esquivado la vereda, hundido por ella el césped amarillento y abrasado, y sacudiendo en tierra la col, el *totopoxte* y la ligera caja de retratos.—

Arruga el ceño Lola, esta vez para hacer fuerzas con que ayudar a su marido; yo, en tanto, seguro de que la vía va sin torcedura, hasta Gualán, incrusto mis talones en los ijares de la mula; cierro los ojos para imaginarme que es un brioso caballo, y desdeñando el trote, lánzola a galope, y a escape luego, olvidada la brida, y pegado su cuello con mi cuello; y así, salvando las pequeñas crestas, los ligeros arroyos, los breves pedregales, ando en minutos leguas y me vengo en un valiente instante de la quietud perezosa, del jineteo imbécil, de la hipócrita cabalgata de estos días. —Llevose un tronco, o una piedra, que yo no sé lo que fue, uno de los descomunales estribos de Zacapa; con lo cual creí que iba a disgustarse mi Aniceto; pero este tomó lo de la carrera por *muestra de señorío*, que así lo dijo el que me parecía babieca, y el que lo sigue siendo, maguer esta malicia lisonjera.—Que no soy yo de los que adornan de virtudes a los malvados, y de talento a los necios, tan luego como ven en uno algún ladillo flaco que adular. Perdonó lo del estribo, bien seguro de que se lo había de pagar holgadamente; y díjome, como causa de la plática, que le *cuadraba mi modo*, que ya la bestia estaba *impuesta a mi costumbre*, y que, en *dejando a la mujer*, en el Jiote, para el *apareo* del frijolar, quería seguir conmigo a Guatemala. Y quién se niega, aunque el ceder le pese, y la carga le moleste, a la adhesión afectuosa? Más pena da rechazar una muestra de afecto, siquiera sea enojosa, que placer verse libre del enojo. Sonreí por fuera, y me mordí el labio por dentro, con lo cual, diciendo a Aniceto que no, díjele que sí, y hasta con agradecimiento y con cariño. Hice amén al abandono de Lola, cuya presencia antiestética molestaba mi concepto de belleza pura, aristócrata y descontentadizo ser congénito del mío,—porque fue base espontánea del contrato que la esposa abandonase al esposo, divorcio que contra mi creencia general, aunque no absoluta, llegué a considerar moral, benigno y útil.—¡A cuántas individuales peripecias está sujeta la más estricta justicia humana! Las simpatías y las repugnancias inclinan invariablemente las sentencias; y un conjunto de fallos criminales, si fueran dictados rectamente, viene a ser un reflejo exacto de la vida y azares del Juez. Con miedo escribo cuanto escribo, y hago cuanto hago, porque me posee, a la par que mi ciego espíritu, único, una reseca desconfianza de mí mismo, y temo que, como hoy corrijo dudas de ayer, haya de corregir mañana estas que, brusca y vehementemente, agito hoy. Así, por miedo al porvenir, desluzco y aminoro el presente. ¿Lo aminoro? No, lo fortifico. Mide el viento su fuerza por el tiempo que ha tardado en avanzar.

Se cruzaban a la entrada del pueblo numerosas vías, frecuentadas y angostas; villas de lejos, leí y escribí a la sombra escasa de un tronco seco, y allí esperé a Aniceto, que llegó horas después. Le había yo oído decir que tal vez no cruzaríamos el pueblo, sino que descansaríamos al otro lado del río, donde había un *sacatal*; y así fue, anduvimos por un trillo excusado, vadeamos fácilmente el cauce casi enjuto; hicimos pie bajo una seiba secular; y en tanto que me hacía Aniceto sobre las raíces nudosas, amontonando mantas y *jergas*, una especie de lecho, y de trono, enderecé las piernas a una casa de las tres cercanas, que todas tres cabían bien juntas bajo las ramas del árbol que rodean. Llego a punto, que almuerza la familia: ¡bienaventurada tierra esta donde por todas partes reciben con rostro plácido y amigables palabras al viajero! La dueña, mujer solícita en el hablar, y mermada en lo físico—sin que ande lejos la causa de la merma,—tiene ante sí un extraño guisado que comparte conmigo y es gustoso, a saber: tortilla de maíz frita con huevo. Ella hace de la tierra mesa; y para hacérmela a mí expulsa de sobre la cama de tiras de cuero cinco raíces de aquel fértil tronco,— evidente causa de la merma observada.—¡Arroz, simpático arroz; tres días hacía que no columbraba yo tu blanco grano! Aquí lo dan, si rápido, amarillo,—con lo cual, y una

taza de leche, y dos mangos pintados para cuando acabe la siesta, terminó mi almuerzo baltasárico.

Y un honroso detalle. Di a la hostelera dos reales, que es aquí el tipo mayor de esta clase campestre de festines, y ella movía la cabeza; como quien quiere más. Más le daba y seguía moviendo el tocado casi griego, aquí único y unánime.—

—No, dijo al fin; no quiero quitarle a mi señor más que real y medio.

Con lo que tuvo merecido cinco veces el precio del almuerzo.

Fui a mi lecho y mi trono; pero tenía más de trono que de lecho; por lo corvo, por lo espinoso, por lo incómodo, porque las raíces, brutalmente quietas, hendían mis espaldas; porque las hormigas, cortesanas de la reina de las selvas, le andaban a la seiba por los pies;—y, no obstante mis acomodaciones, mis sacudidas, mis concesiones de terreno, mis parlamentos angustiados, mi necesidad de reposar, bien poblados que fueron todo el tejido de la jerga, y todos los misterios de la manta, y todas las indiferencias de mi sueño, volví otra vez camino de mi rancho, donde la mujer es amable, la criada rolliza, el mango sabroso, amarillo el melón, vivaces los pequeños, y afectuosa la acogida.—Fruta del alma que vale más que todo fruto y alimento de árboles y tierra, sin la cual no quiero manjar, ni techo, ni lecho, ni podría nunca gustar humana gloria.—No hay cosa como esta dicha de inspirar confianza y concederla; más gozo yo con merecer la simpatía de un labriego, que con que me aplaudan un discurso;—y no lo digo porque ande ahora entre labriegos, que también lo he dicho y sentido en los pueblos donde,—con ira mía— mezquinos que son—no me lo creen.

Y como va largo el capítulo V, y mi cabeza bambolea, por las notas, esperanzas, dolores, prosa y verso, y lo que va de esta narración, escrito hoy todo, dejo para mañana, Santo Viernes, el fin de estas monótonas historias.—El amor con que serán recibidas, disimulará su carencia de grandeza.

CAPÍTULO VI

La criada rolliza, de cuerpo abarrilado, de nuca formidable, de rostro idolesco, arrodillada en tierra, muele y prepara tortillas de maíz; encendido el ocote, humea molestando, y calienta, aquí el *comal*, batea ligera y plana donde el maíz más aspira el fuego que se cuece,—y allí, con menos brío, una caldera de grasa destinada a trocarse en jabón prieto;—la madre encuclillada sobre la cama corta y adereza los trajes que al día siguiente van a lucir sus hijas en la fiesta. Y mientras ella adorna con una gran faja de tarlatana verde una sayuela de percal rosado, y recompone—y cuenta que copió de la naturaleza—un vestido con traje de peto de amarillo canario y negro verde, que esta variante toma el negro cuando está marchito,— yo parlero con los chicos y con grandes, y a aquellos pregunto por su escuela y sus travesuras, y a estos por sus haberes, fiestas y trabajos.

Huroneo la casa, y como sobre aquella viga hay una buena albarda, cubierta por un vellón lanudo, y colgada por anchos vaquerillos;—y como le hace gallarda compañía una lujosa silla de mujer, tengo para mí, y logro saber, que el jefe de la casa, es un hombre infatigable, que tiene no muy lejos una hacienda con sus 100, o más, cabezas de ganado, y que, *gracias al Señor*,—como dice la mermada,—cada hijo que le nace trae —no un pan bajo el brazo—sino diez o doce cabezas a la hacienda.—A la par que la mujer guisa y conversa, acaricia a sus hijos, aun en el momento en que les riñe; de tan suave manera habla. De modo que, cuando un rapaz de cinco años, va, con los pies descalzos, con la nariz amarilla de la fruta, y dada al viento la camisa, a llevar a un comprador

un frasco de manteca, como este se le viene al suelo, la madre lo regaña y él se aflige,—y ella se vuelve a mí, y de una indefinible y tiernísima manera, con esa elocuencia resplandeciente que está escrita por mano divina en las entrañas de la madre, me dice:

—¡El pobre, por bueno de llevarlo! Pero él no tiene fuerzas todavía.

Hablamos de Gualán, y supe que hay tres ricos en el pueblo,—y como yo le pregunté por sus nombres, la mujer suspende la obra de tijera, y mirándome con una fijeza igual a su vivacidad:

—¿Qué me manda? me dice de una manera tan abreviada y rápida, que un oído no habituado no la entendería.—

Este—¿qué me manda, o qué manda?—vale lo mismo que el *bueno eh* español, que el *¡Señor!* servil, que el *plaît-il* francés, que el estirado *Sir* británico. Equivale al *¡ay!* que a cada instante grazna mi arriero.—Y como yo hablo de prisa, y me falta el diente, y mal me avengo a acampesinar mi lengua ciudadana, sucede que muy a menudo me interrumpen o responden con:

—Ay!

—Qué me manda?

—Qué manda?

—Qué me dice?

Dan en esto las seis; cabalgo nuevamente, al pie de una casa en esqueleto, cuyas paredes juntan hoy con varas de pimiento y cañas bravas, y cuyo techo comenzarán mañana a cubrir de manaca; regalo a los traviesos mermados, que me tienen cautivado por el amor con que me cercan, y por la vida que centellea en sus ojos,—y a buen paso echo a la cabeza de la comitiva, por el cómodo camino del Roblar.

Entremos en el

CAPÍTULO VII

—Acuérdese, señor! mi gallo estaba despichado, plenamente despichado, mi señor; cuando que viene el otro, que era un gallo de Cobán, un animal florido, de lo que hay de grande, mi señor; le da un pechazo al zambo, y acuérdese que dio mi gallo un grito, dio un volío, sin na'a de vuelta de gato, y de un tiro, de un tiro solito, lo rajó.

—¡Ah, qué gallo galano!

—Pero acuérdese que le entra una devanazón, y fue volteando hasta la cerca de ño Chepillo, y cuando lo vine a alzar, ¡acuérdese qué pena! se había degollado por la navaja, mi señor.

—Eso fue que no lo amarró bien el señor Catalino Mañar.

—No, mi señor, que yo lo recuré, y quedé que lo amarrara mi compadre. Pero acuérdese! que allá tengo en Santiago un pollo jiro, y el sábado lo voy a traer al desafío con la gallina blanca cobanera; porque mi pollo tiene once alzas, mi señor, y con ese todo gallo es temagá.

Esto decía, aguzándose la barba un inesperado compañero de viaje, sitiero rico del vallecito no lejano de Santiago, y por lo de gallos y compras, amigo de Aniceto, con quien, muy salpicado por mis preguntas se traía esta plática caminera.—

Viene él de Gualán, donde pasa entretenido los ocios del Miércoles Mayor jugando gallos. Viste el apasionado jugador, que es un hombre entrado en años, muy bordada camisa, lustroso pantalón de lienzo blanco, y chaqueta de paño ceniciento, que hace lucir más el color azul celeste

de la faja. Cáele sobre el cuello, y deja al aire la frente bronceada, sombrero de petate fino, y a manera de cinta, rodea la copa cuenteado pañuelo. Pone a par de las nuestras su airosa mula oscura; la albarda es de cuero bien curtido; no falta sobre él el vellón blando, ni sobre la gualdrapa los largos vaquerillos. Lleva machete el santiaguero, mas no al cinto, que aquí no se usa, ni hermanando bien con la chaqueta, sino sujeto por hilos de cuero sobre el lado izquierdo de la montura, con lo que queda bajo el muslo el arma cortadora, que hace bien en ocultarse, porque de salir a luz no pudiera ostentar ni rica plata ni vistosa pedrería.

Bien está al de Santiago la cabeza viril sobre ese cuello erguido y gruesa espalda; peina con los dedos a menudo la luenga barba negra, mas cuando cobra toda su brillantez esta figura, tostada y entusiasta como las de nuestra tierra; cuando se yergue entero, fornido como un baracoense, de correcto rostro como un holguinero, de habla antigua y fogosa como un camagüeyano; cuando vivaz el ojo, y olvidada la brida, echa de sí todo su fuego y sencillez este fuerte hombre, es cuando cuenta con ardiente verba los vuelos, arrebatos, ganancias, muertes, tiros de sus animales de sangre de ira y oro. Él extiende los brazos para hablar del *volido* milagroso; él menea la cabeza para imitar la agonía de su tordillo; sacúdela luego señaladamente, haciendo rueda con ella y con sus manos, para hablar de la *devanazón*; se echa atrás el sombrero, y como quien ha menester más aire y luz, para describir *la pelea a pico,*—y recogiendo la brida, como quien vuelve a la existencia natural, y sacudiendo las piernas sobre los costados de la mula, sonríe satisfecho, y saborea con dilatada complacencia su narración, sus recuerdos y sus triunfos.

y dimos, entrada ya la noche, en el Roblar.

¡Mal haya el rico campesino, cuidadoso, antes que de parecer bien, de no parecer criado! El majagranzas cree que comunicar las risibles holguras de la ranchería, y los medios de vida en la comarca, es oficio que lo rebaja de su erguida alcurnia, y como fuma veteado tabaco, y calza zapato de vaqueta, y luce calcetines amarillos, sube de campesino a malcriado, y de hombre humilde a majadero. ¡Mal haya él que a duras penas me cedió la hamaca en que sentaba! ¡Hayan mal junto con él la vanidad agreste que hincha, y la zafiería del mastuerzo enriquecido, tan distintas del sereno orgullo de un hombre de bien! ¡Haya mal el tendero del Roblar!

Y queda dicho que yo, que gusto del comercio ameno y locuaz de los espíritus, y de observar el adelanto para noticiar y loarlo, y de oír la pesadumbre para buscar pertinazmente el remedio, fruncí el ceño y me hallé mal entre aquellas paredes de ladrillo, y bajo aquel techo de tejas, más pobres por su rudeza que el embarrado mísero y la manaca seca de la copuda seiba de Gualán.

A bien que aquí viene la cena, y como me la sirven manos blancas, y doy la espalda al zafio rústico, esparcime el ánimo, y con él la descripción.—¡Oh, acero de Manchester; y cuchillos de Gloucester, y tenedores de Springfield! ¡Oh, cubiertos ingleses de cabo de marfil y limpia hoja!— Tres días van ya caídos, y desde aquel de hoja de lata de Izabal, desaparecíanse de mis ojos los cubiertos. En mí, la privación de la pulcritud interrumpe seriamente la vida. Hecho a la pobreza, no vivo sin sus modestas elegancias,—y sin limpio mantel y alegre vista, y cordial plática,— váyanse de mí, y no norabuena—los guisados más apetitosos. Como es una función, nunca es un placer: fuerza es amenizarla, para hacerla llevadera; y disfrazar con limpias bellezas su fealdad natural. Pensé en Horacio y Garcilaso, ya que en Cuba no hemos tenido cantores de la dulcedumbre y amable vida de los campos, hice tenedor de una rueda de plátano frito, y cuchillo de un trozo de tortilla asada,—y bien asada,—y con esto medié al cabo el abundoso plato de

frijoles. Sazonelo esta vez con queso seco, hecho en la finca tres días hace, pero acre y rasposo—¡hubo de hacerlo el dueño mismo!— Suntuoso oro han servido a mis labios en esa amable taza de café.—Me enardece y alegra el jugo rico; fuego suave, sin llama y sin ardor, aviva y acelera toda la ágil sangre de mis venas. El café tiene un misterioso comercio con el alma; dispone los miembros a la batalla y a la carrera; limpia de humanidades el espíritu; aguza y adereza las potencias; ilumina las profundidades interiores, y las envía en fogosos y preciosos conceptos a los labios.—Dispone el alma a la recepción de misteriosos visitantes, y a toda audacia, grandeza y maravilla.

Brota el verso a medida que lo sorbo; aquí para una tragedia, poderosa y terrible. Trae seno de montaña, palabra de terror, y pies de trueno. Luego dispongo un acto dramático, hervor perenne y pertinaz presencia de un tipo permanente que habré de hacer eterno en el teatro:—aún no es llegado. Tal carta escribo a uno de alto nombre. Tal querella de sombrosa elocuencia, de admirable amor, que acaricia, envío a mi amada; yo grabo una época del espíritu en una obra moderna, cuyo plan trazo y divido con lucidez y claridad pasmosa. ¡Y ella, mi Carmen mía, arranca los más ardientes, y arrebatados, y centelleantes cantos a mi espíritu! Le llevan luz de estrella sobre alas de fuego: ¡buen viaje a mi misterio celestial!

Y adormido en la hamaca, que preferí colgar del portal fresco, más que medito, sueño; más que hablo, murmuro, traduzco a drama una leyenda de los; el pueblo de Livingston sopla a mi confuso oído un raro poema; y dividiendo en capítulos una historia del sufragio, desarrollo de mi imaginación otra historia grave que ha de seguir, simultánea y sucesivamente, en su riqueza multiforme, al espíritu humano, desde las letras cuadradas de Sem hasta la trabajosa generación de la República, cansancio del espíritu rebelde que vuelve de grado a los sencillos trabajos que arreció,—aprieto sobre mi corazón a la que amo, doy de mano a mis fieles amigos, pienso en mi madre, dolorosa perpetua, veo en lontananza un brillante Congreso, unas alas que se pierden, un espíritu o una nube que se van, y con sus labios junto a mis labios, duermo de amores.—

Capítulo IX

—Conque ¿es de marcha? me dice teniéndome el estribo un muchacho benévolo, que se ha levantado con el alba, como anoche se acostó con el oscurecer.

—Soy de marcha; le contesto estrechándole la mano. Sé amable y honrado.

Ahí queda atrás el Roblar, con su dueño riscoso y adusto, con su dueña de manos blancas, con su café misterioso, y con su criado servicial.—

No está San Pablo lejos del Roblar,—y es bien que pasemos de prisa por estos arenales infernales, donde se busca en vano en los arroyos secos agua, color en la quemada yerba, hojas en el partido árbol. Sombras largas y pardas, invariablemente blancas y negras; tierra que ha de delito ser culpable; pues es hoy tan estéril, sedienta cañada, quebrado tronco; enferma flor amarilla que campea,—¡sobrenatural esencia de las flores! sobre el ramo desnudo, y a veces cubre totalmente su desnudez,—son los accidentes áridos y únicos de esta larga llanura abrasadora.

Pero ¿no está allí un grupo animado de casas blancas y parduzcas? Allí sobre la loma. ¿Qué pueblo vestido de blanco será inhospitalario? Ruda es la cuesta; pero hemos de empinarla prontamente. Quede atrás el matrimonio que platica, para convencerme de que cada clase humana tiene su lenguaje. Aniceto enamora a;— y yo ¿cómo lo pienso?—lo pienso filosóficamente,—no

haría jamás vibrar una cuerda en el corazón dudoso de Lola. Yo no taño guitarra, ni mezclo el *vos* y el tú;—ni digo *acotate* por acuéstate, ni me zampo leguas como ciruelas, ni sé tejer la pita, ni embarrar un rancho, ni limpiar un cañal, ni siquiera tomar aguardiente!—Renuncio a Lola.

Y con estos pensamientos, he dado en el portal de doña Teosia, que en esto ha convertido el pueblo el nombre grecorromano de la tendera.

Cancerbero dijo quien dijo Infierno, y como de este vengo, ley es que a aquel halle. No es un marido celoso,—enamorado hasta el crimen, hasta la policía—de su mujer;—no es un *Keller*, arisco, que ni esto es valle germánico, ni helvético, ni en estas tiendas se usan dependientes;—ni siquiera es un *chucho* hambriento, de tal flacura, cual he solido verlos, en los ranchos, que no se adivina cómo no se le viene al suelo el flotante costillaje. Es esa misma Teosia, de ojos verdes salvajes, de esa tez blanca sin vida y sin venas, que más parece repelente máscara que cutis. Las raquíticas trenzas, atadas con cinta morada sobre la frente, semejan flechas negras, siempre a punto de desatarse sobre el que en ellas pone ojos. Huélganle los dientes en la boca; y se le anudan en el ceño las arrugas: ese cuerpo, cuadrado y desenvuelto, es tan feo que parece enfadado, ese cuerpo imprudente y descortés, no ha vivido, sin embargo, muchos años. Si es mujer ¿por qué no es bella?

Estoy en tierras de mi Madre América y ¿no habré de beber café por la mañana?

—¿Tiene V., café, señora?

¡Ah, qué mirada! Hay en ella desconfianza, brutalidad, atrevimiento, desafío; todo lo que hay en unos ojos verdes que brillan, encendidos en un rostro feo, bajo dos cejas ríspidas y negruzcas. —

La mujer feral murmura, dando vueltas al delantal y encogiéndose de hombros, unas palabras que no entiendo, y acaba con estas otras:

—¿No sabe beber leche?

¡Y la mirada!

—Saber precisamente, sí sé; pero quisiera café ahora. ¿Conque no se puede hacer?

—Pues, no le acabo de decir que a se puede?

Esto era lo que no había yo entendido.

—Entre; me dijo, y me volvió la espalda. ¡Hasta en la espalda me pareció verle los ojos!

Y até mi mula, y empujé la media puerta que sirve de ella, porque la otra media, que se abre y cierra independientemente, hace en todos estos pueblos oficio de ventana. Lo que es tan feo como ingenioso.

Heme al fin con un encuentro singular; con una mujer, que puesto que no es tentadora, ni hermosa, ni amable, no es mujer; con un fruto vivo de esta tierra seca; con un cuerpo sibilítico en que ha encarnado el espíritu del tigre que busco—¡esto es, he aquí mi tigre!—o el de la onza, que al fin es un tigrezuelo, que se come por estos alrededores todas las palomas y gallinas.—Por lo que en el Roblar no comí huevos.

Por eso están secas estas llanuras, porque esta mujer las ha abrasado con su mirada.

Por eso ha desnudado las hojas de los árboles:—porque odia la belleza.

Por eso ha bebido todas las aguas de las cañadas y los ríos, porque ella, espíritu avernal, padece eterna sed.

De arenas es el trillo, porque así conviene a sus pies de raíz y caracol.—

—Aquí tiene el cafecito, mi señor. ¿Lo quiere con *marquerote* o con *semita*?

Y, verdad: ahí está el café,— ahí humea en porcelana transparente.

¿Pero qué voz es esta que al turbado ánimo vuelve aquel vigor pasado?

Pues es la voz de la mismísima Teosia, quien, estirada la camisa, aliñada la trenza, y refrescado el rostro, viene si brusca, cariñosa, a robarme mi tigre del camino.

El *marquerote* es pan de arroz y azúcar. Al fin la *semita* es de tigro y panela. ¡Bien venga esta, que es dulce, y con su buen sabor disculpa su figura de víscera deforme.

—No sabe *humar* cigarro, mi señor?

Humar aquí es: fumar, logicismo que me reconcilia definitivamente con los ojos verdes de la hurtadora de mi tigre. Un lenguaje singular revela un espíritu recto. Los pueblos de lengua sobria, aquellos pueblos de semilla y de raíz, como gastaban poco en lengua, gastaban mucho en natural grandeza.—Las exuberancias se corresponden, y a la de los afectos, imbuidos por los sentidos, completa la del lenguaje, permitido por las ignorancias.—

El *¿no sabe?* vale tanto como *¿no tiene V. costumbre?* Lo cual, si un tanto raro, no deja de ser lógico.

Y el *mi señor* en boca de mujer: por fuerza servil, sería indigno, pero como es hospitalario, es oído como una tierna palabra fraternal.

Y es bonito San Pablo. Tiéndese en la meseta de la loma, y hay en él señal fija de la holgura del pueblo,—una buena cantidad de casas blancas;— mézclanse con las de palma sembradas a granel a la entrada y salida del pueblillo; pero alineadas en su centro, a ambos lados de una calle tortuosa, con una pintoresca inconexión.

Aniceto llena las órganas de *semitas*.

El *totopoxte*, símbolo de fuerza, ha ido a buscar un natural empleo:—Lola!—Bien se ve que es mujer de maíz.

Y

CAPÍTULO X

—Allez vite, cocher, pour attraper le train! ¿Qué hace ahora mi muy querido, mi noble y cariñoso Carrillito?— Pero no estamos ya en Burdeos.—

A Zacapa! A Zacapa! al pueblo de la pita y de los mangos!; a la ciudad del comercio y de los quesos! la que tiene cuartel, juzgado, plaza, violín, violón; iglesia; la de los rebozos de seda; la de las camisolas de Cambray; la de la ancha saya; la del alto monte; la del grande río.—

—¡Hop! ¡Y a viaje!

Hop! Y allá va la mula, que no es mucho que la lleve el diablo, pues que cruzamos por sus llamas quemadoras.

Hop! El estribo solitario golpea mi pie; molesta al animal, se retuerce, se bambolea, se tiende, se esconde, se alza, se baja.—

Ahí queda ese cerro, ahí espera esa loma, ahí se salta ese tronco de güira, y ese pedregal ha debido ser arroyo. ¿A aquel fin hemos de llegar; a que no ve los tunales y los tules? Si de una de sus rocas nació la primera madre de las águilas! ¡Ah! miserable bestia, sudorosa, rendida,

acobardada. ¿Pues necesito yo menos valor para lanzarme sobre ti, en estos breñales, que tú fuerza para soportar mi atrevimiento?—

Ladea, serpea, costea, sigue con desesperante fidelidad las huellas de las arrias no borradas; cinturas espirales vamos haciendo al monte abrupto.—Y ¿llegaremos a Zacapa! Y habré guardado ocioso mi revólver! ¡Quítese allá la mula, que es capaz de temblar por un tiro! ¡Échese acá ese tronco, que en eso se ha de convertir en el infierno un alma de malvado! Allá va esa bala, que quise poner en la raíz, y se contentó con destocar de sus escasas hojas a una rama. Pero ahí van esas cinco, y cuatro le han partido bien el corazón.—¡Date la mano a ti mismo, riflero suizo! Y ni siquiera un tigre me ha salido al encuentro en el camino.

Hop! El tigrero!—

¿Quién me diera una mula pegasiana? Pero ahí está el tarjetero, y lo tiene en la mano el padre Homero:—"No se admiten mulas en el Olimpo".—

—¿Qué es eso que recoges, Aniceto?—porque lo veo muy ocupado como arrancando algo de una piedra.

—Oropel, mi señor, que sirve para adornar los santos; porque es muy relumbroso.

¡Oropel sobre la piedra!

—¿Por qué regañabas ahora a Lola?

—Porque se desmontó a descansar, y se dejó el atado del *pisto*.

Y el *pisto* no es el guisado aragonés, ni la menuda ensalada madrileña, ni el cerro estrecho donde se aprende, con angustias de vacío que yo me sé, la equitación.—

Por el *pisto* azota los caminos el arriero; por el *pisto* se ha vuelto rudo el del Roblar; el *pisto* es esa plata u oro, que ahoga tantas acciones admirables y mata en flor tantos espíritus grandiosos.—¿Sabes qué es *pisto*?

Dominada la cima, ya toco con mis manos, y es digno de una seiba, el tronco que me parecía desde abajo raquítico maguey.—Ya se divisan por los trillos puntos blancos, que son hombres; ya a la vuelta del cerro se ven las torres altas de las iglesias; donde ahora trinca un buey, pacía un momento hace un caballo; aquella masa multicolor, en la que mantos de toda clase de vivos tintes protegen del sol a uniformes y femeninas cabezas, va sin duda a la iglesia del pueblo a besar los ensangrentados pies del Cristo.

Estos árboles exhalan el aroma de mi elíxir de boca favorito. Ni Atkinson, ni Garnell, ni el doctor Pierre es el Evangelista de los dentífricos.—Ni antecedido ni imitado.

Ahora atravieso aquellos cerros, que desde San Pablo me parecían cubiertos de un arbusto musgoso que a lo lejos semeja césped seco.

Pero lo que desde allá vi yo yerba, ahora veo árbol, unos de ramas tan delgadas y menudas, que como césped cubre la tierra, y es digno césped de montañas.

¿Qué es esta alegría infantil que siento?

¿Es menester de descanso?—No,—que ¡yo no lo he menester nunca! Es el olor de la población, que aviva las curiosidades del viajero. Es la mitad del camino, la población más populosa, la única población verdadera que hay desde Izabal. Es el nombre mil veces repetido, que trocado en pueblo alegre, tengo a la vista. El oasis en la arena. La cercanía al objeto apasionado. ¡Tal vez estarán sus brazos esperándome a la entrada de ese pueblo!

Sonrío y chisteo, yo, el triste y grave. ¡Qué inútil y feo trillo que se ha de bajar, y de subir después, luego de traspuesta la carretera que lo media.

Tras mí viene de prisa, caballero en un flaco rocín, un arriero prendido de dos robustos bueyes, —*paterna rura bovus*.

—Buenos bueyes, amigo.

—Sí, sí, adiós, pues.

¿Conque porque los bueyes eran buenos me decía adiós? Esto no es lógico: ¡ni moderado será el pues!

Amenísima vía la que ando. Es mediodía, y el sol no cruza por entre el tupido ramaje de los árboles. Muestra el su larga flor, en medio de la del granado; brinda el ciruelo su amarillo fruto, más cargadas las ramas de granos que de hojas; arroyuelos menudos rumorean a mis plantas, en él apagan su sed los animales, ya en los mangos ricos, que se detienen, unos tras otros, entre los mangos del arroyo; no bien asoma el marañón el rojo pimiento, échanse los animados ojos por la vega, y con el alma al placer, la bestia al río. Es vasto y bello. En incienso se extiende como un mar. ¿Incienso, en esta amante nube que hace la tierra a la pobreza? No debe ser verdad!—

Hop! por una cuesta de arena.

Hop! por esa calle larga y recta.

Hop! ante la esquina de la plaza, enfrente del mercado, a espaldas de la iglesia.

¡Pie a tierra, y mano al sombrero!

—¿Vive aquí la señora Anacleta Ruiz de Pagés?

¡Esto es Zacapa!

[26-29 de mayo de 1877]
[Ms. en CEM]

[Fragmentos relacionados con el Diario de Izabal a Zacapa]

1

De cómo estoy en este pueblo, pensando un soneto; en el cual hablo de cómo, en cayendo sobre mí solo, me tienen sin cuidado los bienes de la adversa fortuna.

El mantel era de día de trabajo, pero el vino y el café eran de Jueves Santo.

¡Valiente
¡Bravo Palmillas!
La india desdentada
La selva y Guabito.

2

Mico
Palmilla.
Barbastro—grandes
Gualán.
Roblar
Zacapa

[Ms. en CEM]

A JOAQUÍN MACAL

[Guatemala, 11 de abril, 1877]

Sr. D. Joaquín Macal

Ministro de Relaciones Exteriores

Mi respetable amigo.

Quería V. saber qué pensaba yo del Código nuevo, y ver algo de lo que le dicen que yo he escrito.—¿Por qué me pide V. nada de lo pasado? La vida debe ser diaria, movible, útil; y el primer deber de un hombre de estos días, es ser un hombre de su tiempo. No aplicar teorías ajenas, sino descubrir las propias. No estorbar a su país con abstracciones, sino inquirir la manera de hacer prácticas las útiles. Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo: lo que yo quiero es servir más. Mi oficio, cariñoso amigo mío, es cantar todo lo bello, encender el entusiasmo por todo lo noble, admirar y hacer admirar todo lo grande. Escribo cada día sobre lo que cada día veo. Llego a Guatemala, y la encuentro robusta y próspera, mostrándome en sus manos orgullosa el libro de sus Códigos; lo tomo, lo leo ansioso, me entusiasman su sencillez y su osadía, y—encogido por los naturales temores de escribir donde no se es conocido, pero deudor a V. de algunos renglones,—esos que aquí van le envío, y no han de ser ellos los últimos que sobre tan noble y bien entendida materia escriba mi pluma apasionada. Apasionada de la grandeza y de mi deber: por eso, como ayer decía a V. nunca turbaré con actos, ni palabras, ni escritos míos la paz del pueblo que me acoja. Vengo a comunicar lo poco que sé, y a aprender mucho que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consuelos de un trabajo honrado, y en las preparaciones para un combate vigoroso.

No me anuncie V. a nadie como escritor, que tendré que decir que no lo soy. Amo el periódico como misión, y, lo odio... no, que odiar no es bueno, lo repelo como disturbio. Por sistema me tengo vedada la injerencia en la política activa de los países en que vivo. Hay una gran política universal, y esa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas.

Servidor de ellas, y agradecido de V. quedo su amigo obligado y S. S.

Q. B. S. M.

JOSÉ MARTÍ

Abril 11 de 1877.
El Progreso, Guatemala, 22 de abril de 1877.

[Fcs. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Guatemala, abril 19 de 1877.

Mi muy querido amigo.

Puse aquí el pie, y hallé su carta; así, sobre penas y años, me verá V. siempre, desde esta y toda tierra, su hermano activo y cariñoso. No quisiera escribirle hoy, que aún tengo el espíritu molesto con una mezquina conversación—no fue conversación—de rencillas, provechos, prevenciones y odios que un español aquí importante, que me va alcanzando por las calles, tuvo conmigo ayer. Yo vengo lleno de amor a esta tierra y a estas gentes; y si no desbordo de mí cuanto las amo, es porque no me lo tengan a servilismo y a lisonja. Estos son mis aires y mis pueblos. Si no hay muchas inteligencias desarrolladas, a animarlas vengo, no a avergonzarlas ni a herirlas. Ni me place oír decir a los extraños,—a los verdaderamente extraños, por su espíritu acerbo de aversión, —que nuestra América enferma carece de las ardientes inteligencias que le sobran.—Aquí, como en México, todo el mundo tiene talento; se habla bien el castellano; se vive honradamente, a lo que ayuda la vigilancia mutua; estorbo y ventaja de los pequeños pueblos; se ama al fin lo nuevo, y cunde entre los hombres jóvenes el salvador espíritu de examen. No es que Guatemala sea pequeña, ni escasas sus gentes: es que es un pueblo que se ha movido poco, y como sus elementos han sido permanentes, aún le duran y con facilidad son conocidos. Sin círculo literario, sin hábito de altas cosas,—aunque con aliento y anhelo para todas,—sin prensa, sin grandes motivos naturales,—mis soberbias tienen que ser muy prudentes para no parecer aquí presunciones.—A más, que muy de veras creo que muchos hombres, en todas partes, valen lo que yo. De manera que mi fuego íntimo es contenido por mis urbanidades y por mis temores.—Estas precauciones no han bastado para evitar que mi nombre ande ya en boca de las gentes, a quienes en modo alguno me he exhibido, loado por algunos, y hasta loado vivamente, repetido con curiosidad por los más, y—no quisiera yo mismo saberlo—tal vez tenido como obstáculo por unos pocos. Es que se susurra que escribo y hago versos, que hablo, que investigo, que aquí pido un Código y lo juzgo en un instante —¡brava cosa, cuando se tiene costumbre de leer y sentido común!—y allí inquiero tradiciones, que no hallo, porque para el sábado próximo tengo ofrecido hacer drama de una leyenda patria para que la representen los alumnos de la Escuela Normal.— Es que saben que me está destinada una cátedra, y alguna más en la Universidad;—que me ven rodeado y directamente protegido, con más afecto en ellos que solicitud en mí, por las gentes de más valer;—y es, entre los hombres de foro, que a los pocos días de mi llegada, solicité ser examinado en los Códigos Patrios, recientemente publicados, no vigentes aún, y hasta hoy no profesados ni hablados en las aulas. Don Joaquín Macal, el ministro de Relaciones Exteriores, me ha acogido paternalmente, merced a Uriarte: es muy entusiasta, y piensa en mí más que yo mismo. Montúfar, que es una hermosa inteligencia, ministro de Instrucción Pública, me provee ganoso de libros históricos y literarios, y ha querido espontáneamente presidir mi examen; se me quiso revalidar mi título sin este, e insistí en él, con placer de los que ya me quieren.—Estos nacientes cariños no ahogan ni entibian otros inolvidables y ejemplares, que serán siempre en mí vivos y profundos.

Notará V. a todo esto que no tengo aún aquí una situación práctica:—¿la prisa en conseguirla no hubiera sido una manera de estorbarme la amplia que necesito?—Ni busco empleo, sino trabajo más digno y propio.—El empleo, que administra a los comunes, por los de la comunidad debe servirse.—¡Fuera tanta mi fortuna que no tuviera yo nunca que valerme de ellos!—La enseñanza primero, y la abogacía después, si salgo airosamente de mi examen, me harán mi situación modesta, auxiliada por más pequeñas cosas.—Creo que mi casa bastará a sus necesidades, en tanto que yo, preparándome para su ventura, hago la mía.—Como reflejo a mi Carmen, gano voluntades.—Tengo un contento íntimo, una seguridad casi absoluta, que a grandes voces me dicen, con más fuerza cada día, que lograré cuanto necesito.—Yo iré honrando mi nombre; y ella vivirá a mi lado: suyos son esta obra y nacimiento.—V. lo sabía un poco, pero aún no lo sabía bien:—yo me moría.—Soy de la que me salva, y la venero.

Reiría V. si le contara cosas risueñas:—¡como si pudiera apartar yo voluntad, adoración y pensamiento de mi Carmen! La llevo conmigo, y delante de mí; me digo a todos obligado a ella; y cuando hablan de mí, de ella se habla.— Todos lo saben.—Por cierto que me aflige que Lola y Carmen no se conozcan todavía: ¿por qué no han de conocerse las que se quieren tanto de antemano?—Y que es buena la liga de los buenos.—

Por el vapor de Panamá, que lleva estas cartas, espero hoy las de mi familia. Lucho porque me sean un remordimiento, y no me lo pueden ser. Mortifico e increpo a mi conciencia, y no me hallo tachable. ¿Qué deber ha de estorbarme mi Carmen, ella que vive de mi misma clase de pasiones? Este parcial abandono, fortificando mi vida, servirá luego para que yo ayude mejor a la de todos. —Así creo.

De muchas cosas le hablaría: de mis cuidados por su situación, que no me abandonan y están inquietos; de la bondad unánime con que he sido recibido; de la inconveniencia de dejar a la prensa sus libertades licenciosas, cuando honrados amigos no las compensan y vencen desmintiendo con lealtad y brío las afirmaciones injuriosas:—así Lerdo, mordido por *El Padre Cobos*, y dejado morder por los suyos, pasa aquí como Calígula y Vitelio.—Voy por todas partes aprendiendo grandemente;—y, hervidero de ideas, busco espacio en que aplicarlas y verterlas:—En la República de Paturot, donde sean tenidas como buenas mis buenas intenciones;—y donde no sea mi alma, y en México lo hubiera logrado y aquí lo lograré, tachada de extranjera.—

Cuando escriba a Manuel, he de decirle que las Artes aquí no tienen templo, ni sacerdotes, ni creyentes. Todo lo absorbió el dogma, y, amén de los escultores sagrados de la Antigua, y de Pontaza, pintor sagrado que, por lo que profana, parece profano, ni hubo ni hay cosa digna de mención.—Cierto escultor Quezada valió mucho, e hizo excelentes Cristos, pero estos han desaparecido, y con ellos toda noticia o modo de darla acerca de su autor.—De Pontaza hay un cuadro grande en Santo Domingo, donde por entre los frailes ensangrentados, incrustados sin sombra en una perspectiva ingradada, pasean unos soldados plomizos, que calzan botas flamencas, visten corazas férreas, y ostentan cascos del siglo ocho.—Hay, en cambio, aunque amaneradas, excelentes esculturas en madera.—Con esto, y con decirle que pienso en él cada vez que veo algo bello, está escrito el principio de mi carta a Manuel Ocaranza.

Al pequeñuelo de los ojos árabes, que honrará padre y madre, dele un abrazo varonil. Y a la pudorosa Luisa, a la correcta Alice, a la inteligente Lola, al altivo Gustavo, y al sonrosado postgénito, amantes besos míos.—A Lola, mi apasionado respeto. Y a V., un cariño vivo que paga bien el suyo. Hábleme de todo, y de sus cosas.—Su hermano.—

J. MARTÍ

Iba a escribir a V. sobre mis libros, pero dos cartas desgarradoras de Carmen aterran mi espíritu.—¡Hábleme de ella!.—

[Ms. en CEM]

LOS CÓDIGOS NUEVOS

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia. Es una verdad extraordinaria: el gran espíritu universal tiene una faz particular en cada continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente, y bravo vuelo de una raza original, fiera y artística.

Toda obra nuestra, de nuestra América robusta, tendrá, pues, inevitablemente el sello de la civilización conquistadora; pero la mejorará, adelantará y asombrará con la energía y creador empuje de un pueblo en esencia distinto, superior en nobles ambiciones, y si herido, no muerto. ¡Ya revive!

¡Y se asombran de que hayamos hecho tan poco en 50 años, los que tan hondamente perturbaron durante 300 nuestros elementos para hacer! Dennos al menos para resucitar todo el tiempo que nos dieron para morir. Pero no necesitamos tanto!

Aun en los pueblos en que dejó más abierta herida la garra autocrática; aun en aquellos pueblos tan bien conquistados, que lo parecían todavía, después de haber escrito con la sangre de sus mártires, que ya no lo eran, el espíritu se desembaraza, el hábito noble de examen destruye el hábito servil de creencia; la pregunta curiosa sigue al dogma, y el dogma que vive de autoridad, muere de crítica.

La idea nueva se abre paso, y deja en el ara de la patria agradecida un libro inmortal; hermoso, augusto: los Códigos patrios.

Se regían por distinciones nimias los más hondos afectos y los más grandes intereses; se afligía a las inteligencias levantadas con clasificaciones mezquinas y vergonzosas; se gobernaban nuestros tiempos originales con leyes de las edades caducadas, y se hacían abogados romanos para pueblos americanos y europeos. Con lo cual, embarazado el hombre del derecho, o huía de las estrecheces juristas que ahogaban su grandeza, o empequeñecía o malograba ésta en el estudio de los casos de la ley.

Los nacimientos deben entre sí corresponderse, y los de nuevas nacionalidades requieren nuevas legislaciones. Ni la obra de los monarcas de cascos redondos, ni la del amigo del astrólogo árabe, ni la buena voluntad de la gran reina, mal servida por la impericia de Montalvo, ni la tendencia unificadora del rey sombrío y del rey esclavo, respondían a este afán de claridad, a este espíritu exigente de investigación, a esta pregunta permanente, desdeñosa, burlona, inquieta, educada en los labios de los dudadores del siglo 17 para brillar después, hiriente y avara, en los de todos los hijos de este siglo. Esa es nuestra grandeza: la del examen. Como la Grecia dueña del espíritu del arte, quedará nuestra época dueña del espíritu de investigación. Se continuará esta obra; pero no se excederá su empuje. Llegará el tiempo de las afirmaciones incontestables; pero nosotros seremos siempre los que enseñamos, con la manera de certificar, la de afirmar. No dudes, hombre joven. No niegues, hombre terco. Estudia, y luego cree. Los hombres ignorantes

necesitaron la voz de la ninfa y el credo de sus dioses. En esta edad ilustre cada hombre tiene su credo. Y, extinguida la monarquía, se va haciendo un universo de monarcas. Día lejano, pero cierto.

Los pueblos, que son agrupaciones de estos ánimos inquietos, expresan su propio impulso, y le dan forma. Roto un estado social, se rompen sus leyes, puesto que ellas constituyen el Estado. Expulsados unos gobernantes perniciosos, se destruyen sus modos de gobierno. Mejor estudiados los afectos e intereses humanos, necesitan el advenimiento de leyes posteriores, para las modificaciones posteriormente avenidas: esta existencia que reemplazó a la conquista; esta nueva sociedad política; estos clamores de las relaciones individuales, legisladas por tiempos en que las relaciones eran distintas; este amor a la claridad y sencillez, que distingue a las almas excelsas, determinaron en Guatemala la formación de un nuevo Código Civil, que no podía inventar un derecho, porque sobre todos existe el natural, ni aplicar este puro, porque había ya relaciones creadas.

Hija de su siglo, la Comisión ha escrito en él y para él. Ha cumplido con su libro de leyes las condiciones de toda ley: la generalidad, la actualidad, la concreción; que abarque mucho, que lo abarque todo, que defina breve; que cierre el paso a las caprichosas volubilidades hermenéuticas.

Ha comparado con erudición, pero no ha obedecido con servilismo. Como hay conceptos generales de Derecho, ha desentrañado sus gérmenes de las leyes antiguas, ha respetado las naturales, ha olvidado las inútiles, ha desdeñado las pueriles y ha creado las necesarias: alto mérito.

¿Cómo habían de responder a nuestros desasosiegos, a nuestro afán de liberación moral, a nuestra edad escrutadora y culta, las cruelezas primitivas del Fuero Juzgo, las elegancias de lenguaje de las *Partidas*, las decisiones confusas y autoritarias de las leyes de Toro?

¿Poder omnímodo del señor bestial sobre la esposa venerable? ¿Vinculaciones hoy, que ya no existen mayorazgos? ¿Rebuscamientos en esta época de síntesis? ¿Dominio absoluto del padre en esta edad de crecimientos y progresos? ¿Distinciones señoriales, hoy que se han extinguido ya los señoríos? Tal pareciera un cráneo coronado con el casco de los godos; tal una osamenta descarnada envuelta en el civil ropaje de esta época. Ya no se sentarán más en los Tribunales los esqueletos.

La Comisión ha obrado libremente; sin ataduras con el pasado, sin obediencia perniciosa a las seducciones del porvenir. No se ha anticipado a su momento, sino que se ha colocado en él. No ha hecho un Código ejemplar, porque no está en un país ejemplar. Ha hecho un Código de transformación, para un país que se está transformando. Ha adelantado todo lo necesario, para que, siendo justo en la época presente, continúe siéndolo todo el tiempo preciso para que llegue la nueva edad social. No hay en él una palabra de retroceso, ni una sola de adelanto prematuro: con entusiasmo y con respeto escribe el observador estas palabras.

A todo alcanza la obra reformadora del Código nuevo. Da la patria potestad a la mujer, la capacita para atestiguar y, obligándola a la observancia de la ley, completa su persona jurídica. ¿La que nos enseña la ley del cielo, no es capaz de conocer la de la tierra? Niega su arbitraria fuerza a la costumbre, fija la mayor edad en 21 años, reforma el Derecho Español en su pueril doctrina sobre ausentes, establece con prudente oportunidad, el matrimonio civil sin lastimar el dogma católico; echa sobre la frente del padre, que la merece, la mancha de ilegitimidad con que la ley de España aflige al hijo; y con hermosa arrogancia desconoce la restitución *in integrum*,

obra enérgica de un ánimo brioso, atrevimiento que agrada y que cautiva. Fija luego claramente los modos de adquirir; examina la testamentifacción en los solemnes tiempos hebreos cuya contemplación refresca y engrandece, los de literatura potente y canosa, los de letras a modo de raíces. Ve el testamento en Roma, corrompido por la invasión de sofistas y gramáticos; aquellos que sofocaron al fin la voz de Plinio, y estudiando ora las *Partidas*, ora las colecciones posteriores, conserva lo justo, introduce lo urgente, y adecua con tacto a las necesidades actuales las ideas del Derecho Natural. Y eso quiere, y es, la justicia: la acomodación del Derecho positivo al natural.

Ama la claridad, y desconoce las memorias testamentales.

Ama la libertad, y desconoce el retracto.

Quiere la seguridad y establece la ley hipotecaria; base probable de futuros establecimientos de crédito, que tengan por cimiento, como en Francia y la España, la propiedad territorial.

Reforma la fianza, aprieta los contratos, gradúa a los acreedores.

Limita, cuando no destruye, todo privilegio. Tiende a librar la tenencia de las cosas de enojosos gravámenes, y el curso de la propiedad de accidentes difíciles.—Sea todo libre, a la par que justo. Y en aquello que no pueda ser cuanto amplio y justo debe, séalo lo más que la condición del país permita.

Es pues, el código preciso: sus autores atendieron menos a su propia gloria de legisladores adelantados, que a la utilidad de su país. Prefirieron esta utilidad patriótica a aquel renombre personal, y desdeñando una gloria, otra mayor alcanzan: solo la negará quien se la envidie.

En el espíritu, el Código es moderno; en la definición, claro; en las reformas, sobrio; en el estilo, enérgico y airoso. Ejemplo de legistas pensadores, y placer de hombres de letras, será siempre el erudito, entusiasta y literario informe que explica la razón de esas mudanzas.

Ni ha sido solo el Código el acabamiento de una obra legal. Ha sido el cumplimiento de una promesa que la revolución había hecho al pueblo: le había prometido volverle su personalidad y se la devuelve.—Ha sido una muestra de respeto del Poder que rige al pueblo que admira. Bien ha dicho el Sr. Montúfar: no quiere ser tirano el que da armas para dominar la tiranía.

Ahora cada hombre sabe su derecho: solo a su incuria debe culpar el que sea engañado por las consecuencias de sus actos. El pueblo debe amar esos Códigos, porque le hablan [en] lenguaje sencillo, porque lo libran de una servidumbre agobiadora: porque se desamortizan las leyes.

Antes, estas huían de los que las buscaban, y se contrataba con temor, como quien recelaba en cada argucia del derecho un lazo. Ahora el derecho no es una red, sino una claridad. Ahora todos saben qué acciones tienen; qué obligaciones contraen; qué recursos les competen.

Con la publicación de estos Códigos, se ha puesto en las manos del pueblo un arma contra todos los abusos. Ya la ley no es un monopolio; ya es una augusta propiedad común.

Las sentencias de los tribunales ganarán en firmeza; los debates en majestad. Los abogados se ennoblecen; las garantías se publican y se afirman. En los pueblos libres, el derecho ha de ser claro. En los pueblos dueños de sí mismos, el derecho ha de ser popular.

No ha cumplido Guatemala, del año 21 acá, obra tan grande como esta. ¡Al fin la independencia ha tenido una forma! ¡Al fin el espíritu nuevo ha encarnado en la Ley! ¡Al fin se es lo que se quería ser! ¡Al fin se es americano en América, vive republicanamente la República, y tras cincuenta años de barrer ruinas, se echan sobre ellas los cimientos de una nacionalidad viva y gloriosa!

JOSÉ MARTÍ

El Progreso, Guatemala, 22 de abril de 1877.
[OC, t. 7, p. 98-102]

AL DIRECTOR DE *EL PROGRESO*

Sr. Director de *El Progreso*
[Guatemala]
Mi distinguido amigo:

Vd. ama todo lo bueno, y amará lo que le envío: gustan siempre de lo bello los hombres enamorados de lo noble.

Diré a Vd. poco más o menos lo que dije el sábado último en la Escuela Normal: Como si no bastaran a apaciguar mi sed saber cosas de esta tierra, la palabra ciceroniana de Marure; la rima correcta profunda, y a menudo amarga de Batres, y la ficción de Goyena, digno heredero de la fama apológica de Pilpay y Ramsamgayer, hallé en un libro de versos unas trovas que me llamaron la atención, por su elegante giro, su ternura digna, y su medida blandamente armónica. Eran de Francisco Lainfiesta, el "self-made man" guatemalteco. Y como yo gozo con que los demás valgan, fui a rogarle que escribiera unos versos sáficos, que en su lira melodiosa habrían de sonar a suave arpegio. Ahí van, como yo los esperaba; correctos, estéticos, buenos todos y algunos excelentes. En la Escuela misma me los dio el citado Lainfiesta.

Yo le había dicho: "La época es libre: séalo el verso." Y séalo, sobre todo, porque en toda esfera la buena obra libre vale más que la obra esclava. Así escribieron Schiller y Virgilio: sea así la rima, que mientras más límites se salven, se está más cerca de lo ilímite; y mientras más trabas rompe el hombre, más cerca está de la divinidad germinadora. Haga Vd. leer estos versos, que honran la tierra en que se han escrito; y al humilde poeta que tuvo la buena fortuna de excitarlos a nacer. Vd. y yo sabemos gozar con los ajenos méritos: paz y amor para todos.

Su amigo muy obligado y afectísimo.

JOSÉ MARTÍ

Su casa, abril 29 de 1877
El Progreso, Guatemala, 6 de mayo de 1877.

[OC, t. 7, p. 102-103]

[REFLEXIONES DESTINADAS A PRECEDER A LOS INFORMES TRAÍDOS POR LOS JEFES POLÍTICOS A LAS CONFERENCIAS DE MAYO]

Entre los numerosos decretos expedidos por el gobierno de Guatemala, con el ánimo de hacer prósperas y útiles las múltiples riquezas del país, y fortalecer la inteligencia de sus hijos, fue muy notable la disposición dictada por el Ministro de Gobernación en 17 de octubre de 1876.

Convoca este decreto para el 1ro de mayo de cada año a los jefes políticos de los departamentos; los llama a discutir sobre los grandes intereses patrios; sobre la indispensable asimilación de razas; sobre el modo de ennoblecer los caracteres por el trabajo honrado, y la esperanza de un honesto lucro, y de fortificar las instituciones y aumentar las probabilidades de riqueza con el desarrollo de la instrucción, complemento de la personalidad humana.

Quiere la ley de octubre que los jefes políticos, encargados responsables y directos de las voluntades reformadoras del Gobierno general, mediten durante el año, en presencia de los problemas, los medios de resolverlos, y vengan luego a decir en franca y libre discusión, en qué estaban los males, en qué consisten los obstáculos, qué resistencias estorban al planteamiento de las redentoras ideas nuevas, y qué elementos antiguos deben removerse; y nuevos despertarse, para que la nación, trabajadora y fuerte, realice la obra de que viejas ideas y oligárquicos intereses la tuvieron largo tiempo apartada. La ley de octubre quiere que los jefes políticos expongan cada año lo que se ha vencido y lo que hay que vencer; propongan las medidas conducentes a la transformación de los indígenas, la propagación de las luces, el fomento de la agricultura, el cumplimiento de las leyes hacendarias,—sin el cual no pueden exigir los gobernados que el gobernante cumpla para con ellos sus deberes,—y, en suma, cuanto tienda a hacer constante al trabajador, instruido al niño, mejorado al indio, inspirado en noble ambición al perezoso.

Viénese por estas conferencias en conocimiento práctico de las diversas comarcas de la República, de sus productos, usos y necesidades, que ha de ser luego elemento de las leyes que en su provecho se dicten, y que siendo más conocidas, harán naturalmente que las leyes dictadas sean mejores. Tienen los pueblos representantes instruidos y directos ante el Gobierno y el Gobierno un medio más de conocer y remediar, por tanto, las necesidades de los pueblos. Con la exposición en conjunto de las experiencias individuales, se desechan las lentas y perniciosas, y se adoptan las que llevan más segura y rápidamente a la reforma agrícola que se proyecta en el país. En estas conferencias, cada uno de los jefes reunidos expone su opinión sobre puntos de interés general, cuál dice la que, a su juicio, es mejor manera de cultivar el cacao, cuál celebra la mejora que ha dado fruto en su departamento en el cultivo del café; y así cambiando mutuamente las ideas, las experiencias de todos vienen a aprovechar a cada uno, y las de cada uno son igualmente útiles a todos. Conocen los ministros, por informe verbal y detallado, las cuestiones que requieren su examen y consejo, y se llevan los jefes a los pueblos las mejoras que observan en la capital. A más, con el cumplimiento de un deber patriótico, se robustece en el ánimo de los funcionarios el deseo de contribuir, con el aumento de la fama propia, a la prosperidad de la nación.

Como base de estas conferencias, y al mismo tiempo copia del estado presente del país, la ley de octubre ordena que los jefes políticos lean en su primera reunión un informe conciso de las obras públicas llevadas a cabo en sus departamentos; de sus escuelas y sus campos; de sus pueblos, haberes y esperanzas. Los que se han traído a las conferencias este año son los que se

ofrecen hoy al público.

Estos informes se ofrecen, no como una nueva exhibición de buenos deseos, no como una muestra artificiosa y literaria, sino como el resultado ingenuo y cierto de la obra de los representantes del Gobierno en nuestras ricas y extensas comarcas. Lo que les falta de galas de dicción, de buena voluntad les sobra. Si no acusan portentosos adelantos, revelan en cambio adelantos graduales, logrados con el convencimiento de los que han de adelantar, modo único de conseguir progresos positivos. En estos informes se presentan, entre reflexiones de trascendental interés, quejas de familias, cuestiones de detalle, minuciosidades de administración íntima, que se le conservan en su publicación, para que en estos documentos aparezcan con todo su propio y sincero carácter. Pero, a par de estas interioridades administrativas, trátase en los informes, si bien con la concisión que la ley les exige, todos los grandes problemas a que quiere hallar solución patriótica el benéfico anhelo del Gobierno. Código de deberes patrios es la ley que organizó estas conferencias.

Entre estos documentos, algunos, como el de Chiquimula, son descripciones concienzudas, amenas y correctas; otros, como el de la Alta Verapaz, nos revelan mágicas riquezas; esmaltan a otros, como el de Huehuetenango, atinadas y graves reflexiones; otros, como el de Amatitlán, son fervientes aspiraciones al progreso. Pero, de todos ellos resulta que los funcionarios que dirigen las antes dormidas fuerzas del país, obran activamente guiados por un común y noble pensamiento.—Revolucionarios útiles, comprenden que las revoluciones son estériles cuando no se firman con la pluma en las escuelas y con el arado en los campos. Y benévolos y humanos, en vez de desdeñar la pobre raza tanto tiempo azotada y olvidada, no la relegan a las selvas, ni abruman sus espaldas con cargas ominosas, sino procuran infundirles, concediéndosela, y llamándolos con avidez, la libre personalidad de que carecen.—La mejor revolución será aquella que se haga en el ánimo terco y tradicionalista de los indios.

Todas las que, por importantes, podrían llamarse cuestiones vivas del país, preocupan a los autores de estas páginas: creación, circulación y cambio de riquezas; mejoramiento de la raza aborigen; afianzamiento y aumento de la industria agrícola, como la menos expuesta a los vaivenes de la fortuna; establecimientos de las escuelas que, razonando los derechos, los afirman, —explicando los misterios del trabajo, preparan al trabajador a mejorarlo,—y despertando nobles ambiciones, sugieren a la actividad los medios de llegar a satisfacerlas.

Revelan los informes las ideas dominantes en la mente del Jefe del Estado, y de los espíritus enérgicos que le ayudan en su tarea. Nótase cómo ha fructificado ya el empeño que el Gobierno pone en convencer a los pueblos de que las grandes necesidades de la República son el ensanche de la comarca cultivada, y la educación de los espíritus incultos. Atención preferente consagran los jefes políticos a cuanto a instrucción y agricultura se refiere.

Hay propagandas que deben hacerse infatigablemente, y toda ocasión es oportuna para hacerlas. La riqueza minera de difícil y casual logro, hunde las fortunas con la misma rapidez con que las improvisa. La riqueza industrial necesita larga preparación y poderosas fuerzas, sin las cuales entraría vencida en una concurrencia múltiple y temible. La riqueza agrícola, como productora de elementos primos necesarios, más rápida que la industrial, más estable que la minera, más fácil de producir, más cómoda de colocar, asegura al país que la posee un verdadero bienestar. Las minas suelen acabarse; los productos industriales carecen de mercado; los productos agrícolas fluctúan y valen más o menos, pero son siempre consumidos, y la tierra, su agente, no se

cansa jamás.

Y como nuestras tierras fueron por la naturaleza tan ricamente dotadas; como tenemos en todas partes a la mano este agente infatigable de producción, al progreso agrícola deben enderezarse todos los esfuerzos, todos los decretos a favorecerlo, todos los brazos a procurarlo, todas las inteligencias a prestarle ayuda. El mejor ciudadano es el que cultiva una extensión mayor de tierra.

La instrucción acaba lo que la agricultura empieza. La agricultura es imperfecta sin el auxilio de la instrucción. La instrucción da medios para conocer el cultivo, acrecerlo, perfeccionarlo; prepara un fuerte régimen político, totalmente imposible sin ella, porque el régimen de las voluntades no puede existir allí donde las voluntades no existen: y no existen útilmente, en tanto que no existen inteligentemente. La instrucción, abriendo a los hombres vastos caminos desconocidos, les inspira el deseo de entrar por ellos. ¿Cómo se podrá elegir el mejor arado, si no se conocen las diversas clases de arado? ¿Cómo se podrá reformar la tierra, si no se conoce la naturaleza de la tierra? ¿Cómo se podrá reclamar un derecho si no se sabe definir su esencia? ¿Cómo se podrá hacer todo esto, y sentirse hombre y decirse que se lo es, si no se sabe leer y escribir? Nada garantiza tanto los sentimientos liberales del Gobierno actual, como la prisa que demuestra por difundir la instrucción. No teme a los gobernados quien les enseña la manera de gobernar bien.

A estas dos, únese una tercera cuestión importantísima. La raza indígena. Muy difícil problema, que demasiado lentamente se resuelve; sobre el que se echan con descuido los ojos, cuando el bienestar de todos los que en esta tierra viven, de él depende. Estos informes confirman lo que de los indígenas se sabe. Son retraídos, tercos, huraños, apegados a sus tradiciones, amigos de sus propiedades, enemigos de todo Estado que cambie sus costumbres. Pero estos mismos defectos, estudiados en su origen, acusan las inapreciables cualidades de los indios. Dedúcese de ellos que son constantes, leales, firmes y severos; que aman profundamente; que rechazan fieramente lo que no creen bueno. ¿Qué no podría hacerse, cuando logremos atraernos a hombres que tienen tales dotes? ¿Cuándo la fidelidad, la lealtad y la constancia fueron en raza alguna, malas condiciones? Si hoy las emplean en rechazar toda mejora, es porque los hombres que pretenden llevar las reformas a sus pueblos, son los mismos que en otro tiempo, de generación en generación, los han venido engañando, castigando y burlando; los que aparecen a sus ojos como los hurtadores de sus propiedades, como los seductores de sus mujeres, como los profanadores de sus ritos, como los iconoclastas de su religión. Intereses malévolos los mantienen en estas condiciones. ¿Qué medios habría para torcer estas hostiles voluntades, para hacernos amigos de los que con razón harta, nos han tenido siempre como sus enemigos implacables? Hacernos amar de aquellos de que nos hemos hecho odiar. Inculcar a los ladinos conmiseración y apego a los indígenas. Probarles con actos repetidos que se trata de su bien. No puede deshacerse en pocos años el hondo mal en muchos años hecho. Pero cuando con inteligencia y decisión se realice esta obra; cuando con incansable amor se cumpla; cuando trayéndolos a los pueblos los invitemos a los honestos goces de la vida comunal, cuando en vez de inspirarles recelo, les inspiremos con nuestra ternura para ellos, ternura y confianza, los indios industriosos, leales, artistas, ágiles y fuertes, serán el más potente apoyo de la civilización de que son hoy la más pesada rémora.

Nótase a este propósito en los informes un dato que es de justicia señalar. Nótase tacto en el Supremo Gobierno para ir consiguiendo de los pueblos por la persuasión, el convencimiento y la dulzura, el progreso que gobernantes menos avisados hubiesen pretendido lograr por disposiciones

acres y perentorias; con lo cual en vez de conseguirlo lo hubieran retardado y malogrado.

Muy difícil es el problema y mucha constancia, benevolencia y unánime prudencia necesita. Los ladinos han menester en esto tanta predicación como los indios. Debe aconsejárseles suavidad y calma:—y que, para asegurar mejor sus intereses, los sepan por algún tiempo contener. De las aptitudes de los indios, solo el que los hubiera estudiado ligeramente dudaría.

Bien es verdad que, con acento amargo, se quejan de ellos los jefes políticos de Guatemala, Amatitlán y Huehuetenango, pero en estos informes mismos se lee cómo van ya cediendo los indios de Jalapa; cómo los de la Alta Verapaz viven en buenos pueblos, y cómo los mismos fieros indígenas de Olapa, en medio de sus rudos hábitos, revelan los conocimientos que ya tienen, y las cualidades de inteligencia y trabajo que en ellos se podrían utilizar. Educados los indios, crecería, con el buen acuerdo en el reparto de las tierras, el área cultivada; reunidos los esfuerzos individuales, aumentarían en importancia las poblaciones; y no habría que volver con tanta ansiedad los ojos a tierras extranjeras, en demanda de brazos y aptitudes, que con habilidad y blandura podríamos conseguir en nuestras tierras.

A más de estas cuestiones de solución urgente; a más de estas atenciones de campos, escuelas e indios, los informes tratan de otras, que son como consecuencia y complemento de ellas. ¿Qué harían los campos pletóricos de frutos si no se abriesen para su salida cómodos caminos? La posibilidad de la exportación despierta el apetito del agricultor: la imposibilidad o dificultad, lo hace desconfiado y perezoso. La venta es el premio del trabajo: los caminos que facilitan la venta, son su estímulo. Así se observa que en aquellos departamentos donde se han abierto nuevas vías ha crecido la producción. En el departamento de San Marcos páganse estas contribuciones, préstanse estos servicios, sin trabajo y con presteza. Convencidos aquellos habitantes de que atender al bien general es favorecer y acelerar el propio, cumplen sin repugnancia estos deberes vitales, que ensanchan su horizonte, y llenarán sus arcas. Si se emplea a hombres del campo en este trabajo, nada es más justo que se emplee en una obra a aquellos a quienes directamente ha de aprovechar. ¿Qué derechos tendrían, si no, para reclamar un beneficio a que no hubieran contribuido?

Obsérvase en los informes que allí donde hay más cultura y más honrada ambición de trabajo, la contribución se ha pagado con más puntualidad, lo que demuestra que la ignorancia de los pueblos, arteramente explotada por los que de ella viven, funestamente dirigida por los que en su supersticiosa pereza fundan su poder, es la única causa de estas inconcebibles resistencias. El pan arranca a sus hijos el que se niega a pagar, en dinero o trabajo, este género de impuestos.

El departamento de San Marcos, que entra briosamente en la vía nueva, se promete grandes resultados del camino que lo unirá a Quezaltenango; Chimaltenango, del de la Antigua; Totonicapam, del que, por el mutuo cambio de frutos, cree necesario hasta el Quiché. El activo Pochuta celebra la vía que lo unirá a Patzún, y la Alta Verapaz habla con entusiasmo de las ventajas que ha de producirle el camino carretero que va a acercar el fértil Senaju al rico Panzos. Zacapa y la Baja Verapaz dan verdadera importancia a los caminos. Así anchas las vías, segura la exportación, abaratados los fletes, con el aumento de la posibilidad de la ganancia, crecerá la enérgica actividad de los agricultores.

Justo es consignar, ya que de agricultura aún se habla, el celo que los jefes políticos despliegan en la creación de los almácigos, en el cuidado de las siembras comunales, en la distribución de la semilla, y en el cambio de los cultivos ímprobos por los que ofrecen, con iguales esfuerzos, pingüe

fruto. Lógrase ya de muchos indios que vuelvan a la siembra del cacao, y sustituyan el rutinario maíz por el café rico. La Alta Verapaz, risueña y joven, ofrece al trabajo frutos óptimos; las más variadas producciones solicitan la explotación inteligente; la mansa condición de los naturales favorece este llamamiento de la tierra; la cercanía de los puertos auxilia a los hombres laboriosos, improvisadas fortunas son allí mudo ejemplo de las facilidades naturales; abundantísima flora seduce a los ánimos activos, y ofrece devolver con generosa usura a los que explotan sus secretos.

Amaillán reparte tierra; Cobán recibe solicitudes incesantes; Sololá ha medido y distribuido 144 caballerías, baldías hasta hoy. Elógianse las leyes sobre distribución de los terrenos, como si ya los pueblos comprendieran que la distribución de la propiedad, y el cambio de tierras estériles en tierras productivas, aunque lastime preocupaciones de partido y añosos intereses tradicionales, es causa inmediata de la riqueza del país, lograble fácilmente con la creación de muchos pequeños propietarios.

Hojeando estas páginas, véase con placer que el Gobierno atiende a hacer reales economías en el presupuesto militar de los departamentos. Y si en algunos, por ser ya muy exiguos, o por exigirlo las condiciones de la comarca, no ha podido aminorarse, otros como Santa Lucía, ahorran en $2 000, $700; otros como Escuintla, pagan sus escuelas con el ahorro conseguido en el presupuesto de la guerra.

De las obras públicas dan minuciosa cuenta los celosos funcionarios.

Las municipalidades, responsables directísimas de la honradez y bienestar de los pueblos, constrúyense locales apropiados a la severa autoridad que ejercen. En las ciudades importantes desprovistas aún de rastros créanse estos, necesarios para la pública salud. Cércanse los cementerios y aléjanse de los centros de población; elementales medidas de higiene. Estudia Quezaltenango, con entendidos ingenieros, el medio de librar a la población de las inundaciones que a veces la amenazan. Y las más pobres aldeas muestran celo en la construcción de locales para escuelas, estas iglesias humildes, donde se aprende a conocer y amar la patria.

Dato muy importante, no por cierto nuevo, ofrecen estos informes, en cuanto a la moralidad de los habitantes de la República. Sanos y sobrios, por lo común, vese, sin embargo, que allí donde los hombres viven sin gran esfuerzo y sin estímulos, la embriaguez y la pereza merman las fuerzas del hombre;—y allí donde se trabaja, donde se lee, donde se abren caminos; donde—como en San Marcos—se desean máquinas, donde se aspira a mayor bien, allí la embriaguez, si existe, disminuye y la moralidad pública aumenta.

Crear, pues, necesidades, es un seguro medio de favorecer la moralidad, ocupando a los hombres, antes que en deshonestos o delincuentes vicios, en la manera de satisfacer aquellas.

Leídos estos documentos en conjunto, dejan en quien lee vivos pensamientos de esperanza, por las fuerzas que revelan; de gratitud a los que patrióticamente las conducen. Véase por ellos, y de cuanto se deduce, que el Supremo Gobierno pone la activa mano en el establecimiento de graves reformas sociales, con urgencia reclamadas por el estado naciente del país. Este pueblo por natural vocación, ha de ser un gran pueblo agrícola. No lo será si no es un pueblo instruido. No lo será, si —en vez de mantener en lucha los elementos que lo forman,—no se asimilan estrechamente, y obran, ladino e indígena, movidos por pensamientos comunes y semejantes intereses.

De aquí esos decretos que reparten tierras; esas leyes que aderezan para el cultivo las extensiones que antes fueron inmóvil e improductivo privilegio de ejidos y comunidades. De aquí el apresuramiento en la creación de las escuelas; la contribución de caminos; la redención de

censos, que, si a veces lastiman intereses tercos y parciales, favorecen y preparan mayor suma de naturales intereses. Nadie debiera resistir estas medidas, si pensara que lo que se sacrifica en bien de todos refluye luego en bien de cada uno.

En cuanto a los autores de los informes, es de observar cómo los empleados del Gobierno conocen su espíritu, y en la medida de sus fuerzas, procuran realizarlo. Enseñar a leer y enseñar a cultivar son en el Gobierno mente fija: y tal es la mente de los jefes políticos. Siembran, reparten, propagan las excelencias del café, hacen maestros—en espera de maestros mejores—a los secretarios de los pueblos, atraen y convencen a los indios. Bien hacen en secundar con tanto celo estas salvadoras miras. Un progreso no es verdad sino cuando invadiendo las masas, penetra en ellas y parte de ellas; cuando no es solo el Gobierno quien lo impone, sino las necesidades de él, que de la convicción unánime resulta. Toda la buena voluntad de un gobernante sería inútil si no lo secundara con vigor e inteligencia la voluntad de los empleados. Las épocas de reforma no permiten reposo. Los apóstoles de las nuevas ideas se hacen esclavos de ellas.

La práctica irá haciendo cada vez más completos e importantes estos informes, anuales resúmenes de los trabajos de mejora durante cada año realizados. Ellos vendrán a servir de explicación al país, de estímulo a los pueblos, de premio a sus inmediatos gobernantes. Ya los que hoy se presentan dan idea aproximada de la fertilidad de nuestros campos, y de la creciente actividad de los que han de hacerlos producir. El espectáculo de la riqueza excita el esfuerzo humano: estos informes ayudan a la tarea de hacer conocer nuestro país a los extraños y a sus mismos hijos,—tarea importante que nunca, aun a riesgo de cansar con ella, debiera interrumpirse.

En lo que al Gobierno toca, más que a retóricos encomios y celebraciones vagas, deben satisfacerle estos resultados reales de su visible afán por el engrandecimiento material y preparación de la República. Nobles y justos goces hay para él en esta obra palpable, en este concierto halagador de escuelas que se abren, de haciendas que se fundan, de vías que lo ensalzan, de niños que se instruyen, de labriegos e indígenas que leen.

[OC, t. 7, pp. 161-169]

A MANUEL A. MERCADO

Guatemala, 26 de mayo [1877]

Amigo de mi alma.

Con abrazos le escribo, porque sé su desgracia: la he leído en un número de *El Monitor*.— Le hago queja de que, sabiendo que yo vivo, no me la escribió en el mismo día en que la sufría.— Cuando yo padezco, me acuerdo de V.;—y como este afecto acabará, en lo visible, con mi vida, quiero que V. me premie el mío con otro igual.—Yo no quiero que sea, ni puede ser que sea, Manuel el hijo muerto;—porque se rechazan siempre como imposibles las grandes desventuras. Ni puede ser que muera el alto espíritu de sus padres, y él está, porque él vive, destinado a perpetuarlo.

Parece que en la tierra se roba la felicidad, y se la tiene contra voluntad suya. Era V. demasiado venturoso. El de V. era el hogar que yo había visto menos mordido de humanidades. La desgracia no permite que la burlen, y al fin halló manera de vengarse de V.—Al fin V., que es hombre, cree sereno que el alma que se va vuelve a vivir: su madre, que por serlo, y por ser ella, vale más que nosotros, no haría bien en llorar, porque el hijo que se va de la tierra, en el alma de su madre se queda. ¿Por qué llora?—Abrácela en mi nombre; que ella no querrá ahora ver más letras que las que le vengan del cielo. Vuelva los ojos a sus otros hijos, y hallará en ellos el hijo perdido:—anoche lo supe, y solo pienso en esto desde anoche.—

Cuando V. sufre tanto ¿qué quiere V. que le diga yo de mí? Me parece imposible que haya descendido yo a trabajarme, con atamiento y empequeñecimiento de mi alma, un poco de fortuna. Ni mi amor, en mí celeste, me disculpa. En España me reservaba para un martirio; en México, lo cumplía; aquí, como trabajo para mi felicidad, no tengo derecho a ella:—

Carmen no me ha escrito en estas dos últimas semanas. En mis entrañas vive, y creo en su alteza. La he visto siempre excelsa y abnegada; pero, preparado a todo mal, no me sorprendería su mismo olvido. No sé yo cómo es mi cerebro, que elabora en un átomo un mundo. Fuerza es no oírme, cuando me doy a prepararme desventuras.

Entre las más grandes mías, estarán siempre las que sean grandes para V.—Vea que vivo pensando en cómo lo trata la fortuna, en qué espera, en qué conseguirá. Me espanta la vida práctica, y temo que, como yo, los demás no puedan bastar a ella. Hábleme mucho de su niño muerto; abrace contra su corazón en nombre mío a los que le quedan. Escríbame seguidamente, porque, a romperse el suave encanto que liga ahora mi vida, dentro de tres meses, cualquiera que sea en ella mi posición, saldré de Guatemala. O mártir, o esposo, o batallador.—Aunque no otra cosa tuviera yo que hacer en México, me desviaría de toda ruta por dar a V. un abrazo.

Quiérame de la misma viva manera con que estoy yo sufriendo su pesar; imagine qué habré sentido por no haber estado en él cerca de V.;—abrace otra vez a Lola, y crea, hermano mío, que su familia y su corazón no acaban en México. Recuérdeme al buen Manuel.

Su amigo

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Día 11 de agosto [Guatemala, 1877]

Mi amigo muy querido.

Hoy andan de paseo las alegrías, y están tenazmente despiertas las tristezas.—Breve, pues.—Mis amarguras son estas de mi vida, que provienen precisamente de vivir. Si fueran piedra preciosa, serían ópalo. De soledad me vienen, y V. sabe, los muy queridos nombres que evoco y acaricio en estos días.—No es el de V. el menos recordado.

Descuido tal vez el escribirle; pero a Carmen ha de hacer V. reclamo: desde que envió el primer beso a mi corazón lo tiene perturbado y estremecido. Solo a ella, a mi madre, a V. y Fermín escribo. La familia unida por la semejanza de las almas es más sólida, y me es más querida, que la familia unida por las comunidades de la sangre—a más, mi carta para Vd. sería mi espíritu: así es que las de V. están escritas en las cartas de mi Carmen.—Es V. ya, y lo será para siempre, mi hermano activo. No se fíe de cartas más o menos. Las almas enfermas mueven difícilmente las manos: pero son las que necesitan más consuelo.—Aquí, ni el placer de hacer vivir a los otros me hace vivir a mí,—porque no se dejan hacer vivir. Su México es muy bello: le hace falta solamente un poco de virtud espartana para hacer sólida su animada cultura ateniense.—

Me daría a estos pensamientos, porque ellos son los únicos que consuelan esta clase de dolores, por su naturaleza, y por lo noble del que los ha de oír.—

Pero no he de decir a V. que en diciembre me verá, hasta que en largas cartas me haya dicho muchas cosas suyas.—V. no tiene el derecho de enojarse por mi silencio, porque V. ha sabido siempre penetrar más allá de mis labios.

Hoy mi carta sería muy personal: por eso la acabo. Pienso mucho en Peón, Sánchez Solís y Montes de Oca.— Y antes que en todo, y con muy amantes expresiones, en su hermosa familia.—

Salude a los que me quieren; vivo afecto a Lola, y un abrazo a Manuel, a quien supongo reconciliado con la idea primitiva de su gran cuadro: ¿no?

Perdone las vaguedades a su hermano cariñosísimo

J. MARTÍ

[Ms en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Para Mercado.

21 de setiembre.—[Guatemala, 1877]

Mi amigo queridísimo.—

No me quiera, que no he sido agradecido a su cariño.—Pero V., soberbio y olvidadizo, no ha tenido en cuenta aquellas que tan bien conocía, mudas enfermedades de mi alma, y airado con mi silencio, ha querido aparecer desdeñoso para con mis dolores.—Fue V. injusto.—Pienso en sus probables amarguras: ¿no es en vano decirle que las sufro como mías? Pero cualesquiera que ellas sean, yo no lo puedo perdonar.—Vd., tiene a Lola: yo todavía no tengo a Carmen.— Vea que las estrellas no desaparecen, aunque estén eclipsadas por el Sol.—

Los terribles, y por fortuna, no justos temores, de no alcanzar el bien que ansío; las amargas memorias de mi casa; la extraordinaria actividad de espíritu que tanto entrevé, y que está en condiciones para cumplir tan poco!;—la falta absoluta de grandeza, de energía y de libertades, que, envileciendo el carácter de los demás, disgustan y aíran el mío; este cimiento de espumas sobre el que la suerte, alejada de los hombres, me obliga a echar mi casa,—todo esto mantiene en ocupación grave y enfermadora mi espíritu, que, por ser mío, todos estos mismos dolores acrecienta y exalta. Dar vida a la América, hacer resucitar la antigua, fortalecer y revelar la nueva; verter mi sobra de amor, escribir sobre graves cosas en París, estudiar grandes cosas con mi inteligencia sin prejuicios y sin prioridades, hacer gran hogar de alma a la mártir voluntaria que viene a vivir a él,—he aquí las graves tareas que han tenido a mi pluma, excepto para aquella que todo lo mueve, dormida en un rincón.—Aquí, ni tiene que comprar pan con lo que llora, ni puede poner alas a las intimidades que en mí rebosan. De manera que, en público, calla.— Yo no sé si tendré ya respuesta a esta carta; pero cualquiera que ella sea, y escríbame siempre aquí por si aún no hubiese salido para allá, no le he de admitir excusa alguna.—El que más sufre es el que tiene más derecho al silencio.—

Yo debo salir de aquí el 10 de noviembre o el 29.—Si salgo el 10, estaré en México el 26 ó 27: —si salgo el 29, llegaré allá en la primera quincena de diciembre.—¿A qué iré, sino a nacer de nuevo?—Para este empleo divino se necesitan preparativos humanos, papeles y peticiones, cosas de ley.—De todo ello le encargo, de manera que para mi llegada pueda estar todo concluido.— Pensando en Manuel tanto como en Carmen, me hice un retrato. O mis ojos han muerto, lo que no dudo, o me pintaron ciego.—El retrato no sirvió.—Dígale esto al pequeñuelo de ojos árabes.—

Para lo mío, se necesitará partida de bautismo.—Ni a Fermín escribo: hágalo por mí, y pídale la que está en el Ángel. Por mí firme y solicite.—Ya he pedido mi humilde casa; ya construyen mis pobres muebles; ya late de alegría y de temor—¡pero al fin late!—mi corazón.—Ya veo la manera de colocar en México lo estrictamente necesario—para hacer verdad mis venturosas bodas.—¿Lola no ha querido ser bastante amiga de mi Carmen?—

Aquí acabo, porque la hora apremia.—Manuel Ocaranza habrá hecho bien, si se ha fijado en la

reproducción de un extraordinario cuadro que pinta a María Estuardo enamorándose de Rizzio.—Aquí hay un San José que me parece de escuela mexicana. Esto fue emporio de la imaginería sagrada, y nadie sabe nada de ello.—He sabido que Clavé vive todavía, y que triunfa por Italia un pintor catalán Galofre:— algo de Fortuny, más sombrío que él.—

Ni hizo justicia a mis penas, ni me contó las suyas.—No ha hecho bien.—Bese a sus hijos, y abrace a Lola.—Pronto irá a regañarle con vivísimo cariño quien no le escribe, pero quien lo lleva en el alma.

A Peón que se prepare a leerme el nuevo drama.—A Sánchez Solís, que he de hacer una de las obras de mi vida, escritas y prácticas, de la regeneración de los indios.—Es una obligación que tengo con mi alma y con su bondad.

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Mercado

29 de setiembre. [Guatemala, 1877]

Mi leal amigo.—

Le excito al arrepentimiento, enviándole nueva muestra del mío.—Minutos faltan, y se los dedico.—Ella, al venir a mi alma, respetó y amó la parte vasta que ocupa en ella Vd.—

Ahora, afligido por el mal de una casa amiga, que, con serlo mucho, no copia la suya, hablar de mí me parece una falta de respeto a su dolor.—Sin embargo, no sé por qué me parece que siento yo siempre con más rigor el duelo ajeno que los dolientes mismos.—Parece que esto es malo para vivir aquí; pero son años que se llevan adelantados para cuando se viva allá.—De manera, que persisto.

Continúo preparando mi viaje.—Casándome con una mujer, haría una locura. Casándome con Carmen, aseguro nuestra más querida paz,—la que a menudo no se entiende,—la de nuestras pasiones espirituales.—Afortunadamente, viviré poco, y tendré pocos hijos:—no la haré sufrir.—

Tal vez no el 10, tal vez el 6 de noviembre salgo del puerto de San José.—De modo, que bien puede ser que para el 20 de noviembre llegue a sus puertas un jinete polvoroso.—Alas pide para llegar: la una, el amor se la pone; la otra, amor de amigo.—No hice a V. justicia en un poemita que envié a Carmen: "Las alas del poeta".— Ese libro será un reflejo de mi vida: tendrá V. en él su canto.

He aquí que dan las tres.—A su hijo, el que hubiera servido de tipo para una acuarela de Fortuny, el que heredará de V. la pasión digna y el espíritu preclaro,—un formal saludo.—A Manuel que retrate en coro a tanta blanca criatura, con cintas azules.—A Lola, que me guarde mi puesto en cada hora de familia.—

V. quiera a su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

[Guatemala, 1877] Día 12 de octubre.

Mi amigo muy querido.—

Apenas tengo tiempo para contestar su sabrosa y muy leída carta última.—Como que me da orgullo que V. me quiera.—

El día 8 sale el vapor de San José, y con él irán mis atrevidos amores y mis salvadoras esperanzas, a Acapulco.—Si no la trajera a mi lado, textualmente, moriría.—Esta pasión tiene de indomable que es justa.—Se mide por la que la inspira, y el que la siente. Será tal vez un ave blanca que cruce por el aire sin ser vista: pero ¿perderá uno su blancura porque no lo vean? Aquí o allá, se será blanco.—Si yo no me casara ahora con Carmen, no tendría que preguntar a los cuervos para qué tienen las alas negras:—las extenderían sobre mí, y yo lo sabría.—Es cosa extraordinaria.—

De los de La Habana, no me olvido.—Ellos sufren menos, en tanto que me da Carmen más fuerzas.—Olvidarlos hoy es la manera de salvarlos luego.—Si no, V. sabe qué camino—¡por ellos no entendido!—llevaban mi salud y mi razón.—

De modo que saliendo el 8, llego a Acapulco del 13 al 16, y a México, ocho días después.—Abráceme bien, porque me caeré de alegría al llegar.—V. me pide quehacer, y sí le doy, y aquí se lo encarezco.—Ya le rogué que me hiciera todas mis diligencias de matrimonio, de manera que estuvieran acabadas para esa fecha.—V. conoce esos trámites, y que me los tenga anticipados es lo que le ruego:—yo no tendré tiempo más que para ir de la calle redentora de San Francisco a la para mí siempre llena de consuelo, siempre alegre y amada calle de Mesones.—

Diga a Manuel,— para su escándalo, que me gusta un cromo, tan bello, que querría que él lo copiase.—Prepáreme el folletín de algún periódico, para publicar, en forma de libro, algo sobre la moderna Guatemala.— Bien me ha hecho, y le debo bien.

Abrace a Lola, el alma clara enamorada por contraste del crepúsculo; salude a los que me quieren, a sus hijos.—V. ame siempre a su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

21 de octubre.— [Guatemala, 1877]

Mi amigo queridísimo.—

Pocos días habrán corrido de esta semana sin que haya hablado yo de V.—por la complacencia y frecuencia con que lo cito, y hago familiar su nombre a los que estimo, ya porque siempre encuentro modo de hacer alabanzas de las ejemplares virtudes de Lola, ya porque, sin darme yo mismo entera cuenta de ello, han llegado a ser V. y los suyos, cosa íntima mía.—Y luego, hay aquí un Joaquín García Granados, que es de V. y de muchos conocidos nuestros conocido.—Y como quiere a V., y en lo que vale estima a Lola, he que lo quiero.

No saber de casa me trae fuera de mí:—¡ingratas perezas,—que yo nunca tuve!—Ya no tendré respuesta de V. a esta carta que le escribo, porque, vivo o muerto, en noviembre o diciembre, estaré en México.—Hago mis últimos preparativos, y le ruego que me anticipe cuanta diligencia de curia y vicaría—¡aun Vicaría!—pudiera luego hacer más lenta mi ventura.—Me asombra que la suerte se haya dejado sorprender.—¡Ay!—y a veces tengo miedo de que se vengue.—La venceré, sacuda como quiera sus alas de ira, si tengo a Carmen a mi lado:—sin ella ¿para qué quiero yo vencer?—O Carmen ha sido perezosa—¡bien merece disculpa de los que tan bien saben amar! o lo ha sido Lola melancólica;—pero no me dicen que se hayan visto con la íntima frecuencia que, por egoísta amor a Carmen, yo deseo. Ansío cuanto le pueda dar placer.—

Pongo aquí punto, porque se va el correo.—Mi Carmen no ha recibido cartas:—¡extrañísima cosa, que me inquieta!—Véala, y dígame la manera de hender el aire.—Nunca, como en mi viaje de ida, me habrán parecido imbéciles los pies, que sujetan a la tierra.—

Quiérame mucho, que siempre, en pago de lo que lo quiero, será poco. Anime a Manuel, bese a sus hijos, y salude a los que me quieran.—Aquí queda, reconciliado por su esperanza con la tierra, su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Ml. Mercado

28 de octubre. [Guatemala, 1877]

Amigo queridísimo.—

No tengo más que unos cuantos minutos para contarle una inmensa ventura.—El día 8 salgo para México.—La ventura, para venir a mí, tiene ruedas de piedra:—solo cuando Carmen me la ha traído, ha tenido alas, si no el 8, el 29;—pero, ¡gran rareza, y gran dolor sería, que no fuese el 8!—He vencido! He vencido! Sin indignidad, entre gentes indiferentes o indignas; con el resplandor de mi alma, con la fuerza de mi palabra, con el aroma de su amor.—¡Luego yo tengo fuerzas, y podré hacer que las gentes no se olviden de mi nombre! Ha sido un triunfo oscuro, sumamente honrado:—es mi única manera de vencer.—Qué seré, lo sabré luego:—lo que yo sé ahora es que la tengo.

Agénciemelo todo: papeles, firmas, espinas. Un folletín para publicar un libro sobre Guatemala. Un cubierto en su mesa.—La tierra es cruel, y hace que en este instante crucen ante mi ventana hombres con grillos.—¡Yo se los quitaré!

Véame a mi Carmen; llévele a Lola; cuéntele a ella los días que yo no sé contarle. Los caminos son caprichosos, y nada sé de éstos. Tal vez llego el 21, tal vez el 24.—Los de La Habana, conmigo viven. Aún son fuertes, y yo ya me moría.—Vendrá el día de todos: pero ¿cómo, sin su luz?—¡Si me abrieran el pecho! Debo tener ahora hermoso el corazón!

Nada sé decir, ni hacer; más que besar el aire, y abrazarlo.—

Yo odio el ejercicio del Derecho. Es tan grande en esencia cuanto pequeño en forma. Por ella, y para que mis hijos no sufran lo que yo he sufrido, y en cuanto viva he de padecer, antes de irme, haré reválida.—La huyo, pero la aprovecharé.—

Abráceme, y véala! Hoy quiero más a todo el mundo. Pero a su casa, ya no la puedo querer más.—

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

AL GENERAL JUSTO RUFINO BARRIOS

Guatemala, 6 de noviembre de 1877

Sr. General Presidente:

Hay heroísmos criminales, que inspiran dudas a la Historia, y respeto a los hombres honrados; pero hay criminales de tan repugnante naturaleza que, por increíbles, se les rechaza antes de verlos, y, después de vistos, se les duda todavía. No son las palabras las encargadas de condenarlos; es el clamor de la indignación, la repulsión unánime, la general censura—que quien no censura aquí es malvado, con que se ha recibido la noticia de la baja trama que afiló en la sombra los puñales que habrían de dar muerte al protector de la instrucción del pueblo, y atravesar el pecho de su mujer y de sus hijos.

En todos los corazones ha habido espanto: por todas las venas ha corrido frío. La Escuela Normal, hija de la Libertad, que prepara a los hombres para ella, ha dicho con la palabra de sus maestros y ha sentido con el corazón agradecido de sus alumnos, este miedo amoroso. Miedo por la vida del reformador que la ha fundado. Ira, hacia las manos pagadas y hacia los viles pagadores, que creen que la vida de la Libertad se apaga con la vida de un solo hombre. No, señor: no educa la Escuela Normal hombres para la venganza; pero los educa como vos los habéis encomendado, para la honra, para la justicia, para la lucha frente a frente, para amar a los esforzados, para combatir sin tregua a los hipócritas. Niños y hombres nacientes, todos, ante vuestro peligro, han sentido que estaba en peligro algo de su propio corazón.

Todos se han estremecido: algunos han llorado: ¡ellos recuerdan que antes de vuestra presencia en el poder, paseaban en pueblos ignorados un alma aspiradora, y hoy merced a vos, ricos de fe y fuerza, extienden libremente las oprimidas alas del alma! Creedlo, señor: en la Escuela que habéis fundado, no se educan traidores ni asesinos.

No es el que más ama el que más habla. Vos queréis que los hombres se instruyan, que la superioridad de la inteligencia y la energía del carácter sean la única diferencia entre las razas; vos abrís ancha vía a la generación inquieta e ignorada que ha de dar al país su nueva forma. Este instinto de libertad, este sentimiento de los grandes destinos, este culto a la dignidad humana, que los hombres honrados atesoran, se estremecieron, como por grave herida, con el atentado que os puso en tanto riesgo: parece que todo eso está ligado a vos.

Sean, señor, estas palabras, testimonio de la indignación profunda con que la Escuela Normal en sus maestros y discípulos, ha visto ese proyecto infame. Los resentimientos tienen otra manera de exponerse: se combate; no se asesina.

A vos debe la vida la Escuela Normal: no ha de parecer servil; ingrata parecería, si no dijese alto lo que agradecida y amorosa, siente. Señor, cumplid como bueno; que los puñales de los hombres no llegan nunca al corazón del que obra bien. Los partidos de la sombra, y los héroes del veneno, y los signos, huyen ante el partido de los libros, de la predicación, de la enseñanza.

Del alma salen estas palabras que os decimos: profesores y alumnos loan a la fortuna que conserva vuestra vida. Y si en la sombra se afilan los puñales no os alarme, señor, que en la Escuela se adiestran las conciencias. Los que educáis serán vuestros soldados.

A MANUEL A. MERCADO

10 de noviembre.— [Guatemala, 1877]

Amigo queridísimo.—

Más de lo que pensaba tardaré en darle mi abrazo.—No salgo hasta el 29, ni llego hasta el 8 ó 9 de diciembre.—Mordí el aire al principio; pero luego, me ha resultado bien de mi demora.—Un terrible suceso, ahogado en sangre, detuvo el pensamiento de las gentes, y el movimiento de los negocios.—Una conspiración sombría, de clérigos y soldados, alentaba a los altos puestos y a las altas gentes. Solo podía hacerla simpática el rigor con que se la ha castigado.—Y ¡no han de tener razón! ¡No ha de ser verdad que el hombre sea enemigo y contrario del hombre,—que no pueda ser hombre de gobierno un hombre generoso!—Ciertos ataques no se traman sino contra quien de algún modo los merece. No en mucho este, que se equivoca por falta de inteligencia suya, y cobardía del país.—Pero en parte: Usted y yo tenemos decidido que el poder en las repúblicas solo debe estar en manos de los hombres civiles. Los sables, cortan.—Los fracs, apenas pueden hacer látigos de sus cortos faldones.—Así será.—

Vuelvo a rogarle que, ya que en este instante mismo no tengo tiempo de escribir a mi madre amantísima,—y amadísima,—ni de contestar a Fermín su carta, escriba V. a este pidiéndole mi fe de bautismo:—28 de enero de 1853, iglesia del Ángel.— Esto, y cuanto de papeles y humanidades haya menester, le pido encarecidamente.—A más,—lo que me importa mucho,—un folletín de periódico, por 13 días, para publicar un pequeño libro sobre Guatemala.— ¿Me quieren aún en *El Federalista*? Válgoles al menos para darles de vez en cuando—¡el caballero Gerardo!— frases que copiar, y que adivinan, aunque yo no firme.—Esto no es malo. Porque es cosa importante que uno sea uno.—

Figurarán en mi modesta sala los hermosos retratos de Manuel. Gusto cada vez más del muy bueno de Antonia, que corre, que canta, que ya vive:—¡Ana tal vez no hubiera muerto!—Así mueren las aves, lejos de su árbol.—

El mío está en los corazones que me aman:—V., y los de su casa, saben cuán vivamente los quiere su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A VALERO PUJOL

Sr. Director de *El Progreso:*

27 de noviembre.—[1877]

Amigo mío.—

En un cariñoso párrafo, inserto en el último número de *El Progreso*:—Por las cosas generosas que de mí dice, gracias. Para la observación con que termina, algunas observaciones.

Rechazo absolutamente, no el consejo de mi amigo, sino el injusto rumor de que se ha hecho eco. Yo analizo mis pequeños actos, y estoy contento de ellos. ¿Qué he hecho, para merecer tanta atención? Amo la prensa, ese poder nobilísimo, y he escrito un artículo, de que dice V. sobrado bien, y una manifestación que me honra, porque en ella expresé la gratitud ajena y la mía: ¡desventurado el que no sabe agradecer!

Amo la polémica viva, la juventud naciente, los esfuerzos literarios, y por temor de parecer intruso, he rehuido los amenos centros donde los jóvenes hablan, y las grandezas futuras se prometen. Manuel Acuña, el poeta pálido de México ¿qué fue sino un discutidor modesto de la Sociedad Netzahualcóyotl?

Amo la tribuna, la amo ardientemente, no como expresión presuntuosa de una locuacidad inútil, sino como una especie de apostolado, tenaz, humilde y amoroso, donde la cantidad de canas que coronan la cabeza no es la medida de la cantidad de amor que mueve el corazón. Si los años me han negado barbas, los sufrimientos me las han puesto. Y estas son mejores.

¿Qué he hecho yo en la tribuna?—Una vez, conmovido por la voz de un bardo joven, saludé a Guatemala, que me da abrigo, y de quien aquí no digo bien, porque parecería lisonja.—Otra vez, allá en familia, en las útiles pláticas que la Escuela Normal sustenta, y el público favorece, encomié unos versos de Lainfiesta, medidos a la manera de Meléndez, el dulce poeta.—Hablé luego sobre el influjo de la Oratoria: ¿qué he de hacer con las palabras, si se me salen del alma?—Una inteligente maestra guatemalteca quiso ser anunciada por mí al público: ¿había yo de ser descortés?—Me invitó El Porvenir,— honra que no olvidaré—a hablar en su primera velada. Veo yo desenvolverse los gérmenes tanto tiempo contenidos, cruzarse los alambres por el aire, tenderse los carriles por la tierra, crearse una nueva generación en las escuelas, llenarse de libros modernos las librerías, embellecerse la forma de las casas, multiplicarse los maizales ricos, quejarse la caña en las centrífugas, reconocerse los puertos y los ríos; era yo el orador de una fiesta de este renacimiento, y ¿no había de cantarlo? Ensalcé a la próspera Guatemala.—Mi mano agradecida sabe que se sentía allí lo que yo decía. Los que la estrecharon, no serán olvidados. Aquella noche, no me equivoqué. Mi cariño estaba pagado:—yo había alentado a los jóvenes, encomiado la necesidad de la energía individual, censurado el respeto ciego, el continente sumiso, la mano floja, la mirada opaca, el habla humilde, todo eso que V. ha llamado *circunstancias*, y que ya—merced al libro, a los hombres de 1871, y a V. mismo—ya no lo son. Canté a la Guatemala laboriosa, alba de limpieza, virgen robustísima, pletórica de gérmenes;—canté una estrofa del canto americano, que es preciso que se entone como gran canto patriótico, desde el brillante México hasta el activo

Chile. Esa estrofa pugna por ser himno.—Aquella noche, corrió a mi lado aire de amor.

Luego, el 16 de septiembre, invitado por mi amigo Izaguirre, y por alguien más, hablé de nuevo. Decir mal de España, con mis labios cubanos, hubiera parecido una pueril venganza:—son flojas las batallas de la lengua. Volví los ojos hacia los pobres indios, tan aptos para todo y tan destituidos de todo, herederos de artistas y maestros, de los trabajadores de estatuas, de los creadores de tablas astronómicas, de la gran Xelahub, de la valerosa Utatlán. La manera de celebrar la independencia no es, a mi juicio, engañarse sobre su significación, sino completarla. Enumeré las fuerzas de Guatemala, y las excité al movimiento y al trabajo.—Creo que me enojé un poco con las perezas del Ser Supremo, vuelto de espaldas tantos siglos a la América.—He ahí mi oscura campaña. Amar a un pueblo americano, y, por tanto, mío, tan mío como aquel que el Cauto riega; celebrar una nueva época, censurar aquella en que un Ministro reñía ásperamente a un maestro, porque enseñaba francés a sus discípulos,—he ahí las circunstancias que he atacado; he ahí la inoportunidad que he cometido. La verdad es que sólo aquel Ministro, y los suyos, tenían derecho a quejarse.—Cierto que para ellos fui yo inoportuno.

Pero para otros, no: para ancianos respetables, que me estiman; para el afectuoso—e impagable—círculo de jóvenes que me alienta; para los maestros entusiastas, de mirada grave y ciencia sólida, que acaban de salir de la Escuela en que—yo también—enseño; para el mundo nuevo, las circunstancias no están heridas, ni la oportunidad lastimada.—Cuando una sociedad vive entre dos extremos, el uno audaz—que adelanta, y el otro tenaz—que no camina, no se puede ser oportuno para todos. El que alienta a aquellos, lastima a estos. Aquellos no se me quejan, amigo mío. Aquí, en mi oscuridad, aquellos me aman. Me vienen a ver, hablan conmigo largamente.—Yo, tranquilo con mis actos, a estos dejo mi justificación. Estos amigos míos son: estudiantes desconocidos, adolescentes empeñosos, personalidades sencillas, pero enérgicas.—Y otras gentes, que me enaltecen ante mí mismo con quererme.

Les hablo de lo que hablo siempre: de este gigante desconocido, de estas tierras que balbucean, de nuestra América fabulosa. Yo nací en Cuba, y estaré en tierra de Cuba aun cuando pise los no domados llanos del Arauco. El alma de Bolívar nos alienta; el pensamiento americano me transporta. Me irrita que no se ande pronto. Temo que no se quiera llegar. Rencillas personales, fronteras imposibles, mezquinas divisiones ¿cómo han de resistir, cuando esté bien compacto y enérgico, a un concierto de voces amorosas que proclamen la unidad americana?—Ensalzando a la trabajadora Guatemala, y excitándola a su auge y poderío,—¿habré obrado contra ella?—Rogando a una hermana que sea próspera ¿habré obrado en mal de la familia?—Impacientándome por que no se consigue pronto este fin gloriosísimo,—con moderada impaciencia ¿qué falta podrá echarme en cara mi gran madre América? ¡Para ella trabajo!—De ella espero el aplauso o la censura.

Suyos, suyos son estos esfuerzos y dolores; a ella envío las rosas del camino; por ella no me duelen las zarzas venenosas.

Obro bien, y estoy contento.—¿Que no halago las *circunstancias*? Un hombre nace para vencer, no para halagar.—¡Ah, inoportuno! Si *circunstancia* es repulsión a toda mejora, ira contra toda útil tentativa, odio contra toda energía, no, no la halago.— Ni V. ni yo la halagamos.

¿Que soy vehemente en decir todo esto? ¿Culpa es mía solo, que sea América tierra de pasión?

Por ahí me han mordido unas culebras. Pero mi dignidad me escuda.—?

Amo a Guatemala. Probárselo será mejor que decírselo. Nada intento enseñar, yo que he tenido que admirar la elocuencia de un negro de África, y la penetración de un ladino de Gualán. Los que

me pinten soberbio, se equivocan. La inteligencia, dado que se la tenga, es un don ajeno, y a mis ojos, mucho menos valioso que la dignidad del carácter y la hidalguía del corazón. Estoy orgulloso, ciertamente, de mi amor a los hombres, de mi apasionado afecto a todas estas tierras, preparadas a común destino por iguales y cruentos dolores. Para ellas trabajo, y les hablaré siempre con el entusiasmo y la rudeza—no de un Mentor ridículo, que Mecenas y Mentor tuvieron canas,—ni un Redentor cómico, que si amor me sobra, fuerzas me faltan; de un hijo amantísimo, que no quiere que sus amigos llamen a la energía necesaria, inoportunidad; a las resistencias sordas, circunstancias.

Vivir humildes, trabajar mucho, engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y revelárselas, pagar a los pueblos el bien que me hacen: este es mi oficio. Nada me abatirá; nadie me lo impedirá. Si tengo sangre ardiente, no me lo reproche V., que tiene sangre aragonesa.

Vd. me ha hecho mucho bien:—hágame aún más. No diga V. de mí,—que eso vale poco: "Escribió bien", "habló bien".—Diga V., en vez de esto: "Es un corazón sincero, es un hombre ardiente, es un hombre honrado."

Y así, lo abrazaré.

Su amigo

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A NICOLÁS AZCÁRATE

[México, 20 de diciembre de 1877]

Mi muy querido Nicolás.

Nuestro matrimonio es a las seis, en el Sagrario de la Catedral.—El espectáculo de una esperanza satisfecha, debe servir a V. siempre joven, de esperanza.—No haga esfuerzo por ir, si aún sigue enfermo, que allá iré yo a abrazarlo; pero si va, a nadie verá con más placer que a V. su amigo reconocido y cariñoso, que entiende sus penas y con parte de su alegría quisiera hoy aliviarlas,

JOSÉ MARTÍ

[OC, t. 28, p. 365]

A NICOLÁS AZCÁRATE

[México, diciembre de 1877]

Nicolás:

De aquí a unos instantes iré a verlo.

Y en mis agradecimientos—que son en mí firmes como cultos—no olvidaré nunca al que me ha alentado en mis obras de pensamiento, y ayudó a preparar mi alma para mi obra mejor de corazón.

Su amigo entusiasta

JOSÉ MARTÍ

[Fcs. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

[¿Hacienda de San Gabriel, Morelos?, 27 ó 28 de diciembre de 1877]

Hermano mío.—

Como Cervantes, con el pie en el estribo, pero,—no como él,—en el estribo de la vida,—allá le envío, para que sufra, trabaje y me perdone unos borradores recompuestos del segundo folletín.—No sé cómo saldrá V. de ese apuro.

Desde Iguala: desde Chilpancingo, le escribiré con más calma y espacio. Ahora, tenemos prisa por salir de la hacienda, donde el olor del azúcar y el ruido del trapiche nos oprime el corazón.

Carmen va muy bella, y muy conversadora de Vds.—Nos querrían aún más si nos oyeran.

Esta noche se propone ella bravamente llegar hasta Iguala. Allí renovaremos la numerosa escolta que nos sigue, merced a la bondad de Medina, el solícito amigo de Macedo.—

De veras está ya muy alto el Sol.—Otro hay más vivo, para su amigo amoroso, en el alma de

JOSÉ MARTÍ

Escribiré sobre los cuadros de Manuel. Deseo mucho el retrato del leal árabe, y envío un abrazo de Carmen y mío,—y ella me lo encarga muy estrecho,—a Lola.—

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

[¿Iguala?, 27 ó 28 de diciembre de 1877]

Mercado.

No sé si el pliego anterior terminaba donde comienza este. Si no, perdóneme todavía, taje de donde quiera y zurza como le plazca.

A casa rejaré escrito.

Vea que sólo en V. fío para que los caballeros cajistas no me conviertan ingente en urgente.

Su hermano,

JOSÉ MARTÍ

[Carlos Ripoll, *Páginas sobre José Martí*, New York, 1995, p. 153]

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES.—

Decía Céspedes, que era irascible y de genio tempestuoso:—"Entre los sacrificios que me ha impuesto la Revolución, el más doloroso para mí ha sido el sacrificio de mi carácter."—Esto es, dominó lo que nadie domina.—

——

El 10 de abril, hubo en Guáimaro junta para unir las divisiones del Centro y del Oriente. Aquella había tomado la forma republicana: esta, la militar.—Céspedes se plegó a la forma del Centro. No la creía conveniente; pero creía inconvenientes las disensiones.—Sacrificaba su amor propio—lo que nadie sacrifica.—

——

Se le acusaba de poner a cada instante su veto a las leyes de la Cámara.— Él decía:—Yo no estoy frente a la Cámara, yo estoy frente a la Historia, frente a mi país y frente a mí mismo. Cuando yo creo que debo poner mi veto a una ley, lo pongo, y dejo tranquila mi conciencia."

La Cámara, ansiosa de gloria pura, pero inoportuna, hacía leyes de educación y agricultura, cuando el único arado era el machete; la batalla, la escuela; la tinta, la sangre.—Y venía el *veto*.—

——

Que instituyó la forma militar.—Él creía que la autoridad no debía estar dividida; que la unidad del mando era la salvación de la revolución; que la diversidad de jefes, en vez de acelerar, entorpecía los movimientos.—Él tenía un fin—rápido, único: la independencia de la patria. La Cámara tenía otro: lo que será el país después de la independencia. Los dos tenían razón; pero, en el momento de la lucha, la Cámara la tenía seguidamente. Empeñado en su objeto, rechazaba cuanto se lo detenía.—

——

Que se llamó Capitán General.—Temperamento revolucionario, fijó su vista en las masas de campesinos y de esclavos. "A ese nombre están acostumbrados a respetar; pues yo me llamaré con ese nombre. Un cambio necesitaría una explicación. Se pierde tiempo."—¡Se pierde tiempo! Esta es la explicación de todos sus actos, el pensamiento movedor de todos sus movimientos coléricos, la causa excusadora de todas sus faltas. Concretaba su vida en una frase: ¡libres de España!—Cada dificultad le parecía un crimen; cada obstáculo un fratricidio.—Él creía: "El medio de la paz es la tribuna"—"El medio de las revoluciones es la acción"—Un discurso dicho era una legua perdida. —Tanto más admirable en un hombre de ley y de discursos.—Y como Tácito escribió

tremendamente, con el lenguaje aglomerado tantos años en su alma, así Céspedes obraba inquietamente, con la genial vivacidad y bélico carácter por tan largos y tan insoportables años contenidos.—

[Ms. en CEM]

[AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ]

[Guatemala, 1877]

General.

He conmovido muchas veces refiriendo la manera con que V. pelea:—la he escrito, la he hablado:—en lo moderno no le encuentro semejante: en lo antiguo, tampoco.—Sea esta una razón para que V. disculpe esta carta.—

Escribo un libro, y necesito saber qué cargos principales pueden hacerse a Céspedes, qué razones pueden darse en su defensa —que, puesto que escribo, es para defender.—Las glorias no se deben enterrar sino sacar a luz. Sobre todo, necesito saber qué fue una carta que Ignacio Agramonte envió a Céspedes, sobre renuncia de mando y mantenimiento de pensión.

A otros pudiera dirigirme: en V. fío. Como algún día he de escribir su historia, deseo comenzar ya haciendo colección de sus autógrafos.—

De mí, tal vez nadie le dé razón. Rafael Mendive fue mi padre: de la escuela fui a la cárcel, y a un presidio, y a un destierro, y a otro.—Aquí vivo, muerto de vergüenza porque no peleo.—Enfermo seriamente y fuertemente atado, pienso, veo y escribo.—Veo las pobrezas de estas tierras, y pienso con orgullo que nosotros no las tendremos.—En tanto que, en silencio, admiro a los que lo merecen, y envidio a los que luchan, sírvase darme las noticias históricas que le pido,—que tengo prisa de estudiarlas y de publicar las hazañas escondidas de nuestros grandes hombres. —Seré cronista, ya que no puedo ser soldado.—

No extrañe este lenguaje.—Cuando se sirve bien a la patria, se tienen en todas partes muchos amigos viejos.—De los más ignorados, no de los menos ardientes, es para el general animoso, el mutilado silente,

JOSÉ MARTÍ

Mi dirección:

José Martí

Guatemala.—

[Ms. en CEM]

[APUNTES Y FRAGMENTOS SOBRE FILOSOFÍA]

[1]

—El Oriente invade al Occidente
—Gnosticismo.—Herejías
—Antes se comenzaba con Tales.
¿Cuál es el principio elemental o material del mundo físico?—
India—China—Persia.—Egipto.—
Asia Occidental {Caldea, Fenicia, Siria, Asia Menor, Palestina.
Pueblos del norte:—Eslavos, escitas, celtas y germanos.
Asgar
Antigüedad.—Bourgeat.— Árboles
¿Cómo se volvió a la India?—
Siglo pasado.—Anquetil Duperron.
Volney, Sacy,— Siria.
Champollion,— Egipto.
Ramayana—Su naturaleza
La India comprende el Himalaya, el Indo, el Océano y el Ganges.
La filosofía de la India debe dividirse en tres períodos:
Teológico—filosófico
Sistemas filosóficos
Budismo y Sectas.—
[A continuación se encuentra el siguiente dibujo:]

Fuentes.—
Los Vedas.
Manawa Dharma Sastra.—Manú
Purana
Ramayana, Mahabarata
Brahin.—Suprema ley.—

Filosofía es el conocimiento de las causas de los seres, de sus distinciones, de sus analogías y de sus relaciones.

Historia es el conocimiento de la manera con que estas causas se han ido desarrollando.

Las doctrinas de Oriente, ora puras, ora con las griegas, ora con las cristianas, invaden el

Occidente.

Puedo hacer dos libros: uno dando a entender que sé lo que han escrito los demás:—placer a nadie útil, y no especial mío.
Otro, estudiándome a mí por mí, placer original, e independiente. Redención mía por mí, que gustaría a los que quieren redimirse.
Prescindo, pues, de cuanto sé, y entro en mi ser.
¿Que qué somos? ¿que qué éramos? ¿que qué podremos ser?

Asgartha

Jodah y Scandah: Xchatria de Himarat: nos llevan la miel de nuestras colmenas, los frutos de nuestros árboles; nuestras doncellas; vamos a tomar la ciudad de sol.
Huyeron
De Scandah—Escandinavia
Los Vedas—Eddas.—
Tales.—
Duguetil.—
Ramayana.—

[2]

La naturaleza observable es la única fuente filosófica.
El hombre observador es el único agente de la filosofía.—

Pero hay dos clases de seres: los que se tocan y los que no se pueden tocar: yo puedo separar las capas que han entrado a formar una montaña, y exhibirlas en un museo: yo no puedo separar los elementos que han entrado a formar, y siguen perpetuamente, y tal vez seguirán eternamente formando mi pensamiento y sentimiento.

Lo que puede tocarse se llama tangible, y lo que puede probarse por la vista, evidente. Lo que no se puede tocar ni ver es invisible e intangible.

Así, pues, hay en nosotros mismos una parte de naturaleza tangible, como el brazo, y una intangible; como la simpatía.—

Al estudio del mundo tangible, se ha llamado física; al estudio del mundo intangible, metafísica.

La exageración de aquella escuela se llama materialismo; y corre con el nombre de espiritualismo, aunque no debe llamarse así, la exageración de la segunda.

Todas las escuelas filosóficas pueden concretarse en estas dos. Aristóteles dio el medio científico que ha elevado tanto, dos veces ya en la gran historia del mundo, a la escuela física. Platón, y el divino Jesús, tuvieron el purísimo espíritu y fe en otra vida que hacen tan poética, durable, la escuela metafísica.—

Las dos unidas son la verdad: cada una aislada es solo una parte de la verdad, que cae cuando no se ayuda de la otra.—No es necesario fingir a Dios desde que se le puede probar.—Por medio de la ciencia se llega hoy a Dios.—No Dios, como hombre productor; sino Dios como inmenso mar de espíritus, adonde han de ir a confundirse, ya resueltas, todas las soberbias inconformidades de los hombres.—Lo cual tal vez pueda afirmarlo la Poesía, intuitiva, pero no debe apresuarse a afirmarlo la Filosofía, experimental.

Invisible, pues, Dios; contradictorios los juicios de los hombres, y permanente y solemne la Naturaleza, el testimonio de aquel no es aducible, ni su existencia detallable; a los juicios de los hombres no es cuerdo acudir, porque existen de procurar destruirse; acerquémosnos a la gran madre; abramos el gran libro, cuyas páginas han escrito los siglos, cuyos actos y hechos son océanos, cuyo conocimiento augusto se pierde en lo intangible e invisible,

¡Cuánto mundo después del mundo aéreo—al que he alcanzado, lloro mezquindades nuestras, el más indolente de los aeróstatas!

Repitamos, para esclarecer. Una parte de la naturaleza es tangible, y por tanto material: la Filosofía que la estudia se llama Filosofía Física. Otra es inmaterial, y versa sobre lo que se llama generalmente—para combatirlo o para aceptarlo—espíritu: la Filosofía que la estudia, se llama Metafísica.

¿Deben darse leyes para el mundo real y palpable por las intuiciones del individuo, ente antilógico?—

Es irracional, puesto que las leyes de las cosas deben deducirse de la observación de las cosas:

he aquí el error de la Metafísica.

¿Deben subordinarse los altivos movimientos del impalpable y extraordinario ser humano, distinto por su esencia excelsa de cuanto le rodea, acausas mezquinas cuya manera de obrar no está [avi]sada?

Es irracional también; porque la hipótesis no está permitida a la ciencia de las pruebas: he ahí el error de la escuela física, que en sus extravagancias ha llegado a negar todo fenómeno espiritual.—

Tenemos que para conocer es necesario examinar: que la fuente más creíble de verdad es nuestro propio examen; que el examen, medio seguro de conocer la aplicación de nuestra aptitud de conocer a la cosa conocible: observación,—y el pensamiento sobre lo observado: reflexión.—

Hay, pues, en Filosofía sujeto que conoce, y que aislado, produce la Filosofía subjetiva alemana: objeto conocible, que, aislado, produce la Filosofía naturalista moderna;—y medios de conocer.—

Dedúcese que la Filosofía debe estudiar al hombre que observa, los medios con que observa y lo que observa: Filosofía interna, Filosofía externa y Filosofía de relación.—

Filosofía: Filosofía es la ciencia

Filosofía es la ciencia de las causas.—

Conocer las causas posibles, y usar los medios libres y correctos para investigar las no conocidas, es ser filósofo.—Pensar constantemente con elementos de ciencia, nacidos de la observación, en todo lo que cae bajo el dominio de nuestra razón, y en su causa:—he ahí los elementos para ser filósofo.

Luego estos elementos son: observación y reflexión.

Cualquier otro elemento ayuda a averiguar, pero no es una base firme de filosofía. No debemos afirmar lo que no podemos probar.—La intuición es un auxilio, muchas veces poderoso, pero no es una vía científica e indudable para llegar al conocimiento.

Yo no afirmaría que debo existir superiormente a como existo hoy, si no tuviese en mí razones prácticas para comprobarlo.—

Razón práctica no quiere decir razón material, sino razón experimental.

Yo no afirmaría la relación constante y armónica del espíritu y el cuerpo, si yo mismo no fuese su confirmación.

Yo no asentaría que, en caso de necesidad de empleo de fuerza, los móviles morales,—voluntad, dignidad, orgullo patrio, educación,—son superiores a los medios materiales—fuerza, costumbre, musculatura,—si no fuese de esta verdad ejemplo vivo.

Tendemos involuntariamente a darnos cuenta de todo. Unos, los de espíritu manso, siguen el impulso ajeno. Otros, los de espíritu rebelde, examinan el ajeno y tienden a emplear el propio.—Richelieu decía de Corneille que no tenía *esprit de suite*, espíritu de obediencia.—Ningún gran hombre, digno de Dios, lo tiene.—

No podemos conocer las causas de las cosas en sí mismas. Las causas no se revelan a nosotros directamente. Tenemos siempre delante la obra de la Creación, y siempre en nosotros el deseo de saber cómo obró. ¿A quién lo podemos preguntar?—

¿A Dios?—¡Ay! No responde, porque nos han enseñado a creer en un Dios que no es el verdadero.—El verdadero impone el trabajo como medio de llegar al reposo, la investigación como medio de llegar a la verdad, la honradez como medio de llegar a la pureza. ¡Qué alegre muere un mártir! ¡Qué satisfecho vive un sabio! Cumple su deber, lo cual, si no es el fin, es el

medio.

¿A quién preguntaremos? ¿A la fe?—Ay! No basta. En nombre de la fe se ha mentido mucho. Se debe tener fe en la existencia superior, conforme a nuestras soberbias agitaciones internas,—en el inmenso poder creador,—en el bien, que consuela,—en amor, que salva y une,—en la vida que empieza con la muerte. Una voz interior y natural, la primera voz que los pueblos primitivos oyeron, y el hombre de siempre oye, clama por todo esto.—Pero la fe mística, la fe en la palabra cósmica de los brahmanes, en la palabra exclusivista de los magos, en la palabra tradicional, metafísica e inmóvil de los sacerdotes, la fe, que enfrente del movimiento en la tierra, dice que se mueve de otra manera; la fe, que enfrente del mecánico de Valencia, lo aherroja y lo ciega; la fe, que condena por brujos al marqués de Villena, a Bacon y a Galileo; la fe, que niega primero lo que luego se ha visto obligada a aceptar,—esa fe no es un medio para llegar a la verdad, sino para oscurecerla y detenerla; no ayuda al hombre, sino que lo detiene; no le responde, sino que lo castiga; no le satisface, sino que lo irrita.—Los hombres libres tenemos ya una fe diversa. Su fe es la eterna sabiduría. Pero su medio es la prueba.—

Y con esta fe científica, se puede ser un excelente cristiano, un deísta amante, un perfecto espiritualista. Para creer en el cielo, que nuestra alma necesita, no es necesario creer en el infierno, que nuestra razón reprueba.—

¿A quién preguntaremos, pues? A la Naturaleza. Los seres luminosos están en el cielo; los seres opacos están en la tierra. La inquietud permanente, sin peso, sin color, sin forma, está—viva como una luz—en el pensamiento de cada hombre. ¿Quién o qué mueve a los astros? ¿Quién o qué formó a la Tierra? ¿Quién o qué es este ser curioso, infatigable, melancólico y rebelde que tenemos en nosotros mismos?—

¿Preguntaremos a los libros? Una escuela nos dice que los movimientos del alma son movimientos nerviosos, y como esa escuela no nos dice en qué nervio residen el honor de los hombres, el pudor de las mujeres, el amor de madre, el amor patrio,—rechazamos por falta de las pruebas a esa filosofía que no ha sabido probar lo que pretende.—

Otra escuela nos dice que el espíritu es señor del cuerpo, y como con nuestros ojos vemos que, si bien es verdad que un dolor, como fenómeno espiritual, perturba a veces el cuerpo, también es verdad que, un veneno, un dolor de cuerpo, una maldad, perturban a veces la razón,—rechazamos esta segunda escuela, como la otra, por exclusivista, teorizante y pretenciosa.—

Puesto que a esta confusión nos lleva el examen ajeno ¿qué hemos de hacer para saber? Examinar con nuestro criterio el examen que ha hecho el criterio ajeno, o, lo que es más seguro, examinar por nosotros mismos.—

No se puede ver una cosa sin mirarla. No se puede entender una cosa sin examinarla. El examen es el ojo de la razón.—

Luego nosotros mismos somos el primer medio del conocimiento de las cosas, el medio natural de investigación, el medio natural filosófico.—

¿Qué es la Naturaleza? El pino agreste, el viejo roble, el bravo mar, los ríos que van al mar como a la Eternidad vamos los hombres: la Naturaleza es el rayo de luz que penetra las nubes y se hace arco iris; el espíritu humano que se acerca y eleva con los ideales, nubes del alma, y se hace bienaventurado. Naturaleza es todo lo que existe, en toda forma,—espíritus y cuerpos; corrientes esclavas en su cauce; raíces esclavas en la tierra; pies, esclavos como las raíces; almas, menos esclavas que los pies. El misterioso mundo íntimo, el maravilloso mundo externo, cuanto es,

deforme o formado, luminoso u oscuro, cercano o lejano, vasto o raquítico, licuoso o terroso, regular todo, medido todo menos el cielo y el alma de los hombres—la virtud es Naturaleza.

[3]

corazón?—

Método bueno filosófico es aquel que, al juzgar al hombre, lo toma en todas las manifestaciones de su ser; y no deja en la observación por secundario y desdeñable lo que, siendo tal vez por su confusa y difícil esencia primaria no le es dado fácilmente observar. Debilidad científica, filosófico raquitismo, censurable anemia voluntaria de todos esos, en la forma severos y marmóreos, y en el fondo incompletos y arenosos sistemas de accidentes.—

Debe tomar el hombre la filosofía, no como el cristal frío que refleja las imágenes que cruzan ante él; sino, como el animado seno en que palpita, como objeto inmediato y presente, la posible acomodación a lo real de lo que el alma guarda como ideal anterior, posterior y perpetuo.— Al objeto en la vida se dedican todos estos realistas objetivos.— Pero todavía, cumplido ese objeto, tiene el humano poderosas ansias que, como quien abre tenacísima reja, se revelan en la última sonrisa de los que saben morir bien.—¡Oh, cuán hermoso! se deben decir los que bien mueren.— Y se debe llorar en la última hora, de dolor por los amados que se dejan, de inmenso regocijo por la libertad que tal vez se entra a disfrutar.—

[4]

¿Qué será, pues, Historia de la Filosofía? Ciencia moderna, debe conformarse a la acepción moderna de la Historia. Antes se hacinaban hechos; ahora se encadenan y razonan. Antes se narraba; ahora se traba, se funde, se engranan los sucesos y se explican.— Comentando esta acepción de la Historia a mi misión en esta cátedra, Historia de la Filosofía no querrá decir exposición de los diversos sistemas filosóficos: porque eso, dicho se está, lleva exposición y no es historia.—Quiere decir estudio de los orígenes, desarrollo, estado actual, porque el probable venidero no me compete; de los conocimientos filosóficos, enumerando sus accidentes, sus adelantos, sus reacciones, las razones que ha habido para cada una de estas variantes y el espíritu sucesivo que los ha ido determinando y modificando.

Historia de la Filosofía es pues el examen crítico del origen, estados distintos y estados transitorios, que ha tenido, porque ha llegado la filosofía a su estado actual.

———

Y digo pensador generalizado, y no pensador solo, porque el pensador que no generaliza, que no universaliza, no es creador de un sistema filosófico.—

———

Examen crítico, que vale tanto como ejercicio unido de la atención y del criterio. Porque lo escribía: no la crítica francesa, sino la alemana; no la de Ste. Beuve, sino la de Kuno Fischer; no la exhibición del que censura, ni de sus galas áticas y mordentes sin el desapasionado y analizador estudio de una obra de cuyo autor, como de nuestras simpatías o antipatías, prescindimos. La crítica no es la censura; es sencillamente, y hasta en su acepción formal, en su etimología es eso, el ejercicio del criterio.

Se dice por los hombres perezosos, se dice por los espíritus temerosos, que no convienen a pueblos nacientes conocimientos de este género, que podrían llamarse de acabamiento y perfilamiento del espíritu. Esto, dicen, no es una droga y no se vende: no es, pues, útil como la Farmacia. No es una yerba, y no sana: no es, pues, útil como la Medicina: no es una ley, no se dice en latín, no se aplica el tiempo de Alfonso el Sabio a los pueblos de Bolívar; no es útil, pues, como nuestro Derecho. Ah! De manera que esta avaricia de cultura, esta inquietud de cosas nuevas, ese dolor de no saber las cosas que otros hombres saben, que a mí me ha hecho verter muchas veces llanto amargo, ese anhelo de conocerse a sí mismos, esa plenitud y brío de espíritu que se alcanzan con la cultura de la educación; todo ese mundo, invisible sí, pero creador, pasa como inútil, y hasta como pernicioso para los hombres mismos cuyo primer artículo de fe es la invisibilidad de un Creador! Niegan al Dios que creen en cuanto no les aprovecha!—

No, no se es.—Se es mejor, se sabe más, se empuja con más fuerza, se goza más en el amor, en la paternidad, en el trabajo, mientras más conciencia se tiene de todas esas excelsitudes de la vida. La presencia de los grandes hombres da un deseo invencible de imitarlos. Si no se les ve de cerca, ni se les sospecha, ¿cómo ha de nacer en el alma el andar que solo despierta el estímulo? Estudiándolos, no solo se tiene el deseo vago, que esto sería funesto si no se diera enseguida el medio de satisfacerlo; estudiándolos se ve el lugar a que llegaron, y la manera con que llegaron a él. Así, dueños de sus mismas alas.

[5]

subjetiva de este, al renacimiento del principio griego de que todo lo que existe es examinable.—

Luego Condillac, el filósofo de las sensaciones.

Leibnitz, Platonismo.—

Enciclopedistas, duda.—

Kant.— Idealista platoniano.—Se dedicó a estudiar la elaboración del conocimiento.—

En él comienzan dos filosofías: la subjetiva, Fichte; la objetiva y pesimista, Schopenhauer.—

Fichte estudia el hombre en sí, como sujeto de cuanto piensa, y se queda en él.

Schelling ve al hombre análogo a lo que le rodea, y confunde el Sujeto y el Objeto.

Hegel, el grande, los pone en relación y Krause, más grande, los estudia en el Sujeto, en el Objeto, y en la manera subjetiva individual a que la Relación lleva el sujeto que examina al objeto examinado.—Yo tuve gran placer cuando hallé en Krause esa filosofía intermedia, secreto de los dos extremos, que yo había pensado en llamar Filosofía de relación.

Relaciones.—

Aristóteles y Bacon

Descartes y Platón.—

Metafísicos y espiritualistas

Físicos y materialistas

Elea y Darwin.—

Naturalismo filosófico—Empédocles y Heráclito.

Estamos, pues, reacios a los copistas, y luego, fatigados de esta menudez, volverá a reinar la moral pura, que consistirá otra vez, como consistió en Sócrates, en la reunión del espíritu y del cuerpo: solo que esta de hoy, más estudiada, perecerá más: así como la Roma de hoy, más enseñada, tardará más que la Roma vieja en perecer.—

Sismondi.—

La narración de Tasso,

la infernalidad de Dante,

la gracia ática y profunda de Ariosto, que ya se echa a jugar en la plaza como un Lorenzani, ya se viste de luciente anunciador.—

[6]

.—Haciendo votos porque tiendan no al pueril desarrollo de jeremíacos instintos poéticos, escollo hacia el que tiende fatalmente la nobilísima poesía, sino a la formación de caracteres.

Kant.—Idealista platoniano—quiso el ciudadano universal.—Elaboración del conocimiento.

Fichte examina el sujeto y se detiene en él.

Schelling lo identifica con el objeto.

Hegel—y esto es grande—lo pone en relación.

Krause—y esto es más grande y completo, estudia al sujeto, al objeto, y a la manera con que se unen: relación:

Tiberghien:

El Naturalismo filosófico, el escolasticismo que Abelardo creó, como la única forma de la libertad del pensamiento en la Edad Media, y que fue después la cárcel y el azote de la facultad libre de pensar.

Escolasticismo.—

Subordinación de la Filosofía a la Teología.

Alianza de la Filosofía y la Teología.—

Separación gradual.

[7]

Lo único que en Filosofía no he podido llegar a ser, es desesperado como Leopardi, más sincero que cuantos por moda, o por su natural maligno y frío lo imitan.

¡Novedad el positivismo! ¡pues si lo ha habido en toda la Filosofía, aun en las más remotas, como sana reacción de la inteligencia libre del hombre contra las imposturas o soberbias sacerdotales! Es un método permanente en la historia del hombre. Lo único que varía, y le da aire de novedad cada vez que aparece, es el mayor saber acumulado con el tiempo.—

———

Escribir: Vida y costumbres de las plantas.—

———

Desear poco: Horacio (a Leuconoe)
Khayyam
Epicteto
Leopardi

———

Las enfermedades, como las tormentas, limpian.—

Todo es después de ellas más claro, el alma y el mundo. Se viene de la muerte, que ha de aclararlo todo.

[Ms. en CEM]

[FRAGMENTO SOBRE MANUEL OCARANZA]

Una página vieja, (de 1877):

...las venas calor de estío, miel de fresa en los labios. La convención, musa cadavérica, no ha presidido con su cetro de hueso estas amables páginas. La Naturalidad, musa de Horacio, voluptuosamente tendida sobre el musgo, tentadora como una zíngara, robusta como una madre gala, lleno el seno de lirios, de sonrisas la boca incitadora; con su corona de flores azules, con su cetro vestido de nardos olorosos, que cortejan lucientes colibríes; la Naturalidad fresca y risueña, madre de la belleza en la mujer, de la inmortalidad en la pintura, de la gracia y vigor en el lenguaje, ha dejado sus muelles aposturas; con su mano redonda, como la mano de las mujeres de Valencia, ha apretado los lirios en su seno, e inclinándose sobre el respaldo de la silla del elocuente pintor poeta (a par que este escribía), ha vuelto con su cetro de nardos las páginas matizadas de este libro. Lo engendró un alma que gozaba infantilmente: lo escribió una mano habituada a la mezcla y brillante disposición de los colores. Son, pues, las páginas del libro de Ocaranza páginas de la Naturaleza, cuadros hablados. Lo monumental no ha tomado pasaje en este ferrocarril de mariposas. La tinta no ha escrito este libro: se escribió sobre un alma bella y joven por la Naturaleza múltiple y cambiante. Cuando la patria agradecida enumere los lienzos de uno de sus pintores más diestros, originales y geniosos, contará entre ellos esta vivaz, coloreada y elocuentísima serie de impresiones.—

[Ms. en CEM]

Patria y libertad

(drama indio)

[VERSIÓN MECANOGRAFIADA]

PATRIA Y LIBERTAD

(DRAMA INDIO)

Poema dramático original de José Martí y Pérez.—

Reparto:

DOÑA CASTA DE LEÓN
DOÑA FE, dueña
INDIANA – AMÉRICA
DON PEDRO
PEDRO
UN REVOLUCIONARIO

COANA
LA CAMARISTA
MARTINO – BARRUNDIA
EL SACERDOTE, PADRE ANTONIO
EL INDIO
UN NOBLE

EL SACRISTÁN
INDÍGENAS, MESTIZOS, SOLDADOS ESPAÑOLES, HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.

La acción en Guatemala, años de 1823-1833.

Marzo del 1877
julio - 1878

Acto primero

Calle o plaza colonial, en la antigua Ciudad de Guatemala. Transeúntes, indígenas y soldados.

Escena I

Indiana y Coana (*que salen de la iglesia)*.

INDIANA. Refiéreme otra vez la bella historia
De cuando descubrieron nuestra América.

COANA. Eran nuestros abuelos unos hombres
De tez cobriza y alma noble y buena,
Cuando llegaron los conquistadores
De blanca piel y de ambiciones fieras.
Echaron el dogal a nuestros cuellos,
Nos impusieron la servil cadena,
Y nuestras ricas tierras, ayer libres,
Por causa suya son esclavas tierras.

INDIANA. Pero dice Martino que algún día
Él ha de ver a nuestra patria bella,
Libre y sin opresión.

COANA. Él lo ha jurado,
Y permanece fiel a su promesa
De no hacerme su esposa, niña Indiana,
Hasta lograr la patria independencia.
Pues él, como el quetzal, al enjaularlo,
Muere en la jaula, de dolor y pena.
Martino ansía la muerte una y mil veces
A esclavo ser, sin patria ni bandera.

INDIANA. Ya terminó la misa, Coana,
Y las damas de honor aquí se acercan.

Escena II

Doña Fe, la Camarista y acompañamiento, que salen de misa.

DOÑA FE. Ya cumplimos con Dios:—La santa misa

Hemos oído con unción sincera.
El Señor desde el cielo nos bendice
Y oye las preces de sus pobres siervas.

LA CAMARISTA. Mi señora, la noble doña Casta,
Terminada la misa, hacia aquí llega.
(*Enérgica, a las indias*:)
Retiraos: que se acerca mi señora
Y no quiere encontrar gente plebeya.
¡Retiraos!

INDIANA. Y por qué? La calle es libre.—
Y, esta calle, lo es de nuestra tierra.
Que aunque nosotras somos de la plebe
Y doña Casta es de la nobleza,
Nosotras somos hijas de este suelo
Y ella es nada más que una extranjera.

Escena III

Doña Casta sale de la iglesia, seguida del padre Antonio, de la Compañía de Jesús, y de nobles y caballeros, que la siguen.

DOÑA FE. India insolente!

DOÑA CASTA. ¿Qué os sucede, amigas?

LA CAMARISTA. Estas indias, señora, que altaneras,
Con frases injuriosas y agresivas,
Nos insultan y ofenden y nos vejan.

DOÑA FE. Y, además, contra España. mi señora,
Lanzan frases procaces y blasfemias.

DOÑA CASTA. ¿Cómo así os atrevéis, indias malditas,
A insultar nuestros fueros de grandeza?
¿Olvidáis que entre ambas, yo y vosotras,
Existen gran distancia y diferencia?
Mas, ya caigo, ¿eres tú, la india rebelde,
Amante del mestizo de alma fiera
A quien llaman Martino el subversivo,
Que a la chusma subleva?

PADRE ANTONIO. ¿Quién es Martino?

DOÑA CASTA. Un charlatán que tiene
Teorías absurdas y alma negra.
Que lleva en sus entrañas miserables
La ruin carroña de la inmunda lepra.
Que odia a España, a Jesús, a nuestra raza,
Al augusto blasón de la bandera.
Un plebeyo envidioso, sin principios,
Sin honor, sin valor y sin conciencia.

COANA. No: es Martino un valiente y un patriota
Que lucha por la santa independencia
De nuestra patria, que hoy solloza esclava,
Encadenada por la opresión vuestra.

DOÑA CASTA. Silencio! Calla, indígena. ¡Lo mando!
Si no quieres que dé, gente plebeya,
A don Pedro, mi esposo, cuenta de esto,
Y que te expongas a sufrir condena
De recibir cincuenta o cien azotes
Y haga yo enmudecer así tu lengua.
Abrid paso, canalla envilecida,
Chusma asquerosa, mísera y grosera.
Abrid paso y callad, callad os digo.
¡Que doña Casta de León, lo ordena!
(*Se retira hacia su palacio seguida de todo su cortejo*.)

PADRE ANTONIO. Calma y mala intención, noble señora,
Dejadme a mí. Yo le impondré la pena.
Y a ese Martino pérfido y diabólico,

Por si restos de ardor su brazo alientan
Ya haré yo que le amputen ese brazo,
Y ya veréis… veréis cómo escarmienta.

DOÑA CASTA. ¿Qué haréis?

PADRE ANTONIO. Calumnia y oro son mis armas.
¡La Virgen del Pilar me favorezca!
(*Se retiran todos*: doña *Casta y su acompañamiento hacia el palacio*. *Coana e Indiana por el lado opuesto*.)

Escena IV

Pedro, *el Pueblo*, *que le sigue. A poco el padre Antonio*, *don Pedro*, *el Sacristán*, *el Indio*, *soldados*, *etc.*

PEDRO. Ni aire debe llamarse el que respiras:
¡El aire mismo aquí se llama mengua!
Nace a luz de una madre malograda
Entre frailes, rosarios y novenas,
Un hijo, con los rayos en el rostro
Del vivo sol de nuestra Madre América,—
Y apenas abre los temblantes brazos,
Los vacilantes labios abre apenas,
Cuando el villano espíritu de siervo
Su blando pecho sin piedad penetra:
"—¡Besa, niño, la mano de ese cura!"
¡Y el pobre niño dobla el cuello, y besa!
"—Ese es Dios, nuestro amo."—"Ese es el busto
Del rey nuestro señor!"—"Toda esta tierra
Es esclava del rey":—¡ni una voz sola
Al niño la viril dignidad muestra,
Ni una honrada semilla en aquel pecho.
El padre, ni la madre, ni el rey siembran!
Amos por todas partes, y palabras
De esclavitud servil, y de obediencia!
Señor es nuestro rey, señor el cura,
Amo el gobernador, ama la Iglesia,
Y cada hinchado mercader de allende
Su vara de medir en cetro trueca!
¡Sobrado tiempo ya besó cobarde
América es cetro de comedia!
Truéquese en fusta la mezquina vara
Y del que nos azota, azote sea!

PUEBLO. (*A coro*:) Truéquese en fusta!
(*Rumores*, *murmullos de aprobación de todos*, *y aparecen por el palacio don Pedro seguido del padre Antonio*, *y el Sacristán*, *nobles españoles*, *soldados*.)

DON PEDRO. (*Hablando con los de su séquito*:)
¡Ciento, y al instante!

PADRE ANTONIO. ¡Vaya por ciento!

(*Al Sacristán*:) Ese es el caso: Empieza!

SACRISTÁN. Honra el ardor al pueblo que lo siente
Pero no lo honra menos la prudencia!

DON PEDRO. (Magnífico traidor! El tigre esconde
bajo la suave piel de mansa oveja!)

PEDRO. ¿Quién el concierto de las voces rompe
Con débil voz de miedo y de vergüenza?—

SACRISTÁN. Uno que sabe que impulsar la patria
Más allá de sus fuerzas, es perderla!

DON PEDRO. (¡Ah, mi bravo sabueso!)

PADRE ANTONIO. ¿Quién os dice
Los móviles secretos de esta empresa
Ni las oscuras sombras que en el fondo
De esta luz que os alumbra, se aglomeran!
¿Queréis felices saludar la patria?
Yo lo quiero también!

PEDRO. Sí. Y de manera
Que si el déspota hispano el polvo muerde,
Muerda el polvo también todo otro déspota!
Mas dudo...

PADRE ANTONIO. ¿Tú lo dudas? Y no miras
Esas dormidas poblaciones muertas,
Columnas vivas de rencor que hierven,
Bajo de su techumbre amarillenta!
¿No imaginas la bárbara falange
Que el campo tala, que la muerte siembra,
Y que, en venganza del agravio antiguo,
Hiere, asesina, juzga, y atropella?
¡Ay de vosotros, si despierto el indio
La humilde paja de su choza incendia!

INDIO. (*Adelantándose, del grupo del pueblo*:)
Mientes, Castilla! Mientes!

DON PEDRO. Miserable!

(*Aparte a los suyos*:) (Doscientos! gente llega!)
Un indio!

INDIO. Un indio! A nadie quede duda!
Doblada está mi espalda! mi piel negra!
¿Ni cómo ha de estar blanca, si aquí llevo
De cuatrocientos años la vergüenza?
¡Tú (*al Sacristán*), más vil que Castilla, porque siendo
Azotado también, el cuero besas;
Enséñanos el oro que te pagan
Y en las palabras de tu boca suena!
¡Sacristán de la Antigua, te conozco!
La astucia de los indios no está muerta!
¿Que mi pueblo amenaza, que la saña
Hierve en las pobres chozas de la sierra,
Que como rayo vengador caería
Sobre las poblaciones y las siembras?
Sobre la lengua vil que nos infama
Como puñal atravesar debiera!
Si en un poste la lengua te enclavase
Venenosa en redor la tierra hicieras!

DON PEDRO. (*Aparte a los suyos*:) (Trescientos! Cuatrocientos!)

INDIO. Quebrantado
Su espíritu de hombre, ya no quedan
Al indio de los campos más que espaldas
Para llevar las cargas de la Iglesia,
Para pagar tributo a los caciques,
Para comprar al español sus telas!
Con estas manos derribé maderos!
Con estas manos cultivé la tierra!
Con estos hombros por barranca y llano
Más arrobas llevé que hojas la selva,
Y más llanto lloré con estos ojos
Por mi eterna ignominia siempre nueva,
Que ondas cruza la nave robadora
Que el fruto de mi mal a España lleva!

PADRE ANTONIO. (¡Habla!) De un indio disfrazado miro
En ti claras señales, que la lengua
De esa tribu que finges!

INDIO. ¡De malvado
Sí que miro yo en ti claras las señas!
¡Apartad, que parece que en su cerco
La contagiada atmósfera envenena!
Indio soy con disfraz, puesto que tengo
Un alma, cosa extraña y estupenda,—
Un alma, que en el suelo en que nacimos
Al darnos el bautismo el cura quema.
Indio soy con disfraz, pues que torcieron
De modo mi infeliz naturaleza
Que natural parece la ignominia
Y más cara parece la vergüenza!
Esa es tu obra, villano! Esa es la obra
De ese que tras de ti mueve tu lengua!
¡Alzar quisisteis catedrales de oro
Sobre graves cimientos de conciencias
Y sobre los sepulcros de una raza
Comprar encajes y elevar iglesias!—
¡Oh, torpe y fragilísimo cimiento!—
La conciencia dormita, no está muerta,
Y el día que tremenda se sacuda,
Catedrales y encajes dan en tierra!—

PUEBLO. ¡Viva el Indio!

INDIO. Yo, no! La patria libre!

PUEBLO. Perezca el Sacristán!

PEDRO. ¡Nadie perezca!
Mil veces se ha perdido la justicia
Por la exageración de la violencia!
Un pueblo ha muerto bajo el yugo hispano:
El hombre justo nuestro hermano sea.
¡Los tiranos que el látigo fabrican
Arrójelos el látigo mar fuera!—

Escena V

Aparece un noble con varios soldados, *y dice a Don Pedro*:

NOBLE. Vano fue todo: el general no quiere
Porque inútil lo juzga, oponer fuerzas

Al terrible clamor: el viejo Urrutia
Con floja mano sus cabellos mesa:
El polvo muerde de dolor Lagrava
Pero al común destino se sujeta.

DON PEDRO. Conmueve tú, las vacilantes turbas.
Con estas haré yo por detenerlas.
(*Al Pueblo*, *que trata de avanzar*, *agresivo*, *dominante*, *enérgico*:)
¡Atrás, gente atrevida! ¿Quién osado
Contra la ley de España se rebela?
Ingratos hijos, que el paterno celo
Del rey recompensáis de esa manera!
Al que rebelde a los decretos ose
De nuestra Madre España… al que quisiera
Triunfar de su poder, piense en los hierros
Que ceñirán sus pies. Que piense en Ceuta.

PUEBLO. ¡Ceuta!

PEDRO. ¡Sí, Ceuta! Una mansión terrible
Donde los hierros por los muros cuelgan,
Donde cientos de látigos azotan
Sangre manando las abiertas venas,
Donde al lenguaje humano sustituye
De las fustas flamígeras la lengua;
Y cada sol vio sepultar a un vivo
Y un espanto cada átomo recuerda!
Mansión donde los niños encanecen,
Que hiriendo el cuerpo flojo, el alma quiebra,
Que asorda con sus ayes el mar bronco
Que más que de olas, de furor la cerca.

DON PEDRO. ¡Esa es Ceuta!

PEDRO. Esa es. Pero ¿no sabes
Que antes de ir a tu prisión tremenda
De sangre el mar con nuestra sangre haremos
Y tu sangre también entrará en ella?—
¡Antes que al pie de Americanos nuevos
Ciñan del triste Amaru las cadenas,
Al mar aquí, y al Hacedor en lo alto
Asordará nuestro clamor de guerra!

DON PEDRO. ¡Villano, calla!

PEDRO. Aquí no hay más villano
Que el que la infamia de mi patria intenta!—
Hombre es todo nacido: hombres iguales!—

DON PEDRO. ¡A mí, los míos!—Gente de armas! Presa
A esa gente llevad!

PEDRO. ¡Amigos!

DON PEDRO. ¡Ni uno
A mi cólera escape! El rey lo ordena!

Escena VI

Españoles, *soldados*, *etc*., *avanzan contra el pueblo que*, *replegándose*, *toma escena hacia el lado opuesto*, *cuando aparece Martino*.

MARTINO. ¡Quietos todos! No huyáis ante los déspotas!
¡Quietos aquí! Lo manda nuestra América.
(*A don Pedro:*)
Si un solo paso sobre el grupo avanzas
Castigará tu infamia y tu insolencia
El pueblo entero que en las calles corre:
¡Viva la Libertad!
(*Voces fuera*:)
¡Mueran los déspotas!

DON PEDRO. ¡Quién eres, di, quién eres?

MARTINO. (*Colocándose al frente del pueblo*.) ¡Soy la oveja
Que se revuelve indómita ante el lobo
Y exánime y atónita lo deja
Con el arma de Maipú y Carabobo.
Soy de Hidalgo la voz; soy la mirada
Ardiente de Bolívar: soy el rayo
De la eterna justicia, en que abrasada
América renace,
Desde las fuentes en que el Bravo nace
Hasta el desierto bosque paraguayo!

DON PEDRO. ¡Oh!, ¿quién eres?

MARTINO. ¿Quién soy? ¡Mira en mis ojos
De un gran pueblo la cólera despierta,
Rendidos ya tus pabellones rojos,
América feliz, Castilla muerta!

DON PEDRO. ¿América feliz?—

MARTINO. Sí, porque luego
De quebrantar tu cetro filicida,
A costa de su sangre, ¡el pueblo ciego
Recobrará los ojos y la vida!—
Serviles nos hicisteis, ignorantes
Insípidos doctores,
Teologuillos y míseros danzantes,
De manos insolentes besadores,—
Y ¿queréis que a la cumbre de la vida
Llegue próspera y libre nuestra suerte,
Si la tierra dejáis estremecida
Con las semillas todas de la muerte?
Pero el cielo preñado de amenaza
Su hondo seno de cólera revienta
Y animador de la naciente raza,
Fabrica en vuestras plantas la tormenta!
El aire está enojado,
Cuajados van los vientos,
En mordidas los besos se han trocado,
Balas van a volverse los lamentos!—
¡Balas! Óyelo bien! ¡De las astillas
Secas, en que entre rojos resplandores
Hatuey murió, tremendas las semillas—
Un bosque brota ya de resplandores!—

DON PEDRO. ¡Atrás, atrás!

MARTINO. En vano las espadas,
Lanzas y perros moveréis ahora:
Hasta las piedras os serán negadas,
Que cada piedra aquí venganza llora!
Y con lágrimas de indios maldecida,
Cada senda, cada árbol, cada arroyo,
Árbol no habrá que con su fruto os brinde,
Choza no habrá donde encontréis apoyo!

DON PEDRO. ¡Atrás, atrás!

MARTINO. Oh!... mira
Cómo se abre la tierra ante tu planta,
Y en torno tuyo aterradora gira
La inmensa procesión que se levanta.
Ese que ves, con la anchurosa frente
De pedernal agudo traspasada,
De espinas y de plata coronada
—De plata reluciente—
La sien meditabunda y torturada,
Es Moctezuma, cuya historia encierra
El engaño mayor que vio la tierra.—
—Mira, mira al monarca,
Al indio ensangrentado
Que, a su cadalso bárbaro enclavado,
Su cárcel de oro y su martirio marca!—
Esa que rauda cruza
Herida, atada, mísera vagando:
A la que azota vil, a la que azuza
Sus perros fieros el infame Ovando,—
Esa es de Haití la reina ponderada,
En mitad de su fiesta encadenada!—
¡Allá van, persiguiendo a los desnudos
Con recamas de bronces y de escudos!…
¡Allá van, con las lanzas y los hierros!
¡Allá van dando voces a los perros!—
"¡Muerde, Lobo, a la reina!"—"Aquí, Bravío!"
"¡Sus, en el pecho hinca bien, España!"
Y después de la lucha, el pueblo mío
Sus miembros rotos en su sangre baña!

PUEBLO. ¡Libertad, libertad!

MARTINO. El humo oscuro
Que en tu rostro la cólera negrea,
De Cuauhtémoc es el aliento puro
Que en su parrilla requemado humea!

PUEBLO. Patria, y libertad!

MARTINO. Y ese de ramas

De encendidos palmeros coronado,
Que corre, corre alado,
Con terrible clamor, envuelto en llamas,
Ese es Hatuey!

PUEBLO. Hatuey!

MARTINO. ¡Pueblo! contempla
Este cuadro de horror! Ve a tus abuelos
En humo transformados,
Los próceres quemados,
Los miembros palpitantes por los suelos,
Los niños sin piedad despedazados!

PUEBLO. Patria, y libertad!

MARTINO. !Al llano, al cerro!
¡Todo el mundo a la lid! ¡Corre encendido
Por la América Hatuey! ¡Manos al hierro!
¡A luchar, con los brazos, con los dientes!
¡Armas dará la suerte: Dios da bríos!
¡A luchar con las aguas de las fuentes!
¡A luchar con las ondas de los ríos!—

(*Expectación en todos*. *Martino*, *soberbio*, *dominante*, *magnífico impone*, *vislumbrando la patria libre*.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salón en el palacio colonial de Guatemala. *Aparecen dos grupos*:—*Don Pedro con los oficiales y nobles españoles*, *y Pedro con el grupo de los que luchan por la independencia patria*.

Escena I

Don Pedro, *padre Antonio*, *y nobles*. *Pedro*, *con el Pueblo*.

PEDRO. ¡Resurrección, resurrección! El grito
Cuerpo en el aire y en las almas toma.
Noble rencor a los despiertos llena
Y a los dormidos el clamor asorda!
Cuando la patria fiera se conmueve

Nadie debe dormir, pena de honra!
La historia de la vida era un grillete:
Nueva vida busquemos, nueva historia!

PADRE ANTONIO. Triunfa la plebe.

UN NOBLE. Y la chusma loca,
El albañil, el sastre, el carpintero,
Dueños serán y vestirán la toga!

PADRE ANTONIO. Al augusto monarca el cetro quitan
Y en las plebeyas manos lo colocan!

NOBLE. ¡Podrá ser un menguado zapatero
Regidor como yo!—
Las iras soplan
El mar del pueblo!—
Malos vientos corren:
Hunde la nave el flujo de las olas.

DON PEDRO. Calla como valiente, y como bravo
En el instante de los golpes obra!
Si se juntan la curia y la nobleza
En defensa de títulos y borlas
Y si ellos se dividen, siempre ha sido
Madre la división de la victoria!
(*Continúa hablando con los nobles y el padre Antonio*, *mientras Pedro comenta con su grupo*.)

PEDRO. El doctor, el marqués, el padre Antonio
Aire tienen de gente recelosa;
El aire de los buitres de la noche
Cuando en el claro oriente el sol asoma!
Noble, cura y doctor: las tres serpientes
Que anidó en nuestro seno la Colonia.
Mata la ley astuta la justicia,
Los que a Jesús predican, lo deshonran,
Y esa raza de siervos con casaca
Con nuestra infamia un pergamino compran!

UNO. Pero es noble el marqués!—

PEDRO. No hay más nobleza

Que la que el hombre con sus hechos logra:
¿Adónde has visto esa nobleza escrita
En los pañales que tu hermana borda?
Villano es el villano, y más villano
Cuando su amo y su rey lo condecoran!
Golpes de pecho, llaves en la espalda,
Humildes besamanos, gorros, borlas,
Y los naipes después con el cabildo,
Y la noche después tranquila y cómoda,
Y en su lecho de piedra en tanto el indio,
El cuerpo herido retorciendo, llora,
Mientras el vil grillete del esclavo
Su carne oprime, y su piel destroza!

PADRE ANTONIO. Yo, a España vuelvo!

NOBLE. Y yo también! No puedo
Sufrir más tiempo aquí la vergonzosa
Imposición del pueblo!

PEDRO. ¡No hay más curas
Que los que curen bien nuestra deshonra!
(*Rumores de vítores*, *clamoreo*, *y entra Martino seguido del Indio y Pueblo*.)

Escena II

Martino con el Indio, *al frente del grupo del Pueblo*.

Martino. Valor, amigos: la victoria es nuestra!
Castilla tiembla! Nuestra es la victoria,
Y mi casa es del pueblo. Es de vosotros,
Porque a la patria vuestro juicio importa,
Porque la patria su ventura espera
De vuestra decisión.—¡Llegó la hora
De quebrantar la ley de la Colonia!
El cetro quebrantado, por los mares
Irán nuestros productos a remotas
Playas; nuestros destinos serán nuestros;
Nuestros hermanos, nuestros, que la cólera
Del vengativo rey en las prisiones
Su bravura y nobleza galardonan!
El talento es un crimen, y otro crimen

La misma voluntad! Sin necia pompa,
Más brilla con tus lágrimas amargas
Que con la viva lumbre de sus joyas:—
¡Cada piedra o moneda, cada verde
Esmeralda luciente, cada roja
Piedra, rubí o zafiro, un alma encierra
Que encadenada en ella se devora!
¡Libertad a las almas de los pueblos!
¡Truéquense en oro las brillantes joyas!
Patria y libertad! Un rey malvado
Que a nuestros pueblos sin piedad explota,
Un rey que por la muerte de su patria
Con el conquistador chocó las copas,
Un rey traidor que su lugar tuviera
En el imperio de la triste Roma,
De luto llena y de vergüenza anubla
Las conmovidas playas españolas:—
Asturias, El Ferrol, Cádiz valiente,
Y, el Bruch, y Gerona, y Zaragoza…
Y en Cádiz mismo, el alevoso Freyre
Al pueblo libre sin piedad inmola:
Si esto hace el rey dentro la misma España
¿Qué hará con los que aquí su fuerza mofan?
Echada está la suerte: no hay más punto
Que infame vida, o perdurable gloria!—
Nuestros hermanos en España luchan...

INDIO. ¿Nuestros hermanos gentes españolas?

MARTINO. ¡Por libertad y dignidad luchamos:
Nuestros hermanos son los que la invocan!
Odio merece el fraile franciscano
Que por la esclavitud del indio aboga;
Odio Velázquez, que en su tumba fría
Cadáver yace, pero no reposa!
Mas este continente de Bolívar
Rompiendo el yugo que a nuestra alma agobia,
Abre los brazos generosamente
Al español, y su grandeza invoca;
Al español que en la defensa nuestra
De España muere en las terribles horcas,
A ese español yo lo honraré en mi mesa,
Y le daré a mi hermana por esposa!

PUEBLO. Viva! Muy bien, muy bien!

MARTINO. Y nuestra guerra
Los siglos venga, y a los buenos honra.
Y yo, honro a España libre!

DON PEDRO. Te equivocas.
El engañado e ignorante pueblo
Tu voz aplaude y tu clamor apoya,
Pero las fuerzas de la patria vivas
Desconocen tu voz, y te abandonan!—
Hoy estamos aquí a merced vuestra,
Pero mañana, acaso, la victoria
Sea para nosotros. Con nosotros
Tal vez mañana estén las fuerzas todas.

MARTINO. ¿Las fuerzas de la patria?

NOBLE. La nobleza!

PADRE ANTONIO. Las iglesias, el claustro!

PEDRO. ¡Los que adornan
Con huesos sus zaguanes, y tributos
Como a esclavo nativo al pueblo cobran!

PADRE ANTONIO. La religión acatamiento ordena
Al rey nuestro señor! La curia docta
A tal ingratitud traición llamara.

MARTINO. ¡Traición? traición decís? ¡Oh, no! En su órbita
Los rayos se estremecen fulminando
A quien así la humanidad deshonra!
El que una falsa religión predica,
El que una ciencia enseña mentirosa,
El nieto de un herrero que engalana
Su pecho necio con la cruz que compra;
Los que en la frente la medida llevan
Exacta de los yugos; los que adornan
Con lágrimas sus casas; los cobardes
A quien rodillas faltan, y fe sobra,
No son las fuerzas de la patria vivas
Que de su seno predilectas brotan:
¡Esclavos son que el complaciente dueño

Acaricia magnánimo y adorna!—
Esa que llevas cenicienta capa,
Tú, padre Antonio, imagen tenebrosa
Es de la oscuridad en que nos tiene
La España que te paga, porque ahogas,
Ayudándola bien, al pueblo mismo
En que viniste al mundo!—
Esa corona
Que lleva tu bastón, Señor ilustre,
Corona es de comedia, con que mofa
El dueño diligente al siervo niño
Que besando el dogal que lo aprisiona
En contemplar sumiso se entretiene
De su vergüenza la dorada forma!—
Y esa, grave doctor, que larga pende

De tu egregio bastón, ilustre borla,
Manojo es de los látigos terribles
Con que la mansa espalda nos azotan!—
Uno, dos, veinte látigos... Afuera
Látigos, mantos, borlas y coronas!

PADRE ANTONIO. Jesús!

MARTINO. Jesús? El nombre del Sublime
Blasfemia me parece en vuestras bocas!—
El que esclavos mantiene, el sacerdote
Que fingiendo doctrinas religiosas
Desfigura a Jesús, el que menguado
Un dueño busca en apartada zona;
El que a los pobres toda ley deniega,
El que a los ricos toda ley abona;
El que, en vez de morir en su defensa,
El sacrificio de una raza explota,
Miente a Jesús, y al manso pueblo enseña
Manchada y criminal su faz radiosa!

PADRE ANTONIO. Criminal el Señor?

MARTINO. Criminal fuera
Si apoyara tu borla y tu corona!—
Si mi padre Jesús aquí viniese

Dulce la faz, en que el perdón enflora;
Si al indio viera mísero y descalzo,
Y al Santo Padre que salud rebosa;
Si de los nobles en las arcas viera
Trocada sin esfuerzo en rubias onzas
La carga ruda que a la espalda trajo
India infeliz que la fatiga postra;
Si en las manos de uno el oro viera
Y la llaga en las manos de la otra,
¿De qué partido tu Jesús sería:—
De la llaga o del arca poderosa?…
¡Responde! No:—Responde Jesús mismo.
Tu sentencia la ha dicho por mi boca!—
¡Que hoy el catolicismo, padre Antonio,
Del cristianismo es, muerte y deshonra!
(*Rumores intensos. Agitación profunda. Del grupo de patriotas y pueblo*, *surge el Indio*, *adelantándose a Martino. Dentro clamores en* crescendo.)

INDIO. (*En voz baja*:) ¡Martino!

MARTINO. ¿Qué hay?

INDIO. Aventajarnos quiere
El gobierno la mano; entre las sombras
Aquí de esbirros nuestra casa llena.
Soldados por las calles amontona.
De Bustamante son los policías.
La división allí su diente asoma!
Armada expedición el rey envía.
Si nos ataca la española tropa,
Don Pedro, el padre Antonio y esos nobles
Con su sangre y sus vidas nos respondan.

MARTINO. No. Eso no. Jamás. No nos manchemos
Con sangre de indefensos, en la sombra.
Y, así, de cara al Sol, y frente a frente,
Demos gustosos nuestra sangre toda.
No hay miedo, pues!—amigos: por calles
Nuestros bravos hermanos se desbordan.
A contenerlos voy.—Si el padre Antonio,
Falso cristiano, amenazaros osa,
Decidle que Jesús, Dios de los hombres,

Los salva,—no los vende ni los compra!
(*Vase Martino hacia el fondo, y en este momento irrumpen en el salón patriotas y soldados en abierta lucha.*)

Escena III

MARTINO. Atrás, atrás, repito: ¡Hora funesta!
Verdugos y asesinos de la patria
Serán los que traspasen esa puerta!—

UNO. Hemos triunfado ya. A muerte dice
El espantoso bando de Venegas.
Pues bien. Su misma ley, cúmplase ahora,
Y ejecutemos la mortal sentencia.
Para el esbirro colonial tirano
Que cada casa un cadalso sea.

MARTINO. No! Lejos de la patria que oprimieron,
A los déspotas hoy echemos fuera
Y el áureo sol del genio de Bolívar
Que no se ponga nunca en nuestra América!
(*Todos obedecen la orden de Martino [y] se retiran silenciosos llevándose a don Pedro, padre Antonio, nobles y soldados.*)

Escena IV

Queda todo oscuro

MARTINO. ¡Se van, se van! Con ellos se va el día.
¡Se van, se van! Todo entre sombras queda.
Ahora a luchar para una nueva vida,
A trabajar para una patria nueva.
Pensando en esa patria del futuro
Los resortes del alma se me quiebran!
¡Sala, sala desierta, resucita!
¡Cadáver de esperanza, Dios te encienda!
(*En este momento se ilumina la arcada del fondo de la sala y aparecen, desfilando, como camino ya de la exmetrópoli, Pedro, doña Casta, padre Antonio y todo su cortejo. Todos cabizbajos y apesadumbrados.*)

DON PEDRO. (*Abatido*:) A España! a España! Libre Guatemala,
Libres los pueblos todos de la América,

El Sol de mis dominios en su ocaso,
El León no ruge ya en la indiana selva.

PADRE ANTONIO. Resignación!

DOÑA CASTA. Ya la tenemos, padre,
Pero hay que intentar la lucha nueva.—
Hay que recuperar lo que perdimos.
Hay que recuperar lo que nos llevan.
Hay que hacer por que triunfe bajo el palio
La cruz de Cristo y el pendón de Iberia.
(*Ha desaparecido por la arcada la comitiva española*, *vencida por la pujanza libertadora de América*. *Aunque hasta el último momento la dama castellana se siente vencida*, *pero no humillada*.)
(*Aureolada*, *bañada de luz*, *aparece por la arcada Coana seguida de Indiana-América*.)

COANA. Y, así termina, Indiana
La epopeya de América.

INDIANA. Y ahora serás ya de Martino esposa.
Ya Guatemala es libre y sin cadenas.

(*Coana y América-Indiana se dirigen a Martino que despierta de dulce sueño*.)

COANA. Martino!

MARTINO. Libres, libres como el quetzal!
Libertad santa!
Patria libre, Coana, esposa mía,
La inmensa procesión que se levanta,
Marca la feliz ruta del futuro.
Ya veo el porvenir que se agiganta,
Ya veo el porvenir amplio y seguro.
Hombres libres serán los descendientes
De tu amor y del mío.
Y, Patria y Libertad honren valientes
De Cuauhtémoc y Hatuey, con noble brío.
A sostener por siempre independientes,
Con las manos, las uñas y los dientes,
Contra el yugo opresor de las Españas,
Nuestros dos continentes;

La libertad impere en mis montañas,
Y la proclamen con sus murmuríos,
Las aguas cristalinas de mis fuentes,
Y las ondas sonoras de mis ríos!

(*Queda Martino abrazado al grupo que forman Coana e Indiana símbolos de las dos Américas*, *e iluminados por la clara luz del fondo*.)

Fin del poema

[Mc. en CEM]

[NOTA SOBRE PATRIA Y LIBERTAD]

EL DRAMA

El personaje sombrío:—amor de Jesús; no quiere casarse con Coana hasta no conseguir la independencia; cuando en el primer acto preguntan quién es Martino, sale Coana de un grupo del pueblo, y lo pinta. El sombrío, amoroso, enérgico, tiernísimo, fiero.—

Al presentarse Martino a la junta de independientes de Guatemala, donde vacilan, les dice quién es, que es el pensamiento de independencia, que es el redentor &; gran lucha y energía cuando ve que no se consigue más que el escrito de petición (Montúfar).—Unión americana:—Hatuey, Cuauhtemotzín, conspiración.

Del 2do al 3er acto, el interés ha de estar en las mismas cavilaciones de la idea de independencia.—Este ha de ser el nudo del drama: esta gran pasión en Martino, en Barrundia y en Molina.—

Último acto:—Ha de acabar el drama en la junta del 15. Palacio, pueblo, grupos populares: llega Barrundia diciendo que se vacila aún; se entra en la sala y habla Martino, pidiendo el decreto de independencia absoluta.—Tumulto.—Un beso de Martino y de Coana.—Banderas, y final.

[Ms. en CEM]

[FRAGMENTOS DE *PATRIA Y LIBERTAD*]

Por si restos de ardor su brazo alientan:
Busca a Lagrava: su bravura enciende:
El caso grave con vigor le muestra!

COMP.— Y tú?

Calumnia y oro son mis armas:
¡La Virgen del Pilar me favorezca!
(Se va el comp.)

Escena IV

Pedro; *el pueblo*; *el español*, *aún no notado*.—

PED.— Ni aire debe llamarse el que respiras:
¡El aire mismo aquí se llama mengua!
Nace a luz de una madre malograda
Entre frailes, rosarios y novenas,
Un hijo, con los rayos en el rostro
Del vivo sol de nuestra Madre América,—
Y apenas mueve los temblantes pasos,
Los vacilantes labios abre apenas,
Cuando el villano espíritu de siervo

Su blando pecho sin piedad penetra:
—"¡Besa, niño, la mano de ese cura!"
Y el pobre niño dobla el cuello, y besa!
—"Ese es Dios, nuestro amo."—"Ese es el busto
Del rey nuestro señor!"—"Toda esta tierra
Es esclava del rey."—: ¡ni una voz sola
Al niño la viril dignidad muestra,
Ni una honrada semilla en aquel pecho.
El padre, ni la madre, ni el rey siembran!
Amos por todas partes, y palabras
De esclavitud servil, y de obediencia!
Señor es nuestro rey, señor el cura,
Amo el gobernador, ama la iglesia,
Y cada hinchado mercader de allende
Su vara de medir en cetro trueca!
¡Sobrado tiempo ya besó cobarde

Guatemala este cetro de comedia!
Truéquese en fusta la mezquina vara
Y del que nos azota, azote sea!

P.— Truéquese en fusta!
(*Rumor del pueblo*: *a un lado el esp*. *y el Sacristán*)

DON P.— ¡Ciento, y al instante!

SAC.— ¡Vaya por ciento!

DON P.— Este es el caso: empieza!

SAC.— (*Adelantándose*.)
Honra el ardor al pueblo q. lo siente
Pero no lo honra menos la prudencia!

DON P.— (Magnífico traidor! El tigre esconde
Bajo la mansa piel de suave oveja!)

PED.— ¿Quién el concierto de las voces rompe
Con débil voz de miedo y de vergüenza?—

SAC.— Uno que sabe que impulsar la patria
Mas allá de sus fuerzas, es perderla!

DON P.— (¡Ah, mi bravo sabueso!)

SAC.— ¿Quién os dice
Los móviles secretos de esta empresa
Ni las oscuras sombras que en el fondo
De esta luz q. os alumbra, se aglomeran!
¿Queréis felices saludar la patria?
Yo lo quiero también! mas de manera
Que si el déspota hispano el polvo muerde,
Muerda el polvo también todo otro déspota!
(*Rumor*.)
Sordo murmullo! A su sincero amigo
Siempre del mismo modo el pueblo premia!

PED.— Y ¡dime, previsor!—

DON P.— (¡Soberbia frente!)

PED.— ¿Qué nuevo despotismo te amedrenta?
Yo… dudo…

SAC.— ¿Tú lo dudas? Y no miras
Esas dormidas poblaciones muertas,
Columnas vivas de rencor que hierven,
Bajo de su techumbre amarillenta!
¿No imaginas la bárbara falange
Que el campo tala, que la muerte siembra,
Y que, en venganza del agravio antiguo,
Hiere, juzga, asesina y atropella?
¡Ay de vosotros, si despierto el indio
La humilde paja de su choza incendia!—

(*Un indio*, *saliendo con ímpetu del grupo.*)

IND.— Mientes, Castilla!

SAC.— Miserable!

IND.— Mientes!

DON P.— (*Al Sac.*) (¡Doscientos! adelante! gente llega!)

P.— Un indio!

IND.— Un indio! A nadie quede duda!
Doblada está mi espalda! mi piel negra!
¿Ni cómo ha de estar blanca, si aquí llevo
De 400 años la vergüenza?
¡Tú, más vil que Castilla, porque siendo
Azotado también, el cuero besas;
Enséñanos el oro que te pagan
Y en las palabras de tu boca suena!
¡Sacristán de la Antigua, te conozco!
La astucia de los indios no está muerta!
¿Que mi pueblo amenaza, que la saña
Hierve en las pobres chozas de la Sierra,
Que como rayo vengador caería
Sobre las poblaciones y las siembras?
¡Sobre la lengua vil que nos infama
Como puñal atravesar debiera!

Si en un poste la lengua te enclavase
Venenosa en redor la tierra hicieras!

DON P.— (*Al Sac.*) (Trescientos! Cuatrocientos!)

IND.— Quebrantado
Su espíritu de hombre, ya no quedan
Al indio de los campos más que espaldas
Para llevar las cargas de la Iglesia,
Para pagar tributo a los caciques,
Para comprar al español sus telas!
Con estas manos derribé maderos!
Con estos miembros roturé la tierra!
Con estos hombros por barranca y llano
Más arrobas llevé que hojas la selva,
Y más llanto lloré con estos ojos
Por mi eterna ignominia siempre nueva,
Que ondas cruza la nave robadora
Que el fruto de mi mal a España lleva!

DON P.— (*Al Sac.*)— (¡Habla!)

SAC.— (La indignación tiene un lenguaje
Que no deja lugar a la defensa!)

DON P.— (Habla!)

SAC.— De un indio disfrazado miro
En ti claras señales, que la lengua
De esa tribu que finges!

IND.— De malvado
Sí que miro yo en ti claras las señas!
¡Apartad, que parece q. en su cerco
La contagiada atmósfera envenena!
Indio soy con disfraz, puesto q. tengo
Un alma, cosa extraña y estupenda,—
Un alma, que en el suelo en q. nacimos
Al darnos el bautismo, el cura quema!
Indio soy con disfraz, pues que torcieron
De modo mi infeliz naturaleza
Que natural parece la ignominia
Y máscara parece la vergüenza!

¡Esa es tu obra, villano! Esa es la obra
De ese q. tras de ti mueve tu lengua!
¡Alzar quisisteis catedrales de oro
Sobre graves cimientos de conciencias
Y sobre los sepulcros de una raza
Comprar encajes y elevar iglesias!—
¡Oh, torpe y fragilísimo cimiento!—
La conciencia dormita, no está muerta,
Y el día en q. tremenda se sacude
Catedrales y encajes dan en tierra!—

P.— ¡Viva el indio!

IND.— Yo no! La patria libre!

P.— Perezca el Sacristán!

PED.— ¡Nadie perezca!
Mil veces la justicia se ha perdido
Por la exageración de la violencia!

P— Perezca el Sacristán!

PED.— ¡No! las venganzas
A medida han de ser de las ofensas!
Un pueblo ha muerto bajo el yugo hispano:
Un pueblo ha de morir.

DON P.— ¡Justicia fiera!

P.— El bueno es nuestro hermano. El hombre justo
Amigo nuestro y nuestro hermano sea:
¡Los malvados que el látigo fabrican
Arrójelos el látigo mar fuera!—
(*El pueblo se mueve agitado*.)

Escena V

El compañero habla, *con misterio y rapidez*, *con don Pedro*

COMP.— —Vano fue todo: el general no quiere
Porque inútil lo juzga, oponer fuerzas
Al terrible clamor; el viejo Urrutia
Con floja mano sus cabellos mesa;

El polvo muerde de dolor Lagrava
Pero al común destino se sujeta.
(*El compañero ha entrado con un grupo*, *que se mantiene cerca de él.*)

DON P.— Conmueve tú las vacilantes turbas:
Con estas haré yo por detenerlas!—

COMP.— Los que aquí miras polizontes fueron:
Fieles te servirán.—

C.— Paga y ordena!

DON P.— Apoyad mis palabras, y si el caso
Urge mucho, salid en mi defensa!—
(*Don Pedro adelanta hacia el grupo*, *que se repliega en un lado, dejándole solo en mitad de la escena: enfrente y cerca de él*, *sus hombres.*)

DON P.— ¡Atrás, gente atrevida! ¿Quién osado
Contra la ley de España se rebela?
Ingratos hijos, que el paterno celo
Del rey recompensáis de esta manera,
Pensad en el cadalso que en la plaza
A los traidores el Gobierno eleva!
¿Cómo, mezquina gente, el poderío
De mi rey y señor tenéis en mengua?
¡Como polvo caeréis ante sus plantas
Si mueve contra vos la mano excelsa!—
Y al que rebelde a los decretos ose
De la gran madre España.

PED.— (Madre!)

DON P.— Y quiera
Triunfar de su poder, piense en los hierros
Que ceñirán sus pies, recuerde a Ceuta!

P.— ¡Ceuta!

PED.— (*Adelantándose y con furor disimulado*.)
¡Sí, Ceuta! Una mansión terrible
Donde los hierros por los muros cuelgan,
Donde cientos de látigos azotan,
Donde, cómplice el sol, devora y quema!

Donde se marcan las aciagas horas
Por ayes lastimeros, donde enfermas
Las manos cavan su sepulcro propio
Sangre manando las abiertas venas,
Donde el lenguaje humano sustituye
De las fustas flamígeras la lengua;
Y cada sol vio sepultar a un vivo
Y un espanto cada átomo recuerda!
Mansión donde los niños encanecen,
Que hiriendo el cuerpo flojo, el alma quiebra,
Que asorda con sus ayes el mar bronco
Que más q. de olas, de furor la cerca!

DON P.— ¡Esa es Ceuta!

PEDRO.— ¡Esa es! ¿Pero no sabes
Que antes de ir a tu prisión tremenda
De sangre el mar con nuestra sangre haremos
Y la tuya también entrará en ella?—
¡Antes que al pie de americanos nuevos
Ciñan del triste Amaru las cadenas,
Al mar aquí, y al Hacedor en lo alto
Asordará nuestro clamor de guerra!

DON P.— ¡Villano, calla!

PEDRO.— Aquí no hay más villano
Que el q. la infamia de mi patria intenta!—
Hombre es todo nacido: hombres iguales!—

DON P.— (*A los suyos.*) ¡A mí, valientes!

P.— (*Replegándose*) Gente de armas!

DON P.— Presa
A esa gente llevad!

PEDRO.— (*Al grupo.*) ¡Amigos!

DON P.— ¡Ni uno
A mi cólera escape! El rey lo manda!

Escena VI

Martino entra precipitadamente

MARTINO.— ¡Quietos, quietos aquí: lo manda América!
(*A don P.*)—Si un paso solo sobre el grupo avanzas
Castigará tu infamia y tu insolencia
El pueblo entero q. en las calles corre:
¡Viva la libertad!

VOZ FUERA: ¡Mueran los déspotas!

DON P.— ¿Quién eres, di, quién eres?

MARTINO.— ¡Soy la oveja
Que revuelve tremenda sobre el lobo
Y exánime y atónito lo deja
Con el arma de Maipú y Carabobo!
Soy de Hidalgo la voz; soy la mirada
Ardiente de Bolívar; soy el rayo
De la eterna justicia, en que abrasada
América renace
Desde las fuentes donde el Bravo nace
Hasta el desierto bosque paraguayo!

DON P.— ¡Oh; quién eres?

MARTINO.— ¿Quién soy? Mira en mis ojos
De un gran pueblo la cólera despierta,
Rendidos ya tus pabellones rojos,
América feliz, Castilla muerta!

DON P.— ¡América feliz!—

MARTINO.— Sí, porque luego
De quebrantar tu cetro filicida,
A costa de su sangre, el pueblo ciego
Recobrará los ojos y la vida!—
Serviles nos hicisteis, ignorantes
Insípidos doctores,
Teologuillos y míseros danzantes,
De manos insolentes besadores,—
Y ¿queréis que a la cumbre de la vida
Llegue próspera y libre nuestra suerte

Si la tierra dejáis estremecida
Con las semillas todas de la muerte?
Pero el cielo preñado de amenaza
Su hondo seno de cólera revienta
Y animador de la naciente raza
Fabrica en vuestras plantas la tormenta!
El aire está enojado,
Cuajados van los vientos,
En mordidas los besos se han trocado,
Balas van a volverse los lamentos!—

[DON] P.— ¡Balas!

MARTINO.— Óyelo bien! De las astillas
Secas, en que entre rojos resplandores
Hatuey murió, tremendas las semillas—
Un bosque brotan ya de vengadores!—

DON P.— ¡Atrás, atrás!

MARTINO.— En vano las espadas,
Lanzas y perros moveréis ahora:
Hasta las piedras os serán negadas,
Que cada piedra aquí venganza llora!
Y con lágrimas de indios maldecida,
Cada senda, cada árbol, cada arroyo,
Árbol no habrá q. con su fruto os brinde,
Choza no habrá donde encontréis apoyo!

DON P.— ¡Atrás, atrás!

MARTINO.— Oh! Mira
Cómo se abre la tierra ante tu planta,
Y en torno tuyo aterradora gira
La inmensa procesión que se levanta!—
Ese que ves, con la anchurosa frente
De pedernal agudo traspasada,
De espinas y de plata reluciente
La sien meditabunda coronada,
Es Moctezuma, cuya historia encierra
El engaño mayor que vio la tierra.—
—Mira, mira al monarca,
Al indio ensangrentado

Que, a su cadalso bárbaro enclavado,
Su cárcel de oro y su martirio marca!—
Esa que rauda cruza
Herida, atada, mísera vagando:
A la que azota vil, a la q. azuza
Sus perros fieros el miserable Ovando,—
Esa es de Haití la reina ponderada;
En mitad de su fiesta encadenada!—
¡Allá van, persiguiendo a los desnudos
Con recamas de bronces y de escudos!…
¡Allá van, con las lanzas y los hierros!
¡Allá van dando voces a los perros!—
"¡Muerde, Lobo, a la reina!" "¡Aquí, Bravío!"
"¡Sus, en el pecho!" "¡Híncale bien, España!"—
Y después de la lucha, el pueblo mío
Sus miembros rotos en su sangre baña!—

P.— ¡Libertad; libertad!

MARTINO.— El humo oscuro
Que en tu rostro la cólera negrea,
De Guatimoc es el aliento puro
Que en su parrilla requemado humea!—

P.— !Libertad, libertad!

MARTINO.— Y ese de ramas
De encendidas palmeras coronado,
Que corre, corre alado,
Con terrible clamor, envuelto en llamas,
Es Hatuey!

P.— Hatuey!

MARTINO.— ¡Pueblo! Contempla
Este cuadro de horror! ve a tus abuelos
En humo transformados,
Los próceres quemados,
Los miembros palpitantes por los suelos,
Los niños sin piedad despedazados!

P.— Libertad, libertad!

MARTINO.— ¡Al llano, al cerro!
¡Todo el mundo a la lid! ¡Corre encendido
Por la América Hatuey! ¡Manos al hierro!
¡A luchar, con los brazos, con los dientes!
¡Armas dará la suerte; Dios da bríos!
¡A luchar con las aguas de las fuentes!
¡A luchar con las ondas de los ríos!—

———

ACTO 2do

Sala.—

Diversos grupos: *Pedro perora en el suyo*: *grupo de nobles*: *tres españoles*.—

PEDRO.— ¡Resurrección, resurrección! El grito
Cuerpo en el aire y en las almas toma;
Noble rencor a los despiertos llena
Y a los dormidos el clamor asorda!
Cuando la patria fiera se conmueve
Nadie debe dormir, pena de honra!
La historia de la vida era un grillete:
Nueva vida busquemos, nueva historia!

———

Grupo de aristócratas

NOBLE.— Barrundia vencerá.

DOCT.— Con él Molina.

P. ANT.— Reyes los cacos!

NOBLE.— Y la chusma loca,
El albañil, el sastre, el carpintero,
Dueños serán y vestirán la toga!

P. ANT.— Al ilustre monarca el cetro quitan
Y en manos de la chusma lo colocan!

NOBLE.— ¡Podrá ser un menguado zapatero

Regidor como yo!—
(Grupo de españoles.)

DON P.— Las iras soplan
El mar del pueblo!—

OTRO.— Malos vientos corren:
Hunde la nave el flujo de las olas.

DON P.— Calla como valiente, y como bravo
En el instante de los golpes obra!
Nuestra es la fuerza; nos defiende Valle;
Los gremios de artesanos nos apoyan,
Y la curia se junta y la nobleza
En defensa de títulos y borlas:
Divididos están, y siempre ha sido
Madre la división de la Victoria!

Grupos de independientes.

UNO.— El doctor!

OTRO.— El marqués!

OTRO.— El padre Antonio!

UNO.— Aire tienen de gente recelosa.

PEDRO.— El aire de los buitres de la noche
Cuando en el claro Oriente el Sol asoma!
Noble, cura y doctor: las tres serpientes
Que anidó en nuestro seno la colonia.
Mata la ley astuta la justicia,
Los que a Jesús predican, lo deshonran,
Y esa raza de siervos con casaca
Con nuestra infamia un pergamino compran!

UNO.— Pero es noble el marqués!—

PEDRO.— No hay más nobleza
Que la que el hombre con sus hechos logra:
¿A dónde has visto esa nobleza escrita
En los pañales que tu hermana borda?

Villano es el villano, y más villano
Cuando su amo y su rey lo condecora!
Golpes de pecho, llaves en la espalda,
Humildes besamanos, gorros, borlas,
Y los naipes después con el cabildo,
Y la noche después tranquila y cómoda,
Y en su lecho de piedra en tanto el indio,
El cuerpo herido retorciendo, llora!

Grupo de aristócratas.

P. ANT.— A España vuelvo!

DOCT.— Yo también!

NOB.— Yo mismo
A España iré: ¡sufrir la vergonzosa
Imposición del pueblo!

———

DON P.— (*A un esp.*) (¡Calla, y guarda
Que nadie en esta turba nos conozca!)

———

PED.— ¡No hay más marqueses que los hombres buenos!

DON P.— (Encrespa el mar sus aguas borrascosas.)

PEDRO.— El indio es como el noble: ¡no hay más curas
Que los que curen bien nuestra deshonra!

Escena II

Martino, a la puerta: habla a un grupo.

(El grupo, fuera) ¡Viva! Viva!

MARTINO.— ¡A las calles, a las plazas!
Aquí, Aycinena! ¡A la plazuela, Córdova!
¡Sin tregua, sin parar! ¡Cuando combate
El lecho del valiente es la victoria!

¡De pie junto a los troncos de los árboles!
¡En el campo, de pie junto a las chozas!
¡De pie sobre las aguas de los mares
Si a las aguas la suerte nos arroja!

UNO.— ¡De pie!

OTRO.— Sin calma!

MARTINO.— Y les haremos guerra
Hasta con las espumas de las olas!
(*Entrando y otros con él, Barrundia*)
Valor, amigos: la victoria es nuestra!
Castilla tiembla!

BARRUNDIA.— Nuestra es la victoria,
Y mi casa es del pueblo: el juicio importa
Porque la patria su ventura espera
De nuestra decisión.—

P.— ¡Barrundia!

BAR.— ¡Hermanos!
¡Llegada es ya la noche vengadora,
De cuyo seno brotarán los brazos
Que quebranten la ley de la colonia!
Utilidad, derecho, hasta el instinto
Sin tregua claman que la ley se rompa:
El cetro quebrantado, por los mares
Irán nuestros productos a remotas
Playas; nuestros destinos serán nuestros;
Nuestros, nuestros hermanos, que la cólera
Del vengativo rey en las prisiones
Su bravura y nobleza galardona!
El talento es un crimen, y otro crimen
La misma voluntad! Sin aciaga pompa,
Más brilla con tus lágrimas amargas
Que con la viva lumbre de sus joyas:—
¡Cada piedra o moneda, cada verde
Esmeralda luciente, cada roja
Piedra zafiro, un alma nuestra encierra
Que encadenada en ella se devora!—
¡Libertad a las almas de los pueblos!

Truéquense en oro las brillantes joyas!

P.— ¡Llamas y libertad!

BAR.— Un rey malvado…

NOB.— (¡Malvado el rey!)
DON P.— (¡Callad: no se equivoca!)

BAR.— Un rey que por la muerte de su pueblo
Con el conquistador chocó las copas;
Un rey traidor que su lugar tuviera
En el imperio de la triste Roma,
De luto llena y de vergüenza anubla
Las conmovidas playas españolas;—
Asturias, el Ferrol, Cádiz valiente
El fuero humano con braveza apoyan,
Y en Cádiz mismo, el alevoso Freyre
Al pueblo libre sin piedad inmola:
Si esto hace el rey dentro la misma España
¿Qué hará con los q. aquí su fuerza mofan?
Echada está la suerte: no hay más punto
Que infame vida; o perdurable gloria!—
Nuestros hermanos en España luchan…

UNO.— ¿Nuestros hermanos gentes españolas?

BAR.— ¡Por libertad y dignidad luchamos:
Nuestros hermanos son los que la invocan!
Odio merece el fraile franciscano
Que por la esclavitud del indio aboga;
Odio Velázquez, que en su tumba de indios
Quemados yace, pero no reposa!
Mas que a par del pueblo de Bolívar
Los hierros rompe q. al espirtu agobian;
El que en España los resortes mueve
Que al rey traidor y déspota derrocan;
El que los mares presuroso surca
Y a par que el Soto, la grandeza toca;
El español que en la defensa nuestra
De España muere en las terribles horcas,
Al lado mío lo honraré en mi mesa
Y le daré mi hermana por esposa!

P.— Viva! viva!

BAR.— La guerra americana
Los siglos venga, y a los buenos honra.
La España liberal nos favorece:
Honor a España libre!

UN ESP.— (Nos arrojan
De aquí si nos descubren.)

DON P.— (Fe, y aguarda.)

NOB.— (*Adelantándose*.)
Tus palabras, Barrundia, nos asombran.

DON P.— (Aguarda! aguarda!)

NOB.— El ignorante pueblo
Tu voz aplaude y tu clamor apoya,
Pero las fuerzas de la patria vivas
Desconocen tu voz, y te abandonan!—

BAR.— ¿Las fuerzas de la patria?…

NOB.— La nobleza!

P. ANT.— Las iglesias!

DOCT.— El claustro!

PEDRO.— (*Al grupo*) ¡Los que adornan
Con huesos sus zaguanes, y tributo
Como a esclavo nativo al pueblo cobran!

P. A.— La religión acatamiento ordena
Al rey nuestro Señor!

DOCT.— La curia docta
A tal ingratitud traición llamara.—

MARTINO.— (*Saliendo bruscamente del grupo*)
¡Traición? traición?... Espera!—En mis órbitas

Los rayos se estremecen, fulminando
A quien así la humanidad desdora!
El que una falsa religión predica,
El que una ciencia enseña mentirosa,
El nieto de un herrero que engalana
Su pecho necio con la cruz que compra;
Los que en la frente la medida llevan
Exacta de los yugos; los que adornan
Con lágrimas sus casas; los cobardes
A quien rodillas faltan, y fe sobra,
No son las fuerzas de la patria vivas
Que de su seno predilectas brotan;
¡Esclavos son que el complaciente dueño
Acaricia magnánimo y adorna!—
Esa que llevas cenicienta capa,
Tú, padre Antonio, imagen tenebrosa
Es de la oscuridad en que nos tiene
La España que te paga, porque ahogas,
Ayudándola bien, al pueblo mismo
En que viniste al mundo!—
Esa corona
Que lleva tu bastón, Señor ilustre,
Corona es de comedia, con que mofa
El dueño diligente al siervo niño
Que besando el dogal que lo aprisiona
En contemplar sumiso se entretiene
De su vergüenza la dorada forma!—
Y esa, grave Doctor, que larga pende
De tu egregio bastón, ilustre borla,
Manojo es de los látigos terribles
Con que la mansa espalda nos azotan!—
Uno, dos, veinte látigos... ¡afuera
Látigos, mantos, borlas y coronas!—

P. ANT.— Jesús!

DOCT.— Jesús!

MARTINO.— El nombre del Sublime
Blasfemia me parece en vuestras bocas!—
El que esclavo mantiene, el sacerdote
Que fingiendo doctrinas religiosas
Desfigura a Jesús, el que menguado

Un dueño busca en apartada zona;
El que a los pobres toda ley deniega,
El que a los ricos toda la ley abona;
El que, en vez de morir en su defensa,
El sacrificio de una raza explota,
Miente a Jesús, y al manso pueblo enseña
Manchada y criminal su faz radiosa!

P. ANT.— Criminal el Señor!

MART.— Criminal fuera
Si apoyara tu borla y tu corona!—
Si mi padre Jesús aquí viniese
Dulce la faz en que el perdón enflora;
Si al indio viera mísero y descalzo,
Y al Santo padre que salud rebosa;
Si de los nobles en las arcas viera
Trocada sin esfuerzo en rubias onzas
La carga ruda que a la espalda trajo
India infeliz que la fatiga postra;
Si en las manos del uno el oro viese
Y la llaga en la mano de la otra,
¿De qué partido tu Jesús sería:—
De la llaga, o del arca poderosa?...
¡Responde! No respondes? Jesús mismo
Tu sentencia te ha dicho por mi boca!—
(*Rumor: agitación: llega [Barrundia] a hablar en voz baja a Martino.*)

BARRUNDIA.— ¡Martino!

MART.— ¿Qué hay?

BAR.— Aventajarnos quiere
El gobierno la mano; entre las sombras
Aquí de esbirros nuestra casa llena,
Soldados por las calles amontona. (*Siguen hablando*.)
(*Grupo de aristócratas.*)

NOBLE.— (Él lo dice?)

DOCT.— (Él lo dice! Por las calles.)
(*Grupos armados rápidos se forman.)*

NOB.— (De Bustamante son los policías.)

DOCT.— (Esperanza, Señor!)

P. ANT.— (Dios los socorra!)
(*Grupo de españoles*.)

UNO.— (Al fin!)

DON P.— (Al fin!)

UNO.— (Tus órdenes aguardan.)

DON P.— (¡Avanzar! avanzar! crecer! no es hora!)

UNO.— (¿Y vos?)

DON P.— (Este es mi puesto: ruda y firme
La división aquí su diente asoma!)

MARTINO.— No hay miedo, pues!—Amigos: por las calles
Nuestros bravos hermanos se desbordan.
A contenerlos voy.—Si el padre Antonio,
Falso cristiano, amenazaros osa,
Decidle que Jesús, Dios de los hombres,
Los salva,—no los vende ni los compra!—
(*Se va*.)

Escena III

Gran movimiento en los grupos: *Don Pedro y el noble circulan con gran actividad.—*

DON P.— Se fue!

NOB.— Se fue!

1.— ¿Los nuestros o los suyos?

2.— El Gobierno!

1.— ¡El Gobierno!

3.— Si vinieran
Aquí también!

1.— Es claro!

BAR.— Nada es claro
Hasta que libre el Sol la patria vea!
La oscura noche el vasto cielo cubre
Porque de nuestro miedo se avergüenza!

2.— Soldados!

DON P.— Grupos forman.

BAR.— —Y la Aurora
Para lucir nuestra venganza espera!

DON P.— Armada expedición el rey envía.

NOB.— La vida dejaréis en esta empresa.

DON P.— En las paredes el Gobierno fija
El espantoso bando de Venegas.—

1.— A muerte!

2.— A muerte?—

BAR.— Amigos, ciudadanos!—

3.— A muerte?

DON P.— A muerte!

2— De manera
Que lo de Chiapas mismo no se sabe?

DOCT.— Argucias!

P. ANT.— Invención!

BAR.— (*Los grupos comienzan a irse.*) (¡Hora funesta!)
Amigos! Asesinos de la patria
Serán los que traspongan esa puerta!—
(*Se detienen*.)
Yo escucho los silbidos de las sierpes
Que entre vosotros todos culebrean;
Oigo como deslizan sus palabras
Suaves como la miel de las colmenas,
Pero pensad que victorioso tigre
Volverse puede el que suplica abeja!
(*A los aristócratas.*)
Raza malvada, a las ventajas ricas
De nuestra patria vigorosa ciega;
Cobardes sin valor, brazos sin sangre
Para adorar la patria y defenderla;
¿Por qué arrancar a nuestra frente quieres
El lauro que ciñó por vez primera?
¿Por qué el rostro lleváis avergonzado,
Y el alma oscura so la capa negra,
Estrechando con mano criminosa
La mano que apretó nuestras cadenas?
¡Que somos nulos, débiles, capaces
Solo de esclavitud! Almas enfermas,
Clérigos, ricos, nobles, servidores
De la benigna madre que os alienta;
Más viles sois que la terrible madre,
Pues hijos sois que asesináis la vuestra!

1.— A muerte!

DON P.— A muerte!

NOB.— Y por las calles fijo
En cada esquina el bando de Venegas.—

BAR.— (*A quien no escuchan*.)
Somos débiles, nulos? ¡No son nulos
Los que la patria quieren libre o muerta!
La flojedad en vuestras almas vive!
La nulidad está en vuestras cabezas!

1.— Ni perdón!

2.— Ni esperanza!

DON P.— En el palacio
Dobles cadalsos el Gobierno eleva!

NOB.— Inútil lucha!

DOCT.— Si Barrundia mismo
Preso será!

NOB.— ¿Que puede hacer sin fuerzas?—

1.— Tienes razón.

2.— Mi madre desamparo.

3.— ¿Verdad, noble señor!

DON P.— (*Al esp*.) (Espera! Espera!
Ve a Barrundia que en vano los retiene!
Ve los grupos que rápidos se alejan!)

(*Barrundia que lucha en vano, les dice*:)

BAR.— Y ¿ese poder en vuestras almas tiene
La voz de los esbirros? ¡Que más pueda
El amor a una vida que deshonra
Que el placer de morir en su defensa!—

P.— A la calle!

P.— A la calle!

P.— Nos engañan!

P.— A una muerte segura se nos lleva.

BAR.— ¡A la ignominia la traición os guía:
Vuestra es mi vida: vos la doy en prenda!

UNO.— De qué nos servirá la vida tuya
Si en un cadalso morirán las nuestras?

DOCTOR.— ¡Ved bien, señor!

NOB.— ¡La plebe es siempre estúpida!

P. ANT.— (*Al doct.*) Vos ¿qué pensáis!—

DOCT.— —¡Locuras de poeta!

ESCENA IV

——

Barrundia, solo.

¡Se van, se van! Con ellos de la vida
Los resortes en l' alma se me quiebran!
¡Sala, sala desierta, resucita!
¡Cadáver de esperanza, Dios te encienda!

[BORRADORES FRAGMENTARIOS DE *PATRIA Y LIBERTAD*]

[1]

[CORRESPONDIENTE A LA ESCENA V DEL ACTO PRIMERO]

Los que aquí miran polizontes fueron
Fieles te servirán.—
                                        Paga y ordena.—
—Apoyad mis palabras, y si el caso
Urge mucho, salid en mi defensa.
—¡Atrás, gente atrevida! ¿Quién osado
Contra la ley de España se rebela?
Ingratos hijos, que el paterno celo
Del rey recompensáis de esta manera
Pensad en el cadalso que en la plaza
A los traidores el gobierno eleva?
¿Cómo, mezquina gente, el poderío
De mi rey y señor tenéis en mengua?
Como polvo caeréis ante sus plantas
Si mueve contra vos la mano excelsa!
Y al que rebelde a los decretos ose
De la gran madre España...

                                                        —Madre!
                                                        —Y quiera
Triunfar de su poder, piense en los hierros
Que ceñían sus pies, recuerde a Ceuta!—
—Ceuta!
            —Sí, Ceuta! Una mansión terrible
Donde los hierros por las manos cuelgan,
Donde cientos de látigos azotan,
Donde, cómplice el Sol, devora y quema!—
Donde se marcan las aciagas horas
Por ayes lastimeros; donde enfermas
Las manos cavan su sepulcro propio
Sangre manando las abiertas venas,
Donde el lenguaje humano sustituye
De las fustas flamígeras la lengua
Y cada sol vio sepultar a un vivo
Y un espanto cada átomo recuerda!
—Mansión donde los niños encanecen
Que hiriendo el cuerpo flojo, el alma quiebra

Que asorda con sus ayes al mar bronco
Que más que de olas, de furor la cerca!
—Esa es Ceuta!
—Esa es!—
Pero no sabes
Que antes de ir a tu prisión tremenda
De sangre el mar con nuestra sangre haremos
Y tu sangre también estará en ella!
¡Antes que al pie de americanos nuevos
Ciñan del triste Amaru las cadenas
Al mar aquí, y al Hacedor en lo alto
Asordará nuestro clamor de guerra!—
—Villano!—calla
—Aquí no hay más villano
Que el que la infamia de mi patria intenta!
Hombre es todo nacido: hombres iguales!
—¡A mí, valientes!—
Gente de armas!
Presa
A esa gente llevad!
—Amigos
Ni uno

[2]

[Correspondiente a la Escena VI del Acto primero]

Pero el cielo preñado de amenaza,
Su hondo seno de cólera revienta,
Y animador de la naciente raza
Fabrica en vuestras plantas la tormenta
El aire está cuajado
De vívidos vientos?
En mordidas los besos se han trocado.—
Balas van a volverse los lamentos!—
—Balas!
—Óyelo bien!—
De las astillas
Secas, en que entre rojos resplandores
Hatuey murió, tremendas las semillas
Un bosque brotan ya de vengadores!

¡Atrás! atrás!
En vano las espadas
Lanzas y perros moveréis ahora;
Hasta las piedras os serán vengadas!
¡Que cada piedra aquí venganza llora;
Y con lágrimas de indios maldecida
Cada senda, cada árbol, cada arroyo,
Árbol no habrá que con su fruto os brinde
Choza no habrá donde encontréis apoyo!
—Atrás!
—Atrás!
Oh mira
Cómo se abre la tierra ante tu planta,
Y en torno tuyo aterradora gira
La inmensa procesión que se levanta!—
Ese, que ves, con la anchurosa frente
De pedernal agudo traspasada,
De espinas y de plata reluciente
La sien meditabunda coronada,
Es Moctezuma, cuya historia encierra
La más grande traición que vio la tierra

[3]

[CORRESPONDIENTES A LA ESCENA VI DEL ACTO PRIMERO]

Esa es de Haití la reina ponderada,
en mitad de su fiesta encadenada!—

—Traición!
—Aunque valiente y hazañosa
Traición fue la de Hernán!—
¡Traición ha sido
Cuanto España alevosa
A América ha anunciado o prometido!—
Mira! mira al monarca
Al Inca ensangrentado
Que, a un cadalso bárbaro enclavado
Su cárcel de oro y su martirio marca!
Esa, que rauda cruza
Herida, atada, mísera vagando;
A la que azota, a la que azuza

Su Isla, el fiero, el miserable Ovando.

[4]

[Correspondiente a la Escena VI del Acto Primero]

—Traición!
—Aunque valiente y hazañosa
Traición fue la de [llevarme?]!—
¡Traición ha sido
Cuanto España alevosa
A América ha anunciado o prometido!—
Mira! mira al monarca,
Al Inca ensangrentado
Que a un cadalso bárbaro enclavado
Su cárcel de oro y su martirio marca!
Esa, que rauda cruza
Herida, atada, mísera vagando;
A la que azota; […] a la que azuza
[...] fiero [...] clavado.

[5]

Eras de Haití la reina ponderada,
En mitad de su fiesta encadenada!—
Y el aire, que orea
El humo, el humo negro, el que evapora
La palabra de horror en tu garganta;
Y el humo, del infierno mensajero
El humo negro que la abierta huesa
Colérica y tenaz, te echa a la […]
El humo negro que a tus pies serpea
Que hasta tu rostro llega vengativo
El humo negro que a tu rostro
La [fosa?] abierta [envía?]
Brota ¡mira! del cuerpo atormentado.

[Ms. en CEM]

[APUNTES RELACIONADOS CON *PATRIA Y LIBERTAD]*

—Llega un español a oponerse a las decisiones de la junta. Se le quieren ir encima: Barrundia y Molina lo salvan, y lo oyen. Entre otras cosas dice, al oír el calor con que defienden a los indios.—

—Y no los veis raza bestial hecha p[a] la obediencia.

—Se recuerda lo q. eran cuando la conquista.—

—Y no les veis la torpeza en el rostro.—Son los tres siglos de nuestra esclavitud los que les pesan sobre la frente, y oprimen sus mejillas. La esclavitúd desfigura, y la grandeza embellece. Los cascos de nuestros caballos les pusieron de ese modo e1 rostro.—

—El pueblo en general.

—Un indio llega: le quitan el huacal.—

—Llega el español.

—El español quiere echarse sobre el indio: es empleado: el pueblo se atemoriza; llega Martino.—

—Escena entre el español y Martino.—

—Escena final. Barr. y Molina.

Valle a la cabeza del partido españolista.

———

A Riego n / hern[o], llaman La Proclama de Acevedo.

El tepulucal / tapa el c... / de Izquintepeque, es tal vez la misma víbora blanca Ulum: excreta por la mitad del cuerpo: tiene dos cabezas plateadas ligeras. Muy deleznable.

———

Ari-Argueta: en el mapa de Fuentes *de la posesión* de Argueta. Luego en indio *ari* indicaba *señorío*.—Y ¿*arya* no significaba *señor* en Asia vieja?—De ahí *aryano.*—

———

Sueño: Soñé que me querían echar una gran carga encima y corcoveaba.—Descripción homérica.—Carga brutal y resistencia viril.—

———

La semilla del tabaco vino a Centro América de La Habana: libro de Fuentes.

———

—La independencia se ha hecho ya un sentimiento común, y se manifiesta en los escritos, en las conversaciones privadas y en los enajenamientos de alegría que se repiten a cada paso en los pueblos.

—Voto particular de Barrundia, Córdova y Molina.—18—Lo de los caudales, antiguos tiempos griegos.

—Las Casas vio matar a un niño indio, hacerlo pedazos y echarlo a los perros.

Principios de Molina

I.—Eso de aristocracias ya no es del día.
II.—El gbno. representativo es el único adecuado a nuestras circunstancias.
III.—El gbno. representativo es el único justo entre los conocidos.
IV.—El mérito y la virtud son la única escala para los ascensos.
V.—El gobierno popular es el único que puede promover la pública felicidad.—

Pedimos: 1ro representación en España: se negó.—Luego, Cortes en América; se negó.—

—Un criollo, que se resista a la independencia.
—Un noble, que hable así:
"No se puede soportar que lleguen a mandar los plebeyos. ¿Por qué nos hemos de codear con hombres nacidos en el polvo?—Haya República, p°. sea nuestra."

Principios de Barrundia

I.—Independ. Absoluta.—Vivísimo amor patrio.
II.—Amor a la clase pobre.
III.—Períodos raudos y brillantes:—En Molina, frases sobrias y concretas.—Hay algo de Bolívar en Barrundia.
IV.—Para fin de su peroración en casa de Molina:

"Hombres ignorantes que no tenéis ojos para ver las ventajas de ntro. suelo, hasta hoy frustradas por la tiranía! cobardes sin corazón para tener patria y defenderla!—¿por qué pretendéis hacernos tan esclavos como vosotros? ¿por qué queréis mancillar desde luego los laureles del pueblo independiente? ¿por qué en vez de cantar las glorias de la patria libre, andáis con el semblante oscurecido, concertando los medios de encadenarlo y predicáis que somos débiles pª sostener una libertad absoluta? La debilidad está en vuestras almas sin resorte, y no en el pueblo que juró morir antes de ser esclavizado: la incapacidad está en otras cabezas y la nulidad en vuestro carácter de esclavos. Reconoced lo q. vale un pueblo libre, o marchad a buscar un amo a quien servir y una nación menos independiente, donde el siervo no choque tanto al hombre libre."

[Ms. en CEM]

1878

A MANUEL A. MERCADO

Chilpancingo, 1ro de enero 1878.

Hermano mío.

Si los que lo merecen son felices, y—con grandeza de alma—lo son, no tengo que desear a V. feliz año nuevo.—Es imposible que a V. le vengan males: ha hecho demasiado bien.—

Aquí estamos, Carmen con aureola, yo con amor y penas. Me oprime el corazón su nobilísima tranquilidad. Cada uno de sus días vale uno de mis años. Esta luna de miel, errantes, vagabundos, era conveniente a nuestras bodas: peregrinos dentro de la gran peregrinación.— Duerme entre salvajes y bajo el cielo, azotada por los vientos, alumbrada por antorchas fúnebres de ocote: ¡y me sonríe!—Ya no hablaré de valor romano. Diré: valor de Carmen.—

Aquí hallé su amorosa carta; esta mía iría con papeles guatemaltecos. Tuve—toda esta tarde—las penas son perezosas para dejarme—un pequeño ataque—suficiente a robarme el tiempo y el sentido. Aunque corto, fue del género de aquel que me curó Peón.—

Aquí me he encontrado conocido: ¡en Chilpancingo!—donde la Naturaleza tiene cetro, y la miseria palacio.

Sepa Macedo que Alfaro me sirvió con solicitud.—Y el buen Emparán, con halago. Inventa detalles en que serme útil.—

A Acapulco llegamos el 5, y de allí le escribo con el resto de los originales. Vamos con escolta de rurales de la Federación—Del 8vo.—

A casa, y a cuantos amo, escribiré desde el Puerto. Si escribo a cuantos amo ¿a quién de mis amigos escribiré yo más? Hay nobles devociones impagables.—¿Qué tengo, que a quien tanto vale las inspiro? ¿Valgo de veras algo?

Adiós ahora, que Carmen me llama, y la madrugada está cerca. Quiérame mucho, que ella y yo le pagamos. Ella envía un abrazo a Lola: yo, un beso para sus hijos.—Un *shake-hand* de año nuevo al eminente pintor— que yo lo digo—y a V., muy buena cantidad del alma de su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Acapulco, 7 de enero.—[1878]

Mi hermano Mercado.—

Yo lo sabía, y la estreché en mi mano como si estrechara la mano de V.: al llegar aquí, hallé carta suya.

Del camino ¿qué le diré que no imagine? Cuando fui, las alas que llevaba me cubrían los ojos: ahora, que con mis alas tenía que protegerla, he visto todas las crudelísimas peripecias, rudas noches, eminentes cerros, caudalosos ríos que, con razón sobrada, esquivan los viajeros. Carmen; extraordinaria; yo, feliz y triste ¡felicísimo!—Por el largo trecho, traspuesto del 26 al 5, con tres días intermediarios de descanso,—cuadrillas de ladrones, felizmente ahuyentadas por la escolta. Si no por este correo, que sale de aquí a unos momentos, dejaré para el próximo carta de gratitud para Macedo. Por Alfaro fui tan atendido como por Medina.—Y por Emparán, si V. no hubiera nacido en Michoacán, diría yo: veracruzanamente.—

De la *opus majus*, ¡pobre librejo! allá le envío certificada la parte mayor. Por este mismo correo va. Numere como le plazca: ahí, en continuación de lo ya enviado, le mando 77 páginas. Como gusto mucho de lo ancho, de lo elevado y de lo vasto, y en nuestra América todo lo es, tal vez abunden estas palabras repetidas: corte y saje. Como no he tenido tiempo de leer lo escrito, donde haya idea o noticia repetida, saje también. No es ese libro caso de honra literaria, pero se ha de hacer por no perder la habida.—De la publicación ¿qué he de decirle? En ella tengo interés grandísimo. Para mi inmediato porvenir, me parece imprescindible.—Solo faltan noticias de poetas y de artistas, que ya—con el pie en la movible escala del vapor, daré de prisa.—Serán treinta páginas, que irán, como estas de ahora.—En punto a envío, a Uriarte le escribo, y a V. lo digo también. Puede venir consignado cualquier objeto a Velad y Denfort, y estos lo envían a: Guatemala. Salvo mejor vía. La consignación debe hacerse por la casa de Gutheil.—Así, podrá enviarme, de mis libros viejos, los que, para la abarcadora instrucción general que intento, me hagan falta.—

Aquí, pues, pongo punto, y diciéndolo a quien más quiero en México, digo: adiós a México. ¡Si los pueblos fueran hombres, y se pudiera abrazarlos! Nada tiene su pueblo más generoso y amable que Vd., y en Vd. lo abrazo.—

Aún me quedará tiempo p[a] escribir sobre los cuadros de Manuel.— Siempre lo tendré para acordarme de que no son solamente hermanos los nacidos de iguales padre y madre.—Hay otros, y Carmen y yo los tenemos en mucho. Y volvemos o los esperamos. Ámennos. Bese a sus hijos.

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Acapulco 9 de enero.—[1878]

Hermano mío.—

Una sola palabra—triste—¡adiós!

Ya nos vamos: el vapor está en el puerto. Volveremos, porque aquí dejamos una gran cantidad del corazón.

Ahí le envío el resto del libro: corríjamelo con cuidado, y adivine lo que no entienda, que V. sabe de eso.—Cuídeme el párrafo de los pobres indios.—

Abrace muy apretadamente, por Carmen y por mí, a Lola.— A Manuel, cordialísimos saludos. —A Jacobo y Pepe:—y a sus inolvidables hijos de V., con el ejemplo raro, raros ya.—

¡Adiós a V. y a México!

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

POESÍA DRAMÁTICA AMERICANA

Salvador Falla, el joven pensador, ha dicho muy bien: sobre todo lo humano, flota como esencia, augurio y perfume lo que el hombre tiene de artista y de poeta, que es lo que tiene de divino. Muerta es Cartago, y nadie va a llorar sobre las plazas antipáticas de aquel difunto pueblo mercader. Muerta es la vieja Grecia, y todavía colora nuestros sueños juveniles, calienta nuestra literatura, y nos cría a sus pechos, madre inmensa, la hermosa Grecia artística. Con la miel de aquella vida nos ungimos los labios aún todos los hombres. Por eso aflige tanto ver en Union Square la estatua mezquinísima de Lincoln. Una estatua vive mucho más que una batalla: más que las Decretales de Augusto, vivirán las humillantes, pero sublimes quejas del perseguido Ovidio. Ovidio fue débil, y aduló a Tiberio; fue débil como Mickiéwicz, el gran apóstata polaco; pero sobre su tumba desconocida se pasearon ansiosos los dedos de una reina, una mano de mujer apartó el musgo impío que cubría el nombre grandioso, y la emperatriz Catalina lloró sobre el poeta: ¡gran fortuna esta de ser llorado por mujeres! ¿Quién llorará sobre la tumba del pensativo de Fontainebleau, del azotador de los flamencos, del cruel enemigo de Vercingetorix?

Salvador Falla ha tenido razón. La imaginación salva y pierde a los pueblos; pero así como los pierde, así los salva. Lleva al exceso de las artes, a la corrupción, a la molicie; pero también lleva a la inmortalidad, a la universal admiración, al perpetuo imperio. Un pueblo no debe ser excesivamente literario, sobre todo en los tiempos fabriles y mercantiles que corremos, pero debe ser un poco literario. Mi maestro Rafael Mendive ha dicho que por el dolor se entra a la vida: por la poesía se sale de ella. Se olvidan las culebras, y se piensa en las águilas y los leones. ¡Qué suaves lágrimas se asoman a los ojos después de haber leído buenos versos! Y ¡cómo piensa en Dios el que leyó, con hondo ánimo, la *Aurora* de Krasinscki!

Aquí, en mi madre América, la hermosura besa en la mejilla a cada mujer que nace, la poesía besa en el corazón a cada hombre. El indómito gaucho canta su rencoroso *cielito*; el *tapatío* mexicano, su pintoresco *jarabe;* su *punto* enamorado, el guajiro de Cuba. Y más que las sombrías arboledas europeas, que abre a la caza el clásico día de San Huberto, hablan al alma las selvas-bravas, junto al río; los palmares tupidos, junto al monte. La fantasía, virgen desnuda, tiene en América el casto seno hinchado.

Todo se escribe en verso en nuestras tierras: todos los héroes tienen cantores; todas las campañas, Tirteo; todos los amores, expresiones rítmicas. En castizo, como Bello y Mera; en español francés, como Lozano, laméntanse en inmortales versos las rebeldes agitaciones del espíritu, las heroicas grandezas de la patria, los consuelos y agravios del amor. Y cómo no, por donde el Cauca corre, donde las limeñas miran, donde el café hierve, donde el Tequendama aterra, donde—león de agua en cauce estrecho—se desata potente el Amazonas? ¿Cómo no, donde en Orizaba asfixia el vivo aroma de azahares, en Tehuantepec cubren la margen de los ríos los frutos de naranjos encendidos? ¿Cómo no, en estos lugares de imponderables maravillas, donde, en el hondo valle el labrador siega la caña, sobre el valle hondo extiéndense las nubes, revueltísimos senos de colores, y sobre el cielo de iris y violeta, cruza, como yo he cruzado, vibrante, triunfador, altivo, audaz ferrocarril? ¿Cómo no, donde no se conocen más rivales, que aquellos graves bosques, imponentes y misteriosos como ancianos, en que viven los místicos sacerdotes de

Himalaya, que rodean los claustros budistas del Tibet?

Pero yo no quiero hablar de esta fácil poesía de la naturaleza, cristal matizado que refleja los inagotables cambiantes de nuestras soberanas perspectivas; ni de la tierna poesía íntima; ni del período de imitación, que en literatura como en todo, todos los hombres y los pueblos sufren; ni de la alta poesía épica por Julio Arboleda, en *Gonzalo de Oyón* tan bien hallada. Hojeando cronicones, desempolvando manuscritos, reanimando cuentos, admirando héroes incógnitos, recogiendo muy tristes leyendas la poesía dramática, con todos sus contrastes, con el fragor de su combate interno, con su potencia resucitadora, con su inolvidable manera de inculcar, con sus versos ardientes, con sus héroes vivos, con sus mujeres enamoradas, con sus lecciones suaves, con su arreo brillantísimo, abraza tiernamente al dormido escritor americano, le sonríe como al gallardo monarca de Atitlán debió sonreír Ixcunsocil, y, como desdeñada amante que ama, le pregunta:

"¿Por qué, mi amante estéril, vives puerilmente de las hojas de las rosas y de las aguas de los ríos? ¿por qué perezosamente cantas los devaneos comunes de tu espíritu? Veme aquí, con mi cortejo histórico y fantástico. Ni la sierra de Puebla guarda más esmeraldas que yo glorias, ni el cielo del Pacífico más horizonte podría ofrecer que yo".

"¡Yo traigo conmigo conquistadores legendarios, tenaces conquistados, indias de oro, indios de hierro, rencores de raza, infortunios inmensos, fuertes cuerpos quemados en los valles, tiernas almas burladas y vendidas, plumas de Cuauhtemoczín, cascos de Hernán Cortés, lágrimas de Marina, crueldades de Alvarado!"

“¡Yo traigo aquí conmigo no contados cuentos, no descritas guerras, no pintados caracteres, no revelados lánguidos amores!”

"Yo también tengo, como los moros de la Aljafería, como los jardineros de la Alhambra, mis lindas cautivas, mis rudos herejes, mis doncellas heridas de amores, mis historias de maravillas increíbles, de misteriosas fugas, de mágicos rescates. Tengo bajo el cielo vasto un mundo nuevo. Tengo en cuatro siglos dos epopeyas no trovadas, más héroes que hojas verdes la costa del Atlántico, más lágrimas que corales tiene Honduras, minas México y perlas el rumuroso río Guayabo. ¡Amante perezoso, ven a mí!".

También la poesía dramática tiene razón. Si los galanes de apretado embozo, y las dueñas de oscuro manto, menos que el alma oscuro, y las ingeniosas y cultas damas dieron a Lope y a sus émulos, tipos eternos para el teatro original, simpático y caballeresco que dura en España todavía; si aún visten los actores la túnica de Coriolano, ciñen el casco de Germánico y pasean las águilas de Roma; si los gastados tipos sacros alimentan aún los místicos teatros alemanes ¡qué vigorosa escena, asombro y alimento de los siglos, no podría surgir de los riquísimos veneros de inspiración que casi intactos guarda la historia de la larga infancia y trabajosa juventud de América! ¡Qué terribles tragedias, con nuevos e históricos resortes! ¡Qué exposición de caracteres, sencillamente heroicos, por lo que son más heroicos! ¡Qué animados idilios, ardientes cuentos trigueños, a manera de los europeos color de rosa! ¡Cuánto amor contrariado, y crimen cometido, y patria y familia puestas en lucha, y amores de mujer vencidos por el amor riesgoso de la patria, no darían savia permanente al teatro nuevo, que calentaría, puesto que América está destinada a vivificarlo y calentarlo todo, la fatigada fantasía europea!

Y aquí, en el reino de Utatlán, donde Zaculeo luchó, donde Uspantán asombró, donde los

audaces Mames pusieron espanto tantas veces en las osadas filas de Castilla, ¡cuán fácil fuera al ánimo patriótico volver al mundo de la vida los ignorados bravos que bajo el casco del corcel o el látigo implacable del rubio Gonzalo, murieron tristemente! ¿Qué hacen en sus tumbas Ricab el animoso, Acxopil el prudente, Jiutemal el tenaz, Acxicuat avariento? ¿Dónde son idas la voz de los Ahoas, la respetada voz de los Calpules, aquellos cánticos de Xelahub, aquellas arengas de Tecún-Umán? Chignavitcolut no tiene poeta! Ni Sinacam, ni Sequechul tienen honradores.

Hubo adivinos y sacerdotes, herejes y cristianos, mansos y rebeldes, valientes y cobardes, jinetes de corcel y cazadores de venados, grandes pasiones primitivas y grandes pasiones corrompidas, todo un pasmoso teatro!

No está inculto este campo fertilísimo, ni desierta la escena americana. En confusa reunión, como es lo justo en todo pueblo espiritualmente formado por tantas contradictorias reminiscencias, impaciencias, grandezas, pequeñeces y lecturas, han brotado de los laúdes colombianos altos dramas antiguos, líricas leyendas dialogadas, políticas y satíricas comedias, retrato y castigo de los defectos salientes de la época. Famoso nombre alcanzan las vivaces comedias de Segura, los dramas apasionados de Salaverry, las románticas figuras de Corpancho, los líricos entusiasmos de José Mármol, aquel que se murió pidiendo vida! Visible es en las modernas tablas castellanas la ática savia que Ventura de la Vega,— si allá educado, aquí nacido, a nuestro sol que enciende, crea e imprime,—infundió al renaciente teatro español, por Lope dado a vida, por Calderón levantadísimo, por el americano Alarcón más idealista, y elegante por otro americano, Vega mismo. Madrid sancionó, con fraternal aplauso, las calientes concepciones de García de Quevedo, el elevado; Santo Domingo ostenta con orgullo a *Anacaona*, drama vengador; a *Tilema*, el drama de la restauración dominicana. El autor de *Celiar* dio su color vivísimo a un drama hermoso; y con estos ¡cuánta obra brillante aquí no citada, porque pudiera parecer muestra de dramografía empalagosa! ¡Qué poéticas creaciones de Calderón el mexicano, de Gorostiza, el enmudecido; de Milanés, el poeta puro; de Heredia, el poeta Píndaro; de Urzáis, el cubano humilde; de Acha, el dramático político; de Peón Contreras, mi amigo muy querido, el que todo lo hace bueno y tanto hace, el que vierte dramas como Zorrilla y Grilo perlas, el que habla al fin de la Noche Triste y del Teocalli, el que escribe como Bretón y Echegaray, con menos sales que aquel y más ternura que este, el yucateco infatigable, nuestro Lope de Vega americano!

¡Cruzada de unión y de resurrección! ¡trátense y familiarícense todos los poetas de nuestras tierras! ¡Surjan y revivan en la América entera, en esta misma hermosa Guatemala, teatro en otro tiempo de tan hidalga rebeldía y dura conquista, la matrona tranquila de ceñidor azul y azul corona, la de manto de mares poderosos; surjan y revivan los olvidados elementos de que por la riqueza y nuevo color de los lugares, por los inagotables asuntos históricos, por la frescura y originalidad de las pasiones, por la épica sencillez de caracteres, por el continentalismo inevitable de que todo esto ha de revestir a nuestros dramas, está llamado a ser, en rítmica poesía o cadencioso verso, un imponente teatro nacional!

JOSÉ MARTÍ

El Porvenir. Guatemala, 25 de febrero de 1878
Fcs. en CEM

A MANUEL A. MERCADO

Guatemala 8 de marzo.—[1878]

Hermano Mercado.—

Hoy estoy tranquilo, gracias a mi Carmen:— no sé si mañana estaré triste, gracias a la vida: por eso le escribo hoy, aunque no es día de correo.—Tengo ya recibida gran parte del libro, y de él me asombra—no que haya salido con algunas erratas, sino que haya salido con tan pocas:—el cariño de V. penetró—mi espíritu, y lo vio a través de mi escritura incomprensible. Quien no supiera quererme no hubiera sabido leer así.—Entiendo que ese libro me será aquí de verdadera utilidad: servirá de arma a los que me tienen cariño contra aquellos para quienes soy, a pesar de mi oscuro silencio, una amenaza o un estorbo.—Tengo decidido, cuando pague mis deudas, irme de aquí.—Si tuviera medios de cultivar la tierra, no: me encerraría en ella. Pienso seriamente en que V. eche unos cuantos años a la espalda sus arreos políticos, y con sus buenos amigos morelianos, se arregle una finquita de café, allá como aquí riqueza segura: ¿acaso, por inesperado, le parece a V. raro el pensamiento? En los países elementales, en la esfera intelectual, es muy difícil la vida de los hombres virtuosos.—V. es aún joven; visto de cerca, crecería V. mucho ante sus paisanos; en años breves, sin mengua de su reputación, ni de su envidiable cultura, tendría V. una cómoda independencia, y sus hijos un seguro haber.—Pediré ayuda a Lola.— En cuanto a mí, le juro que, a poder hacerlo, me encerraría a arar la soledad, acompañado de mi mujer, de mis pensamientos, de libros y papeles.—Apreste, pues, los aperos de labor, y deme pronto el gusto de enviarme unos cuantos granos de su café.—Si saberlo tomar fuera saberlo cultivar, V. y yo seríamos excelentes cafetaleros.—Lo raro no es que se nos ocurran estas cosas: lo raro es que se nos ocurra dejar de hacerlas.—

En el folletín de *La Patria*, que el leal Curtis me envía—con lo que hace bien porque estas devociones sencillas me consuelan de grandes dolores—he visto la un tanto estrambótica biografía que precede a los versos de Peón.— Un dómine no debe abrir la puerta del templo alegre de Diana y los Amores. Por ahí hay una "potencia virtual psicológica", y unos cuantos extravagantes kantismos, incapaces de dar cabal ideal del extraordinario talento de Peón.—Peón ha hecho mal no dejando escribir a V. el prólogo de sus versos.—Un poco incómodo estoy con él, porque anda batiendo las alas fuera de su nido, como si un poeta-ángel se hubiera hecho para ser un calavera juguetón.—Azcárate, disculpando demasiado elocuentemente, con su gran alma equivocada, sus errores,—ha hecho caer en ellos a su amigo.—A los grandes poetas, no es necesario sentir desastrosas pasiones: les basta imaginarlas.—

He visto también, con mucha pena, en las dos últimas amorosas cartas de V., una rapidez que revela preocupación de espíritu.—O ¿acaso con mi viaje desmerecí yo ante Vd.?—Pienso en sus problemas con igual insistencia que en los míos, y me entrometo sin cesar en buscar—acá en mis inútiles adentros—prontas soluciones salvadoras.—En lo que pudiera interesar a V., hay aquí una atmósfera muy fría.—El caballero que aquí hallé habla ya sin embozo de su total desfallecimiento en este asunto. ¡Qué grandes ocasiones, infantilmente desperdiciadas!—Asombra aquí la fe de Vd. Los que la admiran, no saben imitarla. Afortunadamente, se salvará el ejemplo, porque yo escribiré su biografía.—El cafetal me seduce; y pienso que debe V. llenar de esta clase de

pensamientos, durante algunas noches, su almohada.—

Aquí le envío una carta para Sarre: he pensado con angustia en esto. Fue necesario creer, como sucedió, que no me alcanzaba ¡quién lo diría! el dinero para llegar hasta Acapulco. A no ser por la letra de Uriarte, a la cual no quería yo acudir, y de cuya posesión no estuve seguro hasta últimas horas de la noche del 25, no hubiera yo dejado sin pagar esa cuenta.—Afortunadamente, tiene V., y tengo yo, natural excusa con que no hay giros establecidos entre México y Guatemala. Que Sarre entienda bien que esto es cosa exclusivamente mía:—yo estoy ahora verdaderamente ahogado, pero pienso que me desahogaré de aquí a tres meses.—La verdad es que la fortuna, al echarme a la mar, puso a mi pobre barco velas negras.—Este carácter mío es un fiero enemigo; pero aunque para el diario vivir me traiga penas, yo quiero más *vivir después* que vivir ahora.—Carmen me perdona. En mi casa no me lo han querido perdonar.—

Estoy seguro de que Manuel Ocaranza no se ha puesto aún en contacto con ninguna casa de New York.—Él debía pintar, empaquetar, e irse.—Allí, pintando indios, y sus encantadoras ligerezas, haría provisión para el invierno.—Otras cosas, como el retrato de Thiers y el cráneo, merecerían ir a París.—Le cedo para siempre el retrato de Ana, porque creo que merece tenerlo.—¡Ay! ¡desgraciadamente es verdad que los que se mueren no se vuelven a ver! ¡Quién ha de llevar, en interminable libro de cuentas, tantas vidas de hombres!

Le ruego que pregunte en *El Federalista* qué he hecho yo para merecer tanto desvío.—Yo pienso enviarles alimento para algunas columnas, y haría con gusto desde aquí lo que me pidiesen.—Correspondencias no hago, porque los hechos son escasos, y las apreciaciones peligrosas.—Pero enviaré pronto, por lo menos, un artículo sobre Manuel, y otro sobre mi maestro inolvidable, que a mi lado tengo sentado desde que murió, Anselmo Suárez y Romero.—Ha muerto el pobre cisne viejo; pero cantó muchas veces antes de morir.—Todo esto viene a que en *El Federalista* me disculpen mi pobreza, y me envíen el periódico.—Me lo mandan los extraños y ¿no me lo mandarán los míos?

Yo también tengo una verdadera pena en no haber podido abrazar a Alfredo Torroella. Tengo por él una de esas amistades intuitivas que reemplazan a las amistades viejas,—y lo veo como si de muy antiguo hubiéramos tenido cariñosas relaciones. Es un gran cuerpo lleno de una gran alma. Uno de los próximos correos le llevará una carta mía.

Aquí están ya Covarrubias y Manuel Díaz: anteayer los vi en el paseo, con el mismo placer con que los habría visto si fuesen cubanos.—Hoy voy a hacerles visita. Creo yo que retiran a Uriarte, y que irá a sucederle Lorenzo Montúfar, abdomenudo y entonado ministro hoy de Instrucción Pública. Mientras más de cerca toco las cosas políticas, más repugnancia me inspiran. Montúfar ha contribuido a desacreditar a Uriarte porque desea ocupar su lugar.—Yo lo siento, porque Uriarte me hizo bien, y pude decidir con mis informes la suspensión de las cartas de retiro que se le habían enviado.—Pero comprendo que ya todo esfuerzo es inútil, y creo que muy pronto le enviarán por fin las decisivas.

Aquí acabo. No sé cómo darle gracias por el supremo esfuerzo que ha hecho V. traduciendo mi libro.—V. me pide dedicatoria, pero mi dedicatoria a V. sería mayor que el libro entero,—porque, aunque parezca mentira, una vida como la suya se presta más a comentarios que un país como este.—

Carmen y yo recordábamos anoche nuestro perfumado almuerzo en el Tívoli de San Cosme; en nombre de aquel día, y en el de todos los días, enviamos a Lola memorias muy cariñosas.—

Sin las dificultades de establecimiento—por mezquinas, grandes—que aquí me esperaban, no me hubiera yo olvidado de enviar el debido prólogo al libro de Manuel.—Realmente será un libro bello y pintoresco: alma sana, pintando la Naturaleza hermosa con vivos colores.

Dé un abrazo de hombre a Manuelito; bese a sus ejemplares criaturas, funde un cafetal, y quiera mucho a su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

G U A T E M A L A

PRÓLOGO

¿Quién no conoce a *José Martí?* ¿Quién no le ha visto en la tribuna arrebatando al auditorio con el fuego de su palabra? ¿Quién ha dejado de leer esos brillantes artículos con que ha solido engalanar las columnas de más de un diario de esta capital?

Joven de una reputación literaria justamente merecida y de quien nadie ignora que así en la república de las letras como en el mundo de la política, todo lo que es bello y todo lo que sea bueno encuentra en su corazón un eco sincero del más puro entusiasmo, ¿necesita acaso de que un amigo suyo venga a poner su nombre al frente de un libro por él escrito? Ciertamente que no. Ni en tal caso sería a mí a quien este honor correspondiera, que allí están los Peón Contreras y los Chavero, los Altamirano y los Mateos, los Sierra y los Ortiz, que son legítimo orgullo de la literatura mexicana, y amigos y admiradores entusiastas del autor.

Pero hay prólogos obligados y los hay también espontáneos.—El mío pertenece a la categoría de los últimos.—Yo he tenido en mis manos el manuscrito de Martí en los momentos de ir a la prensa, y me he dicho como Lleras recogiendo el primer tiro de los versos de Posada: yo quiero acompañar a mi amigo.

Sí, porque las buenas compañías honran, y faltaría a los deberes de la caballerosidad si no recomendase a todo el mundo la lectura de ese precioso folleto, en que su autor con mano maestra, se ocupa de estudiar los actuales elementos de la prosperidad de mi país, sus adelantos en el orden físico y moral, sus fuentes de riqueza y sus halagüeñas esperanzas para lo porvenir.

Las repúblicas latinoamericanas en general, son poco conocidas en Europa; pero, por un lamentable error de nuestra política internacional, lo son menos todavía entre ellas mismas. Felizmente ese error va pronto a subsanarse; México, la hermana mayor de las hijas de Bolívar y de Hidalgo, ha dado el primer paso votando por unanimidad en su Congreso la ley que en proyecto le presentó uno de sus más distinguidos hombres de Estado, el Sr. Vallarta. La iniciativa será también por unanimidad correspondida desde las playas del Golfo mexicano hasta la Tierra del Fuego. Pero en esta obra del progreso, urgentemente demandada por el espíritu del siglo, no es sola la política la que con tesón debe trabajar: también a la literatura le está reservado un papel muy importante y, preciso es decirlo en su elogio, ella es quien hasta ahora ha suplido en cuanto le ha sido posible, la falta de esas fraternales relaciones que harán del Continente de Colón un todo respetable. A este efecto se necesitan libros como el de Martí, escritos con imparcialidad y no por lo que se sabe de oídas, sino por el estudio filosófico que de lo que se escribe se ha hecho.

Muy poco hace que en uno de los diarios más acreditados de esta capital vieron la luz pública unas “Cartas sobre Centro América” en que se juzga de la cultura actual de aquellos países por lo que eran hace cincuenta años. Aquella sección del Continente no podía ser en consecuencia conocida. El folleto de Martí sobre Guatemala, servirá por sí solo para refutar aquellas cartas. No es una obra completa que abarque en todos sus pormenores cuanto de un país puede decirse. Obras de este género no pueden escribirse en las pocas horas de que el autor ha podido disponer.

Tampoco surten resultado, porque pocos son los que tienen la paciencia de leerlas; estamos en el siglo de la hoja suelta y del periódico, y no del libro, como ha dicho un célebre escritor contemporáneo.

Guatemala debe estar agradecida al señor Martí por el servicio que positivamente le hace con la publicación de su trabajo. Como uno de sus hijos, yo me honro en hacerle esta pública manifestación de reconocimiento, porque estoy convencido de que publicaciones de este género son las que más poderosamente influirán en el incremento de la inmigración inteligente y trabajadora, que es el medio de que todos los pueblos hispanoamericanos deben valerse para hacer efectivas las inmensas riquezas depositadas por la naturaleza en sus vastas cuanto fecundas soledades.

R. Uriarte

México, 20 de diciembre de 1877

I

¿Por qué escribo este libro?

Cuando nací, la naturaleza me dijo: ama! Y mi corazón dijo: agradece!—Y desde entonces, yo amo al bueno y al malo, hago religión de la lealtad, y abrazo a cuantos me hacen bien.

Yo llegué meses hace, a un pueblo hermoso: llegué pobre, desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza el pueblo aquel, sincero y generoso, ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador. Me ha tendido la mano y yo la estrecho.

Guatemala es una tierra hospitalaria, rica y franca: he de decirlo.

Me da trabajo —que es fortaleza,— casa para mi esposa, cuna para mis hijos, campo vasto a mi inmensa impaciencia americana. Estudiaré a la falda de la eminencia histórica del Carmen, en medio de las ruinas de la Antigua, a la ribera de la laguna de Amatitlán, las causas de nuestro estado mísero, los medios de renacer y de asombrar. Derribaré el *cacaxte* de los indios, el huacal ominoso, y pondré en sus manos el arado, y en su seno dormido la conciencia.

Y entretanto vuelvo bien al que me ha hecho bien. Y en la tierra de México, noble y entusiasta, donde prende toda idea amorosa, donde arraiga todo extraordinario sentimiento, diré con mi palabra agradecida, cuánto es bella y notable, y fraternal y próspera, la tierra guatemalteca, donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer, y bueno el hombre.

Amar y agradecer.

II

Allá, en horas perdidas, buscan los curiosos, periódicos de Sur y Centro América, por saber quién manda y quién dejó de mandar, y no se sabe en la una república lo que hay de fértil, de aprovechable y de grandioso en la otra; y hoy, como en 1810, puede decirse con el padre Juarros, pintoresco y cándido cronista del reino guatemalteco, lo que por entonces él decía: "Vemos con la mayor admiración que después de tres siglos de descubierto este continente se encuentran en él, reinos y provincias tan poco conocidas como si ahora se acabasen de conquistar". Es ¡ay de nosotros! que el veneno de tres siglos, tres siglos ha de tardar en desaparecer. Así nos dejó la dueña España, extraños, rivales, divididos, cuando las perlas del río Guayato son iguales a las perlas del sur de Cuba, cuando unas son las nieves del Tequendama y Orizaba, cuando uno mismo es el oro que corre por las aguas del río Bravo y del venturoso Polochic.

De indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador, artístico por indio; por español terco y osado:—y como el inglés es brumoso, y el sueco grave, y el napolitano apático, es el hijo de América ardiente y generoso, como el sol que lo calienta, como la naturaleza que lo cría. De manera que, de aquellos hubimos brío, tenacidad, histórica arrogancia;—de los de oscura tez tenemos amor a las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas, y cuanto a tierra nueva, trae una raza nueva, detenida en su estado de larva,—¡larva de águila!—Ella será soberbia mariposa.

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? Por primera vez me parece buena una cadena para atar dentro de un cerco mismo a todos los pueblos de mi América!

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar, Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? Idea que todos repiten, para la que no se buscan soluciones prácticas. Vivir en la Tierra no es más que un deber de hacerle bien. Ella muerde, y uno la acaricia. Después, la conciencia paga. Cada uno haga su obra.

———

Yo vengo de una tierra de volcanes altos, de feraces cerros, de anchurosos ríos, donde el oro se extiende en placer vasto por las montañas de Izabal, donde el café —forma mejor del oro— crece aromoso y abundante en la ancha zona de la Costa Cuca. Allí la rubia mazorca crece a par de la dorada espiga; colosales racimos cuelgan de los altos plátanos; variadísimas frutas llenan la falda de la gentil chimalapeña; obediente la tierra responde a los benéficos golpes del arado. Extraordinaria flora tupe la costa fastuosa del Atlántico; el redondo grano, que animó a Voltaire y envidia Moka, como apretado en el seno de la tierra, brota lujosamente en la ribera agradecida del Pacífico. Aquí, sabino pálido; allí, maíz robusto, caña blanca y morada, trigo grueso y sabroso, nopales moribundos, hule nativo, ricos frijolares en asombrosa mezcla unidos, con rapidez lujuriosa producidos, esmaltan los campos, alegran los ojos, y auguran los destinos de la tierra feliz de donde vengo.

La cantó Batres, la historió Marure, la copió en inimitables fábulas Goyena; se exploran los ríos, se tienden los carriles, levántanse institutos, leen los indios, acuden los extranjeros, improvisan su fortuna; vínose a la libertad por una revolución sencilla y extraordinaria, admirable y artística; es esa tierra, más que tierra desconocida, amorosa virgen que regala a los que acuden a su seno. En mí están vivos estos sucesos y bellezas; ¿y no he de hablar yo de aquellos poetas y prosistas, de aquellos agricultores y gobernantes, de aquella tierra ávida de cultivo, de aquella juventud ávida de ciencia?

Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas; esta es la hora.

———

Viniendo de Izabal por el ancho camino carretero, que llevará pronto al norte, ¡gran perspectiva! los azúcares y el café del oeste,—vense a lo lejos, más allá del río, altas iglesias sobre ameno valle, vasto perímetro, diáfana atmósfera, gentil señora, bella y gran ciudad.

Viniendo del puerto, del floreciente San José, pasajero en cómoda diligencia, o jinete en humilde caballo, brota de entre los montes pintoresco pueblo que, a medida que se acerca la distancia, brota de entre su cerco de robustos montes, desafía con su elegante castillo, eleva sus numerosos minaretes, y abre luego sus limpias y amplias vías al viajero admirado de la pulcritud

resplandeciente que realza las anticuadas y holgadas construcciones.

Peregrinando vino esta ciudad hermosa desde Almolonga terrible hasta el risueño Valle de las Vacas. Poco memoriosos los conquistadores atrevidos, no temieron que la tierra airada se alzase contra los que la ofendían; y, por fenómeno súbito inundada, pereció entre turbios mares de agua que bajaban en remolinos del volcán, la enferma Santiago, y en ella la esforzada dama, audaz gobernadora, que hubo por nombre Beatriz de la Cueva.

Tendíase no lejos el encantado valle de Panchoy, el de ricas aguas, vecinas canteras, pastos sobrados, flores menudísimas, por río crecido, por dormidos volcanes coronado:—y a él se fueron los habitantes fugitivos.—Ni cielo más azul cubrió, ni más sabroso aire respiró ciudad alguna de la Tierra. Pero, de pronto, preñado el suelo con el llanto de fuego de los indios, reventó en espantosos terremotos que sacaron de quicio torres y palacios, hendieron las bóvedas y echaron fuera los cimientos de la soberbia catedral. Golillas y maestros de obras acrecieron el justo alboroto, y, movidos de la evidente ganancia, apresuraron la traslación de la ciudad Antigua al llano espléndido en que hoy se extiende, desdeñosa y tranquila, la blanca y próspera señora del añejo dominio de Utatlán.

En este instante mismo trueca su forma la ciudad dormida. A esencia liberal, activa forma. Conmovida en lo político por aquella herencia funestísima que envilece a Bolivia, que sofoca a Quito, que con ondas de sangre acaba de aumentar las poéticas ondas del río Cauca; a par solicitada por el viejo régimen que cierra las puertas a toda grande idea, atrevido proyecto o comercial mejora,—y por el inexperto nuevo régimen que a toda idea útil las abre con amor,—la ciudad llevada del instinto derriba el claustro de Santo Domingo, tumba de almas, y lo trueca en depósito de frutos, —cuna de riqueza— del poderoso aguardiente, del delectísimo tabaco; arranca su huerta, mansión antigua de opulentas coles, a la iglesia de la Recolección, y la convierte en escuela politécnica, mansión ahora de inteligencias ricas y vivaces. Paseaban los pacíficos paulinos por largos y desiertos corredores, y hoy les suceden animados grupos de jóvenes celosos, que llevarán luego a los pueblos, no la palabra desconsoladora del Espíritu Santo, sino la palabra de la historia humana, los reactivos de la química, la trilladora y el arado, la revelación de las potencias de la naturaleza. La nueva religión: no la virtud por el castigo y por el deber: la virtud por el patriotismo, el convencimiento y el trabajo.

Y, ¡qué bellas iglesias ostenta Guatemala!—Gran prisa se dieron y grandes millones gastaron aquellos piadosos sacerdotes, entonces señores únicos de la oprimida conciencia popular. Enseña San Francisco su hermosísima fachada, su imponente nave, sus robustas murallas, que no muros, irguiéndose, empinándose sobre penosa cuesta, como un rectángulo colosal. Más castillo que el castillo, parece la gran fábrica destinada a sobrevivir al espíritu que la animó: antes, numerosos fieles y fieles numerosas,—tenían vencido el suelo con las humildísimas rodillas; hoy, salvo los días tradicionales, apenas si discurre por la nave ancha, milagro de atrevimiento arquitectónico, alguna fiel creyente, que en el perfume de las flores que regala, envía a la hermosa Virgen el perfume de su alma candorosa.

Gran templo tiene también la Virgen de la Merced; y blancas paredes luce Santo Domingo, el de hábito blanco; majestuoso atrio ofrece la Catedral, vasta y artística; linda torre eleva al cielo el elegante templo de la Recolección. Es San Francisco, el monje austero; Santo Domingo, el pacífico santo; la Merced, matrona augusta; la Recolección, una hermosa mujer arrepentida.—Allá, hacia el norte, la Ermita del Carmen; acá, hacia el sur, la Ermita del Calvario; aquella, grave

como una conciencia que sufre y se recoge; esta, triste y lacrimosa como María al pie de la cruz.

Allá van, caminito del Cerro, los apuestos jinetes, los alegres grupos, implacables estudiantes, artesanos bulliciosos, chicuelos ocurrentes, mujeres de pie breve y negros ojos.—¡Ojos hay en Guatemala soñados por las moras!—Tiene ese Cerro del Carmen sus domingos y fiestas de guardar. Entonces, sobre la alfombra de fragante musgo, extiéndese otra alfombra más viva, animadísima, compacta, cada vez más estrecha; alfombra de movibles flores, de parisienses figurines, de arrogantes tipos populares, realzados por mantos de colores vivos.—Lluvia de rosas semeja el Cerro: el desorden, fruta gruesa, no altera nunca la gracia encantadora del jardín.

Y la ermita desierta! Bajo la cúpula redonda, más hecha para tumba de muerto que para morada de vivo, llora solo el espectro del hermano Pedro. Alrededor de aquella extraña peña, ofrecida sumisamente a Dios, los niños triscan como cervatillos, la vida ríe gozosa, las gentes se apodan con nombres saladísimos, la doncella *de adentro hace ojos* al petimetre de la casa; desdéñala este por la atildada señorita que estrena su sombrero de primavera;—y, sobre todo este abandono natural, entre las conversaciones que chispean, entre las miradas que se cruzan, entre el ruido de los carruajes tirados lujosamente por los inquietos corceles del país, los labios sonríen y con ellos el alma; se está tranquilo, se siente placer dulce, hay amor, hay cultura, hay aseo de espíritu, hay familia.

Esta es la faz seductora de la vida guatemalteca. El amor puro, la hospitalidad amable, la confianza histórica, la familia honrada. Gran salvación.

Las cuestiones políticas no alcanzan a hacer rudo el carácter afable de la tierra. No se puede ser mezquino, ni egoísta, ni brusco bajo un cielo tan hermoso. Se examina al extranjero, se le pregunta, se le duda tal vez, pero no se le odia. Si es hombre de salón, no tardará en llevar del brazo a una mujer bella y afable; si es hombre de labor, no tardará en haber tierra de lujosísimos productos; todo es nuevo, todo es explotable. Al hombre trabajador, al inteligente, al bueno, la tierra le brinda vida, antes que él menesteroso de ella la demande! ¡Mi tierra americana, tan maltratada y tan hermosa! ¡Tan desconocida, tan amable, tan buena!

Así, el 15 de setiembre, el día de la patria, muchedumbre incontable se dirige hacia el Calvario: ¡lo había andado la patria tanto tiempo!

Rompe el limpio cerro ancha escalinata, y desde su cumbre se domina la gran población. No es esta eminencia, capaz ahora y risueña, tan correcta y redonda como la del Carmen; pero el aspecto de la pintada iglesia, de la cercana y concurrida calzada, de los grupos de indios que se cruzan, se detienen, se brindan *chicha,* se saludan respetuosamente y siguen su camino; los bruscos cortes e irregularidades del cerrillo, le dan carácter propio, y parece más hecho a las travesuras, infantiles lidias y gozoso bullicio que el del Carmen.

Vense desde él las amplias calles tenazmente rectas sin una desviación, sin un capricho. Si no fuera americana, Guatemala sería desesperante. Solo en nuestras tierras es animada la simetría; y es que la vida primitiva, el resplandor inteligente, la vivacidad nativa se anteponen por dormidas que estén a todo otro interés y concepto. Así, desde el Calvario domínanse las severas vías, las anchas casas, los macizos de verdura que llenan patios y escalan muros, esmeraldas entre ópalos; —las huertas de Belén y Santa Clara en medio de la ciudad enclavadas; la orgullosa Plaza Mayor; la riente plazuela de la Victoria. Al oriente, el teatro; al poniente, la Escuela Politécnica de Ciencias Exactas; la Escuela Normal Preparadora de Maestros. Hermosa calle lleva del alto Calvario a la plaza orgullosa: a la diestra está la plazuela con sus dátiles, con sus cactus, con sus

rosas salomónicas, con sus grandes dalias amarillas, con sus racimos de uva; con sus araucarias; más adelante la Aduana laboriosa, el reciente telégrafo, el cumplidísimo correo; luego, club rico, abundantes almacenes, tiendas lujosas; y allá en la mitad, la plaza del Palacio y el Municipio, rodeada de la Casa Presidencial, de abastecidas tiendas, de la afamada Catedral con sus dos torres laterales, como la raquítica de Cuba, hermosa por vieja, la atrevida de México, la rica de Puebla, hijas todas del numen de aquel Juan de Herrera, por Felipe II acariciado,—aquel del Escorial, de sombría tumba. Del 30 de Junio se llama esta calle central: Real se llamó antes, pero ya los reyes tienen que pedir permiso a la libertad para serlo.—Es hermoso que las reacciones respeten siempre la mayor parte de la obra de las revoluciones. Y si no las respetan mueren. 30 de Junio se llama, porque fue en aquel día augusto, cuando las tropas redentoras que vinieron de Comitán a Guatemala con la rápida brillantez de una leyenda, entraron entre vítores unánimes en aquella tierra animada y ansiosa; había sido el ejército libertador tan afortunado en la lid como clemente en la victoria; día aquel de popular regocijo en que la tierra brotó coronas para los caudillos, y fue el camino de San Pedro, más que camino, alfombra de cabezas! Treinta y tres hombres comenzaron en la frontera mexicana la campaña. Vencieron, vencieron, siempre vencieron, y acrecidos, socorridos, bendecidos, los revolucionarios maravillosos entraban a ocupar el solio desierto del heredero del autócrata. Revolución extraña, radical en resultados, fabulosa en fortuna, generosa en medios. Ni la manchó sangre inútil, ni esterilizó las sementeras. Sea loada.

———

Y por esa calle, de entonces gloriosa, compacta multitud discurre los tradicionales días de agosto. Porque a la diestra queda la plazuela de San Sebastián, y su iglesia y su fuente; pero más allá brilla al sol el humilde Jocotenango, lugar de ciruelas, que tanto como *ciruela* valen *jocote* y *cote*, con su valle tapizado de carruajes, con su feria de ganado, donde el caballo chiapaneco piafa, el novillo hondureño corre, el cerdo imbécil gruñe, bala la linda oveja.

Alquilan las familias las casas vecinas. Sobre sufrida estera de *petate*, apuestos galanes y ricas damas comen el *pipián* suculento, el ecléctico *fiambre*; el picadísimo *chojín*. Pican allí los chiles mexicanos, y la humilde cerveza se codea con excelentes vinos graves. Hace de postres un rosario, cuyas cuentas de pintada paja encubren delicada *rapadura*. Y como se está en agosto, y en Jocotenango ¿quién no gusta los jugosos jocotillos, rivales de la fresca tuna?

Interrúmpese al democrático banquete para ver pasar el estrechísimo gentío. Lucen las señoras estos días sus más hermosos trajes; luce el padre a la hija, el esposo a la esposa. Adorna el jinete su tordillo fiero, y le cuelga al cuello el rosario de la fiesta. Cuál ostenta su alazán, cuál su retinto. Desdéñase el galápago europeo, y apláudese la silla mexicana. Hoy se estrenan carruajes, corceles, vestidos y sombreros; cuánto celo, elegancia y donosura! ¡Cuánto orden, alabanza y discreteo! ¡Cuánta memoria de la feria de San Antón, aquella que en Madrid hace famosa a la vetusta calle de Hortaleza!

Este que pasa, caballero de una bella dama azul, es un grave ministro; la multitud lo estruja, lo olvida, lo gobierna.

Aquel que monta en arrogante bruto, es el Presidente de la República. Lleva humilde vestido, y humildísimo sombrero. Cuando mira, piensa. Cuando deja [de] hablar, habla consigo mismo. Es penetrante, dadivoso e intrépido.—Va sin temor a donde cree que debe ir. Ahora, ni atropella, ni

se anuncia: le ha llegado su día de obedecer.

El de apostura inglesa, marcial anciano, que a su lado lleva, es su antecesor en el poder, hombre de libros y de espada, revolucionario en el campo y la tribuna, Miguel García Granados. Sesenta años tenía cuando empuñó la espada vengadora.

Vuelven ya los millares de hombres; nubes de polvo aceleran la noche; átanse las curiosas de las casas los sombreros de paja al gentil rostro, y bajo lluvia importunísima, vuélvese a los hogares, no fatigado como de otras fiestas, sino enamorado de ellas.

Conserva este secreto Guatemala: severa, no entristece; desdeñosa, no irrita; bulliciosa, no desordena; agitada, no cansa. Su vestido de baile nunca se aja. En este mes hermoso, lucidas cabalgatas interrumpen el silencio de las calles, bañadas de tibia plata por la Luna. Una rival tiene la Luna guatemalteca: la de México. Y ya en opaca noche brille sola, ya en noche brillante humille a las estrellas, siempre tiene aquel cielo un místico lenguaje y parece más que otro alguno abierto al fin sublime y descanso grandioso de las almas. No es un cielo irritado que condena: es un cielo amoroso, que nos llama.

———

El trabajo alimenta esta alegría. Un harapo es en Guatemala un extranjero: Colbert, el gran hacendista equivocado, estaría allí contento, viendo cómo en las horas de comercio pasan de tienda a tienda gruesos paquetes de dinero. Pero no es la saciedad de las arcas la fortuna que un buen ministro ha de apetecer. Llénense holgadamente para vaciarse útilmente. Créese riqueza pública, protéjase el trabajo individual; así, ocupadas las manos, anda menos inquieta la mente. La facilidad del trabajo es el principal enemigo de las revoluciones.

Eso buscan, para eso entran en el Ministerio de Gobernación, donde tan patriótica acogida les espera, un alemán que solicita, un francés a quien se concede, un belga a quien se regala, un americano a quien se subvenciona, un explorador a quien se remunera. Tal encopetado contratista sembró, pocos años hace, un cafetal oscuro allá en el hondo monte. Tal adinerado finquero, era, breve tiempo ha, desconocido labrador. La tierra es la gran madre de la fortuna. Labrar la una es ir derechamente a la otra. De la independencia de los individuos depende la grandeza de los pueblos. Venturosa es la tierra en que cada hombre posee y cultiva un pedazo de terreno.

———

Ni qué vale pasar largas horas sembrando la vid en Salamá, en San Agustín el trigo, en San Miguel Pochuta los cafetos, si luego, acabada la labor, se dejan los aperos de labranza, y se viene a oír buenas óperas y buenos dramas en el lindísimo teatro de la ciudad? Tal viajero recuerda sin esfuerzo la Magdalena de París, el más pagano de los templos católicos: tal otro lo compara a la Bolsa, el menos eclesiástico de todos los templos; cuál, que vio a Madrid, hace memoria del suntuoso Palacio del Congreso, y cuál pertinaz observador afirma que corren parejos el teatro de Guatemala y el de la histórica, y por sus edificios afamada, Aix-la-Chapelle. Griego en la fachada, moderno en el conjunto, esbelto y elegante, esta obra bella es prez de la ciudad. Álzase solo en ancha plaza, sembrada de naranjos rumorosos. Y en las noches de luna, ¡cuánta amante pareja dialoga, cuánta viva comedia se enreda a la sombra de aquellos árboles simpáticos! Pasean por la

plaza las familias haciéndose lenguas de los cantantes famosos que—y no una vez sola—han pisado el proscenio guatemalteco. Y como es allá muy vulgar don el gusto músico, y todos lo han, es cosa de pensarse esta de ir a cantar a la, por inteligente, descontentadiza Guatemala.

Y son muy animadas aquellas noches de función. Se dicen burlas, y no las hay más penetrantes, ni ingeniosas, ni precisas, ni inolvidables, que las burlas guatemaltecas. Visitan los mancebos a las gallardas señoritas, con lo que no se hace aquella fría separación de sexos que lamentaba el evangelista de amor, [el] gran Michelet. Hablan los hombres graves de libros, viajes, acontecimientos y memorias; confúndense los grupos, animados siempre; rebosan paseantes los pasillos; tienen qué hacer los abanicos; tienen espacio las galanterías. Hay expansión en la atmósfera, corren por todos los labios las sonrisas.

Y se van luego alegres, llena el alma de delicias de música y de miradas de mujer.

———

Pero ¿es sólo la altiva Guatemala, la tierra en Guatemala bella? ¿Y la añosa Antigua? ¿Y la vivaz Quezaltenango? ¿Y Cobán la creciente, la azucarera Escuintla, la Amatitlán volcánica, la calurosa Salamá, Huehuetenango la agraciada?

¡Ya acaban las ruinas y comienzan los cimientos! Pierden las poblaciones su aspecto conventual, su tinte apático, su enfermizo matiz, y cobran, al ruido de las centrífugas, entre los pámpanos frondosos, entre los aromáticos cafetos, los colores de la juventud y las revelaciones de la vida. La libertad abrió estas puertas.

Venía antes todo lo extranjero por el camino de Izabal, y eran ciudades importantes, por su enviar y recibir, las hoy dormidas Zacapa y Chiquimula. Pero en cambio ¡cuánto entra por San José! ¡cuántos cañaverales rodean a Escuintla! ¡qué múltiples siembras las de Amatitlán! ¡qué vigorosa producción la de los Altos, tierra fiera y batalladora, naturaleza fértil y agradecida! Todo se va del lado del Pacífico; mas muy rica es la tierra, y hecho camino por el norte, gran resurrección espera al afligido lado del Atlántico.

Quezaltenango crece como las espumas de la mar. Ella tiene tortuosas calles, pero mercado animadísimo; aspecto antiguo, pero vida completamente nueva. Y poderosa, infatigable. A las doce del día, véndese por acá trigo, maíz por allá, por allá lanas. Celebra este sus patatas jugosas; dice aquel que tiene la ciudad 35 000 habitantes; habla el otro de los millares de arrobas de café, que sin recoger dejó tendidas en la última cosecha, por escasez de brazos; Retalhuleu, Huehuetenango, Totonicapán, Mazatenango, San Marcos, hacen de ella comercio central: vense en la fría Quezaltenango, en las rudas mañanitas de frío, cuando sopla el cierzo cruel de enero, los frutos de la ardiente costa a par de los de la comarca elevadísima: allá viven los ricos cafeteros; allá tienen su corte de apelaciones y su universidad; allá hacen, con amor y prisa, su ya celebrada Penitenciaría, salvadora de malvados, creadora de hombres útiles.

Hermosa vista goza el pueblo. Allá, desde su rehoya, se ve el cerro Quemado, el Xelajuk indígena, en erupción constante de vapores. Y el imponente Santa María, alto y dormido. Y, para más venturas, cerca está Almolonga, la de aguas termales, refugio de los doctores dermatólogos.

Gran obra hace Quezaltenango; gran riqueza logra; gran vida le espera.

———

Son las seis de la mañana, y sale la diligencia de Guatemala para la Antigua. Atrás quedan el castillo de San José, la allí inofensiva Plaza de toros, donde ¡oh honor! se ha llamado asesinos a los espadas españoles; porque es hermoso lo de capear, y animado lo de burlar al bruto, y arrogante lo de retarlo, azuzarlo, llamarlo, esperarlo; y es lujoso el despejo, y gusta siempre el valor; pero lo de herir por herir, y habituar alma y ojos de niños, que serán hombres, y mujeres que serán madres, a este inútil espectáculo sangriento, ni arrogante, ni animado, ni hermoso es. Así que, más que bravos toros, lidian en la plaza negros ojos de dama y atenoriados sombreros de hombre, que unas y otros gustan de ver, más que sangre, ágiles juegos de títeres, sin carácter de nobleza, pero sin carácter de crueldad.

Y camino de la Antigua, se dejan castillo y plaza. Y la Unión, y la Libertad, pueblecillos nacientes, y crecientes; hijos risueños del exuberante calor de la ciudad.

Allí, a lo lejos, se comprende por qué los egipcios hacían pirámides para sus muertos. La manera de enviar un muerto al Cielo es acercarlo a él. Y nada es más elevado que las montañas, y las grandes montañas son piramidales. Y ¡cómo burla la naturaleza americana al maravilloso arte faraónico, el osado, el perfecto, el semihumano,—con su volcán de fuego, coronado por los blanquísimos vapores y su volcán de agua, con su falda sembrada de flores amarillas! ¡Bien haya este camino que corremos, tan rico en manantiales, tan lleno de colores! Azul quiebracajete, pintada guacamaya, morada campanilla; sobre un tronco agrietado una blanca enredadera, sobre una oscura piedra una parásita:—que cuando muere el abuelo nace el nieto; que cuando el plátano se fatiga se reproducen sus hijuelos; y en Italia cuando el arte había muerto, nació de un sepulcro. Toda muerte es principio de una vida. ¿Quién no teme a no ser honrado?

¿Quién no lo sabe ya?

Henos al fin, por esta vía hermosísima, en la vieja ciudad. ¡Vieja cúpula rota! ¡pobre muro caído! ¡triste alero quebrado! ¡ancho balcón desierto! Largas calles antes pobladas, hoy son series larguísimas de muros; sobre el alto cimborrio verde oscuro, ha echado otro la yedra; la frondosa alameda, amplia, serena y grave, llora sobre las ruinas.

Pero hay aún mucha vida en aquella muerte. Los pulmones roídos por la orgía; el corazón hinchado por el pesar; el cerebro fatigado por el pensamiento; los ojos, enfermos por la labor; la sangre, envenenada en la ciudad ¡siempre mefítica!—hallan igual alivio en aquellas corrientes de agua varia y pura, en aquella paz amable y pintoresca, ante la soberbia arcada del palacio roto, enfrente del deforme, pero genioso Neptuno de Julián Perales, talento artístico nativo, y en aquel aire, pletórico de existencia, libre siempre de miasmas y de contagio. Se va a la Antigua pisando flores. Se viene de la Antigua brindando vida. Verdad es que los nopales se arruinaron, que el color solferino mató a la cochinilla, que el terror y la pobreza diezmaron la opulenta población; pero para el enfermo y el poeta,—¡otro enfermo sin cura!—para el artista y el literato, que es también otro artista, siempre habrá vida nueva en aquella tierra virginal, corona fresca de aquella ciudad grandiosa y correcta, con sus ferradas y altas ventanas, a modo de Zaragoza, con sus aleros vastos, a modo de la vieja Valladolid. Y en cada flor azul que crece por entre las grietas de las torres, en cada alba paloma que se posa sobre los trozos de las naves, en cada mujer bella, aseada y fragante, que cruza por aquellas calles tan limpias, tan simpáticas, tan rectas, toma el pincel múltiples tintes, hallan las liras amorosos sones. Y cantando a la vieja ciudad,—¡tan amarillo es el musgo! ¡tan rumorosa es la alameda!—hallarán los bardos novísima poesía. Que para hacer poesía

hermosa, no hay como volver los ojos fuera—a la Naturaleza; y dentro—al alma.

Volvamos, pues, con un crucifijo en las manos, que allí los hacen muy buenos, y de allí es uno que está en el oratorio íntimo del Papa; volvamos, pues, entre una hermosa antigüeña, robusta y airosa,—y una cesta de frutas, pintada y variada, y viendo de lejos la laguna de Amatitlán; como tenemos miedo a los volcanes, vamos en busca de nueva ciudad.

———

¿Qué nos ha hecho Escuintla, que la tenemos tan olvidada?

Ella es añeja, y era derruida; pero hoy va valiendo más por lo que la rodea que por ella misma.

En este grupo de pequeños indios, el uno se refresca con sabrosa caña, gusta el otro con delicia un terrón de blanca azúcar, cata el otro un redondo trozo de *panela*, lo que en México llaman *piloncillo*. —Y tienen razón, que por aquí abunda el azúcar. Hay palmas y cañales, refinería, trapiches, centrífugas. Se traen administradores extranjeros, inteligentes en el cultivo. Se crean hoteles, porque las industrias nuevas están llamando caminantes. Y a par de las humildes casas, álzanse con premura otras nuevas, vastas y elegantes. Sopla el trabajo, y corre como el viento la riqueza.

Se siente crecer la vida por aquellos contornos. Y mientras se monda una dulcísima piña palineca, se auguran años hermosos a la que hoy es aún pueblo de tránsito, y será mañana con el tráfico y el cultivo, esbelta y acomodada población.

———

Cruje la fusta, brotan pasajeros los hoteles, y en la diligencia tirada por briosos frisones, salimos camino a San José.—Dije yo de mi Cuba que tierra ninguna tuvo como ella leguas de flores y leguas de frutas: también las tiene de flores Guatemala. Holgadas rancherías y vastas haciendas ocupan las cercanías de la carretera; y por rápido que cruce el carruaje ¿quién no ve estos macizos de verdor, donde son las florecillas menudas y opulentas mucho más numerosas que las hojas? Dije de Yucatán que tenía un campo elegante. Guatemala tiene un campo aseado. Ya estaría bien pintada en una india de negro cabello, con la falda de oscuro azul llena de flores; ya lo estaría también en un labriego de limpias vestiduras, con brillante sombrero de petate, puesta la honrada mano sobre lucientes aperos de labor.

Ese que llaman San José es pantanoso y pobre en apariencia. Y será menos enfermizo, ahora que tratan muy activamente de desecar el pueblo húmedo. Un firme muelle elegante desafía la cólera del mar. Pequeños y grandes buques pueden acercarse sin temor. Y se acercan, que aunque a los ojos humilde,—como todo lo guatemalteco, crece muy velozmente San José,—más café envía afuera, que mercancías y dinero ¡raro milagro de fortuna!, entra[n] al país.

Y ahora, con el ferrocarril que ya comienza, con el buen telégrafo, con el incesante ir y venir de buques de todas tierras, y de todos calados, el puerto rico cobrará más fama, y crecerá sin duda a medida de ella.

———

Allá está, airado y triste, del lado del Atlántico, el que antes fue próspero Izabal. Viniendo de Belice, —nombre que de Wallis ha de venir, no de Wallace— déjase atrás a Livingston, populosa y encantadora tierra de caribes. Suena el caracol que llama al descanso; recogen los pescadores el velocísimo cayuco; arreglan las fantásticas mujeres el aseado hogar; ayudánse en la construcción de las nuevas casas los unos a los otros, y en tanto, el viajero asombrado, trasponiendo la entrada del Río Dulce, ve el más solemne espectáculo, la más grandiosa tarde, el más majestuoso río que pudo nunca un hombre ver. Otros más caudalosos, nuestro Amazonas. Otros más claros, mi Almendares. Ninguno tan severo, de tan altas montañas por ribera, de tan mansa laguna por corriente, de tan menudas ondas, de tantas palomas, de tan soberbios cortinajes de verdura, del cielo prendidos, y orlados y besados luego por la espuma azulosa de las aguas. Islas como cestos; palmas que se adelantan para abrazar; sibilíticas inscripciones en extrañas piedras; abundantísimas aves; eco sonoro, en que se escucha algo de lo eterno y lo asombroso.

Así en noche de luna, se llega al puerto de Izabal, que sabe ansioso que se reconocen los ríos cercanos, que se piensa en canalizar el Motagua, que se extrae oro de su sierra fastuosa, que allí afluyen, en busca de fortuna, numerosos extranjeros, y que de estas exploraciones, trabajos y nuevos caminos, espera volver pronto a aquella animada prosperidad que, con bien de los pueblos del Pacífico, ha hurtado a los del Atlántico el favorecido San José.

Y cerca de Izabal, mueve sus olas, que no ondas, el gran Golfo Dulce, laguna amplísima, por geógrafos descrita, loada por poetas, por viajeros discretos admirada. Es vasta como un mar. Encadenada ruge e irritada es bella. Se encrespa y juega con los buques.

———

Quédense tras nosotros el Mico,—desde donde se es, en empinada cumbre, vecino del alto Cielo, dominador del ancho mar, y Quírihuá, y Gualán, donde tan buenos gallos riñen, donde tan buen café cosechan, donde tan hospitalariamente acogen.

Vía de Guatemala, vengamos por entre estas empalizadas, y calles tupidísimas, tomando de los árboles vecinos aquí un mamey, acá una ciruela, luego una almendra, un marañón después. Silvestre, espontáneo. Veamos cómo corren flotantes islas de mangos por el río; crucémoslo valerosamente; pongamos a una viajera enamorada en el lindo sombrero, las florecillas rojas que acabamos de coger en el camino; oigamos en la iglesia de Zacapa el tamboril y la chirimía, con que llaman al culto y hacen fiestas; comamos de su queso, gocemos de los chistes de su gente; anotemos en nuestra cartera de viaje la vivacidad de sus mujeres, lamentemos sus grandes tiendas, repletas antes, hoy desiertas, saludemos su iglesia y su plaza y preguntemos a este buen arriero qué le ha parecido la próspera Cobán.

———

Era Cobán, quince años hace, un pueblecillo oscuro, rico en indios caprichosos, en fértiles terrenos, en pastos excelentes, en animadas *marimbas*, que son, a modo de tímpano, el instrumento popular que acompaña todo baile, bautizo, fiesta y concurrida chichería.

Hoy no es sólo pintoresca morada de indígenas, sino bullicioso centro de adinerados cafetaleros, de holgados labradores, de laboriosos extranjeros.—Ha corrido la nueva de la fortuna

de Cobán. El café la enriquece: la enriquecerá pronto el ganado.

Allí van los franceses inquietos, los norteamericanos ansiosos, los recomendables alemanes, hasta los graves ingleses. Les hablan los cafetos, con sus blandos rumores de la tarde, un lenguaje gustoso al hombre honrado; la subsistencia debida al trabajo propio, el placer de acumular, sin avaricia ni maldades, el pan de la mujer, la cuna del primer hijuelo, los libros de los hijos.

En tanto que los de allende hablan de la sabrosa uva de Salamá,—que al decir de un catador de fama, compite con la de Fontainebleau, de la variedad morada y de la blanca—de la familia de indios salamatecos que de México a allá fueron,—de la opulenta vegetación de la comarca y sus productos múltiples, y de cómo es linda la alegre San Cristóbal, con sus ladinos picarescos, con sus indígenas trabajadores,—los indios cobanecos bailan su agitada zarabanda, y el santo inmóvil contempla la algazara y la baraúnda, y cada indio con su vestido de cotón resplandeciente, y cada india con su enagua plegada, con su *huipil* suelto, con su cabello aderezado con trenza luenga de lana, deja un *medio* piadoso en el infatigable plato católico:—absorbe tantos ahorros de los pobres pueblos!

Usan aquellos indios curiosas baratijas. Es una el rosario o collar ceñido al cuello en que usan el dinero. Es otra, sus originalísimos aretes, que son monedas de a dos reales del ahogador e infamante tiempo de Carrera, el matador de los caracteres viriles, el torcedor de la naturaleza humana.—Resucitar es menester después de haber sido muertos de aquel modo.

Cobán tiene ahora lindas cosas:—torre airosa de arte moderno, celebrada iglesia—que nunca faltan en los pueblos hispánicos, iglesia y castillo,—cárcel y cárcel,—grave convento de Santo Domingo.

———

Viniendo de Guatemala para el puerto ¿cómo no nos detuvimos a almorzar, de paso para el Palín de las frutas, para la Escuintla de las cañas, en Amatitlán, la antigua nopalera? ¡Ah valle! ¡ah ricas sementeras! ¡ah grandes volcanes! ¡ah eternas maravillas!

Tibia es el agua como brotada de tierra presa del vivo ardor del turbulentísimo Pacaya. Humildes van muriendo los tristes nopales olvidados; pero arrogantes se alzan sobre ellos la dulce caña criolla, el oloroso café con flores de jazmín.

¡Bien se entienden ahora los ricos trajes, los soberbios caballos, los paquetes de especies, las numerosísimas escuelas que dan vida y belleza a Guatemala! La verdad, sobre todo en punto a hacienda, es que la savia de las plantas es la más segura savia de los hombres.

———

Sepamos, pues, de qué productos vive la tierra que por un lado abraza a México y por otro a sus repúblicas hermanas.

Y digamos ahora algo de sus departamentos principales, que los tiene vastos y muy productivos y muy trabajadores.—Cada hombre se ocupa de sí mismo, y fía a su obra propia, no a la casualidad ni a las revueltas públicas, su éxito. Modo de adelantar.

Llaman Retalhuleu a un departamento que rebosa maderas y suculento cacao, y el exquisito grano americano.

Esto y caña produce Mazatenango, del mercantil Quezaltenango fiel tributario.

En Quezaltenango abundan sobre las fertilidades apuntadas, los ganados lanares. Inexplotado este ramo es fuente segura de riqueza. Mucho tienen que hacer allí cardadores, exportadores, tejedores.

San Marcos cría ganado bueno a fe; espiga el trigo de oro, cultiva el maíz nutritivo, amén de los productos generales.

Y Sololá ¡lindo lago tiene! Así como al borde de la fuente vagan palomas blancas, así cercan el lago pueblillos de indígenas agricultores. Dicen que por las mañanas allí es muy bello el Sol!

De Escuintla, el rico departamento ¿quién no vio los vastos zacatales, las risueñas haciendas, las jugosas frutas? Sale allí al encuentro la fortuna. Ese bravo novillo, ese necio cerdo, todo es en Escuintla olvidado germen. Aliméntanse allí los cerdos con camote y maíz, que de la tierra copiosamente brotan. A hacendar, pues.

De Amatitlán dijimos, la del agua salitrosa y valle mágico, mágicamente fértil.

Comprende Sacatepéquez a la Antigua Guatemala. Como en fresco nidal nacientes aves, esmaltan el ameno valle de saludables corrientes y aromático clima, muy numerosos y pintados pueblos. Y como descansarían las avecillas sobre brillantes hojas verdes, así los pueblos sobre tupidos valles de legumbres. Rico es en brazos este departamento.

De Chimaltenango, si es tierra americana y además guatemalteca ¿qué menester es decir que es tierra fértil? Crece ahora con el ir y venir de pasajeros.

Y llegan a veintidós los departamentos, que fuera larga cuenta, y da envidia ir diciendo cuánto producen, auguran y valen.

Pero hay uno que no es para callado, y hasta el nombre es poético: la Alta Verapaz. Sus hombres son, como hijos de los trópicos, apáticos, pero sumisos y amantes del trabajo. En pastos, no hay cuento de lo que da espontáneamente aquel terreno, y salamatecos y cobanecos tienen gran porvenir en la hoy descuidada ganadería.—Bien es cierto que Salamá es en sus contornos, al decir de los que los han visto, ardiente y estéril; pero la viña se está allí extendiendo grandemente. Ya hay varias siembras y frondosas vides, ya han venido explotadores americanos y comprometido capitales serios en la elaboración del caliente zumo de uva. Y como da el Gobierno cuanto le piden, y por acá cede tierras, y por allá quita derechos, y al uno llama con halagos, y al otro protege con subvenciones, Salamá y Cobán están de fiesta, y ven día a día más crecida su ya considerable suma de huéspedes.

Luego, tiene Cobán almacenes buenos, camino carretero hasta Panzós, puerto interior de importación y exportación, en el Polochic, de arenas de oro, que vierte su agua preciosa en la extensa laguna de Izabal.

Y es cosa de hacerse pronto dueño de más tierras que la casa de Zichy tuvo en Hungría, y tiene Osuna en España, y gozó en México Hernando Cortés. ¿Quién no compra aquellas inexploradas soledades, frondosas y repletas de promesas, si se venden a cincuenta pesos la caballería? Y como tienen por aquel departamento tan justa creencia en que, criando cabezas de ganado, se irá pronto a la cabeza de la fortuna, ¿quién no empaqueta libros y papeles—¡aunque ellos no, que son los amigos del alma!—y se va, con sus arados y su cerca de alambre, camino de la Alta Verapaz?

———

—Oh! sí! El rico grano, que enardece la sangre, anima la pasión, aleja el sueño, inquietísimo salta en las venas, hace llama y aroma en el cerebro; el que afama a Uruapan, mantiene a Colima y realza a Java; el *haschisch* de América, que hace soñar y no embrutece; el vencedor del té; el caliente néctar, el perfumado cafeto, crece como la ilusión con los amores, como la marcha de la nube con el impulso de los vientos, en los cerros y planicies de la hospitalaria Guatemala.

Quiere el café suelo volcánico: ni el muy ardiente de la costa, ni el muy frío de las cumbres; lo que llaman en Guatemala boca-costa.

Y es bueno, porque de veras será bien remunerado el que a ellos vaya, señalar dónde plugo a la naturaleza hacer más fértil el grano. Es muy allá del lado del Pacífico: sueño parece en la Costa Cuca el crecimiento de la planta; fantasía en San Miguel Pochuta, surgimiento impensado en las planicies de Chimaltenango, capricho lujurioso en las faldas del cerro de Atitlán, volcán dormido. Por Pochuta crecen muy rápidamente las haciendas. Porque es ir, plantar, esperar y hacerse rico. Aquí dos, allí tres, muy rara vez más de tres años, y ya los fatigados brazos no bastan, ni aun con el ansia primeriza, a recoger del tapizado suelo la abundantísima cosecha.

¿Pero es por aquí solo? ¡Oh! no! que es por todas partes.

Esa gran Costa Cuca, por el Gobierno hoy con tanta generosidad cedida, con tan patriótico celo distribuida, con tan vivas instancias solicitada, divisa el mar inmenso. Está en Quezaltenango, y alcanza a la frontera chiapaneca. Tres anchas leguas prósperas en una extraordinaria longitud. Bien es verdad que se vende a 500 pesos caballería, mas de tal modo produce, que vender de este modo es dar la tierra. Porque ¿quién no la compra, si este mismo dinero en vales se ha de pagar, con grandísimo descuento, cosa así de un 60 ó 65 en cada centenar de pesos duros?

Y ya el terreno falta para los que lo quisieran poseer. Bien hacen los que hoy rigen la vida guatemalteca. La raza indígena, habituada por imperdonable y bárbara enseñanza, a la pereza inaspiradora y a la egoísta posesión, ni siembra, ni deja sembrar, y enérgico y patriótico, el Gobierno a sembrar la obliga, o permitir que siembren. Y lo que ellos, perezosos, no utilizan, él, ansioso de vida para la patria, quiebra en lotes y lo da.—Porque solo para hacer el bien, la fuerza es justa. Para esto solo: siempre lo pensé.

Cultivar, emprender, distribuir: como arrastrado por secreta fuerza ciega, tal mente guía al que preside hoy a Guatemala. La riqueza exclusiva es injusta. Sea de muchos: no de los advenedizos, nuevas manos muertas, sino de los que honrada y laboriosamente la merezcan. Es rica una nación que cuenta muchos pequeños propietarios. No es rico el pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquel donde cada uno tiene un poco de riqueza. En economía política y en buen gobierno, distribuir es hacer venturosos.

Hay grandes gérmenes: descúbranse y desenvuélvanse.

Hay vastos campos: siémbrense y aprovéchense.

Enseñar mucho, destruir la centralización oligárquica, devolver a los hombres su personalidad lastimada o desconocida: tales cosas propónese y prométese el gobierno actual en Guatemala, que pone contribución sobre los caminos, pero con ella abre escuelas. El Presidente suele traer entre su escolta, pobres indios, pobres ladinos, que recoge por los míseros campos para que sean enseñados en las nuevas escuelas de la capital. Vienen con los pies desnudos:—vuelven profesores normales. Traían la miseria cuando Barrios los recogió, llevan a sus pueblos una escuela, un hombre instruido y un apóstol. Sepan cumplir y agradecer.

Lo sé bien y lo veo. Presidente y ministros anhelan atraer gente útil, que lleven una industria,

que reformen un cultivo, que establezcan una máquina, que apliquen un descubrimiento. No parcos, pródigos son de dádivas.—Hay afán por ocupar a los inteligentes. Los hombres de campo tienen allí su techo y su mesa. Quiere el Gobierno que den ejemplo, inteligencia y fuerza a los campesinos, a menudo desidiosos, del país. Resucitar: esto quiere el Gobierno.

Cultivar, emprender, distribuir.

———

Honra ahora allí el Ministerio de Gobernación, encargado de los asuntos de tierras y repartos, un hombre grave y modesto, don José Barberena, amigo de su patria. Elogio de un hombre, que otro hombre puede hacer sin sonrojo. Se anima hablando del crecimiento de la riqueza, de las empresas proyectadas. Todo lo explica, facilita y favorece. De él hubo datos, y debo decirlo en justicia. Entusiasta de la tierra en que nació, como a hija la quiere; a su bien, como al de una hija propia, se consagra.

Y hablando juntos de las desgracias pasadas, y de las posibles venturas de estos pueblos, es como supe—y a otro hombre honrado, ministro de Fomento, don Manuel Herrera, debí también datos de esto,—que así como ya andan por los corredores de los buenos hoteles de Guatemala los ingenieros encargados de la construcción del ferrocarril, otros examinan el lago Motehua, ven otros la manera de limpiar la tenaz barra del caudaloso Polochic.

Amplia y segura, va ya camino del norte la carretera que ha de unir a la hermosa ciudad con el Atlántico, con lo que podrá Alemania saciar fácilmente su amor extraordinario al buen café, y renacerán las angustiadas esperanzas de los habitantes de Zacapa y Chiquimula, tierras de plátanos y mangos, de grueso maíz y ricos quesos.

¡Y de excelso café!

———

De manera que es forzoso volver a hablar del jugo excelso.

Por Zacapa el más estimado es el de Quezaltepeque, que viene siendo *cerro de quetzales*. Y ¿cómo ha de haber nada malo donde hay una ave tan hermosa? Muy bella, porque no se dobla a nadie.

Es fastuosa esta producción en toda la República. Tarda, en la Costa Cuca sobre todo, dos años en dar fruto si es de trasplante; tres si es de semilla. Produce generalmente cada árbol de cuatro a cinco libras, sin que sean raros los que dan seis. Quien tiene 25 000 árboles, tiene 1 000 quintales al año de café. En la tierra muy caliente dura la planta poco, pero en la media, vive sin riesgo largo tiempo.

Colosales gradas llevan de la costa al interior del continente.

A más de la Costa Cuca, rinde cosecha desusada toda la faja de la boca-costa, en la grada primera y la segunda, que llevan en fértiles y ascendentes ondulaciones a las altiplanicies de la comarca.

Favorece a la planta la tierra de San Marcos, de altiva gente, de dos temperaturas, de bellas perspectivas.

Como tierras cercanas a volcanes, por excelentes son tenidas las del Atitlán, de Santa María,

del Pacaya.

Y a todos estos terrenos únense la boca-costa de Patulul, la estimada Santa Lucía, Cotzamalhuapa, Siquinalá y las extensiones, blandas al arado, que hermosean el sur de la antigua Guatemala.

Y como si la tierra caliente no fuera bastante a producir el preciado fruto, la templada no le va en zaga. Bien es verdad que no se da el café tan pronto en esta como en aquella, pero el grano de temperatura moderada es superior, según hábito y afirmación de discretos cultivadores, al de temperatura ardiente. Dase por esto bien en Amatitlán, la trémula amenazada del Pacaya, que es bien que junto al volcán de la tierra, se dé el jugo volcánico animador de la pasión y el pensamiento. Y no menos bien se da en Petapa. Prodúcese en Cuajiniquilapa, mas no con tanto éxito.

———

De Amatitlán hablamos y de su espléndida laguna y de la sorprendente del Río Dulce. Tierra de lagos es pues Guatemala, que a par de estas bien merece memoria la laguna de Ayarza; tendida sobre cráteres, por nadie alimentada, y alimento ella de muchos manantiales. Cosa que hace creer que en la erupción de un volcán o de los dos volcanes sobre que descansa, quedó formado un pozo artesiano natural.

Se ama más la Naturaleza alrededor de la laguna con su extenso horizonte, con sus planicies fértiles, con su abundancia de brazos, los más recios por cierto para el trabajo y más voluntarios, como se dice en lengua campestre, que hay en el país.

Y se desea la ciencia para conocer hondamente el raro misterio. Tiene la laguna de 3 a 5 leguas de largo, y a medida que la sonda adelanta nótase que se hunde, como si las pendientes laterales formaran embudo, en progresión verdaderamente rapidísima. Llégase a 150 varas de la costa, y no alcanza ya la sonda.

Responde aquella tierra amantemente al golpe más perezoso del arado. No se resiste sino que se brinda. Está fatigada de su inacción, y se abre en vida. Todo prende en aquel territorio afortunado. Diérase y dase el café con gran riqueza. Crecen silvestres muy jugosos pastos. Gimen desiertas las praderas vastas. Y esto a 25 leguas por buen camino a Guatemala, a 20 de la costa del Pacífico, cuando por toda carga, cuatro reales cuesta llevar desde la cercanía de la laguna cada quintal a Guatemala!

Soberbia hacienda la que pudiera hacerse allí, y mucho más de una, con tan hinchado seno, con tan extensos brazos. Alejemos, alejemos libros y papeles y vayamos como Cincinato, como Washington, como mi profesor de griego, a sembrar trigo, a vigilar ganado, a cultivar cerezas. Mi profesor de griego es un gran hombre.—Lloró, porque nos dejaba presos, cuando él salía libre de la cárcel.—Son, pues, buenos sus ejemplos.

———

¿Y por Verapaz, donde se da todo?

Por Gualán crece bien el cafeto, y el río Motagua, de famosa boca, arrastra en sus ondas las flores blancas del cargado arbusto.—Y también crece en la parte fresca de la costa del Atlántico,

aunque estas más que para café, para caña están hechas porque crece lujosa y se exportaría el azúcar fácilmente. Cultivándola anda por aquellos rumbos y él mismo es maestro de azúcar, humilde *puntero*, uno que fue gobernador de Nueva Orleans.—Cincinati Sino.

Y por Cobán se da el fruto nectáreo, con mejores condiciones en los lugares apartados de la cabecera.

¡Oh, café rico, generoso don de América, que en corrientes de vida vuelve a Europa el mal que entre tan preciosos bienes le hizo! Mme. de Sevigné, la de las bellas cartas, no debió tomar nunca buen café.

Y en la demolición de Europa vieja, por Voltaire comprendida, ¿cuántas armas terribles no se habrán templado al ardor de nuestro jugo americano?

———

Destronado el té tibio, padre oscuro del amargo *spleen* de los ingleses, y del cobarde laxamiento de los chinos, pierde también corona y cetro el alimentoso chocolate, tan gustado de los españoles y los clérigos, sin que falten humildes seglares, y de todas tierras, que a la sabrosa *bavaroise* parisiense, de aquel lindo café que asoma muy cerca de Los Bufos, prefieran una taza de Tabasco, o una de buen cacao guatemalteco.

Enojoso el cultivo, y aminorando de consumo, no faltan, sin embargo, capitalistas que intenten su exportación, ni hacendados que abastezcan el sólido gusto que en Guatemala se tiene por el, en verdad, muy nutritivo chocolate. Con poca azúcar lo usan, pero ¿a qué, si lo sirven blancas manos?

Lo que de veras ha de preocupar a las gentes honradamente ambiciosas, es el seguro bienestar que se conseguirá en aquellas tierras dando incremento a la ganadería. Porque el ganado escasea y es solicitado. Se le compra barato y se vende caro. Como la demanda crece, la oferta encarece. Si se tiene dentro ¡qué gran ventaja para los tenedores! ahora hay que ir a buscarlo fuera. Centuplicarían los capitales destinados a esto. "Con criar cerdos, esto es, con dejarlos comer, me decía un ministro, se hace uno rico."—Yo pregunté en Escuintla, y tenía razón.

De 17 a 22 pesos se compran míseros novillos, en 35 pesos se venden; luego, y en 55 sonoros duros, un buey gordo.

¡Y son por todas partes tan fáciles los pastos! y los hay tan buenos por Salamá, por Cobán y por Ayarza!

Huehuetenango, el departamento de hermosa cabecera, es rico en esta producción, y como en Jalapa y Jutiapa hay buenos pastos, muy macizos, para allá se encaminan los especuladores. Y hacen bien, que una gran fortuna merece el trabajo de buscarla. No hay en la tierra más vía, honrada, que la que uno abre con sus propios brazos.

Así lo entienden los franceses que por Gualán tienen café, los americanos que por Salamá hacen vino, los ingleses que por Izabal tienen ganado.

———

¿Qué madera es esta, tan flexible, tan blanda, tan dúctil por su cara del corte?

Guatemalteca es, y un guatemalteco está labrando en ella.

¡Ah! si la conocieran los grabadores europeos! Es el huachipilin suave y rojizo, que reemplaza con justo éxito al bru afamado de Turquía.

Porque en maderas, como en todo género de producciones americanas, Guatemala es madre infatigable. Ella tiene el veteado granadillo, el ébano lustroso, el duro ronrón de vetas negras, el inflexible guayacán, el maqueado brasilete. Y allá por el Petén rebosa la caoba, cansa el cedro.

Por cierto que en el Petén, más rico en ruinas que en hombres trabajadores, hay un muy bello lago, el de Itzá, y en medio de él se alza la capital, canastillo de casas, ciudad de flores.

———

Y cuánto natural producto, abandonado sin aplicación!

Porque el maguey crece, se da el hule en los bosques, el algodón brota en la selva.

Los campesinos de las comarcas del Atlántico secan sobre delgados cujes pálido tabaco, que sería mejor a estar cuidado. Y como la hoja pura va desterrando a lo que por allá llaman cigarrillos *de tusa* y *dobladores*, y por Yucatán llaman, aunque en distinta forma, *joloches*, fuerza es que la producción del tabaco, libre y protegida, se vea pronto en estado de dar abasto a la creciente petición, sin acudir para ello a muy raros tabacos extranjeros. Se intenta en las haciendas un ensayo. Mis laboriosos hermanos de familia, maestros en el cultivo, vendrían alegres a hallar ellos pan de destierro, ganado en honra de la industria y bien del país.

Y del hule, si como hoy no se le desdeña, podrá sacarse gran partido. ¡Con qué placer leí yo, ni sé en dónde, hace unos días: "Hule mexicano"!

Y como es tan útil, tan abundante, y tan fácil, apenas conocido, como el maguey, abrirá al victorioso porvenir de la activa República nuevos caminos.

Con el maguey múltiples los tiene. Muy preso yo me hicieron poner ropa de corteza de árbol, hecha en los Estados Unidos. Raspaba y hería; pero era por la patria. La del maguey sería mejor.

Tónicos, líquidos, bebida vegetal, vinagre y bálsamo, papel y tela podrían lograrse de la planta fértil. El país trabaja, y compra. No solo los agricultores, sino los industriales, hallarán en Guatemala gran quehacer. Porque la ciudad sin dejar de ser propia, entra a ser francesa. Se afinan los gustos, naturalmente delicados. Lo superfluo se va haciendo ya preciso. El patriarcado reza el rosario, se hace viejo, y cede su lugar al *confort*. Arreos y telas de México, manta barata y buenos casimires, sombreros y sarapes, airosos fustes y piedras de ónix, telares de los Estados ¿qué hacéis ociosos? Ejemplos múltiples daría yo ahora de fáciles riquezas logradas en los que fueron dominios de Alvarado, con trabajos breves.

———

Y los mineros ¿qué no investigan? Por Izabal extraen ahora oro, y al cebo, de Belice y rumbos varios han acudido aventureros numerosos. Señala la pública voz minas de plata inexplotadas. Y ahora que el carbón de piedra inglés va escaseando, que el vizcaíno encarece, ¿por qué no examinar los osados las entrañas de la tierra, que así, dando carbón, producen oro? El trabajo convierte en amarillo lo negro. Es milagroso el trabajo.

———

Bien, pues, y de veras bien. La tierra es rica; por ella misma, por los honrados hábitos de los que la viven, por la enérgica voluntad de los que la gobiernan. Crear, extender, vivir, esto se quiere. El país no opone resistencia. Ama la limpieza, está acostumbrado a la sobriedad, gusta del trabajo. Naturalmente artístico, una vez despierto el gusto, buscará con amor todo lo bello.

Una larga dominación ha quebrado un poco el carácter. Pero él resucitará. La dignidad es como la esponja: se la oprime pero conserva siempre su fuerza de tensión. La dignidad nunca se muere.

El país tiene la firme decisión de adelantar, va por buen camino, piensa más en la agricultura que en la política. La política grandiosa es el primer deber, la mezquina el mayor vicio nacional. Ni la pereza, ni la incuria son vicios guatemaltecos. Gocé mucho viendo a un ladino, allá en el fondo de un monte, leer atento, mientras su hijo aderezaba la carga, un libro de muestras de centrífugas. Los indios apáticos se quejan, pero el Gobierno respeta a los buenos—¡los hay tan buenos!—y pasa por sobre los tercos, raras veces malos!—Allá, por la Antigua, hay limpísimos pueblos que obedecen a un *gobernador* indígena, que lee periódicos, que sabe francés, que con el ejemplo y la palabra enseña virtudes, y en el humilde campo estableció y mantiene escuelas.

Los inteligentes agricultores, los útiles mecánicos, los industriales prácticos hallarán en Guatemala una tierra que paga de sobra el servicio que se le presta, un hogar afable y un cimiento de fortuna.

No se rechaza al extranjero bueno: se le llama y se le ama.

Hay impaciencia por ver cumplida una alta obra: la grandeza patria, basada en la prosperidad. Cuanto ayuda a producir es ayudado. Se piden hombres, no se les rechaza. No son como en Jauja, de terrones de azúcar las casas, pero allí, con la miel de la buena voluntad, el azúcar es muy dulce.

———

Y en el alma de Guatemala ¿no hay artistas, no hay pintores, no hay músicos, poetas? ¿Nada a nadie dijeron las palmas de la Antigua, las palmas de Amatitlán, las flores sobre los cráteres, los verdes cañaverales escuintlecos? Y el amor ¿no sollozó? Y la historia ¿no se pintó? Y la simpática malicia guatemalteca ¿no halló lira?

Oh! sí! ¡Hay poetas queridos, hubo buenos pintores, hiciéronse grandiosas esculturas, se cultivó el alma, tanto como el campo!

Y ¡qué triste un cultivo sin el otro!

Capítulo de poetas.

———

Cuando murió José Batres, un gran poeta, dijo Alcalá Galiano, un gran orador: "Harta enfermedad tenía él con vivir."

José Batres nació en Guatemala. Supo francés e italiano, leyó a los enciclopedistas y a Casti; ciñó espada y tañó el laúd, vivió digno y murió joven, temía no gustar y gustará siempre. El orador español tuvo razón. Alma grandiosa, cantó con metro épico afectos concentrados y sobrios. Sufrió como Béquer, amó como Heine, cantó poco porque tenía poco grande que cantar. Murió de vida,

como el autor de las *Rimas*. Se reía, pero se moría. Los que lean las sabrosas estrofas de "El Reloj", las picarescas descripciones de don Pablo, ni a Lope, ni a Villaviciosa, ni a los satíricos de Italia echan de menos. Un verso de Pepe Batres no se olvida nunca. Hubiera sido amigo de Manuel Acuña. Él era pulcro, casi adamado, observador, temido, agudo. Superior al mundo habitual, se vengó de él, ¡oh noble alma!, legándole, a modo de pintura de ridiculeces, inimitables y vivacísimos poemas. Como Ercilla la heroica, manejó Batres la octava burlesca. Ningún consonante le arredra, y de intento como Bretón, los amontona difíciles, y como Bretón, triunfa siempre de ellos. Sus descripciones ora gráficas en una frase, ora ricas de vericuetos y detalles; sus pintorescas enumeraciones; la burlona amargura con que flagela el falso pudor, la necia petulancia, la monjil severidad, la vanidad ridícula; los raros, desusados y valientes giros con que matiza su lenguaje; la rica instrucción literaria que revelan sus naturales alusiones; el seductor descuido, las inagotables sales, los punzantes episodios, la filosófica sensatez, el castizo abandono de aquel ingenioso que sabía elevarse como el águila, gemir como la paloma, vivacear como la ardilla, hacen del vate guatemalteco, injustamente olvidado de los que estudian la América, una extraña figura, pálida, profunda, entera, hermosa y culminante.

Era en la conversación general ¡demasiado serio! o silencioso. No lo entendían, y se ahogaba. Dotado de potencia inmensa de observación, se hizo satírico, porque tenía que hacerse alguna cosa. En este género lo juzgan, y esto es equivocado. Aquel laúd estaba vestido de luto, no colgado de cascabeles. Cuando escribía íntimamente, y en la intimidad hablaba, leerlo u oírlo, dolía. Era una desesperación severa, sin satirismos falsos, sin byronismos imitadores. Lo comparan con Espronceda: vale más. Para juzgarlo, no ha de leerse lo que hay suyo, que es lo menos valioso y es poco, ni se puede leer lo que religiosas preocupaciones destruyeron, y fue muy bueno y mucho; de juzgársele ha por lo que en lo que hizo reveló que haría. Amó y practicó lo bello en toda forma. Gustaba de verse elegante, y elegantemente hablaba y discurría. Él pintó un desierto en estrofas que secan y que queman. Pintó un volcán en versos que levantan y dan brío. Pintó un muerto de amores, dignamente doliente, en unos breves versos que todos saben, que todos admiran, que son muy sencillos, que son muy grandes, que los extraños copian: "Yo pienso en ti".

Desdeñó el amor como amorío, y lo profesó como religión. Fue mal político, leal hermano, notable músico, profundo conversador, bravo soldado, excelente prosista y gran poeta.

No tiene tumba. Descansa en la memoria de sus enorgullecidos compatriotas.

Donde escribió, grabó. Donde censuró, curó. Lo que imitó, realzó. Desconfió de sí mismo y amó puramente. He ahí su epitafio.

———

Cuando yo venía, un año hace, animada de sueños la frente y frío de destierro el corazón, del caluroso Izabal a la templada Guatemala, en una aldehuela que llaman el Jícaro, luego que hube visto pasar, en brillante cabalgata, el cortejo de dos risueños novios, eché pie a tierra en casa de un ladino, decidor, fanfarrón, letrado y tuerto, cosa esta última que tiene en el carácter más importancia que la que le es generalmente concedida.

Enseñado que me hubo una mohosa tajante, que diz que cercenó cabezas en más de una batalla fratricida, y una mazorca de maíz, que por allá llaman de fuego, porque echada la semilla, a los

sesenta días da fruto; y convenido que fue, que los indios tinecos, de por San Agustín,—de quienes el ladino estaba quejoso,—son gente hosca y rebelde, muy apegada a lo suyo, muy reacia a lo nuevo, y muy enemiga de los curas malos;—comenzó el ladino, para dar tiempo a que me frieran unos humildes *blanquillos*, a recitar, mal que bien, una buena fábula.

La primera redondilla me hizo alzar la cabeza; la segunda, fijó mucho mi atención. ¡Qué gracia y animación! ¡qué rima tan nueva, a veces brusca, pero siempre atinada y original! ¡qué copia de la naturaleza! ¡qué observaciones tan americanas! qué propiedad al fin, y qué olvido de esos convencionales apólogos del indio Pilpay, y el liberto Fedro, y el rubicundo La Fontaine, y el amanerado Samaniego!

—Eso es muy bueno, decía el ladino. Así para el venado las orejas; como él dice, mueve la cola, así de ese modo se pone la trampa; me parece ver saltar al animalito.

¡Oh, elogio perfecto, tan apetecido y tan raro: ser hombre de ciudad, y ser admirado, en cosas de campo, por un hombre de campo!

El fabulista, ya ido de la Tierra, es García Goyena: bien haya el que hizo en Guatemala, lo que en Cuba hizo *Jeremías Docaransa*, José María de Cárdenas: americanizar el apólogo. Censurar nuestros defectos con nuestros animales y nuestras plantas. Acomodar a nuestra naturaleza las moralejas. Tomar de nuestra naturaleza nuestros ejemplos.

Picaresco en los epigramas, severo en las epístolas, ingenioso en los múltiples jueguecillos de talento, en su tiempo, de moda, fue García Goyena siempre en el pensamiento, intencionado; en los giros, variado; en la rima, atrevido, aunque a las veces no muy preciso ni correcto.

Amante de la Naturaleza, y observador profundo de ella, en las fábulas de García Goyena, que son de vez en cuando más que máximas oportunas, inimitables descripciones, y graves y nuevos consejos, se aprende esa simpática ciencia animada de los árboles y de las aves, de las flores y de los brutos, sus costumbres, sus amores, sus peculiaridades, sus cualidades dominantes. Cáustico en política, práctico en moral, exacto en ciencia, nuevo en la invención, rico en literatura: ese es García Goyena.

Hay en la Escuela Normal, que en la educación generosa, tolerante, aplicable y liberal, completa la obra del Gobierno en la política, unas muy animadas reuniones de hogar, donde a tiempo que se familiarizan con la vida social los educandos, se hace buena música, se dicen discursos, se cantan correctamente bellas piezas, y se leen a menudo buenos versos. Cosa de familia, con buena voluntad y con perfume. Gozo yo, con que el que la haya establecido, y recoja ya sus frutos de apostolado, sea un cubano, amigo de los hombres, José María Izaguirre.

A aquel proscenio humilde subió una vez un elegante mestizo, de esbelto cuerpo y rizada cabellera. Y dijo una muy larga tirada de versos que él llamó fábula, como la llamó su autor, y tiene sin embargo los tamaños de un poema didáctico, apológico sí, pero a más, en el fondo interesantísimo, y en la vestidura, magistral. Original urdimbre, sonoro endecasílabo, fáciles asonantes, corte osado del verso, más cuidadoso del pensamiento que de la cesura, hábil enseñanza en deliciosa forma, tal fue y así me cautivó, la, por desventura, única producción conocida de Fray Matías de Córdoba, ya muerto: "La fábula del León".—Trozo es ese que hace a un poeta: revela reposo de carácter, evangélica bondad, clásico estudio.

———

¿Quién no sabe en Centro América algo de los tiernos Diéguez? Dos hermanos fueron, Juan y Manuel, tan apretadamente unidos que lo de uno parece del otro. Patria ausente, montañas queridas, ríos de la infancia, flores de la tierra, ilusiones—flores del alma, penas de amor, de vida y de destierro; todo esto tiene en estos laúdes gemelos los tonos de un sentimiento, no prestado, común, ni preconcebido, sino sincero, suave y blando. Canta la tórtola por la tarde, y cantaban los dos hermanos Diéguez. Su llanto es dulce y refresca, su esperanza es honrada, y anima, sus sueños son posibles, y consuelan. Yo los llamo poetas de la fe.

———

Hubo ¡también muerta! una poetisa en Guatemala, amiga de Batres, famosa decidora, que no dejó suceso sin comentario, hombre sin gracioso mote, defecto sin epigrama, conversación sin gracia. Talento penetrante, alma ardiente, rima facilísima, espíritu entusiasta, carácter batallador, fue María Josefa García Granados, por mucho tiempo animación y para siempre gala de la literatura guatemalteca.

Ella no desdeñaba ir a las prensas, publicar papeles, provocar controversias, sostenerlas con brío. En prosa como en verso escribía con sólida fluidez. Era abundante, pero tanto en pensamientos como en versos.

Lo serio de ella no vale tanto como lo incisivo. Anda casi en secreto un "Boletín del Cólera", —de los tiempos en que el aire mefítico del Ganges sopló fuerte, y ella como Molière la emprendió con los médicos,—que es cosa de no dejar aquella ocurrentísima y castiza sátira, un solo instante de las manos. Picantes ensaladillas, difíciles—nunca vulgares—charadas, por ella levantadas a género digno de estudio y de cultivo, porque en sus versos adquirió siempre gracia, a veces ternura, a menudo profunda expresión lírica; retratos, anacreónticas, canciones, epitalamios y letrillas; ir y venir de vivas réplicas; diaria y siempre nueva discusión de sucesos grandes y pequeños: tales fueron los culminantes caracteres y múltiples empleos de aquel extraordinario espíritu, de aquella mujer viril, de aquella lira fácil y elegante.

———

Marure se llama el historiador de las revoluciones en Centro América, valioso libro que el Gobierno reimprime ahora y que alcanza hasta el año 1852.

La ira de partido persiguió al muerto hasta su obra, y la última parte de esta, por muy notable tenida, desapareció sin ser vista de nadie. Costaba entonces trabajo por allí ser liberal, y liberal fue el libro de Marure.

Muy niño yo, admiraba ya en La Habana la concisión de estilo, corte enérgico de frase, mesurado pensamiento de un letrado guatemalteco, para quien no era cosa nueva oír decir que escribía a modo del egregio prosista Jovellanos.

Rebusqué luego para hacer unos cuantos versos dramáticos sobre el día patriótico, la librería nutrida del señor don Mariano Padilla, americanista religioso, minucioso bibliófilo, coleccionador inteligente, y hube ocasión de asombro con leer los más humildes papeles públicos que, por los años 15, y 19, y 21, y 25 y 30, veían con animación hoy olvidada, la curiosa luz. Brío en la idea, sensatez en el deseo, pureza y sobriedad; sobriedad sobre todo, en la dicción. Aquellos escritores,

periodistas, algunos de ellos principiantes, escribían como diestros académicos.

Leí entonces a Marure y mi celebración creció de punto. Ni quiso ser Tácito, ni había para qué serlo, que no hay más repugnantes cosas, que sentimientos e indignaciones postizos; pero salvas algunas explicables vivezas de partido, conserva la larga obra el tono histórico sin hinchazón fastuosa, sin familiaridad censurable. Habla no como quien lucha sino como quien observa:—y ese ha de ser el tono de la historia. Ella es un examen y un juicio, no una propaganda ni una excitación.

Era en aquel tiempo muy corriente en Guatemala leer los libros que en Francia prepararon con Holbach y D'Alembert, y cumplieron con Desmoulins y Dantón, el más hondo trastorno que recuerdan aterrados los siglos. Amén de este contagio de giros, inevitable cuando se lee, como Marure debió leer, mucho francés, bien puede aquel estilo, reposado y serio, servir de útil modelo a los que quieran en literatura hallar una manera, que, sin dejar de ser caliente, responda por su templanza a las severas exigencias del criterio. Hay corte antiguo en la obra celebrada de Marure.

Historiadores no han faltado a Guatemala; ni le faltan en este instante mismo, ni escritores galanos, ni sentidos y jóvenes poetas.

En punto a historias viejas, tiene la antiquísima, la candorosa, la religiosa y crédula, pero benévola y en datos rica, del buen padre Juarros, sencillo narrador de las épicas luchas de los indios y minucioso cronista de frailes, misioneros, cofradías, imágenes, soldados y conventos.

De otro padre es otro libro, sin tanto alcance ni tanta amenidad, aunque curioso: las *Memorias* del arzobispo García Peláez. Hombre afamado de humilde, pero pertinaz, acre y turbulento. Hacía caridades, y en cuenta se las tengo, pero como una vez le dijesen que quería hablarle un señor, y resultase que el señor era el maestro sastre, respondió con muy poco evangelismo:—"Pues ese, ni es señor, ni entra." Pero él, aunque menudo de cuerpo y tenaz como un vizcaíno, era un hombre de enérgico carácter, de firmeza en sus derechos, de verdadero valer. Cuéntanse de él originalidades sin término; ya que exigiendo—a lo que dicen,—un asno la ceremonia, se empeñó en entrar a caballo a tomar posesión de su arzobispado; ya una resistencia, a veces cómica, a hacer todo lo que, siéndole aconsejado, no hiciesen los demás antes que él; ya como hizo que en el panteón de Catedral le variasen el lugar destinado a tumba suya, porque allí había una claraboya y no quería que le entrasen a molestar después los gatos.

Pero con todo esto, si no como valiosa prenda de dicción, como consejero histórico, cúmulo de detalles, color de época y juicio de los hombres, bien merece el libro del arzobispito, que así es llamado, un puesto honroso en una biblioteca americana.

En punto a historia, si no nueva en todo, nuevamente escrita, dan quehacer a las manos y fatiga a la mente, en este instante mismo, escritores distinguidos, algunos de ellos, el doctor Montúfar, guerrero ya probado en las lides de la tribuna y de la prensa, del folleto liberal, de la instrucción histórica, de la discusión viva y constante. Guerrea bravamente en este campo.—A él está encomendada la moderna parte de la historia. Don Ignacio Gómez, literato de nota muy justa, versado en lenguas y todo género de crítica y poesía; conocedor del mundo viejo y nuevo, caliente en el decir, y en el escribir macizo y muy galano, ha la tarea de redactar otra importante época reciente; y a don José Milla, de fácil vena, de erudición notoria, de ocurrente lenguaje y vivas

sales, toca la historia del que fue Reino y Capitanía General de Guatemala, desde los tiempos en que por tierras y princesas peleaban kachiques, quichés y zutujiles, hasta los brillantes días de aurora en que la animada palabra del polemista y orador Barrundia, la vivaz actividad del abogado Córdova, y las duras consideraciones de Molina, dieron en tierra con los muros y feudos coloniales.

———

No debo, pues que de libros hablo, callar una publicación reciente, a los esfuerzos debida del que ha sido para estas páginas tan rapidísimas, casi escritas entre los cerros y a caballo, mi generoso introductor. Es el libro la *Galería poética centroamericana*, que ahora revisa, reforma, y con patrio celo aumenta su autor, tan hábil ministro, cuanto estudioso hombre de letras y elegante poeta, Ramón Uriarte, de quien más bien no digo porque no pueda tomarse a pago del que él dice de mí.

Hácense a menudo estudios y publicaciones que, en forma de ligero folleto, van de mano en mano. Ya publica Antonio Batres, de pulcra pluma y sólidos estudios, un buen estudio sobre bellas artes; ya Agustín Gómez, que maneja bien su lengua, historia con fidelidad la institución de los cónsules; ya se cruzan alegatos impresos sobre acciones jurídicas, ricos en jurisprudencia y en calor.—No es aún aquel movimiento del año 1821 guiado por la palabra arrebatada del histórico Barrundia; pero ya se renace rápidamente de aquel abatimiento enfermizo,—época de almas postergadas, de dignidades dormidas,—en que hundió a la tierra de los terribles volcanes y majestuosos ríos, el terror más que una fuerza real, el látigo insolente de Carrera.

Ya deben ver la luz dos libros buenos: de blandos versos el uno; de fiel, correcta y muy amena narración el otro. Forman el primero las poesías de Francisco Lainfiesta, a quien ungió la maga fortuna con la miel del idilio, del sáfico y de la égloga. Quiebra el verso airosamente. Tiene el instinto prosódico, y el castizo. En lenguaje, adivina lo que no conoce. En acentos, admira la espontánea precisión de su cesura. Yo le hice un sáfico, y él me devolvió inmediatamente veinte, dignos de Ventura de la Vega. Tiene la intuición de la bella forma este poeta.

De más grave orden, aunque en apariencia sencillo, es el otro libro nuevo, de memorias también, pero estas del general Miguel García Granados. Ajedrecista y estratégico, enamorado de César y concurrente asiduo al café de la Regencia, la observación y la atención son condiciones dominantes en el general guatemalteco. Como él vivía ya en los tiempos de la independencia, y conoció a los hombres que entonces privaron, y anduvo en guerras, los describe entre sueltas relaciones, con justa apreciación y amena gracia. Libro será este, para el de letras, agradable, para el de armas, útil. No desmerecen de Larra el viejo ciertos párrafos del libro.

Pero entre estas publicaciones como el Acultzingo entre los montes, como el Ixtacihuatl entre los volcanes, como la resurrección después de la inercia, como la irradiación después de la tiniebla, viene a su puesto el Código Civil. ¿Qué es? La justicia a mano, en español, de modo que pueda entenderla todo el mundo. Se echa abajo una casta de intérpretes, y se ponen en breve claridad utilísimos principios. Dejan de ser los abogados augures para comenzar a ser sacerdotes. Se ha aprovechado para el Código todo lo nuevo, se ha repelido todo lo intrincado, lo repetido, lo laberíntico, lo añejo. Primitivas disposiciones del Fuero Juzgo, cándidas,—aunque honradas,—prescripciones del Código Alfonsino; locales e inoportunos mandamientos de las *Ordenanzas*—

¿qué ha de hacer en América lo que se mandó para Nájera?— sujeciones señoriales de la antes sabia ley de Toro, han venido a tierra precedidas de un vigoroso informe, bello en la forma, sintético en la expresión, perfecto en el método, debido todo a la instrucción jurídica y reformador anhelo de Montúfar.

Quedan aún en pie, porque se juzgó que no podía hacerse todo de una vez, instituciones ya bien muertas. Quedan el matrimonio eclesiástico que es cosa de Dios, surtiendo efectos civiles que son cosa de los hombres. Queda así ilógicamente sujeto a la Iglesia el Estado, cuando bien pueden ser dos poderes mutuamente respetuosos, el uno juez de lo temporal, de lo incorpóreo el otro. Pero han venido abajo los dilatados procedimientos, las infamantes penas, la impersonalidad de las mujeres, la larga minoría de edad, la restitución in integrum, las trabas enojosas a la circulación libre de bienes. La luz se ha hecho sobre los escombros de la Curia Filípica, red intrincada, ahogadora de los ingenios verdaderos.

La mujer es persona. El menor es persona. La tutela no es una granjería. El juicio es rápido. Las penas son más dignas. Los heredamientos serán claros. La que puede ser madre puede ser testigo. Las excepciones castellanas no aprovechan a los habitantes guatemaltecos. A vida propia, derecho, en lo necesario, propio.—Tales motivos guiaron y tales efectos consigue el Código Civil, con natural regocijo, promulgado entre el amor de los abogados jóvenes y el pueblo agradecido, y la resistencia de los letrados de antaño, prendados de las sutilezas de "Sancho Llama" y la oscura profundidad del erudito Pérez.

Los códigos nuevos, prez de la administración restauradora de los derechos verdaderos, han sido por los extraños celebrados; por los hombres hipócritas, mordidos; por los sinceros amigos del país, recibidos con júbilo vehemente. Ese día mereció ser blanca y azul la muy linda bandera guatemalteca. Y se añadió al escudo de Guatemala, aunque en él no figure, un libro abierto. Ese día, el quetzal lo fue más.

Los jóvenes dotados de las copiosas aptitudes comunes a los hombres de estas tierras, echado ya hacia atrás el manto de cadenas que la dominación del hombre de los montes puso en sus espaldas; abiertas ampliamente las vías del crecimiento y del trabajo, se lanzan, sin concierto aún, ganosos a ellas; se apoderan de los modernos libros, leen afanosos en historia a Laurent, en literatura a Gautier y a Musset. Quinet, Michelet, Pelletan, Simon, Proudhon, van siendo ya libros vulgares. La ciencia amena se va haciendo amable, como que amenizar la ciencia es generalizarla. Médicos y abogados futuros, médicos y abogados recientes coronan las calvas cabezas de Papiniano e Hipócrates con los blancos azahares de las musas. Vagos ensueños de americanismo preocupan a aquellas mentes juveniles: Matta, Gregorio Gutiérrez, Lozano, Prieto, Palma, les son familiares y amados.

Tienen ahora activas sociedades, y vi alegre en las mesas de periódicos de México, las revistas que les sirven de órgano: *El Porvenir* y *El Pensamiento*. Aquella tiende a desarrollar el gusto por lo bello; esta por lo grave; aquella por lo literario, esta por lo científico. Discuten, proponen, reglamentan, eligen por sufragio, gustan de ver reunidas a las gentes, dan veladas. Estos ejercicios de palabra, de discusión, de socialidad, fortalecen el carácter, mejoran las uniones, acentúan la cultura. La actividad es el símbolo de la juventud. Apenas nacidos, mejoran visiblemente los

periódicos; lo que comenzó como un ensayo, adquiere ya con el estímulo y la crítica, serias proporciones. Al fin se lucha; se despierta, se crea algo. Sobrada está Guatemala de talentos, la libertad los hará muy pronto florecer. Penetración, espíritu de independencia, impaciencia noble e hidalguía: esto observo en los hombres jóvenes de la mayor de las repúblicas centrales. Tengo fe en su naturaleza bondadosa, en su inteligencia clara, en su costumbre de trabajo, en su honroso y seguro porvenir.

Más trascendental en fines, más grave en sus miembros y en sus medios más poderosa, es la Sociedad Económica, la de estantes de ídolos, la de patio muy bello, la de salón del Renacimiento, con sus columnas de gigantes; la que sembró el café, la que recomendó la caña, la que estudia cuanto al fomento de la agricultura, a la mejora de las artes, a la bondad, riqueza y belleza de la República se dirige.—Su nombre va unido, de luengos años hace, a cuanto hermoseamiento cobra la ciudad, a cuanta nueva idea utiliza el campo. Sociedad de agricultura, de educación, de bellas artes y bella literatura, de fomento de minas, celebra sesiones, estudia comarcas, protege cultivos, experimenta siembras, publica periódico. Un químico notable la dirige; propietarios, agricultores, literatos y extranjeros ilustres son sus miembros. Ya descubre y clasifica un molar de megalonix, ya populariza ricos libros incógnitos; ya estudia las planicies de la Verapaz, ya protege a los campesinos de los peligros de las siembras.

Fomentar: este es su empleo. Por varones egregios sostenida, y hoy por el Gobierno, dice bien de un pueblo la larga holgada estancia de una institución que ha sabido mantenerse, herida por hostiles vientos, movida por las olas revolucionarias. Poco hace encomiaba el eucalipto. ¡No introdujera el hule y el maguey!

Artes y Sociedad Económicas van aparejadas. ¿Quién con más cuidado conserva los cuadros del famoso maestro Merlo, la viva gallina, las húmedas flores? ¿Quién socorrió con más amor a Buenaventura Ramírez, a aquel escultor reputadísimo, a quien venían a conocer y pedían obras de las repúblicas vecinas, de la opulenta Habana, de España la artística?

Hay por Guatemala en pintura y escultura, grandes nombres, y más que nombres grandes aptitudes.

Manuel Merlo llámase el autor de los correctos y anchos lienzos que allá entre sombras saltan valiosos a los ojos inteligentes, en la pintoresca capilla del Calvario. Original para inventar, osado para componer, hábil para colocar, alejar y acercar, dar perspectiva, oscuro en el color, seguro en el dibujo, bien puede Manuel Merlo ir a la par del suave Pontaza, del fiel Cabrera, del místico Rosales, del penetrante Jallá.

Primera y segunda manera tuvo Pontaza, enamorado en aquella del cobre plomizo, de las sombras pétreas, de las duras líneas,—¿qué podía hacer tampoco con el uso imperfecto, casi intuitivo, de tres pobres colores? Y en el modo segundo, ya pintaba Pontaza la bondadosa fisonomía de Santo Domingo, plegaba con acierto su albo traje, animaba su escuela, embellecía sus tentaciones, ponía en sus ojos grave mirada sobre el tratado de los Sacramentos. Tenía

entonces, con más color y más práctica, no aquella ruda perspectiva, infantil composición y pueril ornato del cuadro, más afamado que digno de fama, en que pinta la muerte de los amorosos dominicos,—¡buenos siempre, hasta para América buenos!—en Polonia; sino blandas carnes, movibles plegaduras, nebulosas sombras, delicados contornos, miniaturesca precisión. Abigarramientos alegóricos no le pueden faltar, que eran de la época y del caso religioso, pero él era un muy original, muy delicado y muy concienzudo pintor.

Pintaba el rey Pontaza, y no oscureció nunca la fama de la señora Vasconcelos; extraña, no por su absoluto mérito, sino porque en escasez amarga de maestros y recursos, en procedimientos y en ideas, túvoselo todo que inventar.—Adivinó la artista los secretos del color, los de la perspectiva, los de la dificilísima carne humana.

Dejó Rosales, osado colorista, cuadros de caliente entonación para el Calvario; pero el en su género no imitado, el no vencido fisonomista, el de pincel y lápiz segurísimos, ese es Cabrera. Había convención en los fondos, dureza en las ropas, porcelana en el rostro y en las manos; pero ¡qué imitar! ¡qué ver y copiar enseguida! ¡qué ver y no olvidarse nunca de haber visto! ¿Qué casa en Guatemala no tiene un retrato de Cabrera, fondo ceniza, delineo miniaturista, sonrojada la carne, muy pulido el cabello, exacto el ojo? Y no tuvo en su tumba más riqueza que los versos ardientes de un poeta noble!

Por San Francisco había, y ya desaparecieron, unos pasajes de la vida del santo, que pintó con su rapidez del Tostado y Lope, el muy fecundo, el asombroso Villalpando, que cubrió como Rubens la Europa, de cuadros, más o menos bellos, nunca malos, en días breves, palacios, casas solariegas y conventos; el héroe inolvidable del poeta yucateco José Peón Contreras, el inventor sin tregua, el agrupador sin miedo, el dibujante sin fatiga, el vivo colorista sin esfuerzo. Era en él pintar como soñar. Iba tan de prisa, que parecía en todo un alma en fuga.

Este gallardo mozo, que recela de esa abierta ventana y a hurtadillas estrecha una mano picaresca que ella sola, morena y exquisita, habla y sonríe ¿qué mira una vez cerrado el balcón, a la luz tibia de la luna?

—Ve, dice a otro, este es de Julián Perales, el escultor antigüeño. Para Cristos no tiene rival. Toca la madera y ya está sangrando. Esto que tengo en mi bastón es el retrato de ella. No la ha visto, se la pinté: vela cuán viva.

Y dice el otro:

—Admirable de veras. Creía yo que lo mejor que él había hecho era aquel famoso retrato de Morazán, nuestro altivo héroe, en madera de café.

En España y Francia no quieren Cristo que no sea de Perales.

—¿Y viste tú trabajar a Cirilo Lara?

—¿Ese perezoso, ese extraño artista, ese atrevido artífice, que hace una fornida Venus de una haba, y de una semilla de naranja un niño Jesús?

—Algo más que eso. Ve el San Juan que hace para [la] Catedral. Con una mano señala a la Tierra; con la otra, levantada, mira al Cielo. No está aún pulida y es piedra burda; pero ya los colosales pliegues se adivinan, la amorosa cabeza se destaca, natural es la posición, buena la mano, bien tocada la difícil cabellera.

—Más fama tiene Quirino Castaño.

—Ganada la ha. Él hizo el muy venerado Señor de Esquipulas, el Cristo negro de expresión doliente, de delgado torso, de estudiadas formas.

—¡Ah, Esquipulas, la de la feria!

—La de las reliquias de oro, la del soberbio templo.

—Gótico dicen que es.

—Y mayor que la misma Catedral.

Y así se van el enamorado y el amigo, diciendo que en 1640 apareció en Guatemala el muy célebre Alonso de la Paz, y tallando madera, hizo, amén de obras gloriosas, un Jesús Nazareno, riqueza de que está orgullosa hoy la iglesia de la Merced, corpulenta y artística iglesia.

Virgen hay de la Piedad en el Calvario renombrado que incita a llorar:—también llora ella. Esta fue obra de Vicente España, discípulo que pudo y supo más que su maestro, el buen José Bolaños.

Y hay en Santo Domingo una hermosa virgen india, trigueña, risueña, casi voluptuosa. Es una virgen demasiado humana.

No hay templo sin su escultura predilecta. A bien que yo vi en París disputarse reñidamente una Concepción menuda de Ramírez. Está contenta la Virgen madre; su ropaje azul ondula airosa, su cuerpo esbelto pliégase a modo de arcángel que asciende. Y de Ramírez, ni el nombre sabían! El así honrado, moría en tanto en su patria tan próspera y tan agradecida, en terrible pobreza.

Hay por Barcelona copia abundante de imagineros. Ni viejos ni nuevos les son los guatemaltecos inferiores: han domado la madera y la han hecho hombre y mujer.

Un triste dijo un día ante una escultura de Santo Domingo:

—¡Oh qué hermosa! Parece que han visto llorar a Magdalena!

Y como la Virgen de la Piedad tiene en el manto tan hermosos pliegues ¡quién fuera católico para en la hora de la tribulación ampararse en ellos!

Afortunadamente hay vivas vírgenes.

———

Es cosa curiosa: en Guatemala los músicos se distinguen por familias: los Andrino, los Sáenz, algún Padilla.

Hay en la música guatemalteca, limitada hoy a melodiosos valses, a religiosos y solemnes himnos, a lánguidas canciones, cierto tierno fraseo, cierta melancólica repetición, cierta recogida dulzura, cierta expresión de amores afligidos.

Del país fueron los primeros que en él cantaron con Oroveso, Norma y Polión. Fue aquel mismo empresario el autor de un imponente Miserere, que en los maitines del Jueves Santo, allá en la iglesia mayor, esparce por la bóvedas los amargos acentos de la culpa, las aterradas voces del arrepentimiento, el súbito clamor de la conciencia, los ecos amorosos del perdón, —de Benedicto Sáenz.

El protegido cilindro, el de la música doméstica, el que amparó Europa y reformó, invención fue del P. Juan Padilla, guatemalteco, que murió dando vueltas en la mente a gigantescos pensamientos filarmónicos.

Hay un tipillo concreto, semidesnudo, burlón, vivaz, aparentemente hambriento, a que en

Madrid llaman *granuja* y en París *gamin*, y *cerillero* en México, y en Guatemala vendeflores. Natural agudeza, heroico sufrimiento, raterías pequeñas, y cómicas generosidades los distinguen. Y es tal el musical instinto de la patria de los Batres y los Diéguez, que cuando estos simpáticos pobrecillos entran a vender flores o dulces a los bulliciosos corredores del teatro, sea la música del penetrante Verdi, del melifluo Bellini, del dificilísimo Mozart, del poderoso instrumentista Meyerbeer, no se da caso de que a la primera audición de la ópera no salgan los pequeños tarareando con admirable precisión las más difíciles arias, el momento menos comunicativo del nuevo *spartitto*.

Y en la hermosa sala, tibia para los aplausos, unánime silencio censura una pequeña desviación de la partitura casi por todos correctamente conocida.

Y apenas se estrecha una linda mano, que no acabe de tocar los deliciosos acordes del *Pensamiento* de Cástulo Méndez, los valses magistrales y rápidos de Arditi, las bulliciosas fantasías de Leybach, melodías dolientes o rápidas polonesas de Chopin.

La música está allí en el instinto artístico, en la afabilidad del carácter, en el rumor del aire grave, en el lánguido hablar de las mujeres.

———

Y ¡cómo vivía antes, oligárquicamente gobernada, esta vasta República, de extensiones tan fértiles, de espíritus tan ricos! En míseras escuelas, enseñábanse apenas principios de doctrina, y Fleury, y Moral Cristiana, y cantos cristianos, y un tanto, así como superfluo, de leer y de escribir. —Ni lastimar, ni poetizar son aquí mi misión: mi misión es contar. Hoy cada aldea tiene escuela; con sus manos fabrican los padres la casa del maestro; del haber del hijuelo se priva el campesino porque aprenda de letras; aumentan en la ciudad los institutos de carácter grave; extiéndese en la Universidad el ya lleno programa; apréndense en la Escuela Politécnica, con hábitos militares, matemáticas; enseña la Escuela Normal, por práctico sistema, de razón y propio juicio a ser maestros; quinientos niños pueblan los salones del extenso Instituto Nacional; bien se enseña en San Francisco; del extranjero fueron traídos maestros y maestras; unos y otras enseñan tolerancia religiosa, dan instrucción realmente útil, vulgarizan los más recientes sistemas americanos y europeos.

Madura estaba la espiga en aquellas inteligencias. En las tierras de América, no cuesta mucho trabajo la sazón. Aindiados, descalzos, huraños, hoscos, bruscos, llegan de las soledades interiores niños y gañanes y de pronto por íntima revelación y obra maravillosa del contacto con la distinción y con el libro, el melenudo cabello se asienta, el pie encorvado se adelgaza, la mano dura se perfila, el aspecto mohíno se ennoblece, la doblada espalda se alza, la mirada esquiva se despierta: la miserable larva se ha hecho hombre.

Poco después asaltan la tribuna los libros históricos, los libros de agricultura, la flauta, el piano. Se dan a pensar en cosas graves, a dudar, a inquirir, a examinar. Hablan de Bolívar, de los hombres patrios, del buen gobierno que los educa, del porvenir vasto que espera a su—como ellos dicen,—querida Guatemala! —Yo los veo, yo los impulso, yo los aliento.—De esos hombres saldrán más tarde algunos grandes hombres.

La Universidad, que es por cierto espaciosa y bella, acaba de reformar sus facultades, de mejorar su medicina, de liberalizar su derecho, de establecer su facultad de letras y filosofía, el

gran estudio de los gérmenes, de las esperanzas, de los desenvolvimientos y de las analogías.

De la agrícola Costa Rica, de la inteligentísima Honduras, del cercano San Salvador, de la moderada Nicaragua, vienen numerosos estudiantes a hacerse de ciencia en la Universidad Central.

Tienen los de medicina, para práctica, un hospital excelente, por viajeros europeos tenido como rival de los mejores, por humanitario, por metódico, por aseado, por rico.

Tienen los de jurisprudencia, estudios filosóficos, a la margen de espaciosos corredores, que ayudan a la eterna extensión del pensamiento, en vastas aulas distinguidos profesores.

Y los jóvenes se animan. Discuten al maestro, al texto, al libro de consulta. Tienen cierto espíritu volteriano, que hace bien. Rechazan la magistral imposición, lo que también es bueno. Anhelan saber parar creer. Anhelan la verdad por la experiencia; manera de hacer sólidos los talentos, firmes las virtudes, enérgicos los caracteres.

Pero en los pueblos está la gran revolución. La educación popular, acaba de salvar a Francia; yo la vi hace tres años, y auguré en forma segura, de muy pocos creída, su triunfo sobre cualquier nueva reacción. La reacción vino, y Francia ha triunfado.

La educación popular mantiene respetada en lo exterior, y en lo interior honrada a la risueña Suiza.

La educación popular, maciza allí cuanto rencorosa, ha dado a Alemania su actual grande poder.

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender. Pies, brazos, alas, todo esto ponen al hombre esos primeros humildísimos libros de la escuela. Luego, aderezado va al espacio. Ve el mejor modo de sembrar, la reforma útil que hacer, el descubrimiento aplicable, la receta innovadora, la manera de hacer buena a la tierra mala; la historia de los héroes, los fútiles motivos de las guerras, los grandes resultados de la paz. Siémbrense química y agricultura, y se cosecharán grandeza y riqueza. Una escuela es una fragua de espíritus: ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin temple!

De cinco años viene este renacimiento salvador. Es exclusiva obra del gobierno liberal. No se acerca a Barrios una madre doliente, que no tenga enseguida para sus hijos una cama, un vestido, un libro.—En la ciudad, en las afueras, en la Escuela Politécnica, en la Normal, en todas partes—Barrios, más que piensa lo bueno, lo presiente. Conoce que esa es la redención y naturalmente, sin esfuerzo alguno, se irrita con los que oprimieron y redime.

Mucho se gasta en escuelas, remunérase bien a los maestros; no llega vapor que no venga cargado de útiles, ya de efectos calisténicos, ya de aparatos astronómicos, de libros, de colecciones, de modelos. Se entra en el Instituto Nacional, y se oye una banda excelente. Se va a la Escuela Normal, y con espíritu de amor hispanoamericano—se ve un notable instituto neoyorquino. Formación de hombres, hecha en lo mental, por la contemplación de los objetos; en lo moral, por el ejemplo diario.

Triunfante la revolución, estaba como pletórica de buenos deseos. Rebosaba creaciones. Tendió telégrafos, contrató ferrocarriles, abrió caminos, solicitó educadores, subvencionó empresarios, fundó escuelas. En esto último, su ardor no se ha cansado todavía. Ni se cansará, porque sus frutos son visibles, y sus mismos frutos lo alimentan. ¡Qué vuelta la del maestro joven a la aldea lejana, donde para recibirlo ciñó su madre al pelo la trenza más hermosa, y al cuello los mejores corales, y vistió el buen viejo, indio o ladino, su más blanca camisa de cotón! Se fue con

sus harapos; y vuelve con sus sueños, con sus bancas, con sus instrumentos de alma, con sus riquezas espirituales, con sus libros. Se fue burdo, y viene afinado. Se fue tartamudo, y vuelve elocuente.

Antes soñaba en vacas; hoy en el porvenir, en gran trabajo, en gloria, en cielos. Es el redactor de todas las cartas, el director de todos los amores, el sabio respetado, el juez probable, el alcalde seguro, el constante maestro. A su calor, sin alejarse ya del hogar sabroso, crecerán almas nuevas.

Él fue hecho a semejanza de otras y él hará estas otras a su semejanza. La educación es como un árbol, se siembra una semilla y se abre en muchas ramas. Sea la gratitud del pueblo que se educa árbol protector, en las tempestades y las lluvias, de los hombres que hoy les hacen tanto bien! Hombres recogerá quien siembre escuelas.

———

Así rápidamente a modo de gigantes niños, a manera de fantasmas de oro acaban de pasar a nuestra vista inmensos campos, vastas haciendas, soledades regias, esperanzas, adelantos, glorias, gérmenes. El café que empieza, el nopal que expira, el cacao que resucita, el ganado que muge impaciente, el pasto que se ofrece, el extranjero a quien se llama, la fortuna que se brinda, el libro en que se aprende, la riqueza pública por el trabajo individual, base futura de gran gloria.

Luego ese pueblo desconocido, del que emanan, o memorias indígenas movidas por un abate anticuario; o terrores modernos movidos en los hermanos pueblos por crueles y políticos rencores; ese pueblo limítrofe arrullado por mares, refrescado por brisas, sentado en el corazón del continente; esa tierra nebulosa por el muerto Carrera de quien un sacerdote dijo que estaba a la diestra de Dios Padre—envuelta en fúnebre sudario, impenetrable cerco; esa República vecina, más nueva para sus amigas repúblicas que las más lejanas y más extrañas tierras,—es una nación seria, trabajadora y próspera, es una comarca pacífica, encantadora y fértil,—es una impaciente hermana que va, rumbo a la grandeza, con el callado en una mano y el libro en la otra. Aspira, aprende, llama. La sed es general, el agua es abundante.

El porvenir está en que todos lo desean. Todo hay que hacerlo; pero todos, despiertos del sueño, están preparados para ayudar. Los indios a las veces se resisten; pero se educará a los indios. Yo los amo, y por hacerlo haré.

¡Ah! Ellos son—¡terrible castigo que deberían sufrir los que lo provocaron!— ellos son hoy la rémora, mañana la gran masa que impelerá a la juvenil nación. Se pide alma de hombres a aquellos a quienes desde el nacer se va arrancando el alma. Se quiere que sean ciudadanos los que para bestias de carga son únicamente preparados. ¡Ah! Las virtudes se duermen, la naturaleza humana se desfigura, los generosos instintos se deslucen, el verdadero hombre se apaga.—Aire de ejemplo, riego de educación necesitan las plantas oprimidas. La libertad y la inteligencia son la natural atmósfera del hombre.

Y ellos, los que vieron un guerrero español y lo copiaron en muy dura piedra en el circo asombroso de Cobán; los que tenían escuelas, donde se loaba al alto Dios; los que elevaron torres, donde estudiaban los hermosos astros; los bravos paladines; los ingeniosísimos geómetras; los delicados tejedores; las heroicas mujeres; su senado de ilustres, más grave y respetado que nuestras severas Cortes de Justicia; los de grandes ejércitos, populosísimas ciudades, brillantes guerras; los defensores de Utatlán; los rebeldes Mames; los clásicos quichés, los profundos

cantores del grande Whenb-Kaquix, llorado con lágrimas entre árabes y homéricas; los allá idos de México y Cuba; los vivaces niños, los celosos amantes; ellos son los que con el copetón sobre la frente, con el calloso pie agrietado, con la mirada imbécil, con la rodilla y el beso siempre prontos, con el esclavo espíritu, con la cargada espalda, a paso de mula o de buey sirven hoy al cura, adoran nuevos ídolos, visten míseras ropas, y ni aleteo de águilas, sino sustento de arrobas, pasan montes y ríos, praderas y ciudades, hondos y cerros.

Son resignados, inteligentes, incansables, naturalmente artistas, sin ningún esfuerzo buenos. ¡Qué gran pueblo no puede hacerse de ellos, haciendo, por ejemplo, a manera de una escuela normal de indios! ¡Un nuevo apostolado es menester!

Pero en tanto que llegan los apóstoles, ¡cómo adelanta el pueblo vecino! ¡cuántos granos y lanas vende hoy Quezaltenango! ¡por Chimaltenango, cuántos viajeros pasan! ¡por San Marcos, cómo aumenta el cultivo! ¡por Escuintla, cómo crece la caña! ¡por Amatitlán, cuánto no fertiliza la laguna!

Adiós van a decir al buen lector estas cansadas páginas: más ¡quiera la fortuna que por ellas haya venido en conocimiento de la gran riqueza agrícola; del afable carácter—otra gran riqueza—de Guatemala! ¡Quiera la fortuna que no se olviden los inmigrantes de la tierra que los llama, los explotadores de la fortuna que les espera, los tímidos del gobierno que les protege! ¡Quiera la buena suerte que recuerden cómo crecen en Salamá los pastos, en la Costa Cuca el café, por el lado del Atlántico la caña!—¡ni cuánto se necesitan los ganados!—¡ni cómo prospera allí la vid!—¡ni cómo todo asegura éxito a cualquier industria o sementera nueva!

Anchos caminos, naturales esplendideces; bondadoso carácter, benévolo gobierno, inquietud por mejora y por riqueza; mujeres americanas y cristianas, hombres inteligentes y afectuosos, viejo arte, ansia creciente, señorial ciudad, deleitoso clima, pintorescos pueblos, seguro bienestar, fantástico crecimiento de fortuna; he aquí lo que a todo el mundo ofrece Guatemala, fertilísimo campo, California agrícola.

¡Ojalá que con este amante libro, haya yo sembrado en él mi planta!

A MANUEL A. MERCADO

Guatemala, 30 de marzo. [1878]

Hermano Mercado.—

Se va por Acapulco, con prisa de llegar, un señor Escandón, y con él, porque llegue a V. más pronto, le envío esta carta.—Recibí, con la última de V.—por lo tardía más deseada que otra alguna— la injusta y amorosa carta de mi madre.— Realmente se cree que yo las he sacrificado a mi bienestar: ¡me vieran vivir, con angustias semejantes a las que pasé en México, y no pensarían de esta manera!—¿Habrá algún provecho en que nos muriéramos de pobreza todos juntos? ¿Se me abría en México algún camino? ¿Caben por el de Guatemala, en el que escasísimamente cabemos hoy dos, las dos familias que forman hoy mi casa?—Ni tienen fe en mí, ni conocen las fuerzas de mi alma que les obligan a tenerla.—Esta es una viva amargura, que no llegará nunca a ellas.—Yo trabajaré para pagar mis deudas este año, y una vez que vivamos libres de ellas, si la suerte no me es enemiga, ayudaré a los que nunca han sabido lo que tienen en mí.—Mi pobre padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón.—La verdad es que yo he cometido un gran delito:—no nacer con alma de tendero.—Mi madre tiene grandezas, y se las estimo, y la amo—V. lo sabe—hondamente, pero no me perdona mi salvaje independencia, mi brusca inflexibilidad, ni mis opiniones sobre Cuba.—Lo que tengo de mejor es lo que es juzgado por más malo. Me aflige, pero no tuerce mi camino.—Sea por Dios.—Le escribo ahora largamente, sin que estos males del alma salgan en mi carta a luz, por un Sr. Urbano Sánchez, que desde Jamaica enviará directamente y por vía rápida, la carta a La Habana. No hace quince días le escribí largamente también, por un Sr. Callejas, que salió de aquí para Cuba. Por México le he escrito ya tres cartas.—Como me entristece mucho que ella crea que yo, que tanto sufro por la falta de sus cartas, dejo voluntariamente de escribirle,—y como yo no tengo que pedirle cuenta de sus errores de creencia respecto a mí, sino acariciarla, perdonárselos y reformárselos, escríbale V. por su parte mi situación angustiosa y mi natural constancia en escribirle.—

Voy a publicar aquí un periódico, en el que tendré que desfigurarme mucho para ponerme al nivel común.—Donde hay muchas cabezas salientes, no llama la atención una cabeza más,—pero donde hay pocas que sobresalgan, vastas llanuras sin montes, una cabeza saliente es un crimen.— Los conservadores me hacen la cruz, y están en su derecho: yo debo parecerles un diablo con levita cruzada.—Los liberales se-dicientes, que de inteligencia y corazón aquí no los hallo, se resisten a estrecharse para dar sitio en el banquete al que no es a sus ojos sino un comensal más.— No saben que los que viven del cielo comen muy poco de la tierra.—No toman de ella más que lo necesario, para vengarse de ella porque los retiene.—Se han explotado mis vehemencias, y ocultado mis prudencias: se ha pintado mi silencio como hostilidad: mi reserva como orgullo: mi pequeña ciencia como soberbia fatuidad. Es una guerra de zapa en la que yo, soldado de la luz, estoy vencido de antemano.—Pero yo lucho cuanto decorosamente puedo; a esto responde mi periódico.—Mi libro, por cuya llegada tengo vivo anhelo, me ayudará.—Recibí los cinco ejemplares de Mimiaga, que se los guardé cuidadosamente todo un mes: en ellos he visto la

penetración milagrosa con que reformó V. las más importantes erratas que pude notar en el folletín.—Indudablemente, si me muero pronto, lo que no vendría mal, y antes he escrito algo digno de ser publicado, encargaré a V. de la ardua tarea.—A V. y a mi inimitable Carmen, que ella también escudriña lo que quiero decir en lo que escribo.—Veo a Carmen amante y serena, enfrente de problemas graves, que no tienen muy fácil solución.—Me consuela, y con su tranquilidad, me alienta.—Aunque tuviera que huir a pie por los bosques, ella me acompañaría.—Y no lloraría.

Covarrubias ha tenido aquí éxito.—Como al pintor Isabey, perdono a Covarrubias sus oscilaciones políticas: ¿quién observará si no a Mercurio?—Hay pocos hombres de ciencia que tengan el valor insigne del americano Caldas.— El Ministerio de Relaciones dio a Covarrubias una comida, y una sociedad "El Pensamiento" le dedicó una velada en el teatro.—Puede ser que otra sociedad "El Porvenir" le dé otra velada.—Él anda con más gravedad, como que ya es ministro; pero en su trato es, sobre todo elogio, sencillo y modesto.—Manuel Díaz está tan buen mozo como siempre: sin disputa, la belleza es un derecho.—

Aquí, por celos inexplicables del Rector de la Universidad, hombrecillo de cuerpo y alma, a quien no he hecho más mal que elogiar en un discurso mío otro discurso-lectura suyo que no merecía elogio—me he quedado siendo catedrático platónico de Historia de la Filosofía, con alumnos a quienes no se permite la entrada en clase; y sin sueldo.—En cambio, se me anuncia que se me nombrará catedrático de Ciencia de la Legislación.—Se me abriría con esto un vasto campo, y yo sembraría en él la mayor cantidad de alma posible.—Doy gratuitamente una clase de Filosofía: el mejor sueldo es la gratitud de mis discípulos.—Hubo reformas económicas, y creyendo ellos que mis clases serían víctima de las economías, anunciaron que saldrían en masa del Colegio donde los educa el Gobierno.—El día de mi santo me regalaron los pobres una bonita leontina.—Con esto; con mi propósito de pagar aquí, esclavo de mis deudas un año, e irme; y con que Carmen cante a mi lado tan gozosamente como ahora canta, paso este año negro y espero otros años azules.—¡Quién sabe si el permanente azul no es de la tierra!—

Aquí acabo.—Escriba a mamá.— Diga a Lola que entiendo que nos debe carta, y que seremos con ella etiqueteros.—A Manuel el árabe, que le debo un regalo y se lo pagaré. A Manuel el pintor, que vierta en lienzos su fantasía llena de Cupidos, gigantes niños y grisetas, y en esta buena compañía, dé un viaje.—Manuel es un excelente artista, que necesita un medio refinado y culto para hacer fortuna. En México, Miranda ganará siempre más que él;—y todos los cielos amarillos, cielos de cobre de Miranda, no valen un libre golpe luminoso del pincel osado de Manuel Ocaranza.

Carmen envía abrazos a todos sus hijos.—Yo a V., mi entrañable cariño y mi amorosa gratitud de spre.—
Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

REVISTA GUATEMALTECA

Me propongo publicar un periódico que se llamará *Revista Guatemalteca*. Quiero dar a mi publicación el nombre del país que me ha acogido con cariño.

Las riquezas de Guatemala son poco conocidas: el comercio intelectual con Europa es escaso; esto explica la creación de mi periódico. Fuera de la razón de mi actividad personal, que fervientemente consagro al bien de América—sobre obstáculos y apreciaciones—responde la *Revista* a mi deseo de dar a conocer cuanto Guatemala produce y puede producir, y de hacer generales las noticias de letras y ciencias, artes e industrias, privilegio hoy del escaso número de afortunados a quienes es fácil saborear las excelentes revistas europeas.

Yo conozco a Europa, y he estudiado su espíritu; conozco a América y sé el suyo. Tenemos más elementos naturales, en estas nuestras tierras, desde donde corre el Bravo fiero hasta donde acaba el digno Chile, que en tierra alguna del Universo; pero tenemos menos elementos civilizadores, porque somos mucho más jóvenes en historia, no contamos seculares precedentes y hemos sido, nosotros los latinoamericanos, menos afortunados en educación que pueblo alguno; tristes memorias históricas,—secretos de muchas desdichas—que no es el caso traer a la luz…

Europa busca los productos de nuestro suelo, que dan brillo a sus plazas numerosas; nosotros hemos menester entrar en esa gran corriente de inventos útiles, de enérgicos libros, de amenas publicaciones, de aparatos industriales, que el mundo viejo, y el septentrión del nuevo, arrojan de su seno, donde hierven la actividad de tantos hombres, la elocuencia de tantos sabios, la vivacidad de tantas obras.

¿Quién entre nosotros sabe, amén de cierto gremio de escogidos, que bien sé que hay aquí hombres cuya erudición corre pareja con la de pueblos adelantados—quién sabe entre nosotros qué libros salen de las prensas de Hetzel y de Bouret, de Rivadeneira y de Navarro? ¿Quién lleva cuenta de tantas delicias de Jules Claretie, de Pierre Veron, de Charles Mazade? ¿Quién toma nota de tanta máquina asombrosa que en la América del Norte es gran ahorro de brazos, trabajo alado, maravilla de seguridad y de presteza? Apenas los poetas, con sus inmensas alas llenas de perfume, nos envían las brisas del alma con sus versos. Dramáticos insignes de España y de Francia; filósofos alemanes, científicos, místicos imponentes, obra humana, nos son hoy, en lo común, desconocidos, ya porque temen los libreros no verse remunerados de los gastos que la introducción de los numerosos libros nuevos acarrea, ya porque no inspira mucho interés lo que frecuentemente no se trata, ya porque son escasos los suscriptores a esos grandes periódicos de Europa, útiles generalmente de principios, inventos y sucesos, libros ambulantes, magníficos resúmenes del desarrollo espiritual e industrial moderno.

A tal necesidad pretende, por una parte, responder.

Y, por la otra, ¿saben en Europa, en nuestra misma América saben, cuántas bellezas, cuántas riquezas, cuántas industria naturales encierra este pueblo, que los mares buscan como cortejando su hermosura, como trayéndole mensajes de tierras luengas; como solicitando sus productos? ¿Se ha dicho bien a los viajeros cuánto hay aquí que admirar; a los poetas, cuánto hermoso espectáculo; a los industriales, cuánto campo nuevo; a los agricultores, cuánta olvidada tierra pudieran explotar en Guatemala? Apáganse más allá de la frontera las congojosas brulas del

barrio, los hondos movimientos de los montes, las armónicas voces de los lagos. Incultos quedan en los bosques seda, maguey, palmares, hule. Así, cuando se elevó en Plymouth la primera oración cristiana; cuando solo se oían entre las selvas las dolientes querellas de Haiwatha, dormían descuidados los extraordinarios gérmenes fecundos que hoy sustentan, con desenvolvimiento milagroso, los pueblos de la Unión Americana. Así poco tiempo hace, guardaba México escondidas riquezas que Guatemala también guarda, y hoy, cayendo y levantándose, en el gran calvario político, como gran niño impaciente, alentada la actividad por el consumo, los mercados de México se llenan de productos, ya elementales y burdos, ya bellos y perfectos, que rinde opimo el país. Nuestras entrañas son de oro; es preciso que nuestros brazos sean de hierro. Sepan que valemos, vengan los que sepan. Aplíquese el trabajo inteligente a la tierra dócil y rica, es forzoso presentarlo en todas partes, no como una leyenda oscura, no como una india hermosa y descalza, sino como un terreno fértil e impaciente, rico en inteligencias, belleza y productos. Es necesario que nadie pueda afectar desdén,—que sentirlo no puede—por este cúmulo de incorrectas y bulliciosas concepciones de los cerebros americanos, cerebros de héroes y de locos, de niños y gigantes a la vez. Es necesario que América sea en todas partes, no una esperanza avariciosa de granjerías sino una amante respuesta a la solicitud laboriosa de los hombres de todas las razas y países.

Contendrá, pues, mi periódico, en cada uno de sus números, descripciones—más útiles que pintorescas—de las comarcas de la República; estudio de sus frutos y sobre su aplicación; remembrazas de muertos ilustres, y de obras notables que enorgullecen al país—respondiendo a mi ideal de hacer resaltar todo lo bueno y cuanto bueno y bello encierra. Y en respuesta a la natural y curiosa demanda de noticias europeas, contendrá cada número una revista de artes bellas y útiles, de ciencias e invenciones, de libros y de dramas, de lo último que se publique o imagine, de lo que con sanción y aplauso, forje el ingenio y escriba la pluma en los ilustres y viejos pueblos de nuestras riberas humildes,—Guatemala ante los ojos; y Europa a la mano. Verteré con juicios míos, cuanto sobre adelanto de ciencias, mejoramiento de artes y publicaciones de libros en los otros mundos sepa.

Es vasto el programa; por eso lo acepto; por eso, y porque es útil. Pido, en gracia a mi buena voluntad, excusa por aquello en que a llenarlo no alcanzare. Me lisonjean de antemano con el buen éxito de mi empresa. Haga yo bien, y estaré contento. Creo que responde a una necesidad, y que será recibida con el amor con que es intentada.

JOSÉ MARTÍ

[marzo de 1878]
[OC, t. 7, pp. 104-106]

LIBROS NUEVOS

Cuando, cediendo a los frívolos, el París de *Folies Bergère* y *Frascati*—mercado donde se cambia voluntariamente el alma pura por las impurezas que la trastornan y corrompen—se pasean los ojos asombrados por las orillas del oscuro Sena, por los corredores del teatro del Odeón, por las cercanías del Panteón, palacio de los grandes hombres muertos, y el Luxemburgo, palacio de los grandes hombres vivos,—conmueven noblemente al viajero americano dobles impresiones, de gratitud las unas hacia el pueblo que en la política ha producido la edad moderna, y en la ciencia la útil ciencia libre,—de emulación las otras y tristeza, por la pequeñez de nuestras escasas librerías. ¡Qué hermoso es que París tenga tanto! ¡Qué triste es que nosotros tengamos tan poco!

Pero cuando se vuelven los ojos a otros tiempos; cuando se piensa que no hace aún muchos años, era tenido por novedad en un pueblo americano el texto aristotélico; cuando se ve que en algunas poblaciones, sujetas aún al dominio europeo, existe un censor que impide la introducción de todos los libros que traigan entre sus hojas una palabra de libertad y un rayo de luz; cuando en estas miserias, muertas o moribundas, pensamos, y volvemos luego los ojos a la calle del 30 de Junio, a la casa de Capella, a la librería de la Ilustración, a las bibliotecas de los particulares, a la casa de Goubeaud, inficionadas ya del nuevo espíritu, nace la confianza antes suspensa, y hay derecho a esperar que creciendo el interés ya despertado, pronto serán obras vulgares las que sobre ciencias, lenguas, letras y artes lo son ya en Europa y en algunas repúblicas latinas, y a nosotros y a otros pueblos nos parecen aún obras llenas de misterio y maravilla.—Con lo cual nos seducen libros que, bien estudiados y bien comparados a otros, no ejercerían tal vez en nosotros tan grandes seducciones.

Un libro nuevo es siempre un motivo de alegría, una verdad que nos sale al paso, un amigo que nos espera, la eternidad que se nos adelanta, una ráfaga divina que viene a posarse en nuestra frente. Tendemos involuntariamente las manos hacia toda obra q. nos es desconocida, como involuntariamente tendemos siempre el alma en busca inquieta de la gran verdad. Nos parece que cada libro es una respuesta a nuestras ansias, un paso más adelantado hacia el cumplimiento final de nuestros incógnitos destinos. Como que al tender las manos a él vamos a empujar un poco más la puerta que nos separa del misterioso mundo donde se cumplen entre tinieblas las maravillosas revoluciones de lo Eterno.

La *Revista* cree que los libros sirven para cerrar las heridas que las armas abren; que sirven para construir pueblos con los escombros que la piqueta revolucionaria ha echado a tierra; que encienden lo escondido; que sacan a luz lo oscuro; que iluminan con colores vivísimos todas las fecundas e infatigables obras de la Creación.—Los libros consuelan, calman, preparan, enriquecen y redimen. Redimir es otra manera de enriquecer con monedas que se cambian en el cielo: cielo es el puro fin de las almas que puramente obraron.—Leer es una manera de crecer, de mejorar la fortuna, de mejorar el alma; otra gran fortuna que debemos a la colosal Naturaleza.

No verá la luz en pueblo alguno un libro ilustre, ya de poetas, que anuncian la otra vida; ya de pensadores, que estudien esta; ya de científicos, que la hagan más productiva y más amable;—no se publicará obra alguna, útil o bella, para los maestros o para los alumnos, para el ensanche de la ciencia, o p^a^ la elevación y sostenimiento de la combatida fantasía, que no sea en seguida por este

periódico anunciada a los que anhelan vivir en su época, no envueltos en la armadura de los siglos medios, sino en los libros, que caracterizan y realzan este, en los inmortales libros armadura de los hombres del siglo XIX.

Meses hace vio la luz, pero aún apasiona en Europa como nuevo, un libro del hombre poético de nuestra época, como Thiers fue su hombre práctico: de Victor Hugo.—Tiene el sublime anciano—y debe escribirse pocas veces esta palabra *sublime*—dos lindos nietos, su Juana y su Carlos, pálidos lirios nacidos a embellecer la corona de nieves del poeta. Los ha visto dormir, correr tras las mariposas, coger flores, estudiar el alfabeto, dar libertad a las golondrinas enjauladas, dar pan a los elefantes del Jardín Botánico, dar ampliamente limosnas a los pobres; los ve crecer; y tiene miedo de que el cierzo se los tronche, como a su hijo, como a su hija; los ve vivir, y tiene miedo de que la vida se los mate; les debe el gran reposo de la vejez, y ha escrito un libro, el modo de ser viejo, *El arte de ser abuelo*, *L'art d'être gran père*.—Es admirable Victor Hugo: morirán sus dramas, hijos regiamente monstruosos de una voluntad osada; pero no morirán sus soberbias hipérboles, sus magníficos anatemas, sus proféticos arrebatos, sus sobrehumanas concepciones de las viejas y portentosas teogonías. Importa poco que se le juzgue con las reglas de la Gramática y el cartabón de la Retórica:—él que es capaz de crear, no está obligado a obedecer. — Victor Hugo penetra los dioses indios, y hablando de ellos, parece uno de ellos. El siglo está pegado a él como las alas a una mariposa. La mariposa va donde las alas la llevan: V. Hugo ha ido donde el siglo lo ha llevado. Gran conductor, ha sido a su vez conducido; y, siendo luz, ha sido reflejo. Es necesario verlo para tener idea de una aurora boreal; oírlo, para tener idea del Sinaí.— Su nuevo libro es una sonrisa de anciano, que no puede ocultar completamente los ojos q. sobre ella fulminan contra las maldades de los hombres miradas de gigante. Se extravía a veces el grande hombre, y exagera sus abstracciones poéticas; pero doquiera que los grandes ríos vayan, son grandes ríos.—Si leyendo *Mis hijos,* otra producción del egregio anciano, da vergüenza no ser padre; leyendo *L'art d'être grand pére,* da vergüenza no ser abuelo.—

Llama también la atención un nuevo diccionario biográfico.—Los hombres, salvo los grandes accidentes que tuercen los caracteres mejor definidos, no hacen sino aquello que de sus actos anteriores resulta que deben hacer. La biografía posterior de un hombre no es generalmente más que el resultado de su biografía anterior. Haciendo exactas relaciones de la vida de los hombres políticos, se tendrá un elemento seguro para juzgar de la política probable; en tanto ellos influyan en ella. A pesar de cuanto digan los pesimistas de los hombres, las apostasías son más raras que las grandes firmezas. De manera que un diccionario biográfico viene a ser, no solo un libro de gran utilidad para el erudito, de distracción para el ocioso, y de aprovechamiento para el escritor público, sino una base muy digna de tenerse en cuenta para augurar cl resultado de los sucesos en que tomen parte los hombres biografiados.—

La casa de Dreyfous es la que ha publicado esta buena obra, que la prensa europea elogia, porque—libre ya el autor de las trabas que el muerto imperio del pequeño Napoleón, monstruosa comedia incomprensible, impuso a Vapereau,— el nuevo *Diccionario general de biografía contemporánea francesa y extranjera* de Mr. Bitard, excede en mucho al *Diccionario de los contemporáneos* publicado por aquel en tiempos en que las verdades no lo eran, sino en la forma y cantidad en que los seides del Emperador querían que lo fuesen.

No es el nuevo libro, a lo que parece, una obra monumental, como de su titulo debiera desprenderse; pero el ojo editorial de la casa de Dreyfous, que sólo fatiga sus prensas con lo que

cree que merece fatigarlas; la erudición del biógrafo y las condiciones de independencia en que se ha hecho el libro garantizan que, si bien breve, será en la mesa de los periodistas gran auxilio, en la de los aficionados a política un buen elemento para juzgar, y en toda biblioteca, útil adorno.

Otro libro reclama su lugar. Erckmann y Chatrian son dos hombres jóvenes, enamorados de la grandeza patria por la educación de grandes y pequeños: son dos nobles generosidades, encerradas en dos infatigables mentes activas. Tienen en la novela política, género suyo, aquella verba fogosísima e inquietud meridional que distinguieron en sus primeros tiempos la eléctrica palabra de Gambetta. El estilo de los dos escritores es juvenil, como ellos; como ellos, batallador; como ellos, generosamente brusco.—Sea cualquiera el asunto histórico sobre que escriban, que es siempre algún asunto— francés, hablan como si estuvieran cantando perpetuamente *La Marsellesa.* Tiene todos los candores de la Gironda, sin ninguna de las crueldades de la Montaña. —Alemania enseña en sus escuelas el sistemático odio a Francia: Erckmann y Chatrian usan de la pluma como de un fusil, y con la mano sobre el gatillo, vestidos con la blusa del obrero, con la frente cubierta de ceniza, apuntan sin cesar a la oprimida frontera de la Alsacia. No predican el odio, siendo vencedores; predican el valor, siendo vencidos. Ahora, han dado a luz un libro hermoso, brillante de patriotismo, como todos los suyos:— *Cuentos vosgos* se llama. Por varios que sean los asuntos que elijan para narrar, y los personajes que en ellos introduzcan, el fondo de sus obras es siempre el mismo. La ignorancia mata a los pueblos, y es preciso matar a la ignorancia. El fanatismo contribuye al enervamiento, y es preciso extinguir el fanatismo. La creencia ciega en verdades no probadas, y que no tienen medio humano de probarse, destruye la dignidad de la inteligencia y la del carácter, es preciso fomentar el estudio de las ciencias como vía única para el conocimiento de las verdades.—De estos jóvenes se ha dicho mucho mal, como se dice en todas partes siempre, de los que se anuncian con una personalidad fuerte, e intentan algo nuevo y bueno. Pero ellos, con la patria en el corazón y la verdad en los labios, cumplen enérgicamente sobre las emboscadas del clero ultramontano, sobre las murmuraciones de los enseñadores rutinarios, sobre las fingidas alarmas de los que se llaman a sí mismos en Francia cuerdos y prudentes, la gran obra de reforma que consiste en educar, por el estudio libre y los hábitos dignos, por el espectáculo de la patria ofendida, por la esperanza de la patria vengadora, al vivaz e inmortal pueblo francés.—Otros son los aristócratas del pensamiento: Erckmann y Chatrian son sus obreros.

De otras obras, aún más importantes, se ha de hablar.—Los admiradores del vivacísimo y profundo talento de Thiers, ese hombre sobre cuyo ataúd parecía que había plegado sus alas el águila francesa, como si de su hondo criterio, de su extraordinaria perspicacia y de su profunda intuición dependieran la suerte del país,—esperan impacientes las obras, que dejó completas unas, e incompletas otras, aquel que llenó de históricas lágrimas los egoístas gabinetes europeos: Thiers que llora, quedará en la historia como Cincinato que ara, como Espartaco que redime, como Régulo que cumple su promesa. Ese hombre de frac y corbata blanca, que gime como un griego arrepentido, que pasea en ferrocarril el más gran dolor moderno, quedará en la memoria de los hombres como una de las personificaciones más gráficas y concretas de esta edad, precursora de grandes creaciones, por lo mismo que está siendo testigo de muy grandes crisis.

Mucho, y a muchos, escribió Thiers sobre arte, sobre guerra, sobre administración, sobre filosofía, sobre historia,—que tales vuelos ha tomado ya la historia, que hablar de ella vale tanto como hablar de filosofía. Los ejecutores testamentarios se dan gran prisa en coleccionar las cartas

amenas y profundas del que sirvió a la monarquía para arruinarla, y dudó de la República para darle con su decisión más solidez.—Estas cartas numerosas formarán pronto volúmenes impresos: ¿a qué dudar que la sal de Atenas hará resaltar en ellas el vigoroso espíritu de Tácito?

La indemnización de guerra, a cuyo precio detuvo la Francia el bárbaro corcel de los ulanos; ese gran mal inmediato que ha producido a Francia la resurrección de la dignidad, un gran bien duradero, necesitaba un historiador: en Thiers lo ha tenido. El anciano había terminado completamente la historia de las negociaciones con que Francia logró su rescate de Alemania, y de todos los atrevidos y patrióticos golpes de banca que, sin turbar el equilibrio del comercio europeo, satisficieron el apetito alemán y aseguraron la libertad francesa.

Pero la obra monumental—mi monumento, decía Thiers de ella—con más ansia que todas esperada, es la que al decir del generoso Mignet y el profundo Barthélemy Saint-Hilaire, los fraternales amigos del historiador del Consulado y el Imperio, bien pudiera llamarse: "Historia de la humanidad en sus relaciones con el mundo". Este gran titulo es la historia de lo racional enfrente de lo irracional: pone al hombre enfrente de todo lo creado, penetra sus pensamientos, sorprende sus intenciones, escudriña sus asombros.—Dos grandes exámenes ocupan hoy a los filósofos: el examen de la tierra, y el examen de la vida: Lyell en aquel, Darwin en este han echado abajo orgullosas o incorrectas intuiciones de Cuvier y Linneo. El mundo no es una serie de actos, separados por catástrofes, sino un acto inmenso, elaborado por una incesante obra de unión. Se hace viejo mejorando, pero natural y regularmente.—El hombre no es un soberbio ser central, individuo de especie única, a cuyo alrededor giran los seres del cielo y de la tierra, animales y astros; sino la cabeza conocida de un gran orden zoológico, implacable en sus semejanzas, riguroso en sus comparaciones, invencible en sus reglas taxonómicas. Han muerto la teoría de las catástrofes, concepción hueca de Cuvier, y la teoría antropocéntrica, concepción presuntuosa de la sistemática escuela espiritualista.

Todas estas modernas verdades sobre la naturaleza de la tierra y la del hombre, preguntadas a los esqueletos humanos, y a las diversas capas sobre que vivimos, especie de inmensos esqueletos térreos; todas estas modernísimas teorías, no halladas en las caprichosas nebulosidades del espíritu, sino en las huellas solemnes que los hechos geológicos han dejado tras sí; los trabajos anatómicos de Huxley; las conferencias comparativas de Haeckel; la revolución en el sistema de la creación de Lyell; las exageradas y ardientes polémicas de Büchner; las opiniones sobre la época de la aparición del esqueleto humano, sobre las épocas anteriores, sobre la posterior; todo lo que los hombres han pensado sobre todas las grandes cosas que hacen pensar; todo esto es objeto de este libro coloso, verdadero resumen científico, clara y criteriosa concreción del siglo luchador en que vivimos.—Hay hombres que son épocas: Thiers es uno. Pero antes se era una cosa u otra: Thiers lo ha sido todo. Así el cóndor, absorbiendo bajo sus alas extendidas grandes espacios de cielo, domina con sus brillantes ojos grandezas y miserias, estaciones y revoluciones, palabras y actos, batallas y progresos, otras batallas, de los hombres.—

¡Ojalá sean libros parecidos a este los que den materia a la próxima *Revista*!

[Ms. en CEM]

[Abril de 1878]

GUATEMALA EN PARÍS

Sonrisas de incredulidad acompañaron a su anuncio, el pensamiento de presentar a Guatemala en la Exposición que actualmente da celos a Viena y Philadelphia, y trae de fiesta a París: ¡generosos franceses, que llevan siempre las grandes ideas, encendidas, en su corazón!—Decían entonces los incrédulos: ¿Qué enviaremos? ¿Maíz de fuego y panela? ¿Cacao y harina de salsa?

Aunque no hubiera habido más que eso, eso se hubiera debido enviar; pero se ha enviado más que eso. Por centenares se cuentan los objetos que Guatemala, gracias a la decisión del Gobierno y al celo de la Sociedad Económica, presenta en París.

Buscando andábamos, para ofrecer al público, una reseña de los objetos enviados, cuando leímos el nutrido catálogo, en que, después de juiciosas reflexiones y descripciones oportunas, el Director de la Sociedad Económica enumera los frutos guatemaltecos, naturales, industriales y artísticos que figurarán en la Exposición.—Con lo cual ya no harán los vanidosos hijos de París preguntas cándidas acerca de la civilización y medios de vida de este pueblo, que como tantos otros de América, les es desconocido.—¡Francés hubo, y redactor de periódico, que en París haya preguntado al que esto escribe si en América se andaba en coche!.—

Ahora, merced a los trabajos del fotógrafo Somegliani, verán los extranjeros la elegante Universidad, la Catedral hermosa, la correcta Escuela Normal, el atrevido San Francisco, el artístico castillo de San José, el poético Cerro del Carmen, el esbelto cimborrio de la Recolección. —No tendrán, es verdad, el limpio musgo sobre [el] que se deslizan los breves pies de los moradores de Utatlán, ni el cielo azul de América, en nuestras mujeres reproducido, sobre nuestras cabezas suspendido, como promesa eterna de que sobre todas las tormentas de los hombres, premiarán los dolores de estos pueblos eterna bienaventuranza y claridad.—Nunca es más bella la luz que después de tenebrosa noche.—Hay injusticia en pedir a una época de aurora todo el vigor y claridad del día.—

Pero esos mismos efectos prueban

Pero el renombre sólido que ya ha adquirido Chile; la inesperada sanción que obtuvo en Philadelphia la industria mexicana; el adelanto en cierto modo explosivo, que en pocos años ha realizado Venezuela; las obras que se abren paso, y echan puentes de riqueza sobre los abismos de inquietudes del Perú,—van reparando con gran prisa aquella, en cierto modo merecida y en cierto modo injusta fama que tenían todos nuestros pueblos de revolucionarios indomables. Guatemala, modestamente armada, ha ido a reclamar su puesto en esta cruzada de vindicación.

¿Con qué armas? Con las que este siglo quiere: Con el arte, que empieza; con la industria, que balbucea; con la agricultura, que promete; con veteadas maderas, con útiles fibras, con medicinales cortezas, con bálsamos que curan, con blanda cera, con ricos granos, con excelentes harinas, con abundantes productos minerales, que presentarán los abundantes frutos de la tierra a par de los caprichosos bordados y elemental industria de los indios. Con productos químicos, con productos industriales, con objetos varios que demuestran que si no todo ha podido ya lograrse, todo lo útil y bello se va intentando en esta República naciente.—Y cuenta que la fuerza de un pueblo no debe medirse por lo que ha adelantado en absoluto, en tiempos de trabas y oligarquías, sino por lo que ha adelantado, con sus propias fuerzas, en determinado período de tiempo.—

Compárese la Guatemala actual con la Guatemala anterior al año 1871: ¿Cabe dudar que estos últimos años han sido para la República, en todo concepto, verdaderamente redentores?—

Las niñas de París se entretienen noblemente en dar, mediante unos sueldos, libertad a las golondrinas enjauladas:—aquí, como que se ha abierto la jaula de las almas, y, más libres que antes, vuelan ya por los aires entonando cánticos de alabanza al progreso.—

La biografía posterior de un hombre no es más que el resultado de su biografía anterior. Los hombres, salvo los grandes accidentes que tuercen los caracteres mejor definidos, no hacen sino aquello que de sus actos anteriores resulta que deben hacer.—Haciendo una exacta biografía de hombres políticos, se tendrá un elemento seguro para juzgar de la política probable en tanto ellos influyan en ella. A pesar de cuanto digan los pesimistas de los hombres, las apostasías son más raras que las grandes firmezas. De manera que un Diccionario de biografías viene a ser, no sólo un libro de gran utilidad para el erudito, de distracción para el ocioso, y de aprovechamiento para el escritor público, sino una base muy digna de tenerse en cuenta para augurar el resultado de los sucesos en que tomen parte los hombres biografiados.

La casa de Dreyfous acaba de publicar una obra que la prensa europea elogia, porque libre ya el autor de las trabas que el muerto imperio del pequeño Napoleón, monstruosa comedia incomprensible, impuso a Vapereau, el nuevo *Diccionario general de biografías francesas y extranjeras* excede en mucho al *Diccionario de los contemporáneos,* publicado por aquel en tiempos en que las verdades no lo eran, sino en la forma y cantidad en que el Emperador quería que lo fuesen.—

No es el nuevo libro, a lo que parece, una obra monumental como de su título debiera desprenderse; pero el ojo editorial de la casa de Dreyfous, que solo fatiga sus prensas con lo que cree que merece fatigarlas, la erudición y precisión del biógrafo, y las condiciones de independencia política en que se ha hecho el libro, garantizan que si bien breve, será en la mesa de los periodistas gran auxilio, en la de los aficionados a política, un buen elemento para juzgar, y en toda biblioteca útil adorno.—

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Guatemala, 20 de abril.—[1878]

Hermano mío.—

Tal vez sepa ya V. algo de la brusca variación que espera a nuestra vida.—V. sabe con qué buena voluntad vine yo a esta tierra, cómo es mi alma, cuán humilde era la posición que le pedía, y cuán importante es el servicio que con mi pequeño libro le acabo de hacer: el premio de todo esto es que por ser cubano, y ser quien soy, me veo obligado a renunciar las pocas cátedras que me quedaban; a irme del país, y a hacerles sentir mi desdén antes que ellos me hicieran sentir mi injusticia.—Es verdad que había una disconformidad absoluta entre su brutal modo de ser y mi alma libre: es verdad que yo los poetizaba ante mí mismo para poder vivir entre ellos;—pero estos secretos no han salido nunca de mi alma.—¿Los han leído en mis ojos? ¿Han penetrado mi prudencia? ¡Pobre Carmen! A costa suya me han enseñado una gran verdad:—con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos.—¿Qué mal les he hecho? Explicar Filosofía con sentido, a par que nuevo, mesurado; explicar Literatura; dar conferencias sobre el estado actual de las Ciencias Naturales; publicar un libro en que con amor y calor para ellos nuevos revelo sus riquezas desconocidas; escribir un drama sobre su independencia el día mismo en que me lo pidieron, y anunciar un periódico en que intentaba hablar aquí de Europa y hablar a Europa de ellos.—He ahí mi proceso.—Y entiendo que el suyo.—Ni una imprudencia, ni una ambición mía han deslucido estos intentos.—Pero me han desfigurado de tal modo, me han presentado de tal modo, me han exagerado con tales proporciones, se han movido contra mí por resortes y causas para mí tan desconocidas, me han cerrado a principios de año con tales obstáculos el camino que a fines del año pasado me mostraron tan abierto, que, presintiendo que me despojarían de mis clases en la Escuela Normal como indirectamente y de hecho me habían ya despojado de las de la Universidad; airado contra la cobarde forma con que destituían de la Dirección de la Escuela a un cubano inteligente, honrado y amoroso, renuncié a mis cátedras allí, que con ser tres y ser serias, tenían por única retribución, y único medio para mi vida, sesenta pesos.—Y cuente que el año pasado di en la Universidad una clase de Literatura Europea gratis, y este año daba otra gratis de Filosofía en la Escuela Normal.—Molestaban mi voz, mis principios, mi entereza, mi convicción —revelada en sencillos hechos—de que puede vivirse en un país, enseñando y pensando, sin viciar el alma y pervertir el carácter en la innoble corte hecha a un hombre torpe y brusco.— Y todo esto sucede inmediatamente después de mi libro:—júzguelos V.—Me cimentan una posición; me comienzan a dar un sueldo fijo; me obligan a contraer deudas, a levantar casa, me allanan el camino; me alienta el ministro de Instrucción Pública, me fía el ministro de Gobernación:—¿cómo había yo de pensar que, sin causa nueva alguna, en el momento de volver a este país con mi pobre mujer, enseñando más, escribiendo bien de ellos, con mi libro amante en las manos, con los mismos hombres en el Gobierno, había de venir abajo todo esto? Antes de que me abandonen, yo los he abandonado.—Mirando a mi pobre Carmen, se me llenan de lágrimas los ojos, y contengo difícilmente mi amargura.—¿Qué se ha de ser en la tierra, si ser bueno, ser inteligente, ser

prudente, ser infatigable y ser sincero no basta?—¡Pobre criatura!

¿Qué haré yo ahora?—Yo no sé cómo saldré de aquí, ni de qué medios me valdré; pero yo tengo que salir.—Tal vez es un aviso que me salva; tal vez es un riesgo de que me libro. La enseñanza individual me es imposible, porque no es retribuida.—En los colegios, como en el Gobierno, hay una animosidad, hipócrita—y por tanto más vehemente—contra los extranjeros: ¡nosotros, extranjeros! Se buscan profesores guatemaltecos; se rebelan mis pobres discípulos; abandonan las clases que yo les daba; se niegan en algunas a aprender de otra voz que la mía; pero el Gobierno continúa en su obra:—¿qué he, pues, de esperar?—Interrumpo mi libro de Derecho, que sabían ya que escribía y al cual me habían alentado; no publico ya mi periódico, recibido con ira por los más, y por los menos con amor;—hablaré al Ministro de Honduras, hombre civil, joven y de letras, que está ahora aquí;—si me ofrece, enseñando, un medio de vivir, iré a Honduras, por ser barata la tierra, y para mi heroica Carmen, más corto y más cómodo el viaje; si me lo ofrece, lograré de mis acreedores una tregua, y buscaré medio de ir al Perú.—Allí tengo fe, por quien soy, por quien son ellos, y por la clase de cartas y de informes con que seré allí presentado.—¡Pero es duro, es muy duro, vagar así de tierra en tierra, con tanta angustia en el alma, y tanto amor no entendido en el corazón!—

Ahora no pensará mal de mí mi madre.— Ellos me creían ya un hijo egoísta, olvidado de todos mis deberes.—No basta una clara vida.—Indudablemente, ellos no saben lo que es vivir manando sangre.

Iba yo a enviarle hoy el prólogo para el libro de Manuel Ocaranza, que escribí ayer mismo.—Como lo he escrito en momentos de acerbo dolor; tal vez resulte el prólogo inacorde y demasiado individual.—V. tacha, pone y quita, o lo suprime entero, si no le parece bien.

No es posible que México entero piense como los complacientes y olvidadizos que se disputaban los asientos en el banquete de Llanos Alcaraz.— Él estaba en su puesto. Los demás no estaban en el suyo.—Yo creía que a un banquete como ese no podía ir ningún americano.—¿No ha habido allí un cubano que flagele a los cubanos que fueron? ¿Ni un mexicano que proteste contra esta fiesta fratricida? Afortunadamente, Vd. no fue.—Vd. es mi hermano.—Yo intento, cuando los días me hayan calmado el primer hervor, escribir algo sobre esto.—

No envío el prólogo porque ni Carmen ni yo hemos tenido tiempo de copiarlo.—Irá el sábado.—

Estoy con impaciencia verdadera porque ni de mi casa sé hace mucho tiempo, ni de la de Carmen ni Vds. supimos la semana pasada.—Aunque V. hace algunas semanas nos tenía ya olvidados.—

Con Manuel, el *hereu* digno de serlo, tengo grandes deudas: de cariño, aunque esta le es pagada;—de un juguete, que debe ser un libro;—de un retrato, que le enviaré cuando las sombras no me oscurezcan como hoy la frente.—En cuanto al libro, prometo pagárselo original.—En tanto, como premio a su hermosa alma, denle un fuerte abrazo.—

Aquí le digo adiós, no sin decirle que aumentan mi amor y mi tristeza las tiernas solicitudes de mi Carmen.—Las penas solo lo son para ella en cuanto yo las sufro.—Y ¡pensar, como temo, que me iré de la vida sin poderle premiar tantos dolores!

Con un beso en la frente de sus hijas, salude a Lola.

Aliente a Ocaranza en el trabajo.—Dígame si soy yo el inepto, o son los hombres los malos;—y quiera siempre a su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL A. MERCADO

Guatemala 6 de julio 1878

Hermano mío.—

Llevo en el corazón su última carta: era tal como yo la necesitaba en los amargos días que estoy pasando. Problemas de conciencia, de esperanza, de porvenir,—todo contribuía a hacer de mi situación una de las más difíciles de mi vida.—Aquí, los que yo creía mis mayores derechos han sido mis graves sentencias.—Tuve que dejar lo que me habían dado, porque el pan no vale que se le amase con la propia vergüenza.—Hubo por mí un verdadero partido, y me complace que espontáneamente por mí hicieron mucho más de lo que en esta tierra, de pronto y para un ánimo puro incomprensible, se acostumbra hacer por nadie.—Figúrese V. eso que los franceses llaman *égout*:— tendrá V. idea de los hombres y cosas reinantes. Los que creen como el Gobierno, aunque esto no es cuestión de creencia, son lacayos: los que quisieran morder la mano que los azota, más que la besan, la lamen.—Toda verdad común es una osadía: toda institución democrática elemental, propaganda demagógica.—Y no porque yo la haya intentado,—aunque se previó tal vez, conociéndome mal, que la intentaría. Pero entre estos hombres, de extraordinaria pequeñez, cuanto revela vigor, personalidad, austeridad, energía, parece crimen.—He despertado injustificables temores, tenacísimas oposiciones, persecución increíble.—No tuve el año pasado, lleno de Carmen, y de fe en mí y en los demás, y de amor a la resolución de tanto problema esencial q. en estas infelices tierras asoma,—no tuve tiempo para conocer más que a los que me acariciaban y mentían.—Al volver hallé, en lo general, desatada la tiranía; en lo que a mí tocaba, visible la ira.—¿Provocada con qué? Con mis discursos generales; con mi cátedra de Historia de la Filosofía; con el libro que V. conoce, y que no vale, no de veras, el amoroso celo con que V. me lo cuidó.—Trocado esto, con más rapidez desde los asuntos de noviembre, en una gran hacienda, donde todo obedece al látigo de un caprichoso mayoral,— yo decidí irme.—¿A dónde?—A Cuba, me decían mis deberes de familia, mi hijo que me va a nacer, las lágrimas de Carmen, y la perspicacia de su noble padre.— A todas partes menos a Cuba, me decían la lógica histórica de los sucesos, mis aficiones libérrimas, el doloroso placer con que me he habituado a saborear mis amarguras, mi absoluta creencia,—fundada en la naturaleza de los hombres—de que era imposible la extinción de la guerra en Cuba.—Y, sin embargo, la guerra se ha extinguido; la naturaleza ha sido mentira, y una incomprensible traición ha podido más que tanta vejación terrible, que tanta inolvidable injuria!—Transido de dolor, apenas sé lo que me digo.—¿He de decir a V. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿que llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y que me parece que de un soplo mío dependerá en un día su libertad?—¿No ha de llegar nunca para mí el momento de que yo me produzca en las circunstancias favorables,—árbitras caprichosas de la fama y suerte de los hombres?—No a ser mártir pueril;—a trabajar para los míos, y a fortificarme para la lucha voy a Cuba.—Me ganará el más impaciente, no el más ardiente.—Y me ganará en tiempo: no en fuerza y en arrojo.—

Ayer mismo, sobre los ruegos de Carmen que lloraba, sobre lo que mi madre llora sin

decírmelo, sobre mi palabra misma—empeñada al generoso Zayas,—me resistía a todo intento de ir a Cuba, y tenía firmemente decidido ir al Perú.—Ya me esperaban, y preparaban acogida.—Ahora, amigo mío, los fundamentos de mi esperanza se han venido a tierra. Ahogo mi vehemencia; escucho a mi prudencia,—y me pliego nuevamente a las necesidades de los demás.—Las cartas que me escriba en adelante, envíelas a Fermín:— allá iré a leerlas.—

¡Creen que vuelvo a mi patria! Mi patria está en tanta fosa abierta, en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido. Ya yo no tengo patria:—hasta que la conquiste.—Voy a una tierra extraña, donde no me conocen; y donde, desde que me sospechen, me temerán.—Brillar allí me avergonzaría.—Pero ¿podré vivir del modo oscuro que, por largo tiempo, ansío? Tendré que ahogar en mí, para vivir en aparente calma, y matador sosiego, toda gran inspiración, toda amorosa exaltación, todo noble instinto.—Vd. conoce mi pasión por la justicia, mi ardor contra la infamia, y la violación más nimia del derecho; mi amor de enamorado por la gloria y el brillo de América:—¿cómo podré dar rienda a todos estos sentimientos naturales, en mí tan dominantes y tan vivos? ¿cómo podré vivir con todas estas águilas encerradas en el corazón?—Temo, amigo mío, que su aleteo me mate.—Temo perder mis fuerzas en este terrible combate silencioso.—¿Quién nació en un momento más difícil, rodeado de circunstancias más amargas?

Cuando yo era muy niño comencé a escribir un poema, en cuya introducción se disputaban a un hombre que acaba[ba] de nacer el Bien y el Mal:—después lloré como un niño al ver que, poco más o menos, este era el pensamiento engendrador del *Fausto*.—El Bien, seguro de su dominio en la conciencia, abandonaba al Mal al hombre recién nacido.—¿No parece, mi noble hermano, que el Mal ha apostado contra mí, y tiene empeño en ganar al Bien la partida?—Afortunadamente, por si desoyese a mi alma, que habla alto, tengo en México un vivo ejemplo de honradez acrisolada, y modelo de hombres.—Consiste mi dolor en tener que entrar por el real camino de la vida; en tener que sacrificar a sus necesidades,—necesidades impetuosas mías, de género más alto; en tener que sofocar tanto atrevido pensamiento, que nunca, mejor que ahora,—que entre la debilidad general causaría asombro,—debiera estallar. Ya yo imagino qué errores se cometieron, qué fuerzas podrían explotarse, de qué simultáneo modo habrían de hacerse obrar, cuánto corazón americano podría enardecerse y empeñarse en nuestra lucha. Y no es locura; no.—Libre y sin hijo, yo hubiera ahora hecho hablar de mí.—Y de un modo que me hubiera dejado contento.—Y a V. también, que tanto me quiere.—Y, en vez de esto, ¡volveré ahora como una oveja mansa a su rebaño!—¡Ahora que tenía casi terminada, con el amor y ardor que V. me sabe, la historia de los primeros años de nuestra Revolución!— Había revelado a nuestros héroes, escrito con fuego sus campañas, intentado eternizar nuestros martirios! Con minucioso afán, había procurado enaltecer a los muertos y enseñar algo a los vivos. Ningún detalle me había parecido nimio. Todo lo hacía yo resplandecer con rayos de grandeza:—de su eterna grandeza.— Y esta obra noble y filial de un espíritu libre, irá ahora clavada como un crimen en el fondo de un baúl!—Mucho he de padecer en una tierra donde no puede entrar semejante libro.

Mucho he de padecer, y voy a ella:—esto quiere decir que entiendo mi deber, y lo cumplo, sin más quejas que estas del alma que a V. envío.—Solo los capaces de exhalarlas pueden entenderlas.—Voy a ser abogado, cultivador, maestro; un zurcidor de fórmulas, un sembrador de viandas, un inspirador de ideas confusas,—perdido en las espumas de la mar.—Voy, sin embargo.

Así agitado, no copié esta semana el prólogo al libro de Manuel,— tan anunciado ya que más me valiera no enviarlo.—Pero el próximo sábado le irá;—y con él asunto para un cuadro.—

Siempre creo que él debe tener el corazón en México; pero los ojos fuera de México.—El asunto que hallé, leyendo un curioso libro, es un pequeño asunto mexicano.

Pocas veces he sentido tan viva la bondad ajena como en su última carta a que respondo. No es mi amigo que me compadece: es mi hermano que se alarma y que me llama.—Este recuerdo, en mí siempre vivo, es bastante a templar en mi espíritu las agitaciones que ahora me lo aterran.—He comprendido todos sus temores, y lo he abrazado a cada frase.—Me enorgullezco de ser querido así.—Deseo que le venga a V. mal,—en momento en que yo pueda repararlo.—Tal vez muera yo como he vivido, oscura e inútilmente; pero sin tasa tiene V. en mi alma lo que sin tasa la suya me da.—

No vuelvo a México ahora, aunque sé bien el amante asilo que allí me acogería.—Pero si yo no amase a México como a una patria mía, como a patria lo amaría por ser V. su hijo y vivir V. en él.—Pronto iré a verlo.—

Lo de Sarre no tenía más que un arreglo, que me entristece y q. permito, porque no tengo absolutamente medio de evitarlo.—Pero imagino que algo me ha de producir mi sacrificio:—y me vengaré cumplidamente.—Cumplidamente.

Mi delicada y amorosa Carmen, leyendo su carta, hizo—una vez más, justicia a aquel que ella cree q. es mi mejor amigo. Es estéril la cosecha; pero sembrando bien, al menos se recogen corazones.—

Ya, sin paz en el alma, le digo adiós.—Queda en mí un hombre doble—el prudente que hace lo que debe;—el pensador rebelde que se irrita.—Satisfecho de esta victoria que sobre mí mismo obtengo, la lloro con indecible amargura.—Desee para mí mejores tiempos, que sí pueden venir; —pero no me desee mejor amigo que V.—que no puede venir ya.—

Acaricie a Manuel, con quien estoy en deuda; a sus ejemplares criaturas. Anime a Ocaranza. Y a Lola dígale todas esas cosas que su generosa alma merece.—

Por mí, sufra y estímeme.

Su hermano

J. MARTÍ

[Mf. en CEM]

A FRANCISCO ZAYAS-BAZÁN

Guatemala, 13 de julio.— [1878]

Me cuesta verdadero trabajo escribir a V. esta carta, en respuesta a la suya de 14 de junio.— ¿Es un hombre extraño el que me la escribe?—Entonces, yo sé bien qué decirle.—¿Es el padre de Carmen?— Entonces, ojalá que no la tuviera que escribir.

Sentí, al leer su carta, cólera y asombro. Ahora, ni asombro ni cólera siento. Todo eso está dentro de la naturaleza humana; yo soy el que hago mal en salirme de ella.—Me ha tomado V. por un nuevo peligro para su fortuna: lleva V. demasiado lejos su pesimismo,—demasiado lejos su prudencia. Tal vez es V. tan desconfiado de los hombres, porque a la edad que yo tengo hoy recibió un golpe semejante a este que yo sufro ahora. ¿Carencia de dinero?—No; yo sabré hallarlo:—golpe en el corazón.—Me duele, sí, que intente V. burlarse de frases mías que revelan muy vivos dolores, que tal vez no lo son ya para V., porque para V. pasó la edad de comprenderlos. Bien sabe V. que no son aptitudes literarias las que me faltan,—y que si sé hacer burlas, no he aprendido aún a sufrirlas. Pero es al padre de Carmen a quien escribo:—a aquel que me la dio tan noblemente que no he podido olvidarlo todavía.

Es un raro premio la carta de Vd. al filial afecto—porque yo se lo tenía—con que escribí a V. la mía del 1ro de junio,—y al sacrificio que a mi juicio hacía yo a la felicidad de Carmen, yendo a Cuba en las circunstancias en que Cuba estaba cuando me decidí a ir.—Hoy, terminada la guerra, el sacrificio no es tan grande.—Las cosas sucedieron de este modo: Venía V. poniendo un tenaz empeño en que volviéramos a Cuba, y—como para atajar cualquier decisión mía que no fuera la de volver—me escribió V. una carta verdaderamente noble, a la que entiendo que contesté con igual nobleza. En lo que parece que no había nobleza era en pedir a V. la cantidad necesaria para nuestro viaje, que—para que no me causara pena—me ofrecía V. de no sé qué herencia de Carmen.—Con lo que veo que uno es noble hasta que pide, para hacer lo que su mujer y el padre de su mujer desean, lo que el padre de ella ofrece de lo que dice que es de ella:—bien hago yo en hacer consistir la nobleza en otras cosas.—Como la carta venía llena de vehementes premuras, y me acusaba V. en ella de loco, y la sobrecargaba de raciocinios abrumadores para mi conciencia, creí ver en ella un gemido del alma, y gimiendo la mía—aunque tal vez esta frase y sentimiento sean motivo de burlas nuevas,—accedí a lo que Carmen aquí, y Vd. de allí, con tanta insistencia me pedían.—Para hacer lo que Vds querían, creí tener derecho a aceptar lo que diciéndome que era de ella, me ofrecía Vd.—Y envié a pedir a V. 800$.—¿En qué estuvo la culpa? ¿En aceptar? No debiera V. entonces habérmelo ofrecido. ¿En pedir tanto? Nos decía V. que pidiéramos lo necesario para nuestro viaje: veamos si necesitábamos menos.— V. entra en el examen de las sumas: yo, con…

[Ms. en CEM]

A FRANCISCO SÁNCHEZ

Guatemala 23 de julio 1878

Sr. Francisco Sánchez.

Amigo mío.

Voy a ser importuno, y a abusar de V. tal vez; pero, aunque me los conozco, no puedo siempre resistir mis tenaces deseos.—Este de ahora es uno que tal vez cueste a V. trabajo satisfacer. Si le cuesta, no lo haga. Si no le cuesta mucho, se lo tendré muy en cuenta. Es esto:—

Anteanoche me cayó en las manos un libro del Conde de Pozos Dulces, *Colección de Estudios sobre Agricultura*, y no pude en toda la noche apartar los ojos de él.—Tiene muchas cosas que yo había pensado, y otras que no hubiera sido capaz de pensar nunca.—

¿Quiere V. prestármelo para mi viaje, a condición de honrada devolución en Cuba?

Como estaré aquí hasta el 27, salvo accidente, tendré—si V. puede enviármelo—tiempo de recibirlo.—En cambio, mande como guste a quien lo estima.—Su afmo.

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A JOSÉ JOAQUÍN PALMA

Palma amigo:

Te devuelvo tu libro de versos: ¡no te lo quisiera devolver! Gustan los pobres peregrinos de oír cerca de sí, en la larguísima jornada, rumor del árbol lejano, canción del propio mal, ruido del patrio río. Bien hayan siempre los versos, hijos del recuerdo, creadores de la esperanza! Bien hayan siempre los poetas, que en medio a tanta humana realidad anuncian y prometen la venidera realidad divina! Lejos nos lleva el duelo de la patria: apenas si, de tanto sufrir, nos queda ya en el pecho fuego para calentar a nuestra mujer y nuestros hijos. Pero puesto que la poesía ungió tus labios con las mieles del verso, canta, amigo mío, el mar tormentoso, semejante al alma; el relámpago, semejante a la justicia de los hombres; el rayo que quebranta nuestras palmas; los bravos pechos que llenan con su sangre nuestros arroyos. Cuando te hieran, canta! Cuando te desconozcan, canta! Canta cuando te llamen errante y vagabundo, que este vagar no es pereza, sino desdén. Canta siempre, y cuando mueras, para seguir probablemente lejos de aquí cantando, deja tu lira a tu hijo, y di como Sócrates a sus discípulos en la tragedia de Giacometti: "*Suona, e l'anima canta*!"

Tú naciste para eso. El rocío brilla; el azahar perfuma; el espíritu asciende; canta el bardo. Trabaja enhorabuena; pero cuando dejes la pluma, toma la lira. ¿No ves qué concierto de simpatías levantan unos cuantos versos tuyos? ¿Qué cortejo de amigos te sigue? ¿Cuántos ojos de mujer te miran? ¡Miradas de mujer, premio gratísimo! Es que lleva el poeta en su alma excelsa la esencia del alma universal.

Tú eres poeta en Cuba, y lo hubieras sido en todas partes. Mudan con los tiempos las cosas pequeñas: las grandezas son unas y constantes. Tal fue el hombre viejo, tal el nuevo. Ni lágrimas más amargas que las que llora Homero, ni sacrificio más noble que el de Leandro. Safo dio el salto de Léucade: porque lo den desde el Sena, ¿es menos heroico el salto de las modernas numerosas Safos? Tú, Palma, hubieras sido aeda en Grecia, scalder en Escocia, trovador en España, rimador de amores en Italia. ¡Rimador de amores! Tú eres de los que leen en las estrellas, de los que ven volar las mariposas, de los que espían amores en las flores, de los que bordan sueños en las nubes. Se viene acá a la tierra unas cuantas veces cada día, y el resto, ¡oh, amigo! se anda allá arriba en compañía de lo que vaga. ¡Rimador de amores! a ti, poeta tierno, no conviene el estruendo de la guerra, ni el fragor dantesco de los ayes, las balas y los miembros. Tú tienes más del azul de Rafael que del negro de Goya. Tu mundo son la olas de la mar: azules, rumorosas, claras, vastas. Tus mujeres son náyades suaves. Tus hombres, remembranzas de otros tiempos. Tú llevas levita, y no la entiendes. Tú necesitas la banda del cruzado. Vives de fe; mueres de amor.

Si estuviéramos en los dichosos tiempos mitológicos—¡en aquellos en que se creía! tú creerías de buena voluntad que dentro del pecho llevabas una alondra. Nosotros, los que te oímos, sabemos que la llevas en los labios.

Hay versos que se hacen en el cerebro:—estos se quiebran sobre el alma: la hieren, pero no la penetran. Hay otros que se hacen en el corazón. De él salen y a él van. Solo lo que del alma brota en guerra, en elocuencia, en poesía, llega al alma. Hay poetas discutidos. Tú eres un poeta

indiscutible. Cabrá mayor corrección en una estrofa, no más gracia y blandura; parecerán una palabra o giro osados; pero como el espíritu anima las facciones, la poesía, espíritu tuyo, anima tus versos.

Tus versos parecen hechos a la sombra del cinamomo de la *Biblia.* El genio poético es como las golondrinas: posa donde hay calor. Cierras el Evangelio de San Mateo, y ora envuelto en el fantástico albornoz, ora ceñida la invencible cota, cantas trovas dulcísimas, como aquellas que debió oír en los jardines de la Alhambra Lindaraja. Tienes en tus versos el encaje de las espadas de taza de nuestros abuelos; los vivos y coloreados arabescos, menudas flores de piedra, sutil blonda de mármol de la Aljafería y de los alcázares. Eres perezoso como un árabe; bueno como un cristiano, galante como un batallador de la Edad Media.

Tú no conoces el río de hiel en que empapaba su estilo Juvenal; no te visita el Genio de la Tormenta; no turba tus sueños la sombría visión apocalíptica, coronada de relámpagos, segadora de malvados, sembradora de truenos. Los romanos te dieron su elegía; los mártires, su unción; los árabes, su décima y su guzla.

Comprimida en la forma, habrá un momento en que la dureza del lenguaje no exprese bien la delicadeza de tu espíritu. Aquí un consonante, allí un pie largo: la fragua no está templada siempre a igual calor. Pero estas cosas, que te las diga un crítico. Yo soy tu amigo. Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal, callo. Este es el modo mío de censurar.

Y luego, tú tienes un gran mérito. Nacido en Cuba, eres poeta cubano. Es nuestra tierra, tú lo sabes bien: un nido de águilas; y como no hay aire allí para las águilas; como cerca de los cadalsos no viven bien más que los cuervos, tendemos, apenas nacidos, el vuelo impaciente a los peñascos de Heidelberg, a los frisos del Partenón, a la casa de Plinio, a la altiva Sorbona, a la agrietada y muerta Salamanca. Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante. Como nos vedan lo nuestro, nos empapamos en lo ajeno. Así, cubanos, henos trocados, por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes. Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del norte; no hay en ellos la amargura postiza del *Lied*, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos derruidos, la perdida virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.

Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Victor Hugo; herirse con el silicio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las simas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro. Vale tanto ¡oh, amigo mío! tanto como apostatar. Apostasías en Literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños.

Nobles son, pues, tus musas: patria, verdad, amores. ¿Quién no te ha dicho que tus versos susurran, ruedan, gimen, rumorean? No hay en ti fingidos vuelos, imágenes altisonantes, que

mientras más luchan por alzarse de la tierra, más arrastran por ella sus alas de plomo. No hay en ti las estériles prepotencias de lenguaje, exuberante vegetación vacía de fruto, matizada apenas por solitaria y, entre las hojas, apagada flor. En un jardín, tus versos serían violetas. En un bosque, madreselvas. No son renglones que se suceden: son ondas de flores.

Tú eres honrado, crees en la vida futura: tienes en tu casa un coro de ángeles, vuelas cada verano para llevarles su provisión de cada invierno. Tú naciste con la lira a la espalda, el amor en el corazón, y los versos en los labios. ¿A qué decirte más? Deja que otros te lo digan mejor.

En tanto, está contento, porque has sabido ser en estos días de conflictos internos, de vacilaciones apóstatas, de graves sacrificios, y tremendas penas, poeta del hogar, poeta de la amistad, poeta de la patria.

Tu amigo

JOSÉ MARTÍ

Guatemala, 1878.

[*Poesías.* José Joaquín Palma, Tegucigalpa (Honduras),1882.]

[FRAGMENTOS PARA EL LIBRO
SOBRE LA HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA]

[1]

Minas de Tana.—

en 1ro de Enero de 1870.—

derrota de Puello por Jordan.

Rescate de Sanguily.— Septiembre de 1871.—

33 hombres de caballería contra 120 de Infantería Pizarro. Se ocupó el convoy del enemigo con sus archivos.—Jefe español, Comte. Matos.

Combate del Salado.—Junio 1872. Prisionero del Tente. del rey González.—

Combate de Jacinto.—Derrota completa y muerte de Alfau.—Se hicieron prisioneros y armas y municiones.

Combates de caballería del Rosario y Molina.—Derrota y mte. del T. C. Abril en las afueras de P. Ppe. Mayo 6 de 1873.—

Ataque de Sta. Cruz.— Toma de una trinchera con un cañón, 300 armas y más de 100 000 cápsulas; tuvimos 17 muertos y 50 heridos.—Lo mandó Gómez.— Setbre. 27 de 1873.

La Sacra.—Combate de 260 hombres de caba. al mando de Gómez c/ 1 500 españoles de las 3 armas,—quienes tuvieron 80 muertos y 13 prisioneros,—retirándose del lugar de la acción al ser hostilizados al día sigte. por 70 hombres de caballería.

El Naranjo: Febro. 9 y 10 del 74. De 650 a 700 de cab[a]. e infant[a]. Sostienen ruda acn. c/ Báscones y Armiñán. Estos se retiran al 2do día, dejando lleno de muertos desde Naranjo hta. Camagüey, seguidos de cerca por una guerrilla de infantería.—

Las Guásimas. Del 15 al 19 marzo 74. Batalla por 2 000 cabs. /tal vez menos/. C/ 3 000 esps. de las 3 armas, q. reforzados al 4to día, llegaron a 5 000.—El enemigo se retiró, perseguido legua y media, con muchas bajas.—

Palo Seco.—Dbre. 2 del 73.—Columna de Valmaseda, ap. p. 100 hbs. de cab. e inf., compte. derrotada por la vanguardia de cab[a]. q. decidió la acción, con 507 muertos contados y reconocidos, de ellos.—Ntras bajas 3 muertos.—De ellos 53 prisioneros, un jefe y 6 oficiales.—

Paso de la Trocha.— Enero 6 de 1875. Gómez.—A 20 m de un fuerte desfila la cab[a] cubana apoyada por una infant[a] estratégicamente colocada, e invade Las Villas.—

[2]

Palomino fue el 1ro que cargó al rescatar a Julio Sanguily.

———

Guanabacoa le sacaba la 1ra cáscara: la 2da tiene una majagua, muy esponjosa y tupida. La cocinaban y planchaban, y se hacían sábanas y vestidos.—

De cuero de jutía, 5 ó 6, hacían chaquetas y pantalones.

En Camagüey hilaban el algodón silvestre, lo tejían y hacían frazadas y sogas.—

Chaquetear.—Fugarse.—

Pan-patato: rallaban el boniato crudo, lo mezclaban con calabaza, o yuca, u otra vianda, o coco rallado;—y luego le echaban miel de abejas, o azúcar, y manteca. Lo cocinaban en cacerolas de manteca rodeados de calor.—Servía pª 4 ó 6 días.—Así aprovechaban el boniato malo.

Envuelto.—Todos los menudos de la res los ensartaban mezclados en una vara de yaya, los especiaban, y le echaban limón y sal: con una teta de la res envolvían la vara: le daban vueltas como a un asador: y asado, servía bien pª viaje.

En Camagüey, la familia obsequiaba a sus visitantes, con vino de naranja, &—piña de ratón. Partían en ruedas el plátano verde y el boniato: seco, lo rallaban y con su harina hacían queques.—

Dieguito, mulato del Camagüey, muy niño aún, le llevaba el bulto de papeles a Igno. Agramonte. Llegó a ayudante del Gral. Gómez.—Se distinguió mucho por su valor.—Fue uno de los que estaba cerca de Ignacio cuando murió.

Agramonte miraba con especial estimación a H. Reeve, a Rafael Rodríguez, ilustrado en la Revolución, y Baldomero Rodríguez, su primo ya muerto, y Enrique y Elpidio Mola.

Dos días antes de morir, viniendo del combate de Rosario a Jimaguayú, allí encontró la fuerza de Las Villas y la del coronel Suárez, que era jefe de Caonao.—

El combate del Rosario lo dio contra civiles. 160 civiles contra 60. Ignº cargó en el limpio. Excepto pocos, murieron los enemigos.

El palmito entraba en casi todos los condimentos. La tripa del corojo se comía mucho.—

Palo Seco,—jefe, Gómez. El objeto fue—construían los españoles la trocha del E., que iba de la Zanja, en la costa sur al Bagá en la costa N.— impedir la construcción de la trocha pª atraer al enemigo, engañarlo y caer sobre la trocha; Gómez fue a Guáimaro. Caballería e infantería, desplegadas frente a Guáimaro simularon un ataque. Los pacíficos—los de los pueblos. Se cogió un pacífico,—que dijo que una columna había salido a coger a un parque de Vte. García que estaba enterrado por las Tunas.—Averiguado el camino se tomó el rastro de los españoles.

Los españoles llevaban unos 700 hombres, mandados por Vilches.— Gómez tendría entre las 2 armas. 300 hombres de cabª. y 300 ó 400 de infantª: 150 de infantª de Las Villas, y 150 del Camagüey.—Gómez, tal vez por cortar a los españoles todos los caminos, dividió o fue equivocación—la infantª—La del Camagüey tomó una vía:—la de Las Villas siguió con Gómez.—A las 3 de la tarde acamparon donde los españoles habían almorzado.—Antes de llegar a Palo Seco, hallaron al enemigo.—Baldomero Rodz. mandaba la vanguardia.—Luego caball^{e}: atrás infantería. Cargó Baldomero a Martitegui, con 150 caballería;—estos se dispersaron.—Baldomero siguió cargando a la infantª. No pudieron formar cuadro. Hacían fuego en pelotones.—A machete fue la carga. Martitegui con 40 hombres, huyó al fuerte destruido de Palo Seco.—El Brig.

González, con su infantería cercó el fuerte. Les ofreció la vida si se rendían y se rindieron. Batallón Valmaseda:—Se dividió el batallón, q. era en su mayor parte de gentes de color de la Hab[a]. y jíbaros, con Fernández.—

Fernández era un español, llamado el Jíbaro—q. formó una guerrilla.—Eran completos bandoleros.—Uno de ellos era un negro de gran corpulencia, llamado la Tapa, por una horrible: bárbara costumbre.—Mataban, robaban, forzaban,—a niños y a mujeres.—Por Fernández, se llamaron a sus soldados los jíbaros. Por Guáimaro.—

Palo Seco duró poco. La noche venía cuando acabó el combate.—

El Jira, negro valentísimo, fatigado de dar machete con la mano derecha,—comenzó a darlo con la izquierda.—Gregorio Benítez, entonces coronel, salió herido.—12 bajas tuvimos.—5 ó 7 muertos—y 42 prisioneros.

———

La Sacra—1 500 hombres de inf. cab. y art. españoles.—200 de caballería cubana.—No había infantería.—Gómez mandaba.—Med. hizo un parte curioso.—

Por un arroyo seco, salieron al encuentro del enemigo, mandado por Báscones.—Los esp. dieron la retaguardia, mandada por Martín Castillo, y le cargaban. Castillo rechazó a los asaltantes. El resto de n/ fuerzas salió a la casa de La Sacra, en cuya loma habían colocado la artillería.—Aguirre volvió a la loma, y vio la cabeza del ejército enemigo. Rodríguez B—flanqueó por la derecha, y cayó sobre el hospital de sangre. Cayó prisionero el Dr. Naranjo, que fue luego entregado a los españoles.—

Rechazados por Castillo, que los perseguía, la caballería se metió entre la infantería. Las caballerías van a vanguardia y a retaguardia.—Castillo derrotó la vanguardia.—El resultado fue: 60 muertos esp.:—11 ó 13 prisioneros.—Cuando flanquearon, los artill[os] abandonaron los cañones. La infantería cargada por Rodríguez—huyó.—El éxito de la acción se explica por la división del enemigo, que no había acabado de llegar y venía en grupos,—y por la rápida y oportuna carga.—

Las Guásimas es un potrero,—por Caobabo, cerca de Jimaguayú. Venía Armiñán con 3 000 hombres, a impedir la marcha de Gómez a Las Villas—con Maceo con la fuerza de Oriente,— el Brig. José González con la fuerza de Las Villas,—y Gómez con la caballería de Las Villas y el Camagüey.—Estaban acampados pasando revista.—¡Viene columna!—20 hombres con un teniente van a tirotear al enemigo, y entretenerlo, como era uso, p[a]. tener tpo. de prepararse y apostarse.—La infantería se colocó a la orilla del monte: la caballería paralela:—Gómez, ayutes. y escolta salieron al camino por donde venía el enemigo. La pareja apostada anunció que venía el enemigo, persiguiendo a los 20. En otro camino, colocó la caballería de Las Villas, con el mexicano Gabl. González, coronel, p[a] que dejara pasar la caballería enemiga,—y que, al ser esta cargada por vanguardia, cargase también por retaguardia.—Manuel Suárez y Baldomero Rodríguez mandaban la caballería. Hecho así, y rechazado el enemigo, fue llevado hasta el puente de un arroyo, donde estaba la infantería. Allá murió el Ten[te]. de caballería Virués.—Perdieron de 40 a 60 muertos. ¿Cómo tantos?—El español no suelta ni rienda ni estribo, no pueden manejar el arma:—al perder el estribo, hombre perdido. Cargan reunidos, y al caer sobre ellos, es más fácil matar en el pelotón que matar en línea y dispersos, que es como atacan y como huyen los revolucionarios.

Gómez envió a buscar la infantería, que vino; y al llegar la del enemigo al puente, en el puente le esperaban los nuestros, rompieron fuego, los rodearon, refugiados como estaban cerca del puente, allí quedaron durante la noche sitiados. Era una aguada, como todas cercada. Primero se atrincheraron con los caballos,—mientras hacían trincheras con las cercas.—La 2da o 3ra noche, — (durante el día tiroteo) apuntaban n/ gente a c/ cordel ó 2 (24 ó 48 varas). Toda aguada tiene arboleda;—ellos detrás de los palos. En la barranca del arroyo tenían los heridos. Todo el que salía, o cambiaba de palo, herido o muerto. Ellos como nosotros.—El Brig. González (José) que llevaba en la primera carga un caballo blanco muy hermoso. Murió luego en Las Villas en combate. Él incendió a Villa Clara y Cienfuegos. Tenía más de 50 años. Era cienfueguero.—Admirable de valor, de constancia, de infatigabilidad, de amor a sus soldados. Era portero de una valla de gallos.—"Yo no quiero pertrechos—sino cápsulas."—El enemigo intentó y consiguió a la 2da o 3ra noche una salida de caballería. Dejaron en ella armas, caballos y un prisionero. Al 5to día por la noche, se supo q. venía Báscones con 2 000 hombres.—Ya entonces, tenían como 150 bajas. Siguiendo otros tantos empleados,—éramos como 400 hombres. Gómez dispuso q. con la caballería 200 hombres y 50 hombres de infantería saliéramos a esperar el refuerzo. Y salimos. Nos apartamos en Jimaguayú.—La infantería de frente: la cabª. en el flanco derecho. Resistieron cto. pudieron, y nos retiramos por veredas, al resto de la fuerza q. había quedado en Las Guásimas. Llegamos primero que ellos. Nos desplegamos en guerrilla frente al refuerzo, que debía atacar.—

———

Al venir el refuerzo los sitiados echaron abajo las trincheras, y salieron a atacarnos.—Les cargamos, volvieron a las trincheras, y las rehicieron.—Allí quedaron sitiados, a pesar del refuerzo, y Armiñán y Báscones. Al día sigte. en la mañana, oímos cornetas: se preparaban pª marchar.—Nosotros nos preparamos pª marchar también, y picarles la retaguardia con la infantería.—La caballería iba atrás. Mts. se iban retirando, haciendo fuego por compañía,—como en retirada.—Al llegar a la sabana de Jimaguayú, ellos formaron en batalla, y la retaguardia de ellos—infantería se apoyó en el monte, y nuestra infantª le flanqueó por detrás, y los desalojó, a la par q. nuestra caballería salió a la sabana y rompió el fuego. Con caballería protegieron la retirada de la infantería desalojada: y así llegaron al potrero Cachaza,—donde cesó la persecución.

———

Un medio de atacar las columnas, cuando no había armas—fue obstruir los caminos con los alambres de los telégrafos y con cordeles—pª impedir la marcha de la caballería.—

Como en Oriente, en cada cafetal había millares de colmenas, las ponían en los caminos, tapando las dos cabezas de la colmena con hojas de plátano, con lo que se las puede llevar sin peligro al hombro. Las colocaban amarrando las cajas por medio de cordeles;—y al pasar la tropa, halando del cordel, se destapaban airadas las colmenas. O las echaban loma abajo.—

[Ms. en CEM]

ÍNDICE GENERAL

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".